

Caryl Férey

# ZULU



Lectulandia

Tras una infancia traumática en la que asistió al asesinato de su padre y de su hermano por el mero hecho de ser negros en la Sudáfrica del apartheid, Ali Neuman ha conseguido superar todos los obstáculos hasta convertirse en jefe del Departamento de Policía Criminal de Ciudad del Cabo.

Pero si la segregación racial ha desaparecido, se impone otro tipo de apartheid, basado en la miseria, la violencia indiscriminada y el contagio del Sida a gran escala. Tras la aparición del cuerpo sin vida de Nicole Wiese, hija de un famoso jugador de rugby local, Ali Neuman deberá introducirse en el mundo de las bandas mafiosas dedicadas al tráfico de drogas.

**Lectulandia**

Caryl Ferey

**Zulú**

**ePub r1.0**

**Maki 31.05.14**

Título original: *Zulu*  
Caryl Ferey, 2008  
Traducción: Isabel González-Gallarza

Editor digital: Maki  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Sé como una brizna de hierba,  
y serás más grande que el eje del universo...

ATTILA JÓZSEF

*A mi amigo Fred Couderc  
cuyas alas de gigante me enseñaron a volar,  
y a su mujer, Laurence,  
planeador inquieto.*

*«Zone Libre»  
por el sonido, a volumen brutal.*

**PRIMERA PARTE**  
**La mano caliente**

# 1

—¿Tienes miedo, hombrecito?... Dime: ¿tienes miedo?

*Ali no contestó. Demasiadas culebras en la boca.*

—¿Ves lo que pasa, pequeño zulú? ¡¿Lo ves?!

*No, no veía nada. Lo agarraron del pelo y lo llevaron hasta el árbol del jardín para obligarlo a mirar. Ali, obstinado, hundía la cabeza entre los hombros. Las palabras del gigante del pasamontañas le mordían la nuca. No quería alzar la mirada. Ni gritar. El ruido de las antorchas crepitaba en sus oídos. El hombre apretó con más fuerza su mano encallecida sobre su cabeza.*

—¿Lo ves, pequeño zulú?

*El cuerpo colgaba balanceándose blandamente de la rama del jacarandá. El torso relucía apenas a la luz de la luna, pero Ali no reconocía el rostro: ese hombre colgado de los pies, esa sonrisa sangrienta por encima de él no era su padre. No, no era él.*

*No del todo.*

*Ya no.*

*Volvió a restallar el sjambock<sup>[1]</sup>.*

*Estaban todos allí, reunidos para el reparto del botín, los «Judías verdes», las milicias adiestradas para mantener el orden en los townships<sup>[2]</sup>, esos negros a sueldo de los alcaldes comprados por el poder, los señores de la guerra, y también los otros, los que violaban los boicots y a los que les habían cortado las orejas: Ali quiso suplicarles, decirles que no servía de nada, que se equivocaban, pero no le salían las palabras. El gigante no lo soltaba:*

—¡Mira, niño: mira!

*Le apestaba el aliento a cerveza y a la miseria del bantustán<sup>[3]</sup>: volvió a golpear, dos veces, latigazos que desgarraban la piel de su padre, pero el hombre colgado del árbol ya no reaccionaba. Había perdido demasiada sangre. La piel se le había levantado por todas partes. Estaba irreconocible. La realidad se había resquebrajado. Ali, ingrátido, miraba fijamente hacia el lado contrario: no era su padre eso que colgaba del árbol... No.*

*Le giraron la cabeza como una tuerca para obligarlo a mirar, antes de arrojarlo de bruces contra el suelo. Ali cayó sobre el césped seco. No reconocía a los hombres que lo rodeaban, los gigantes llevaban medias en la cara o pasamontañas, sólo veía la rabia reflejada en sus miradas, sus capilares reventados como ríos de sangre. Escondió la cabeza entre las manos para enterrarse en ellas y ocultarse, para acurrucarse y volver a ser líquido amniótico... A dos pasos de allí, Andy flaqueaba a ojos vista. Todavía vestía el pantalón corto rojo que le servía de pijama, y que ahora estaba empapado de orina, y sus rodillas se entrechocaban. Le habían atado las*

manos a la espalda y le habían puesto un neumático al cuello. Los ogros lo empujaban, le escupían a la cara, increpándose unos a otros, a ver quién encontraba la frase adecuada, la mejor justificación para la matanza. Andy los miraba, con los ojos fuera de las órbitas.

Ali nunca había visto a su hermano flaquear: Andy tenía quince años, era el mayor. Por supuesto, se peleaban con frecuencia, para desesperación de su madre, pero Ali era decididamente demasiado pequeño para defenderse. Preferían ir de pesca y jugar con los coches de alambre que hacían ellos mismos. Peugeot, Mercedes, Ford, Andy era un experto. Hasta se había fabricado un Jaguar, que habían visto en una revista, un coche inglés que les hacía soñar. Ahora sus rodillas huesudas y torcidas tiritaban a la luz de las antorchas; el jardín al que lo habían arrastrado apestaba a gasolina, y los gigantes se peleaban entre los bidones. Más lejos había gente gritando en la calle, los Amagoduka que venían del campo y no entendían lo que les hacían a sus vecinos: la tortura del collar.

Andy lloraba, lágrimas negras sobre su piel de ébano, con su pantalón corto rojo empapado de miedo... Ali vio a su hermano tambalearse cuando arrojaron la cerilla al neumático cubierto de gasolina.

—¡¿Ves lo que pasa, hombrecito?! ¡¿Lo ves?!

Un grito, el chorro de petróleo sobre sus mejillas, la silueta dislocada de su hermano que se disolvía, fundiéndose como un soldadito de goma, y ese espantoso olor a quemado...

Los pájaros describían diagonales imposibles entre los ángulos del acantilado; se lanzaban en picado hacia el océano, inventaban suicidios y regresaban batiendo las alas...

Apostado en el terraplén que dominaba el lugar, Ali Neuman miraba pasar los buques de carga en el horizonte. Despuntaba el alba en el Cabo de Buena Esperanza, naranja y azul en el espectro índico. Las ballenas no eran más que un pretexto de paseo en su insomnio, ballenas jorobadas que, a partir de septiembre, venían a retozar a la punta de África... Ali había visto una vez a una pareja de ballenas saltar juntas en el aire antes de sumergirse en una larga apnea amorosa y reemerger cubiertas de espuma... La presencia de las ballenas le daba un poco de paz, como si su fuerza subiera hasta él. Pero el tiempo del amor había pasado para siempre. El alba horadaba la bruma sobre el mar, y ya no vendrían, ni esa mañana ni al día siguiente.

Las ballenas lo rehuían.

Habían desaparecido en las aguas heladas: ellas también tenían miedo del zulú...

Desdeñando el abismo que le tendía los brazos, Neuman bajó el sendero. El Cabo de Buena Esperanza estaba desierto a esa hora; no había autocares ni turistas chinos posando muy formalitos ante el mítico cartel. Sólo la brisa atlántica, que soplaba

sobre la landa pelada, fantasmas conocidos que se perseguían al alba y sus eternas ganas de pelearse con el mundo. Una rabia ciega. Incluso los babuinos del parque se mantenían a distancia.

Neuman cruzó la landa hasta la entrada del Table Mountain National Park. El coche esperaba al otro lado de la barrera, anodino y polvoriento. El viento que soplaba del océano lo había calmado un poco. No duraría. Nada duraba. Encendió el motor sin pensar.

Lo importante era aguantar el tipo.

—*Bass! Bass!*<sup>[4]</sup>

Los negros de alpargatas raídas que habían saltado las vallas de seguridad esperaban a que los coches redujeran la velocidad para vender su mercancía.

La N2 unía Ciudad del Cabo con Khayelitsha, su township más grande. Más allá de Mitchell's Plain, construida para los mestizos expulsados de las áreas blancas, se extendía una zona de dunas: en esa tierra llena de arena, el gobierno del apartheid había decidido construir Khayelitsha, «nueva casa», modelo del urbanismo de control típico de Sudáfrica: muy alejado del centro.

Pese a la superpoblación crónica, Josephina se negaba a mudarse a otra parte, ni siquiera a los terrenos acondicionados de Mandela Park, al sur del township, que habían construido para la emergente clase media negra; bajo sus sonrisas de ciega y su eterna bondad, la madre de Ali era una tremenda cabezota. Allí se habían refugiado los dos hacía veinte años, en los viejos barrios que formaban el corazón de Khayelitsha.

Josephina vivía sola en una de las *core-houses*<sup>[5]</sup> de Lindela, el eje que cruzaba de parte a parte el township, y no tenía motivo de queja: por lo general, solían hacinarse cinco o seis personas en ese espacio que, como mucho, contaba con una sola habitación, una cocina y un exiguo cuarto de baño que, debido a su edad avanzada, había aceptado agrandar. Josephina era feliz a su manera. Tenía agua corriente, electricidad y, gracias a su hijo, «todas las comodidades con las que podía soñar una ciega de setenta años». Josephina no pensaba moverse de Khayelitsha, y su colosal gordura no tenía nada que ver en su empecinamiento.

Ali se había resignado a tirar la toalla. El township necesitaba su experiencia (Josephina era enfermera diplomada), sus consejos y su fe. El equipo del dispensario en el que trabajaba como voluntaria hacía cuanto podía para atender a los enfermos y, dijera lo que dijera, Josephina no era del todo ciega: aunque ya no viera con precisión los rostros, todavía acertaba a distinguir las siluetas, que ella llamaba sus «sombras»... ¿Sería una manera de decir que estaba abandonando lentamente la superficie de este mundo? Ali no podía aceptarlo. Eran los únicos supervivientes de la familia, y ya no habría descendientes. Su tutor había saltado por los aires. No tenía más raíces que su madre.

Ali trabajaba demasiado pero iba a visitar a Josephina los domingos. La ayudaba con los papeleos burocráticos y la regañaba, acariciándole la mano, le decía que un día la iban a encontrar muerta, o inconsciente, si seguía corriendo de aquí para allá por el township a todas horas. La gruesa anciana se reía. Decía entre hipos que se hacía vieja, que era un verdadero desastre, que pronto habría que traer una grúa para moverla, de modo que al final Ali también se reía. Para complacerla.

Un viento cálido se colaba por la ventanilla abierta del coche; Neuman dejó atrás la estación de autobuses de Sanlam Center y tomó por Lansdowne Street. Chapa, tablones de madera, puertas arrancadas, ladrillos, chatarra, se construía con lo que crecía en la tierra, lo que se conseguía aquí y allá, lo que se robaba o se cambiaba; las chabolas parecían montarse unas encima de otras, y las antenas, enmarañadas en los tejados, devorarse unas a otras bajo un sol de justicia. Neuman siguió la carretera de asfalto que conducía al viejo barrio de Khayelitsha.

Pensaba en las mujeres a las que nunca había llevado a casa de su madre, en Maia, a la que vería después de la comida dominical, cuando un movimiento en su ángulo muerto lo sacó de su ensimismamiento. Frenó delante de un vendedor de cigarrillos, que no tuvo tiempo de abordarlo: Neuman retrocedió veinte metros y se detuvo a la altura del descampado.

Detrás de las cintas bicolores que delimitaban el solar del futuro gimnasio, dos jóvenes maltrataban a un niño, un mocoso harapiento que apenas se sostenía en pie... Neuman suspiró —le sobraba tiempo antes de la salida de misa— y abrió la puerta del coche.

Habían tirado al niño al suelo y lo estaban inflando a patadas, tratando de arrastrarlo hacia los cimientos del gimnasio. Neuman avanzó con la esperanza de que se marcharan corriendo, pero los dos jóvenes —tatuados y con bandanas en la cabeza, tenían toda la pinta de ser *tsotsis*<sup>[6]</sup>— seguían ensañándose con el más pequeño. El niño había mordido el polvo, sangraba por la boca y desde luego con esos brazos famélicos no iba a poder protegerse de los golpes.

El mayor de los jóvenes levantó la cabeza al ver a Neuman aparecer en el descampado:

—¿Y tú qué quieres?!

—Largo de aquí.

El zulú era más corpulento que los dos *tsotsis* juntos, pero el mayor llevaba una pistola debajo de su camiseta de la selección brasileña.

—El que se larga de aquí eres tú —dijo entre dientes—, ¡y ya mismo!

El joven negro lo apuntó a la cara con su pistola, una Beretta M92 semiautomática parecida a las que utilizaba la policía.

—¿De dónde has sacado esa arma?

Al *tsotsi* le temblaba la mano. Tenía los ojos translúcidos. Seguramente estaba colocado.

—¿De dónde has sacado esa arma? —repitió Neuman.

—¡Que te largues te he dicho, o te pego tres tiros!

—Eso —añadió su compañero—: No te metas en esto, ¿te enteras?

Tirado en el suelo, el niño se sujetaba la boca, contándose los dientes que aún seguían en su sitio.

—Soy policía: entregadme esa arma antes de que os dé vuestro merecido.

Los dos tipos intercambiaron una mirada y unas palabras en dashiki, el dialecto nigeriano.

—¡Te voy a volar la cabeza! —amenazó el mayor.

—Sí, y te pasarás el resto de tus días en la cárcel haciendo de puta para los matones —prosiguió Neuman—: Con esa cara bonita que tienes te vas a tragar más pollas...

Les había dado donde más les dolía. Los dos jóvenes enseñaron los dientes, dos hileras sucias con más huecos que piezas dentales.

—¡Gilipollas! —espetó el cabecilla antes de salir corriendo.

Su compañero desapareció tras él, cojeando... Dos yonquis, no había duda. Neuman se volvió hacia su víctima, pero en el suelo ya sólo quedaba una masa de sangre. El niño había aprovechado para reptar hacia los cimientos del solar: se alejaba ya a toda velocidad, sangrando por la nariz.

—¡Espera! ¡No tengas miedo!

Al oírlo, el niño lanzó una mirada aterrorizada a Neuman, tropezó contra los escombros con sus sandalias de suela de neumático y se metió de cabeza por un tubo de hormigón, por el que desapareció. Neuman se acercó y calibró la circunferencia del conducto de evacuación —la apertura era demasiado estrecha para un adulto de su corpulencia... ¿Llevaría a alguna parte? Su llamada en la oscuridad no recibió respuesta.

Se incorporó, protegiéndose la nariz del olor a orina. Exceptuando un perro sarnoso que husmeaba el agua estancada de los cimientos, el solar estaba desierto. Sólo quedaban el sol y esas gotas de sangre que corrían por el polvo...

\* \* \*

El township de Khayelitsha había cambiado desde la llegada de Mandela al poder: además de que ahora había agua corriente, electricidad y carreteras asfaltadas, junto con los edificios administrativos también se habían levantado casitas de ladrillo, y las redes de transporte permitían llegar hasta el centro de la ciudad. Muchos criticaban la política del «pequeño paso» inaugurada por el icono nacional; cientos de miles de viviendas estaban aún sumidas en la miseria, pero era el precio que había que pagar por el «milagro sudafricano», por la llegada pacífica de la democracia a un país al borde del caos...

Neuman aparcó el coche delante del trozo de tierra resquebrajada que constituía el jardín de su madre. Las mujeres del barrio volvían de misa, tan coquetas con sus vestidos con los colores de su congregación: buscó a Josephina entre ellas pero sólo vio niños bajo las sombrillas. Llamó a la puerta a la vez que la abría y, nada más

entrar, vio la blusa rota sobre la silla.

—¡Entra! —dijo su madre, adivinando sus pasos en la entrada—. ¡Entra, cariño!

Ali encontró a Josephina tumbada en la cama deshecha, con una enfermera inclinada sobre ella. Tenía la frente bañada en sudor, pero sonrió al ver su silueta en la puerta.

—Estás aquí...

Neuman cogió la mano que su madre le tendía y se sentó al borde de la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, inquieto.

Los ojos de la anciana se agrandaron, como si su hijo estuviera en todas partes.

—No pongas esa cara —le dijo con cariño—: Enfadado no estás tan guapo.

—Creía que eras ciega... Anda, di, ¿qué ha pasado?

—Su madre ha sufrido un síncope —anunció la enfermera desde el otro lado de la cama—. La tensión la tiene bien, pero no sea brusco con ella, haga el favor: todavía está impresionada por lo que ha ocurrido.

Myriam era un bellezón de veinte años, una xhosa<sup>[7]</sup> de ojos de cedro. Neuman apenas se fijó en ella:

—¿Me vas a decir lo que ha pasado, sí o no?

Josephina había cambiado su vestido elegante por una vieja túnica de estar en casa, una prenda del todo indigna para ir un domingo a la iglesia.

—¿Te han agredido?

—¡Bah!

La gruesa mujer hizo una mueca de disgusto, acompañada de un gesto como para ahuyentar una mosca.

—Han asaltado a su madre esta mañana —dijo Myriam—, cuando iba camino de la iglesia: el agresor la ha tirado al suelo al arrancarle el bolso. La han encontrado sin conocimiento en mitad de la calle...

—Es que no lo he visto venir —protestó la interesada, dándole palmaditas en la mano a su hijo—. Pero no te preocupes: ¡no ha sido más que un susto! Myriam se ha ocupado de todo...

Ali suspiró. Entre sus múltiples actividades, Josephina formaba parte de una asociación cuya tarea era la de resolver problemas familiares, ejercer de arbitro en disputas y servir de intermediario entre la población del township y las autoridades locales. Todo el mundo sabía que su hijo era el jefe de la policía criminal de Ciudad del Cabo: atacarla a ella suponía tenderle la garganta al tigre de su hijo.

Mientras tanto, Josephina descansaba entre las sábanas blancas de la cama con dosel —viejo capricho de princesa zulú—, con el rostro apagado, sin brillo, y su pobre sonrisita perdida en su alfombra de sudor no lo convencía mucho.

—Ese idiota habría podido romperte algún hueso —dijo.

—Soy gorda pero resistente.

—Una fuerza de la naturaleza, especializada en síncope —comentó él—. ¿Dónde te duele?

—En ningún sitio... ¡Te lo aseguro!

Agitaba las ramas como un viejo árbol sacudido por el viento.

—Su hijo tiene razón —dijo Myriam, guardando sus utensilios—. Ahora será mejor que descanse un poco.

—Bah...

—¿Eran uno o varios los que te han agredido? —quiso saber Neuman.

—¡Oh! Uno solo: ¡con uno basta y sobra!

—¿Y qué te ha robado?

—El bolso nada más... También me ha roto la blusa, pero no importa: ¡era una muy vieja!

—Has tenido mucha suerte.

Por la ventana, Ali vio que los chavales del barrio miraban su coche con interés, riendo. Myriam corrió las cortinas, y la pequeña habitación quedó sumida en la penumbra.

—¿A qué hora ha sido? —continuó Neuman.

—Hacia las ocho —contestó Josephina.

—Es un poco temprano para ir a la iglesia.

—Es que... antes tenía que ir a casa de los Sussilu, para nuestra reunión mensual... Yo tenía el bote<sup>[8]</sup>... Sesenta y cinco rands<sup>[9]</sup>.

Su madre colaboraba además con varias agrupaciones, círculos de ahorro, ayudas para la financiación de entierros, la asociación de madres de la parroquia..., tantas que Neuman se perdía un poco. Frunció el ceño: eran más de las diez de la mañana.

—¿Y cómo es que nadie me ha avisado?

—Su madre no ha querido ni oír hablar de ello —contestó la enfermera.

—No quería alarmarte para nada —se justificó Josephina.

—En mi vida había oído una tontería más grande... ¿Se lo has dicho a la policía del township?

—No... no: es que todo ha sido muy rápido, ¿sabes? El agresor ha llegado por detrás, me ha dado un tirón del bolso, y yo me he caído al suelo por el síncope... Me ha encontrado un vecino. Pero para entonces hacía tiempo que el ladrón había escapado.

—Eso no explica por qué no ha venido ningún agente a interrogarte.

—Es que no lo he denunciado.

—¡Anda, mira tú!

—No escucha nada de lo que se le dice —corroboró Myriam—. Pero eso también lo ha heredado usted, ¿no?

De hecho, Ali no la escuchaba:

—¿Se puede saber por qué no has denunciado la agresión?

—Mírame: ¡estoy perfectamente!

La risa de Josephina sacudió la cama, haciendo temblar sus enormes pechos. La agresión, la caída al suelo, el síncope, todo le parecía algo lejanísimo.

—Quizá haya algún testigo —insistió Neuman—. Y tienen que tomarte declaración.

—¿Y qué indicios puede darle a la policía una anciana ciega?! Y además, sesenta y cinco rands, ¡no vale la pena preocuparse por tan poco!

—Lo tuyo ya no es caridad cristiana sino inconsecuencia.

—Cariño —se enterneció la anciana—. Hijo mío...

Ali la interrumpió:

—No creas que porque eres ciega no te veo venir... —insinuó.

Su madre tenía radares en las yemas de los dedos, antenas en las orejas y ojos en la nuca. Llevaba más de veinte años viviendo en ese barrio, conocía a todos sus habitantes, las calles y los callejones: seguro que tenía alguna idea de quién podía ser su asaltante, y Ali sospechaba que esa insistencia en minimizar la agresión de la que había sido víctima escondía algo...

—¿Y bien?

—No quisiera resultar pesada, señor Neuman —dijo la enfermera—, pero su madre acaba de tomar un calmante, y pronto empezará a hacerle efecto.

—La veré fuera —le dijo, para librarse de ella y quedarse a solas con su madre.

Myriam arqueó las cejas, impecables arabescos, y cogió su bolso.

—Volveré esta noche —le dijo a Josephina—. Hasta entonces, descanse, ¿entendido?

—Gracias, hija —contestó Josephina desde su cama con dosel.

Era la primera vez que Myriam coincidía con su hijo adorado. Un cuerpo esbelto y fuerte, rasgos finos y regulares, pelo muy corto, una mirada elegante, oscura y penetrante, unos labios preciosos: era exactamente tal y como su madre se lo había descrito... Ali esperó a que hubiera salido la joven xhosa para acariciar la mano de su testaruda preferida.

—El que te ha agredido —dijo, siguiendo la línea de sus venas es alguien que conoces, ¿verdad?

Josephina cerró los ojos sin dejar de sonreír. Quiso mentir, pero la mano de su hijo estaba tan caliente...

—Lo conoces, ¿verdad? —insistió.

La anciana suspiró, como si el pasado se hubiera hecho presente. Ali tenía las mismas manos que su padre...

—Conocía a su madre —reconoció por fin—. Nora Mceli... Una amiga de Mary. Mary era la prima que los había acogido en Khayelitsha cuando tuvieron que huir

del bantustán de KwaZulu. En cuanto a su amiga Nora Mceli, era una *sangoma*, una curandera, que le había curado unas terribles anginas: Ali recordaba a una africana de mirada de cabra furiosa que, tras darle a beber numerosos brebajes, había logrado arrancarle la bola de fuego que le consumía la garganta...

—Nos perdimos de vista cuando murió Mary, pero Nora tenía un hijo —prosiguió Josephina—. Estaba con ella el día del entierro: Simón... ¿No lo recuerdas?

—No... ¿Y ese tal Simón es el que te ha agredido?

Josephina asintió, casi avergonzada.

—¿Su madre sigue ejerciendo?

—No lo sé —dijo la anciana—. Nora y Simón se marcharon del township hace unos meses, según me han dicho. La última vez que los vi fue en el entierro de Mary. Simón debía de tener entonces unos nueve años: era un niño amable, de salud frágil. Lo atendí una vez en el dispensario. El pobre tenía un soplo en el corazón y asma... Ni siquiera Nora podía hacer nada por él. Quizá por eso se marcharan del township... Ali —le dijo, apretando con fuerza su gran mano—: Nora Mceli nos ayudó cuando lo necesitamos. No puedo denunciar a su hijo, ¿lo entiendes? Además, para atacar a una vieja como yo hay que estar muy desesperado, ¿no te parece?

—O ser un cobarde redomado —dijo Ali entre dientes.

Josephina siempre disculpaba a todo el mundo. Tanto sermón le nublabla el juicio.

—Estoy convencida de que Simón no se acuerda de mí —dijo, muy segura de sí misma.

—Me extrañaría.

Con sus elegantes túnicas blancas, su corpulencia y su bastón, Josephina pasaba tan inadvertida como una aurora boreal. Ali vio sus baratijas sobre la mesilla de noche, las fotos de su hijo querido, que no la tenía más que a ella, y el cementerio humeante que encerraba su universo.

—¿Simón estaba solo cuando te atacó?

—Sí.

—¿Es miembro de alguna banda?

—Eso me han dicho, sí.

—¿Qué te han dicho exactamente?

—Sólo que se juntaba con otros chicos de la calle...

—¿Y por dónde se mueven?

—No lo sé. Pero si vagabundea por la calle como dicen, eso es que le habrá ocurrido alguna desgracia a su madre.

Ali asintió despacio con la cabeza. Josephina no pudo reprimir un bostezo y dejó al descubierto los pocos dientes que le quedaban. El calmante estaba empezando a hacer efecto...

—Bueno, veré lo que se puede hacer... —Ali besó a su madre en la frente—. Y

ahora, duerme. Me pasaré a verte a última hora para asegurarme de que sigues viva...

La anciana ahogó una carcajada, a la vez apenada y encantada de ser objeto de tantas atenciones.

Neuman corrió del todo las cortinas para que la oscuridad fuera completa.

—A propósito —le preguntó desde la cama, mientras aún estaba de espaldas—, ¿qué te ha parecido la pequeña Myriam?

La joven enfermera esperaba delante de la casa, su silueta grácil se recortaba contra el azul del cielo.

—Fea de narices —contestó Ali.

### 3

El segundo hijo de Oscar y Josephina nació al día siguiente del combate histórico de Kinshasha, en noviembre de 1973. Aquella noche, en medio de un caos indescriptible, Mohamed Ali, el boxeador que se había convertido al islam, se enfrentaba a George Foreman, al que todos consideraban invencible. Lo que estaba en juego en ese combate no era tanto el cinturón de campeón mundial de los pesos pesados como la afirmación de la identidad negra y la prueba mediante los puños de que la lucha por la defensa de sus derechos no era vana. Mohamed Ali, que había boxeado poco desde su salida de la cárcel, venció aquella noche a la fuerza bruta de Foreman, el campeón de la América blanca, demostrando así que el poder se podía pisotear, bastaba sólo luchar con inteligencia y tesón.

El mensaje, que llegó en los momentos más crudos del apartheid, exaltó a Oscar. Su hijo se llamaría como el campeón: «Ali». A Josephina le parecía bonito, y a Oscar, premonitorio.

Culto como era, el zulú no creía mucho en pamplinas, pero los *amaDlozi*, los antepasados venerados, se habían inclinado sobre la cuna de su segundo hijo. Como el boxeador defensor de la causa negra, su hijo también sería campeón, de todas las categorías...

De hecho, Ali Neuman no se había beneficiado de la ley de discriminación positiva para dirigir la policía criminal de Ciudad del Cabo: había sido mejor que todo el mundo. Era más inteligente; más rápido. Hasta los viejos policías paletos, los que habían obedecido las órdenes, los viciosos y los que se pasaban el día borrachos, lo encontraban bastante listo —para ser un cafre<sup>[10]</sup>—. Los demás, los que lo conocían por su reputación, pensaban que era un tipo duro, descendiente de algún jefe zulú, y que más valía no provocarlo demasiado con las cuestiones étnicas. Los negros sobre todo habían sufrido una educación muy deficiente<sup>[11]</sup> y seguían siendo minoritarios en el seno de la élite intelectual: Neuman les demostró que no descendía del mono sino del árbol, como los blancos, lo cual no lo convertía en un ser inofensivo...

Walter Sanogo, el capitán de la comisaría de Harare, sabía quién era Ali Neuman: el enchufado de los blancos. Bastaba ver el corte de su traje —allí nadie podía permitirse esa clase de ropa—. No es que Sanogo le tuviera envidia, sencillamente vivían en mundos distintos.

Pensado para albergar a doscientas cincuenta mil personas, en Khayelitsha vivía actualmente un millón, quizá dos, si no tres: además de los que vivían en los asentamientos ilegales, los sin techo de otros townships superpoblados o los trabajadores que iban de aquí para allá, Khayelitsha, que parecía no tener fondo, engullía a los refugiados de todo el continente africano.

—Si su madre no denuncia a su agresor —dijo—, no veo cómo podría yo lanzar la más mínima investigación... Comprendo que esté usted furioso por lo que le ha ocurrido, pero bandas de chavales de la calle las hay a patadas últimamente.

El ventilador ronroneaba en el despacho del capitán. Sanogo tenía unos cincuenta años, una fea cicatriz en la nariz y unos hombros caídos que el uniforme no llegaba a realzar. La mitad de las órdenes de búsqueda que adornaban la pared detrás de su escritorio eran al menos de hacía uno o dos años.

—La madre de Simón Mceli era una *sangoma* —dijo Neuman—: Al parecer, ella abandonó el township, pero no su hijo. Si Simón pertenece hoy a alguna banda de niños de la calle, tendríamos que poder localizarlo.

El capitán soltó un suspiro triste, no tanto de mala fe como de impotencia. Llegaban, por así decirlo, todos los días, en grupo o aisladas, personas que habían visto arder sus campos; cuyas casas habían sido saqueadas; sus amigos, asesinados; y sus mujeres, violadas ante los ojos del resto de la familia. Si no, era gente que tenía que huir por culpa del petróleo, las epidemias, la sequía, las renovaciones nacionales llevadas a cabo a golpe de machete, de etnocidio o de AK-47; gente perseguida por la desgracia, gente aterrorizada que, por instinto de supervivencia, convergía en la pacífica provincia de El Cabo: Khayelitsha servía hoy en día de tampón entre Ciudad del Cabo, «la ciudad más hermosa del mundo», y el resto del África subsahariana. ¿Cien? ¿Mil? ¿Dos mil? Walter Sanogo no sabía cuántos llegaban cada día, pero Khayelitsha iba a explotar si tenía que albergar a más refugiados.

—Sólo dispongo de doscientos hombres —dijo—, para cientos de miles de personas. Hágame caso, si su madre no tiene complicaciones médicas, olvide la agresión. Diré a mis hombres que pregunten dos o tres veces en la calle: se correrá la voz entre los chavales...

—Si una banda de niños asalta a ancianas, desde luego no se van a asustar de un par de polis curiosos —apuntó Neuman—. Y si esa banda está por aquí, alguien habrá tenido que verla.

—No se haga ilusiones al respecto —replicó Sanogo—. La gente reclama más seguridad, convoca manifestaciones contra el crimen y la droga, pero la última vez que hicimos una redada por el township, nos recibieron a pedradas. Las madres protegen a sus hijos, qué quiere usted... La gente se dice que la pobreza y el paro son la causa de todos sus males, y los trapicheos, una manera de sobrevivir como otra cualquiera. Los Casspir<sup>[12]</sup> han dejado huellas imborrables en la gente —dijo con fatalidad—, y la mayoría tiene miedo de posibles represalias. Incluso si se trata de un asesinato perpetrado a plena luz del día, nadie ha visto nunca nada.

—¿Puede al menos echar un vistazo a su ordenador? —dijo Neuman, mirando el cubo plantado sobre su escritorio.

El policía del township no se movió un milímetro.

—¿Me está usted pidiendo que abra una investigación sobre una agresión que, jurídicamente, no existe?

—No, le estoy pidiendo que me diga si Simón Mceli pertenece a alguna banda conocida, o a alguna mafia —contestó Neuman.

—¿Un niño de diez años?

—Las manos pequeñas hacen trabajitos pequeños mientras los adultos se reparten el botín: no me diga que no lo sabía.

El tono de la conversación, hasta entonces cortés, se enfrió. Sanogo agitó la cabeza de lado a lado, como si acabara de sentir un escalofrío.

—Eso no nos llevará a ninguna parte —dijo.

El zulú lo miró fijamente con ojos de serpiente.

Sanogo esbozó una mueca afligida antes de volverse hacia su ordenador con la inercia de un buque de carga.

—¿Seguro que no va a llevar una investigación por su cuenta? —dijo, consultando los ficheros—. Khayelitsha no pertenece a su jurisdicción.

—Sólo quiero tranquilizar a mi anciana madre.

El capitán asintió con la cabeza, entornando los párpados. Al fin aparecieron unas listas de nombres en la pantalla. Ninguno correspondía al de Simón Mceli.

—El chaval no figura en nuestros ficheros —dijo, arrellanándose en su sillón—. Pero con un porcentaje de casos resueltos del veinte por ciento, si forma parte de alguna banda mafiosa quizá tenga alguna probabilidad de encontrarlo en la fosa común.

—A mí me interesan los vivos: ¿hay nuevas bandas mafiosas en el township?

—Bah... Lo que suele ocurrir es que el hermano pequeño sustituye al mayor. Los elementos descontrolados abundan por aquí.

—En efecto —replicó Neuman—: Esta mañana he cambiado unas palabras con dos tipos en el solar del gimnasio. Unos *tsotsis* de apenas veinte años que hablaban el dashiki...

—La mafia nigeriana, quizá —aventuró el capitán—. Controlan las principales redes de droga.

—Uno de ellos tenía una Beretta como las de la policía.

—Las armas también abundan por aquí.

Walter Sanogo hizo clic en el icono de su ordenador para apagarlo.

—Escuche —dijo, levantándose de su sillón—, no puedo lanzar una investigación por un robo con tirón cuando tengo doce violaciones declaradas anoche mismo, un homicidio y montones de denuncias por agresión. Pero díglele a su madre que no se preocupe: por lo general, los que asaltan a ancianas no viven mucho tiempo...

\* \* \*

El anexo del Hospital de la Cruz Roja se había creado en el marco de una amplia política sanitaria que tenía como objetivo frenar la propagación endémica del sida. Myriam trabajaba en el dispensario desde hacía un año: era su primer empleo, pero se sentía como si llevara toda la vida aliviando la angustia de la gente.

Su madre había contraído el virus de la manera más común: su amante de entonces la golpeaba, tachándola de infiel, cuando ésta le pedía que se pusiera un preservativo. Cuando sus hermanas se marcharon, asustadas por la enfermedad, Myriam se ocupó de su madre hasta sus últimos segundos de vida. No quería morir en el hospital: decía que allí maltrataban a las mujeres infectadas de sida, que se las acusaba de abrirse de piernas con demasiada facilidad, les reprochaban que ellas mismas se lo habían buscado... Su madre había muerto como una auténtica apestada, entre sus brazos, treinta y cinco kilos empapados en lágrimas. A raíz de eso, Myriam se sentía capaz de atender al mundo entero: el mundo entero estaba enfermo. África en particular.

Unos niños echaban una partida de *morabaraba* con piedrecitas en el vestíbulo abarrotado del dispensario. Neuman distinguió a la joven enfermera entre la multitud de pacientes. Llevaba el cabello trenzado con esmero, y su bata blanca ceñida realzaba su bonita figura. Myriam dejó que llegara hasta ella. Un sueño apagado que volvía a encenderse de pronto.

—Hace un momento desapareció usted —dijo Ali, a modo de disculpa.

—Estaba harta de esperarlo. Tengo trabajo —explicó ella, señalando una bandeja llena de jeringuillas.

Estaba enfadada. O por lo menos fingía estarlo.

—Quería darle las gracias por haberse ocupado de mi madre —le dijo él.

—Es mi trabajo.

Sus ojos del color del cobre lanzaban chispitas. Fuegos artificiales.

—Ni siquiera le he pagado el desplazamiento —añadió Neuman, tendiéndole un billete de cincuenta rands.

Myriam se guardó el dinero sin pestañear: era el triple de la tarifa, pero le estaba bien empleado por ser tan guapo y tan antipático a la vez.

—Sabe que lo habría hecho sin cobrar —le dijo de todas formas—. Su madre me ayudó mucho cuando llegué al dispensario.

—Mi madre ayudaría hasta a una piedra...

—¿Me está comparando con una piedra? —se extrañó Myriam, con una expresión encantadora.

—Una piedra preciosa, al menos para mi madre —se apresuró a añadir el policía—. Le reitero mi agradecimiento.

Myriam se lo quedó mirando. Los zulúes tenían fórmulas de cortesía que a veces se hacían interminables, pero ese extraño espécimen se traía algo entre manos, y su

cara bonita no iba a disuadirlo de su empeño.

—Estoy buscando a un niño —dijo—. Simón Mceli: fue atendido aquí no hace mucho. Un niño que ahora tendrá unos diez años. Su madre era una *sangoma* del township.

—No sé —contestó ella—. Pero eso debe de estar anotado en algún lado...

Myriam parecía mucho más intrigada por la cicatriz que tenía Neuman en la frente y en la que acababa de fijarse.

—¿Me podría enseñar el registro? —insistió éste.

La enfermera asintió, con un gesto de hastío (menos mal que había venido para darle las gracias) y se fue al despacho contiguo a consultar los historiales médicos. Abrió un fichero metálico e inspeccionó las fichas de los pacientes. En el reducto hacía un calor húmedo, sentía el aliento de Neuman sobre su hombro y experimentó una sensación difusa, una suerte de malestar por encontrarse los dos a solas allí.

—Sí —dijo, extrayendo una ficha del cajón—: Simón Mceli. Estuvo aquí en enero de 2006.

—¿Qué tenía? ¿Asma?

—No estoy autorizada a decírselo —contestó la enfermera con aire travieso—: Ni siquiera sé si puedo hacer lo que estoy haciendo ahora.

A Neuman le divertía esa muchacha.

—Al menos digo yo que podré saber su última dirección...

—Bico Street, número 124, bloque C.

Estaba a cinco minutos en coche.

—Gracias —le dijo.

Myriam sentía calor bajo su bata blanca. La mala ventilación, seguramente. Buscó algo ingenioso que decir para retenerlo allí, pero era como si las paredes ya no quisieran albergarlos. Neuman desapareció al instante.

El bloque C estaba en un barrio pobre donde se sucedían hilera tras hilera las casitas de tejados de chapa, a menudo prolongadas por *backyard shacks*, esos cobertizos de patio trasero construidos como complemento a las viviendas. En ellos se veía la televisión si es que el vecino tenía una, o se contemplaba el tiempo pasar junto a la carretera, ese tiempo que lo excluía a uno. Desde que el último autocar de turistas que se había asomado por allí, al poco de terminar el apartheid, había sido asaltado por una banda de delincuentes, ya no se veía un solo blanco por el barrio como no fuera miembro de alguna ONG implantada en el township. Los touroperadores se contentaban ahora con minibuses, menos ostentosos, para realizar visitas concretas: escuelas, tiendecitas de artesanía local, asociaciones benéficas, etcétera.

Bico Street: Neuman aparcó junto al contador de electricidad, cuyos cables, semejantes a telarañas, se dispersaban hacia las chabolas. El número 124 estaba

pintado sobre una lata de conserva pegada a la puerta. No había ningún nombre, ni un buzón siquiera —nadie recibía nunca correo en el township—. Llamó a la puerta de contrachapado que, al abrirse, a punto estuvo de caérsele encima.

Una mujer apareció en la entrada de la chabola, ataviada con un camisón en tejido acrílico satinado que brillaba sobre todo por su ausencia. Sus párpados traicionaban desgracias repetidas y muchas noches en vela. Saltaba a la vista que acababa de levantarse de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz de hombre a su espalda.

—No te metas, King Kong, que no das la talla...

La chica esbozó una sonrisa que no desentonaba con su camisón.

—Busco a una mujer —dijo Neuman—: Nora Mceli.

—No soy yo... Qué pena, ¿no?

—Depende de lo que le haya ocurrido. En 2006 Nora todavía vivía aquí con su hijo, Simón. Según dicen se marchó del township hace unos meses...

—Puede ser.

—Nora Mceli —repitió—. Una *sangoma* del barrio.

La chica se contoneó sobre el suelo de tierra batida.

—Que quién coño es —repitió la voz a su espalda.

—Ay, Señor, no le haga caso —dijo la chica, con aire confidencial—: Se despierta de mal humor cuando ha bebido el día anterior.

—¡Contéstame en lugar de menear el culo! —gritó el hombre—. ¡Ésta es mi casa!

Neuman atravesó la mirada de brasas frías que le impedía el paso y entró en la casa sin tener que utilizar la fuerza. Un negro de unos treinta años, vestido con un pantalón corto infame, estaba tumbado bebiendo cerveza sobre un catre que ocupaba la mitad de la habitación. Colillas en el suelo, calzoncillos, latas vacías en todos los rincones, un trozo de motor en el fregadero de la cocina: se veía que la chica sólo estaba de paso.

—Busco a Nora Mceli: la *sangoma* que vivía aquí antes.

—Ya no está —contestó el tipo—. ¿Qué hace en mi casa? ¡Esto es propiedad privada!

Neuman blandió su placa ante el rostro arrugado del hombre.

—Dígame lo que sabe antes de que le eche un vistazo a este cuchitril.

El negro pareció encogerse en su pantalón de fútbol, era patente el olor a *dagga*<sup>[13]</sup>.

—Le digo que no la conozco. Esta casa la conseguí por mi primo, Sam. Tendría que preguntarle a él. Yo no sé nada: ¡mi fecha de nacimiento y poco más!

La chica se echó a reír. A Neuman le entraron ganas de imitarla.

—¡Es verdad lo que dice! —le aseguró con aplomo.

La muchacha seguía contoneándose junto a la puerta. Pimienta y miel: el perfume

de su piel. Eso le recordó que todavía no había hablado con Maia.

Por suerte, el primo Sam se mostró más locuaz: Nora y Simón se habían marchado hacía un año más o menos. La *sangoma* no estaba del todo bien vista en el barrio. Se la acusaba de preparar *muti*, pócimas mágicas, de hacer maleficios, decían incluso que por eso había enfermado, que sus poderes se habían vuelto contra ella. En cuanto a su hijo, Simón, Sam recordaba a un niño taciturno y de salud delicada, del que la gente desconfiaba por atavismo, por superstición...

—Ya no se los ha vuelto a ver nunca por el barrio —aseguró el viejo.

—¿Nora no tenía familia?

Sam se encogió de hombros:

—Alguna vez mencionó a una prima que vivía al otro lado de la vía del tren...

Los asentamientos ilegales.

Era mediodía, el sol ahuyentaba las sombras. De vuelta a su coche, Neuman recibió una llamada de Fletcher.

—Ali... Ali, ven enseguida...

\* \* \*

Las nubes se disolvían, nitrógeno líquido, desde lo alto de Table Mountain, se precipitaban abajo hasta el jardín botánico de Kirstenbosch, que se extendía por las faldas de la montaña. Neuman recorrió el caminito sin dignarse mirar las flores amarillas y blancas que ponían una nota de alegría en los arriates. Fletcher lo esperaba bajo los árboles, con las manos en los bolsillos, única señal de serenidad en el joven. Intercambiaron un gesto amistoso.

La brisa era más fresca a la sombra del Fragrance Garden: «Wilde iris (*Dictes grandiflora*)», rezaba el cartelito. Neuman se arrodilló. Olía a pino, a hierba mojada, a otras plantas de nombres complicados. La chica descansaba en medio de las flores: una mujer blanca a la que apenas se adivinaba detrás del bosquecillo de acacias. Una mujer muy joven, a juzgar por la morfología y la textura de su piel.

—La ha encontrado un empleado municipal —anunció Fletcher, de pie junto a él—. Hacia las diez y media. El jardín abre sus puertas a las nueve, pero esta parte está bastante aislada. Han evacuado a los visitantes.

Su vestido de verano estaba levantado hasta la cintura y dejaba al descubierto unas piernas moteadas de sangre. Una nubecilla de insectos se alborotaba sobre su rostro. La pobre había recibido tantos golpes que ya no se distinguían ni el tabique de la nariz ni las cejas. Los pómulos y los ojos habían desaparecido también bajo una masa de carne, hueso y cartílago; la boca estaba pulverizada, los dientes, clavados en

la garganta, y la frente había reventado en varios sitios. Se habían ensañado con ella como si quisieran borrarle las facciones, suprimir su identidad.

Dan Fletcher apartaba la mirada del cadáver. Todavía no había cumplido los treinta pero había adquirido ya una sólida experiencia junto a Neuman: cuatro años a sus órdenes, que, a su juicio, contaban doble. Fletcher había visto cadáveres ahogados, quemados vivos y agujereados con postas. Pero esa muchacha podía llegar a quitarle el sueño.

—¿Se sabe quién es? —preguntó Neuman.

—Hemos encontrado una tarjeta de videoclub a nombre de una tal Judith Botha en el bolsillo de su chaqueta —contestó—, la dirección que pone está en Observatory. El barrio universitario de la ciudad.

—¿No se ha encontrado el bolso?

—Siguen buscando entre los matorrales.

Sordo al estruendo de los grillos, Neuman parecía hipnotizado por el pétalo rojo vivo enredado en el cabello de la víctima. El espectáculo de esos dedos encogidos, como arañas que acabaran de aplastar, le cortaba la respiración. Pensó en los últimos momentos de su vida, el terror que había sentido, el destino que la había llevado hasta allí, a morir en medio de los wilde iris... Una chica que no tendría ni veinte años.

Dan Fletcher permanecía callado, a la sombra de las acacias. Quería ordenar un poco la casa antes de que volviera Claire, pero ya no iba a poder ser, cuatro días sin ella se le antojaban siglos, ahora la brigada estaba en ebullición, y todos esos efluvios lo aturdían, sólo le gustaba el perfume de su mujer.

Neuman se incorporó por fin.

—¿Qué te parece? —quiso saber Fletcher.

—¿Dónde está Brian?

—Lo he llamado varias veces al móvil, pero no contesta. Los perfumes se elevaban, embriagadores. Neuman hizo una mueca ante el cuerpo desarticulado de la chica:

—Vuelve a intentarlo.

El mundo se hundió de golpe en el océano nocturno. Brian Epkeen cayó al fondo de un abismo y se despertó sobresaltado: al abrirse, la puerta corredera había sonado dentro de su cabeza... El ruido venía de abajo, un sonido tenue pero perfectamente audible, que cesó enseguida.

Brian rodó sobre la cama, evitó por los pelos la cabeza que descansaba sobre la almohada contigua y retrocedió para hacer balance de la situación. El trino de los pájaros llegaba hasta él a través de la ventana del dormitorio, una melena pelirroja y rizada sobresalía de entre las sábanas, y alguien acababa de entrar en la casa.

Epkeen buscó su pistola, pero no estaba encima del escritorio. Vio la cabeza despeinada de espaldas a él, pero ni rastro de ropa sobre el parqué. Salió de entre las sábanas sin hacer ruido, cogió su pistola de calibre 38 de debajo de la cama y avanzó desnudo sobre la alfombra de la habitación: despacio, entornó la puerta.

Estaba en un buen berenjenal pues seguía sin encontrar rastro de su ropa, pero era obvio que había alguien abajo: unos pasos furtivos acababan de atravesar el salón. Se oía movimiento en el vestíbulo. Bajó la escalera sin ruido, se frotó los ojos, que tardaban en acostumbrarse a la penumbra, llegó al pasillo de la planta baja y se arrojó a la pared. El intruso no había tenido que trepar la verja para introducirse en su casa: la puerta había quedado abierta.

Epkeen apretó la culata de su arma, ahora ya estaba despierto del todo. No sabía por qué lo había dejado todo abierto, o más bien sí se figuraba por qué: los rizos pelirrojos en su dormitorio. De todas formas la casa era demasiado grande para él, ya no se trataba de una cuestión de sistema de seguridad... Avanzó hacia el vestíbulo, presa de sensaciones contradictorias. El silencio parecía haberse fundido con las paredes de la casa, el trino de los pájaros había quedado en suspenso. Epkeen, que acababa de rodear el tabique, se quedó estupefacto por un momento: el ladrón estaba ahí mismo, de espaldas, rebuscando en los bolsillos de su chaqueta, milagrosamente colgada del perchero.

El intruso acababa de encontrar dos billetes de cien rands en la cartera cuando sintió la presencia a su espalda.

—Deja ese dinero —dijo Epkeen con voz ronca.

Aunque lo habían sorprendido con las manos en la masa, el tipo no dijo nada: era un joven blanco de unos veinte años vestido a la última moda, con zapatillas de gruesa suela de goma, vaqueros anchos y una camiseta muy grande de una banda de heavy metal; su cabello castaño claro y largo le recordaba al de su madre.

—¿Qué haces aquí? —replicó David.

No había soltado los billetes y miraba fijamente a su padre.

—Eso más bien tendría que preguntártelo yo a ti: al fin y al cabo ésta es mi casa

—precisó.

David no contestó. Devolvió la cartera al bolsillo de la chaqueta, pero no los billetes. En su rostro a lo Brad Pitt, de chaval sano y bien alimentado, no se leía ni una sombra de remordimientos o vergüenza. El hijo pródigo parecía tener prisa.

—¿Es todo lo que hay? —preguntó, señalando los billetes.

—El resto lo he escondido en las Bahamas.

Brian no se movía, con la esperanza de que la pistola ocultara su desnudez, pero David miraba con expresión asqueada su gran miembro, que le colgaba entre las piernas.

David estudiaba periodismo, fumaba porros, nunca tenía dinero y era un vago redomado. El ojito derecho de su madre, su único hijo, insolente pero listo, que se las había ingeniado para instalarse en casa de los padres de su novia; un blanco de la nueva generación que se proclamaba liberal de izquierdas y que, cuando no hablaba de la SAP<sup>[14]</sup> en términos insultantes, lo tildaba a él de fascista y de reaccionario. Daban ganas de inflarlo a tortas. A Brian le caía simpático: él era igual a su edad.

No era la primera vez que su hijo venía a desvalijarlo a su propia casa: la última vez, David le había vaciado los bolsillos no sólo a él, sino también a la chica que compartía esa noche su cama.

—Dame pasta —le espetó a su padre.

—Tienes veinte años, arréglatelas tú solo.

Epkeen quiso arrebatarle los billetes, pero David se los guardó en el enorme bolsillo de sus vaqueros y miró alrededor en busca de algo más que robar.

—¿Te manda tu madre? —quiso saber Brian.

—Este mes no le has pasado la pensión.

—Joder, estamos a día 2...

—Día 2 o día 10, tanto da. ¿Cómo crees que vive?

El joven provocador tenía más de un as en la manga. Brian le dedicó una mueca amarga. Se había endeudado para conservar la casa, con la esperanza de que David se mudaría a vivir con él, con su novia si quería, o con su novio, si es que iban por ahí los tiros, a Brian eso también le traía sin cuidado; pero no sólo su hijo nunca se había mudado, sino que Ruby seguía contándole mentiras sobre él.

—Si tu madre se pasea por ahí en el descapotable de su dentista, tendría que poder sobrevivir hasta el final de la semana, ¿no? —le dijo.

—¿Y qué hay de mí?

—La Facultad de Periodismo, los dos mil rands que te ingreso todos los meses, ¿no te basta con eso?

David adoptó una expresión de cabreo detrás de su flequillo *grunge* y rebelde.

—Los padres de Marjorie nos han echado de casa —explicó.

Marjorie era su novia, una «gótica» llena de *piercings* a la que Brian había visto

un par de veces a la salida de la Facultad de Periodismo.

—Pensaba que les caías muy bien a sus padres...

—Ya no.

—Pues no tenéis más que mudaros aquí.

—Muy gracioso —se burló David.

—¿Y por qué no os instaláis en casa de tu madre?

—Ella ahora tiene una nueva vida, no me apetece fastidiársela... No —prosiguió David—, nos vendría bien un apartamento en el centro, no muy lejos de la facultad. Hemos visto algo para alquilar en el barrio malayo, pero hay que pagar por adelantado los dos primeros meses, por no hablar de la pasta para comer, los impuestos...

—Te olvidas de los taxis: para ir a la facultad es mucho más cómodo, ¿no?

—Bueno, ¿qué? —se impacientó el chico.

Brian volvió a suspirar, conmovido por tanta ternura. David descubrió entonces la chaqueta de mujer tirada en la silla de la entrada.

—Aunque, claro, veo que tienes más gente a la que mantener —insinuó el joven—. ¿Ésta al menos sabes cómo se llama?

—No me ha dado tiempo a preguntárselo. Y ahora, largo de aquí.

—Y tú ve a lavarte la polla.

David pasó delante de él como una exhalación, cruzó el salón sin decir una palabra y cerró con un portazo, dejando tras de sí un silencio ensordecedor.

Brian se preguntó cómo el niño que perseguía a los pingüinos en la playa podía haberse convertido en ese desconocido esbelto con aires de madre superiora de convento, un cínico consumado ahogado en colonia cara. Lo que lo entristecía no era tanto el hecho de pillarlo vaciándole los bolsillos mientras dormía, sino esa manera que tenía de marcharse sin decirle una palabra, con esa mirada odiosa, siempre la misma, de desprecio y amargura mezclados, como si lo viera por última vez... Brian dejó la pistola que aún sostenía —de todas formas no estaba cargada—, descubrió la ropa arrugada y tirada de cualquier manera sobre la mesa de la cocina, la blusa violeta en el suelo, el sujetador a juego, y subió la escalera, de mal humor.

Hacía calor en la habitación; la mujer de los rizos pelirrojos estaba tumbada en la cama, con la sábana bajada hasta el trasero. Sus nalgas, de exuberantes curvas, eran de un blanco diáfano, finas y suaves como la cera. Tracy la camarera del Vera Cruz. Una pelirroja de cabello descolorido, de unos treinta y cinco años, con la que hacía poco que salía, un cuerpo menudo y pequeño pero que se empleaba a fondo en la cama. Sintiendo su presencia, Tracy abrió sus ojos verde manzana y sonrió al verlo.

—Buenos días...

Su rostro adormilado conservaba todavía las marcas de la almohada. Sintió ganas de besarla, para borrar lo que acababa de vivir.

—¿Qué hora es? —preguntó ella, sin cubrirse con las sábanas.

—No sé. Serán las once o así.

—¡Oh, no! —gimoteó, como si acabaran de quedarse dormidos.

Brian se sentó junto a ella, entre dos aguas. El enfrentamiento con su hijo lo había dejado agotado, se sentía como un animalillo varado en una playa, presa de las gaviotas, los cuervos...

—¿Qué pasa? —preguntó Tracy, acariciándole el muslo—. Pareces preocupado.

—No, estoy bien.

—Entonces vuelve a la cama. Tenemos tiempo antes de irnos a casa de tu amigo Jim...

—¿De quién?

Tracy frunció el ceño, transformando sus cejas en un arabesco pelirrojo:

—Pues de ese amigo tuyo, Jim... Me dijiste que íbamos a pasar el día en la playa... que te había dado las llaves de su chalé.

Epkeen fingió tardar mucho en acordarse —vaya, tenía que dejarse ya de esa historia de Jim: la última vez que había delirado con aquello de su supuesto amigo había sido para invitar a una joven abogada a jugar al golf en su club privado de Betty's Bay. Pero ¿por qué demonios hablaba de ese tipo? Tenía la imaginación de un chalado...

Tracy se dio la vuelta, revelando unos pechos untuosos, muy sensibles, según recordaba Brian.

—Anda, ven aquí —sonrió la camarera.

Brian se dejó llevar por el juego de sus dedos, ambos agudizaron un momento sus sentidos antes de sumirse en un frenesí compulsivo, gozaron a distancia, intercambiaron unas caricias extenuadas y concluyeron con un beso.

Brian no tardó en desaparecer en el cuarto de baño. Se dio una ducha, preguntándose qué mentira le iba a contar a Tracy, y se cruzó con su propia mirada en el espejo, pero apartó los ojos.

Brian Epkeen había sido un hombre guapo, pero eso ya pertenecía al pasado. Había visto demasiados sabotajes, había faltado a demasiadas citas. No había amado lo suficiente, o había amado demasiado, o mal, o a quien no debía. Llevaba cuarenta años avanzando como un cangrejo, de derivas lejanas en diagonales cuánticas, una huida a cielo descubierto.

Cogió una camisa sin planchar que le devolvió un vago reflejo de sí mismo en el espejo, se puso un pantalón negro y se paseó por la habitación. Tracy, tumbada en la cama, pedía detalles sobre su domingo en la playa, cuando Brian encendió su móvil.

Tenía doce mensajes.

\* \* \*

Ciudad del Cabo se extendía a los pies de Table Mountain, el suntuoso macizo montañoso que, desde su cumbre de un kilómetro de altura, dominaba el Atlántico sur. La «Mother City», como la llamaban. Epkeen vivía en Somerset, el barrio gay repleto de bares y discotecas, algunos abiertos a todo tipo de gente, sin restricciones. Colonos europeos, tribus xhosas, obreros indios o malayos... hacía siglos que Ciudad del Cabo era una urbe mestiza: el faro del país, una Nueva York en miniatura a orillas del mar, sede del Parlamento y que, por esa misma razón, había sido la primera en aplicar las medidas del apartheid. Epkeen se conocía la ciudad de memoria. Le había procurado tanto náuseas como vivas emociones.

Su tatarabuelo, analfabeto, había llegado allí cubierto de harapos, era uno de esos granjeros que hablaban esa especie de holandés deformado que más tarde pasaría a ser el afrikaans, ponía en práctica la ley del talión y manejaba con la misma habilidad el fusil que el Antiguo Testamento. Él y los pioneros bóers que lo acompañaban no habían encontrado más que tierras áridas y bosquimanos de costumbres prehistóricas, nómadas incapaces de distinguir entre un venado y un animal doméstico, tipos que les arrancaban las patas a las vacas y se las comían crudas mientras las pobres bestias agonizaban entre mugidos, bosquimanos a los que habían echado como a lobos. El viejo no perdonaba una, porque si lo hacía, tenía todas las papeletas para encontrar a su familia asesinada. Se negaba a pagar impuestos al gobernador de la colonia inglesa que los abandonaba a su suerte, en contacto con poblaciones hostiles, desbrozando la tierra y luchando por sobrevivir. Los afrikáners nunca habían dependido de nada ni de nadie. Era esa sangre la que fluía por las venas de Brian, sangre de polvo y de muerte: sangre de selva.

Atavismo antropológico o síndrome de un final de raza anunciado, los bóers eran los eternos perdedores de la Historia —después de la guerra epónima que había visto al vencedor británico quemar sus casas y sus tierras, veinte mil, entre los que había mujeres y niños, habían muerto de hambre y de enfermedad en los campos de concentración ingleses donde los habían encerrado— y la instauración del apartheid, su derrota más vana<sup>[15]</sup>.

Brian consideraba que sus antepasados, al instaurar ese sistema, la habían cagado del todo: el miedo al negro había invadido las conciencias y los cuerpos con una carga animal que recordaba los viejos temores reptilianos; el miedo al lobo, al león, al que se come al hombre blanco. No se podía construir nada sobre esa base: la fobia al otro había devorado la razón y sus mecanismos, y si bien el fin de un régimen tan denostado había devuelto a los afrikáners algo de su dignidad, quince años no bastaban para borrar su contribución a la Historia.

Epkeen bordeó los edificios antiguos del centro de la ciudad y las fachadas de colores de las casas con columnas de Long Street. Las avenidas estaban casi vacías, la mayor parte de la gente se había ido a la playa. Subió hacia Lions Head y buscó

algo de frescor sacando la mano por la ventanilla abierta —el aire acondicionado de su Mercedes llevaba siglos estropeado—. Un modelo de colección, como él (una expresión de Tracy, que Brian se había tomado como un cumplido). Condujo sin pensar más en ella ni en aquella historia de pasar el domingo en casa de «Jim».

La intrusión de David le había dejado un sabor amargo. Llevaban seis años sin hablarse, o tan mal que más les habría valido no hacerlo. Brian esperaba que las cosas se arreglaran, pero David y su madre le seguían guardando rencor. La había engañado —era cierto— con mujeres negras, sobre todo. Brian sólo era fiel a sus convicciones, pero, en el fondo, era todo culpa suya. Ruby siempre había sido una furia trágica herida hasta la médula, y él, un imbécil de primera: saltaba a la vista que esa chica era un aviso de tormenta de fuerza máxima. Se habían conocido en un concierto de Nine Inch Nails en un festival de apoyo a la liberación de Mandela, y su manera de retorcerse en medio del estruendo eléctrico le había hecho atraer las tempestades femeninas: una chica que pegaba saltos al son de los *riffs* de Nine Inch Nails tenía que ser pura dinamita... Brian se había enamorado ahí mismo, el suyo había sido un encuentro como una colisión de líneas de fuga y un haz brillante de amor que iba derecho a sus ojos de loca.

Kloofnek Road: Epkeen evitó por los pelos al mestizo que hacía eses en mitad de la calzada, con la cabeza vendada, y se detuvo en el semáforo. Con su camisa agujereada y moteada de sangre, el desarrapado cayó al suelo unos pasos más allá y quedó tendido bajo el sol, con los brazos en cruz. Otros desechos humanos dormían la mona, tirados en la acera, demasiado borrachos para poder pedir limosna a los escasos viandantes.

El Mercedes dobló la esquina de la avenida y tomó la M3 en dirección a Kirstenbosch.

Dos vehículos policiales montaban guardia ante la entrada al Jardín Botánico. Epkeen vio la furgoneta del equipo forense en el aparcamiento, el coche de Neuman junto a la tienda de souvenirs y a varios grupos de turistas desconcertados por el nerviosismo con el que los agentes se empeñaban en alejarlos de allí. Las nubes caían desde lo alto de la montaña, como ovejas asustadas. Brian mostró su placa de policía al *constable*<sup>[16]</sup> que controlaba los torniquetes de acceso, pasó bajo la bóveda del gran plátano que marcaba la entrada y, seguido por una horda de insectos, se dejó guiar por el canto de los pájaros hacia la avenida principal del parque.

Kirstenbosch, museo vivo, plantas alambicadas, árboles y flores multicolores dispuestos en una marea vegetal al pie de la montaña: Brian se cruzó en el césped con un faisán, que se alejó con una burla, y caminó hasta el bosquecillo de acacias.

Su Majestad estaba un poco más lejos, había encorvado su metro noventa de

estatura bajo las ramas y hablaba en voz baja con Tembo, el forense. Detrás de ellos, medio fundido por el sol, esperaba de pie un viejo negro vestido con un peto verde y tocado con una gorra que le quedaba grande. Un equipo del laboratorio tomaba huellas en el suelo, y otro terminaba de sacar fotos. Epkeen saludó a Tembo, que ya se marchaba, con su sombrero de fieltro que recordaba a los de los músicos de jazz, y también al viejo negro con su peto de empleado municipal. Neuman lo esperaba antes de marcharse.

—Tienes mala cara —dijo al verlo.

—Pues si esto te parece mala cara, verás dentro de diez años...

Epkeen descubrió entonces el cuerpo en mitad de las flores: su aplomo, bastante maltrecho ya desde que se había despertado, se hundió un poco más.

—El caballero la ha encontrado esta mañana —dijo Neuman, volviéndose hacia el jardinero.

El viejo negro no decía nada. Se veía que no tenía ni pizca de ganas de estar allí. Epkeen se inclinó hacia los iris, no sin antes tomarse su ración de betabloqueantes. El cuerpo de la chica yacía de espaldas, con las rodillas dobladas, pero fue la cabeza lo que le hizo retroceder: no se distinguían sus ojos, ni sus rasgos. La habían borrado del mapa, y sus manos crispadas hacia un agresor a la vez invisible y omnipresente la habían dejado como petrificada en el miedo...

—El crimen tuvo lugar esta madrugada, hacia las dos —dijo Neuman con voz mecánica—. El terreno está seco, pero hay flores pisoteadas y manchadas de sangre. Probablemente de la víctima. No hay impacto de bala. Todos los golpes se concentran en el rostro y en la coronilla. Tembo se inclina por un martillo o un objeto similar.

Epkeen observaba los muslos blancos de la muchacha, moteados de sangre, unas piernas todavía algo rollizas, la chica debía de tener la edad de David. Ahuyentó tan aterradoras imágenes y vio que estaba desnuda bajo su vestido.

—¿Violada?

—Es difícil determinarlo —contestó Neuman—. Junto al cadáver se ha encontrado un tanga, la goma estaba intacta. En todo caso, ha habido relación sexual. Queda determinar si fue consentida o no.

Epkeen pasó el dedo por el hombro desnudo de la chica y se lo llevó a los labios: la piel tenía un ligero sabor a sal... Se puso los guantes de látex que le tendía Neuman, examinó las manos de la víctima, sus dedos extrañamente crispados (había algo de tierra bajo las uñas) y las marcas que cubrían sus brazos: pequeños arañazos, casi rectilíneos. El vestido estaba roto en varios sitios, agujeros que eran como enganchones.

—¿Tiene dos dedos rotos?

—Sí: en la mano derecha. Probablemente trató de protegerse.

Dos enfermeros esperaban en el camino de tierra, con la camilla en el suelo.

Empezaban a hartarse de estar tanto rato quietos bajo el sol. Epkeen se incorporó, sentía las piernas como dos flanes.

—Quería que lo vieras antes de retirar el cuerpo —dijo Neuman.

—Gracias, Majestad. ¿Se sabe quién es?

—Hemos encontrado una tarjeta de videoclub a nombre de Judith Botha en el bolsillo de su chaqueta. Estudiante universitaria. Dan ha ido a comprobarlo.

Dan Fletcher, el protegido de ambos.

Los insectos zumbaban bajo las acacias del Jardín Botánico. Epkeen osciló un instante al azar de sus trayectorias, pero dos soles negros se reflejaban en los ojos de Neuman: el presentimiento que arrastraba desde el amanecer seguía ahí.

\* \* \*

La ambulancia, con su sirena a pleno volumen, había formado un corrillo de curiosos delante del Seven Eleven de Woodstock: un cuerpo sobre la acera, gente asustada que se llevaba las manos a la cabeza, y entonces aparecieron los hombres de la unidad de intervención, con su chaleco antibalas... Dan Fletcher recorrió la sucia avenida del barrio popular antes de bifurcar para tomar la M3. Si bien hasta entonces parecía que Ciudad del Cabo estaba escapando a los *brinks*, esos actos de terror cotidianos de los que era epicentro Johannesburgo, ese tipo de escena era cada vez más frecuente, incluso en pleno centro. Una evolución inquietante, de la que no dejaba de hacerse eco la prensa sensacionalista.

Fletcher había registrado el estudio de Judith Botha sin encontrar ningún indicio revelador sobre su desaparición: los vecinos no habían visto a la muchacha en todo el fin de semana, y el estudio no mostraba nada fuera de lo habitual en un apartamento de estudiante: libros, papeles de la universidad, tarjetas postales cutres, DVD, restos de pizza y la foto de una rubia que sonreía a la cámara y que correspondía a la descripción de la víctima. Dan había conseguido el número de teléfono de los padres, Nils y Flora Botha: la asistente que por fin había contestado a la llamada no tenía ni idea de dónde se encontraba la señora Botha, pero su marido, Nils, debía de estar «en el rugby»...

Fletcher no conocía a Nils Botha, ni tenía idea de rugby, pero Janet Helms, que supervisaba la investigación desde la central, lo informó. Botha era el antiguo seleccionador de los Springboks, el equipo nacional; él mismo había sido jugador durante el periodo del embargo y el boicot deportivo. Hacía veinte años que era el emblemático entrenador de los Stormers de Cabo Occidental. Él y su mujer, Flora, tenían un hijo mayor, Pretorius, residente en Port Elizabeth, y una hija, Judith, que acababa de matricularse en la universidad, en Observatory.

Fletcher volvía a ver el rostro desfigurado en medio de las flores, las lianas sucias

de su cabello rubio, los grumos de cerebro que se desparramaban fuera del cráneo... A Neuman le había ocultado su repugnancia, pero no podía engañar a nadie, y menos a los viejos polis de la central, que estaban de vuelta de todo. «Chupapollas» era el apodo que le había puesto Van Vlit, el sargento instructor de tiro sobre blancos móviles, terror de los agentes recién incorporados al cuerpo. El apodo era ya conocido en toda la comisaría, Dan había encontrado incluso revistas gay en el cajón de su mesa, con las páginas pegadas, jajá, qué risa, hasta que la cosa se calmó... Fletcher imaginaba que había terminado el periodo de las novatadas: se equivocaba. Neuman lo había elegido por sus dotes de sociólogo, no para que tuviera que aguantar los comentarios homófobos de los viejos polis de la comisaría central. El zulú había dejado fuera de combate al sargento instructor con un puñetazo en la nuca y le había bajado el pantalón delante de todos los demás: luego había cogido su famoso Colt cromado, del que tan orgulloso estaba Van Vlit, se lo había metido hasta la culata y lo había dejado ahí tieso, con su culo gordo y lleno de granos, sumido en una rabia fría más eficaz que ninguna advertencia. Después de eso, se acabaron los apodos, y empezó su colaboración.

Dan Fletcher salió con esfuerzo de la M3 que dominaba la ciudad y, cruzando al otro lado de la montaña, llegó al complejo deportivo.

Los Stormers se estaban preparando para el Súper 14, el campeonato provincial del hemisferio sur. Todavía estaban lejos de su objetivo, pero los sudafricanos se entrenaban a fondo para alcanzar a los neozelandeses; Fletcher encontró a Botha a pie de campo, increpando a sus jugadores, corpulentos, fofos y sudorosos, mientras éstos ensayaban una melé. Cada balón que se caía lo sacaba de sus casillas: fue necesaria la placa para que el entrenador se dignara prestar atención al canijo con ojos de mujer que acababa de aparecer. Dejó que su ayudante prosiguiera con el entrenamiento de los delanteros, una sesión de tortura hasta el agotamiento.

Con los trapecios sobresaliendo de su camiseta pese a que ya había pasado la barrera de los sesenta, Botha, un hombre cuadrado y de pelo cano, llevaba una gorra con los colores del club y lucía en los antebrazos el vello de un orangután.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alertado por la expresión del policía.

—Estamos buscando a su hija, Judith... ¿Sabe dónde está?

Los ojos del entrenador se inyectaron en sangre:

—Pues... ¡en su casa! ¿Por qué?

—He estado en el estudio de Observatory, allí no hay nadie —respondió con calma el policía—. Y tampoco contesta al móvil.

Había ocurrido algo grave, Botha lo supo enseguida.

—¿Cómo que no contesta al móvil?

Se palpó los bolsillos de su pantalón corto beis, buscando el móvil, como si aquello pudiera aportar una solución al problema.

—¿Puede describirme a Judith? —preguntó Fletcher—. Físicamente, me refiero...

—Pues es rubia, de ojos azules, uno sesenta y ocho de estatura... ¿Por qué busca a mi hija? ¿Ha hecho algo malo?

Botha lo miraba, incrédulo. Fletcher sintió que se le aceleraba el pulso.

—Esta mañana se ha encontrado el cadáver de una chica —anunció—, en el Jardín Botánico de Kirstenbosch. El cuerpo aún no ha sido identificado, pero en el bolsillo de su chaqueta había una tarjeta de videoclub a nombre de Judith. La descripción de la víctima se corresponde con la de su hija pero aún no hay nada seguro... ¿Está al corriente de las actividades de Judith, lo que tenía pensado hacer anoche, por ejemplo?

El rostro colorado del entrenador se descompuso lentamente. Botha era conocido por las broncas que echaba a sus jugadores en los descansos y por su amor por el rugby duro, sin miramientos. Ese poli canijo y afeminado lo había dejado KO.

—Judith... Judith tenía que revisar sus parciales, con su amiga Nicole. En su estudio... En eso habían quedado.

—¿Nicole qué más?

—Wiese... Nicole Wiese. Estudian juntas en la universidad.

Los delanteros caían como moscas bajo el sol.

—¿Tiene su móvil? —quiso saber Fletcher.

—¿El de Nicole? No... Pero tengo el de su padre —añadió de pronto—. Las niñas se conocen desde pequeñas.

—¿Tiene alguna idea del lugar donde pueden haber ido anoche?

—No...

—¿Judith tiene novio?

—Deblink... Peter Deblink. Vive en Camps Bay —añadió Botha, como si aquello pudiera ser una garantía de moralidad—. Sus padres tienen un restaurante al que solemos ir mi mujer y yo...

—¿Estaban juntos anoche?

—Ya le he dicho que Judith había quedado para repasar para los parciales con su amiga de la universidad.

—Su hija le mintió —replicó Fletcher.

Los delanteros jadeaban, agotados, pero Botha ya no los veía: si el cadáver era el de su hija... Sintió que se le endurecían los muslos y se le erizaba el vello. Entonces el móvil de Fletcher vibró en el bolsillo de su chaqueta. Con un gesto de disculpa para el entrenador, muy pálido, contestó a la llamada. Era Janet Helms, su compañera.

—Acabo de hablar por teléfono con Judith Botha —le dijo—: Está en Strand, con su novio, no ha encendido el móvil hasta ahora...

El nudo que tenía en el estómago se disolvió.

—¿La has puesto al corriente?

—No —contestó Janet—. Me imaginé que preferirías interrogarla tú.

—Has hecho bien... Dile que la espero en casa de sus padres.

A pie de campo, Botha tendió el oído. Pendiente de sus labios, buscaba un indicio, el que fuera, que le dijera que su hija estaba viva.

—Su hija está en la playa —le dijo Fletcher.

Los hombros del deportista se hundieron. Su alivio duró poco: Dan marcó el número de Neuman, que contestó al instante.

—Ali, soy yo. Creo que tengo el nombre de la víctima: Nicole Wiese.

—Es ella...

Los dedos de Stewart Wiese se entrelazaban como boas ante el mármol gris. La sala olía a antiséptico, pero por mucho que se esforzara el forense en hacer que su hija fuera algo más presentable, nada de eso iba a aplacar su rabia: de la tristeza ya se ocuparía después con su mujer.

Stewart Wiese había jugado de segunda línea en los Springboks: campeón del mundo en el 95, había formado parte unas cincuenta veces de la selección nacional, tenía muslos de búfalo y un cráneo con el que habría podido reventar una piedra de un cabezazo. Los campos de rugby lo habían entrenado para encajar golpes, el afrikáner había recibido bastantes y él a su vez había maltratado bastantes cuerpos, pero, como jugador que era, sabía de sobra que los golpes que no se ven venir son los más violentos. Ahora la niña de sus ojos, su hija mayor, ya no tenía ojos, ni nada que pudiera recordarle los rasgos de su Nicole.

—¿Quiere sentarse?

—No.

Wiese debía de haber cogido unos quince kilos desde los tiempos en que jugaba, pero había conservado intactas las ganas de pelearse con el mundo. Apartó con un gesto el vaso de agua fresca que le ofrecía la ayudante del forense y le lanzó una mirada aguerrida a Neuman. Pensó en su mujer, loca de dolor antes incluso de que se confirmara el asesinato, en el abismo que se abría, cada vez más grande, bajo sus pies.

—¿Tiene idea de quién es el hijo de puta que ha hecho esto?

No era tanto una pregunta como una amenaza.

Neuman observó la foto de la hija de Stewart, una muchacha rubia que acababa de cumplir dieciocho años y que residía en el 114 de Victoria, el barrio elegante de Camps Bay, en la periferia de la ciudad. Nicole Wiese: una muñequita bonita, al verla te daban ganas de comprarle un helado de vainilla, no de destrozarle el rostro con un martillo.

—Imagino que su hija no tenía enemigos —se aventuró Neuman.

—Ninguno así.

—¿Permiso de conducir?

—No.

—Sin embargo, Nicole no fue andando a Kirstenbosch: ¿tiene idea de quién pudo haberla acompañado?

Wiese se retorció las manos para no temblar.

—Nicole nunca habría salido por ahí de noche con desconocidos —dijo.

Miraba el rostro pulverizado de su hija como si fuera el de otra persona. No

quería creer que el mundo no fuera más que una ilusión banal. Un castillo de naipes.

—¿Cree en la teoría de que su hija era la persona equivocada y que esto ha ocurrido por encontrarse en el lugar y en el momento equivocados? —preguntó Neuman.

La rabia que estaba conteniendo estalló de golpe:

—¡No, yo lo que creo es que esto es obra de un salvaje: un salvaje que se ha ensañado con mi hija! —Su voz retumbó en el aire helado—. ¡¿Quién si no puede haber hecho una cosa así?! ¡¿Quién si no?! ¡¿Me lo puede decir?!

—Lo siento mucho.

—No tanto como yo —replicó Wiese, sin aflojar las mandíbulas—. Pero esto no quedará así. No: no quedará así...

La tez rubicunda del afrikáner se había diluido, un furor sordo latía en sus sienes. Creía a su hija en casa de Judith Botha, donde las dos estudiantes debían pasar la noche repasando para los exámenes parciales ante un trozo de pizza, y en vez de eso la habían encontrado muerta a varios kilómetros de allí, asesinada en el Jardín Botánico de Kirstenbosch, en plena noche.

—¿Y han... han violado a mi hija?

—Todavía no lo sabemos. La autopsia lo dirá.

El antiguo jugador de rugby enderezó el busto, era apenas un poco más alto que Neuman.

—Deberían saberlo —le espetó—. ¡¿Qué coño hace su forense?!

—Su trabajo —contestó Neuman—. Su hija mantuvo relaciones sexuales anoche, pero no es seguro que fuera violada.

Wiese se puso muy colorado, parecía estupefacto.

—Quiero ver al jefe de policía —dijo con voz átona—. Quiero que se ocupe personalmente de esto.

—Yo dirijo la brigada criminal —precisó Neuman—: Y es exactamente lo que voy a hacer.

El afrikáner vaciló, desconcertado. La ayudante del forense había tapado con la sábana el cadáver, que Wiese seguía mirando con ojos vidriosos.

—¿Puede decirme cuándo vio a Nicole por última vez?

—Hacia las cuatro de la tarde... El sábado... Nicole tenía que irse de compras con Judith Botha, antes de encerrarse a repasar para los exámenes.

—¿Sabe si tenía novio?

—Nicole rompió antes del verano con su último novio —dijo—. Ben Durandt. Desde entonces no había vuelto a tener ninguno.

—A los dieciocho años no siempre le cuenta uno todo a su padre —se aventuró Neuman.

—Mi mujer me lo habría dicho. ¿Qué insinúa? ¿Qué no sé controlar a mi hija?

El furor velaba sus ojos metálicos: encontraría al tipo que había asesinado a su hija, lo haría papilla, lo reduciría a un puñado de huesos, no quedaría nada de él.

—Mi hija ha sido violada y asesinada por una bestia —declaró en tono perentorio—, un monstruo de la peor especie que hoy se pasea tan campante por la ciudad, con total impunidad: no puedo aceptarlo. Imposible. Si no sabe quién soy yo, va a aprender a conocerme... No soy de los que tiran la toalla, capitán. Removeré cielo y tierra hasta que cojamos a esta basura. Quiero que todos los departamentos de su jodida policía se involucren en el caso, que sus putos inspectores muevan el culo y sobre todo que obtengan resultados: pronto. ¿Está claro?

—La justicia es igual para todos —aseguró el policía negro con un énfasis que Wiese interpretó como arrogancia—. Encontraré al asesino de su hija.

—Lo espero por usted —masculló entre dientes.

La nuca rapada del afrikáner estaba empapada en sudor. Stewart Wiese lanzó una última mirada a la sábana que cubría a su hija.

Neuman empezaba a entender lo que lo irritaba de esa entrevista.

—Un agente irá a su casa mañana por la mañana —dijo, antes de dejarlo marchar. Un agente blanco.

\* \* \*

Las colinas y la vegetación frondosa que cubría las paradisíacas calas de Clifton habían cedido el lugar a residencias de lujo, chalés con aparcamiento en el techo, vigilancia y acceso privado a la playa. Atrapados como estaban en la tela de la especulación inmobiliaria, todavía se construía directamente en las faldas de las colinas, cada vez más alto; de todas formas, ya era demasiado tarde para pensar en preservar el paisaje.

El 25 de West Point. Dorados, maderas lacadas, espejos a gogó, una joya para cualquier apasionado del brillo vulgar de los ochenta, la vivienda de la familia Botha estaba engalanada como una *drag-queen* de Sidney. Flora, que lucía una expresión cansada por el sol y el maquillaje, aguardaba el regreso de Judith sobre el sofá del salón panorámico. Su marido, que se afanaba alrededor de la mesa baja, hablaba por los dos. Mintiendo a todo el mundo, la tontorrón de la jovencita había levantado una barrera de antagonismo entre las dos familias: Stewart había llamado un poco antes, una discusión agitada que no había hecho sino envenenar más las cosas. El jugador de los Springboks había terminado su carrera en los Stormers de Nils Botha, y los dos hombres habían mantenido la amistad desde entonces: sus hijas habían ido juntas al colegio, tenían el mismo círculo de amistades, salían por los mismos sitios, nunca les había faltado nada ni habían dado el más mínimo disgusto a sus padres. Se suponía que debían repasar para los exámenes, no salir por ahí de noche ni marcharse a pasar

el fin de semana en la playa. Traición. Incomprensión. Botha echaba chispas. Fletcher lo dejó cocerse en su propio jugo, mientras su esposa se retorció los dedos en el sofá tapizado de flores.

Dan pensó en Claire, su mujer, a la que después iría a recoger al hospital, cuando llamaron al telefonillo. Flora dio un respingo en su cojín, se incorporó de golpe, como movida por un resorte, e hizo repiquetear sus tacones de aguja sobre el suelo de mármol. Nils fue el primero en descolgar el auricular del telefonillo. El vigilante anunció la llegada de su hija.

Judith apareció poco después al pie del ascensor privado, acompañada de su novio Peter, un niño bien del barrio que había cambiado sus Ray Ban por un mechón rubio que le adornaba la frente.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Judith, al ver la expresión deshecha de su madre—. ¿Ha ocurrido algo?

Botha echó a un lado a su mujer, se precipitó sobre su hija y le propinó una bofetada en plena cara. Flora dejó escapar un grito de estupefacción. Judith gimió, desplomándose en el suelo.

—¡Nils! —protestó Flora—. No...

—¡Cállate! Y tú, escúchame bien —rugió, dirigiéndose a su hija—: Sí, ha ocurrido algo: ¡Nicole ha sido asesinada! ¡¿Me oyes?! ¡La han matado!

La asistenta, escondida al fondo del pasillo, corrió a refugiarse en la cocina. Judith se echó a llorar. El joven a la moda que la acompañaba retrocedió hacia el ascensor. Botha lo fusiló con la mirada antes de inclinarse sobre la muchacha que lloraba, a la que levantó del brazo como se arrancan las malas hierbas.

—No creo que este trato sea el más adecuado dada la situación —se interpuso Fletcher.

—¡Trato a mi hija como me da la gana!

—Pero ve que apenas puede mantenerse en pie...

A Botha le traía sin cuidado. Ya había golpeado antes a hombres en el suelo. Era tan válido en la vida como en el rugby. No veía más que la mentira, el engaño, la pérdida definitiva de la amistad con Stewart Wiese, con el resto de sus conocidos, la repercusión en sus negocios, la marabunta de problemas que se perfilaba en el horizonte. Y todo por culpa de la imbécil de su hija.

Judith sollozaba en el suelo de mármol, cubriéndose el rostro con las manos. Flora acudió junto a ella, torpe, sin saber por dónde cogerla ni cómo consolarla.

—Me gustaría hablar a solas con Judith —dijo Fletcher.

—¡Tengo derecho a saber por qué nos ha mentado mi hija!

—Se lo ruego, señor Botha: déjeme hacer mi trabajo...

La boca de Botha se torció en un rictus agrio. El agente canijo hablaba a media voz y miraba a su hija con una compasión que lo ponía nervioso. Judith seguía

encogida, con la espalda apoyada en la puerta del ascensor, patética, mientras su madre, torpe, trataba de consolarla con un murmullo inaudible.

Fletcher se arrodilló a su vez, descubrió unas pecas bajo el cabello despeinado de la muchacha, la tomó de la mano y la ayudó a levantarse. El rímel se le había corrido y ahora le manchaba los dedos. Apoyado contra el ascensor, Peter Deblink contaba las placas de mármol.

—Tú también te vienes —le lanzó Fletcher.

Evitando la furia paterna, la joven pareja siguió al policía hasta la terraza del salón panorámico.

Un viento fresco se elevaba con los pájaros; abajo, en la playa, se levantaban olas turquesa, era como si ese rincón del paraíso se hubiera equivocado de lugar; Judith, todavía en estado de *shock*, se derrumbó sobre una tumbona, donde pudo llorar con más libertad.

Hubo un momento de silencio, acentuado por el estruendo de las olas. Fletcher tenía la silueta frágil de Montgomery Clift, y su mirada sólo brillaba por la de su mujer: se inclinó hacia la joven estudiante y la encontró bonita, sin más.

—Tienes que ayudarme —dijo—. ¿De acuerdo?

Judith no contestó, muy ocupada en contener el llanto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, sorbiéndose la nariz.

—Todavía no lo sabemos —contestó Fletcher—. Esta mañana han encontrado el cuerpo de Nicole en el Jardín Botánico de Kirstenbosch.

Judith levantó la cabeza, incrédula. Los dedos de su padre habían trazado una obra paleolítica sobre su mejilla.

—Eras la mejor amiga de Nicole, según me han dicho...

—Nos conocemos desde niñas —confirmó Judith, con un nudo en la garganta—. Nicole vive en Camps Bay, al otro lado de la colina...

Pero el movimiento de cabeza que esbozó apenas llegaba a las plantas de la terraza.

—¿Solías mentir para encubrirla?

—No... No...

Fletcher observó sus ojos mojados pero no vio en ellos más que vergüenza y tristeza.

—Dime la verdad.

—Tengo... tengo un estudio en Obs', cerca de la facultad... Nicole les decía a sus padres que se quedaba a dormir allí para estudiar.

—¿Y no era verdad?

—Era sólo un pretexto para salir... No me gusta mentir, pero lo hacía por ella, por amistad. Intenté decirle que nuestros padres terminarían por enterarse, pero Nicole me suplicaba y... Vamos, que no tuve el valor de negarme. Ahora me

arrepiento. Es horrible.

Buscó refugio entre sus manos.

—¿No estabais con ella anoche? —preguntó Fletcher, volviéndose hacia Deblink.

—No —contestó el rubito—: Estábamos en Strand para bucear en una jaula con los tiburones blancos. La excursión salía a las siete de la mañana. Hemos dormido en la casa de la empresa que organizaba esta salida de buceo.

Era fácil de comprobar.

—¿Y Nicole?

—Tenía una copia de las llaves —contestó Judith—. Así teníamos libertad.

—¿Te dijo adónde iba, con quién?

—No...

—Pensaba que erais amigas.

La expresión de su rostro cambió:

—A decir verdad, últimamente nos veíamos poco.

—Estáis en la misma facultad.

—Nicole ya casi no iba a clase —explicó Judith.

—¿Y eso?

—La Historia no le apasionaba demasiado...

—Prefería a los chicos —prosiguió Fletcher.

—No me haga decir lo que no he dicho.

—Pero se acostaba con chicos...

—¡Nicole era cualquier cosa menos una puta! —protestó su amiga.

—No veo qué hay de malo en que te gusten los chicos —dijo Fletcher para calmarla—. ¿Nicole había conocido a alguien?

Judith se encogió de hombros, desarmada.

—Creo que sí.

—¿Sólo lo crees?

—No me habló de ello directamente, pero... no sé... Nicole había cambiado. Me rehuía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No sé —dijo Judith con un soplo de voz—. Es una intuición... Nos conocemos desde hace tiempo, pero algo había cambiado en ella. No sabría decir por qué, pero Nicole no era la misma, sobre todo últimamente. Eso es lo que me hace pensar que había conocido a alguien.

—Es raro que no te hubiera hablado de ello: eras su mejor amiga.

—Lo era, sí...

Un viento de tristeza barrió la terraza.

—¿Nicole cambiaba a menudo de novio?

—No... no: no es que le gustara coleccionar ligues, ya se lo he dicho. Le

gustaban los chicos, sí, pero como a todo el mundo: sin pasarse, una cosa normal.

Deblink ni siquiera se inmutó.

—Ben Durandt —añadió Fletcher—: ¿Lo conoces?

—Un amigo de Camps Bay —dijo, tristonamente—. Estuvieron seis meses juntos.

—¿Cómo se comportaba Durandt con Nicole?

—Muy bien para conducir un descapotable —calibró Judith.

—¿Era el típico novio celoso?

—No... —Judith negó con la cabeza—. Durandt está demasiado fascinado por sí mismo como para interesarse por los demás. De todas maneras, no era más que un ligue. Nicole se aburría un montón con él.

La muchacha se iba animando un poco.

—¿Sabes si se habían acostado juntos?

—No. ¡¿Por qué me lo pregunta?!—

—Intento saber si Nicole se acostaba con chicos, si la relación sexual que mantuvo la noche del asesinato fue consentida o no.

Judith bajó la mirada.

—¿Tú qué crees? —le preguntó a Deblink.

—Apenas nos conocíamos —contestó éste, con una mueca antipática.

—¿Pensaba que erais asiduos de Camps Bay? La juventud dorada pasaba allí los fines de semana, de playa en playa.

—Sí —confirmó el *playboy*—, allí nos conocimos Judith y yo. Pero a Nicole sólo la había visto una vez, y de prisa y corriendo...

—¿Quieres decir que Nicole ya no iba por Camps Bay?

—Eso es.

—Le digo que había cambiado —añadió Judith.

Una gaviota suspendida en el aire graznó a la altura de la terraza. Fletcher se volvió hacia la estudiante:

—¿En qué habíais quedado anoche?

—Nicole me avisó por teléfono de que iba a salir. Yo tenía planeado ir a ver tiburones con Peter, por lo que le dejaba el estudio libre toda la noche...

—¿Por qué mentir a vuestros padres?

—Mi padre, pase —contestó Judith, mordisqueándose los labios—, me ha dejado alquilar un estudio cerca de la universidad... Pero el padre de Nicole es muy... conservador, por decirlo de alguna manera. No le gustaba que saliera. O si lo hacía, tenía que ser con chicos que él conociera. Tenía miedo de que la agredieran o la violaran.

Había una agresión o una violación cada cinco minutos, según las estadísticas nacionales.

—¿Por eso la encubrías cuando salía?

—Sí.

—¿Nicole salía por los bares del barrio?

—Eso me decía ella.

—¿Tenía nuevos amigos?

—Seguramente...

Fletcher asintió. La brisa de la tarde soplaba sobre la terraza.

—Han encontrado una tarjeta de videoclub a tu nombre en el bolsillo de su chaqueta —dijo.

—Sí, se la prestaba cuando quería ver películas.

—¿Anoche, por ejemplo?

—No lo sé. Nicole tenía las llaves y volvía cuando quería. Yo no le hacía preguntas. Apenas nos cruzábamos por las mañanas, eso cuando no pasaba fuera toda la noche...

—¿Ocurrió alguna vez?

—Sí, una vez, esta semana... El miércoles. Sí: el miércoles —repitió—. Cuando me desperté por la mañana no había nadie en el sofá.

—¿Nicole no te contó dónde había dormido?

—No... Yo me limité a decirle que no podía seguir así. Que nuestros padres terminarían por pillarnos... Y, pese a todo, el sábado me dejé convencer otra vez. Como una idiota...

Volvieron a su memoria recuerdos de infancia, y sintió ganas de llorar: muñecas maquilladas, carcajadas, confidencias...

Judith trató de contener el llanto, pero venía con demasiada fuerza y la ola la ahogó. Ocultó el rostro entre las manos.

La noche caía despacio sobre el mar. Fletcher consultó su reloj: Claire salía en menos de una hora.

A dos pasos de allí, con su mechón rubio agitándose al viento, el *playboy* de plástico todavía no había tenido un solo gesto de consuelo para su novia. Dan apretó el hombro de la muchacha que lloraba, antes de marcharse hacia el hospital.

\* \* \*

*A partir de mañana (dentro de unas horas), iré de camino hacia ti. Un camino lento, como nos gusta, a paso de carroza... ¿A qué sabe tu sexo? ¿Sabes que su sabor cambia según la estación del año, la inclinación del sol, el humor de la luna? ¿Sigue siendo tu boca esa virtuosa del «orgasmo agónico»? ¿Seré todavía el pez piloto que corre en cabeza? Pienso en ello, luego ya estoy allí,*

*imaginando, desde lejos, el placer de la inmersión... ¡Cuánto ansío estar contigo, mi amor!*

Claire releyó por enésima vez la notita que Dan había metido junto con las flores. Se la guardó y le dio las rosas a la enfermera xhosa que llevaba tres noches cuidándola.

A los treinta años, uno desconfía de sus decisiones, en su mayoría definitivas, del matrimonio y de los accidentes de coche, pero no del cáncer, un cáncer de mama que le habían diagnosticado hacía tres meses y que había degenerado en toda clase de metástasis. El suelo se abría bajo sus pies, Dan no veía más que un abismo, pero Claire parecía soportar la quimioterapia y la pérdida de cabello. La última serie de análisis había resultado globalmente positiva: habría que ver cómo evolucionaba... Los niños, por supuesto, no sabían nada: Tom, de cuatro años y medio, estaba convencido de que su madre estaba «enferma de otoño», y que volvería a crecerle el pelo. Y en cuanto a Eve, ni siquiera se había enterado de nada...

Dan recogió a su mujer en el vestíbulo del Hospital Somerset. Claire llevaba una boina negra para cubrir su cabeza calva y una falda corta que dejaba al descubierto sus rodillas más delgadas ahora: sonrió al verlo abrirse paso a través de la multitud, lo cogió por los hombros y le plantó un beso en la boca delante de la recepción. Un beso largo y lánguido, como en sus primeros encuentros... Había que darle por culo a la desgracia, ésa era la expresión que empleaba ese ángel desposeído: la enfermedad no podría con ella ni con su cuerpo, ese terreno era sólo suyo, de Dan.

La gente pasaba delante de ellos, y su beso duraba y duraba.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le susurró Dan al oído.

—Veintiséis años dentro de dos meses —contestó Claire.

Dan se separó de su abrazo:

—Entonces vámonos de aquí...

La tomó de su mano frágil, cogió su maleta y la llevó hacia la salida. El aire del aparcamiento se le antojaba nuevo de pronto, y el cielo, casi tan luminoso como sus ojos azules de golondrina.

—Los niños te esperan, han organizado una fiestecita —anunció Dan—. La casa está un poco manga por hombro, no he tenido tiempo de ordenarla, pero la niñera se ocupa de las tartas.

—¡Genial!

—Les he dicho que no llegaríamos antes de las ocho —añadió, como quien no quiere la cosa.

Eran apenas las seis y cuarto...

—¿Adónde me llevas, casanova?

—A Llandudno.

Claire sonrió. Conocían una calita en la península, un sitio tranquilo donde podían bañarse desnudos sin que nadie viniera a molestarlos. Se acurrucó contra él y vio su coche camuflado en el aparcamiento.

—¿Estás de servicio?

—Sí... Es una lata... Esta mañana han encontrado a una chica en Kirstenbosch.

—¿La hija del jugador de rugby?

—¿Te has enterado?

—Lo han dado antes por la radio... ¿Vienen a cenar los chicos?

Se refería a Ali y a Brian, sus queridos amigos, y al pequeño ritual que consistía en ir a cenar a su casa para disculparse por los horarios flexibles, el estrés y la burrada de trabajo que los esperaba.

—Habíamos pensado en mañana por la noche. Si te encuentras bien, claro —se apresuró a añadir.

—Ya lo hemos hablado —dijo Claire, como algo convenido—. No cambiemos nada, ¿vale?

Quería que la trataran como a una convaleciente, no como a una enferma. Lo mismo valía para Ali y Brian. Dan volvió a besarla.

—¿Has encontrado lo que te pedí? —quiso saber ella, subiendo al coche.

—Sí. Está en el asiento de atrás.

Claire se volvió hacia los asientos y colocó la sombrerera sobre su regazo.

—Cierra los ojos —le dijo.

—Ya están cerrados.

Claire lo miró de reojo, se quitó muy rápido la boina, cogió la peluca que había dentro de la sombrerera y se la ajustó mirándose en el espejo del retrovisor: una melena cuadrada y cortita, rubio platino, con dos mechones a los años sesenta que le llegaban justo por debajo de las orejas... Mmm, no estaba nada mal... Le dio unas palmaditas a su marido en el brazo:

—¿Qué tal estoy en versión acrílico?

Dan no pudo evitar estremecerse: una sonrisa ávida y cruel flotaba en sus labios, una sonrisa de muñeca maltratada, y esos ojos azules donde brillaba su muerte...

—Fantástica —dijo, encendiendo el motor.

Tenían dos horas por delante: o lo que es lo mismo, la vida entera.

\* \* \*

Los periódicos de la tarde abrían su edición con el asesinato de Nicole Wiese. Su padre había sido campeón del mundo justo después de las primeras elecciones democráticas, Mandela había vestido la camiseta de los Springboks y escuchado el nuevo himno sudafricano estrechando la mano de su capitán, Pienaar, un afrikáner.

Aquel día, el segunda línea Stewart Wiese se había convertido en uno de los embajadores de la nueva Sudáfrica —y qué importaba si los invencibles All Blacks se habían pillado una gastroenteritis la víspera de la final.

En medio de la tempestad que se había desatado, Stewart Wiese había anunciado que daría una conferencia de prensa, lo cual, en un país presa de la violencia y el crimen, no presagiaba nada bueno; se recordarían las estadísticas, más de cincuenta asesinatos al día, los fallos de la policía, incapaz de proteger a sus conciudadanos, y de ahí se pasaría a comentar la pertinencia de restablecer la pena de muerte...

La noche caía en el township. Ali apagó la radio y sirvió la cena en la cocina. Había preparado un plato de lentejas con cilantro y un cóctel de zumo de frutas. Atiborrada a pastillas, su madre había dormido buena parte de la tarde, pero ahora parecía mucho más recuperada: ¿la agresión de esta mañana? ¿Qué agresión? Josephina pretendía encontrarse divinamente, casi llegaba a decir que no había estado mejor en su vida. Él, en cambio, aunque seguía igual de guapo, de fuerte, etcétera, parecía cansado... El mismo numerito de siempre.

Neuman no comentó nada de su jornada de trabajo, de lo que había visto: dejó sobre la mesa de la cocina sus bombones preferidos, el único capricho que se permitía su madre, y se marchó, no sin antes darle un beso en la frente y jurarle que sí, que sí, que un día le presentaría a su novia...

Simulacros.

Sin alumbrado público, fragmentados en una multitud de micro territorios, de noche los townships eran particularmente peligrosos. Marenberg no escapaba a esta regla: los Rastafari<sup>[17]</sup> habían organizado marchas contra el crimen y la droga, pero las bandas organizadas seguían imponiendo su ley: había ocurrido incluso que las escuelas de Bonteheuwel tuvieran que cerrar por decreto de las mafias, y las autoridades, impotentes, no pudieran garantizar la seguridad de los alumnos. En Marenberg, tres cuartas partes de éstos consumían drogas y gravitaban alrededor de los *tsotsis*...

Neuman aparcó el coche delante de la casa de Maia, una de las pocas construcciones de ladrillo del barrio. Las luces de los aviones titilaban en el cielo malva. Miró las calles de tierra que se desvanecían en la oscuridad y cerró la puerta del coche. Un rayo de claridad se filtraba por el tragaluz de su habitación; llamó suavemente a la puerta, para no asustarla —cuatro veces, era uno de sus códigos. Unos pasos quedos se acercaron.

Maia sonrió al verlo, su semidiós esculpido en la noche.

—Te he estado esperando todo el día —le dijo sin reproche.

La mestiza sólo vestía un camisón de reflejos plateados y el par de zapatillas que

él le había comprado. Besó la mano del zulú y lo atrajo al interior de la casa. La decoración del pequeño salón había cambiado desde la semana anterior: Maia había arrancado los distintos papeles de pared que adornaban la habitación y, en su lugar, había colgado sus propios cuadros, que pintaba sobre tablas o sobre madera que recuperaba de la basura. Maia se alegraba de verlo pero no dijo nada —código número cuatro. Ali había elaborado una lista para ellos. Maia tenía que recordarla.

Lo llevó hasta la habitación sin decir una palabra, encendió la vela que había junto al colchón y se tumbó boca abajo. Sus muslos dorados resplandecían en la penumbra, esas piernas de las que Ali conocía cada músculo, cada recoveco, por haberlas recorrido mil veces. Maia cerró los ojos y se dejó contemplar, con los brazos separados del cuerpo, como si estuviera a punto de echar a volar. Fuera ladró un perro.

Pasó otro avión. La cera terminó por derramarse sobre la moqueta. Esculpida en la espera, Maia seguía inmóvil, con los ojos cerrados, como si estuviera muerta. Por fin, Neuman le pasó la mano por el cabello, trenzado con esmero y, suavemente, le acarició la curva de la nuca. Ella esbozó una sonrisa, no necesitaba abrir los ojos:

—Reconocería tu mano a tres metros...

Maia estaba caliente y suave, como sus labios. Le acarició los hombros, la espalda, ligeramente rugosa... Una, dos, tres... Neuman contó cinco cicatrices. Maia se retorció, gimiendo. Quizá fingiera... Qué importaba. Él le subió el camisón, dejó al descubierto sus riñones, la curva de sus nalgas, que ella no tardó en tenderle, como una ofrenda. Ali no pensaba: con las yemas de los dedos trazaba surcos en su cuerpo maltratado, un hilo invisible que le arrancaba mil y un gemidos de puro placer...

Levantó la cabeza y, a la luz de la vela, vio las imágenes que adornaban las paredes; eran fotografías recortadas de revistas que Maia había puesto ahí para alegrar la habitación, o pensando que le gustarían a él, mujeres vestidas con trajes sastre muy elegantes o en bañador, mujeres publicitarias en decorados paradisíacos de playas y atolones aislados, pobres fotografías medio arrugadas, algunas de las cuales, recogidas de la calle, se habían manchado de humedad o de la suciedad de la basura... Le partían el corazón, y a la vez sintió unas fuertes ganas de vomitar.

Neuman se marchó sin mirar siquiera sus cuadros, dejando un puñado de billetes sobre la nevera.

\* \* \*

El jardín Botánico estaba vacío a esas horas, el alba era aún un recuerdo. Neuman caminó sobre el césped cortado a la inglesa, con los zapatos en la mano. Sentía la hierba blanda y fresca bajo los pies. Las hojas de las acacias se estremecían en la oscuridad. Se arrebujo en su chaqueta y se acuclilló junto a las flores.

«Wilde Iris (*Dictesgrandiflora*) », decía el cartelito. Seguían allí los precintos de la policía, que se agitaban con la brisa...

No se había encontrado el bolso de Nicole en el lugar del crimen. El asesino se lo habría llevado. ¿Por qué? ¿Por el dinero? ¿Qué podía llevar una estudiante en el bolso? Alzó los ojos hacia las nubes asustadas que desfilaban deprisa bajo la luna. El presentimiento seguía ahí, omnipresente, y le oprimía el pecho.

Ali no dormiría. Ni esa noche ni la siguiente. Las pastillas no le hacían ningún efecto, como mucho le dejaban un sabor a pasta blanda en la boca; insomnio crónico, desesperación, fenómenos compensatorios, desesperación, su cerebro era presa de un círculo vicioso. Y no sólo desde aquella mañana. Los paseos por el Cabo de Buena Esperanza no iban a cambiar nada tampoco. En lo más hondo de sí mismo tenía ese monstruo frío, esa bestia de la que no podía librarse; por más que luchara, por más que la negara, por más que hiciera que cada mañana fuera la primera y no la última, libraba una guerra perdida de antemano. Maia: patética fachada... Se le llenaron los ojos de lágrimas. Podía inventarse escenarios de vida, códigos eróticos, listas de atracciones pasionales que no eran sino amores fantasma, el yeso no aguantaba. Sus máscaras caerían en una lluvia de escayola, muy pronto, tabiques de imperio que lo arrastrarían todo en su caída, decorados demasiado viejos, listos para el desguace. La realidad estallaría algún día: lo agarraría del cuello y le haría morder el polvo, como en el jardín de su infancia. Su piel, su vida de zulú pendía de un hilo: podía remodelar la realidad cuanto quisiera, hacer planes, poner nombres a las curvas femeninas, pero al final ésta siempre volvía a caer, cual motor en llamas, en la misma tierra de nadie. Una tierra sin hombres, sin hombres dignos de ese nombre.

Neuman ya no era un hombre. No lo había sido nunca.

Maia podía retorcerse sobre el colchón, hacer estallar los átomos del deseo que los separaba, el sexo de Ali estaba muerto: había muerto con él.

## 6

Ruby tenía una confianza limitada en la humanidad en general; ninguna en el hombre en particular. Su padre se había marchado de la noche a la mañana, sin dejar una nota ni una dirección, abandonando mujer e hijos.

Ruby, la benjamina, tenía entonces trece años. Sin una sola explicación. Su padre sólo había dejado un vacío tras de sí. Sencillamente había rehecho su vida en otro lugar, con otras personas.

Los años habían pasado, pero Ruby nunca trató de encontrarlo. Su hermana se había vuelto anoréxica, su hermano se había convertido en un divorciado endurecido después de dos matrimonios tan patéticos como precipitados, y su madre se había quedado como si fuera viuda: ese cabronazo les había jodido la vida, así que ya podía pudrirse sin que nadie supiera nada de él.

Las carencias afectivas que los corroían por dentro se habían transformado en rabia. Ruby adoraba a su padre. Se lo había creído todo. Lo que le había dicho, lo que le había hecho creer, cuando la sentaba en su regazo y le hacía trucos de cartas, o le leía el tarot. —«¡De mayor serás una gran periodista!»—. Parecía tan orgulloso de ella, tan seguro de sí mismo, del tiempo que jugaba a su favor... Ruby no había desconfiado: su padre, todos los hombres del mundo, eran unos traidores. Brian en particular. Brian Epkeen, el amor con el que nunca se había atrevido a soñar, su príncipe maltrecho al que recogía una y otra vez de una cuneta, con el rostro tumefacto, Brian, a quien ella había lavado las heridas, vendado, y ayudado a levantarse, el cabrón lo había jodido todo. Ruby se lo había dado todo, su amor, su cuerpo, su tiempo: él no había tomado nada.

Hacía seis años que se habían separado. Desde entonces, Ruby había coleccionado relaciones que no llevaban a ningún lado, pero es que no se resignaba a envejecer sin amor. Imposible. El amor era su droga, su dependencia adorada, el duelo por su padre, un duelo que nunca pasaría. Por suerte, hoy en su vida estaba Rick.

Cincuenta y tres años, con un físico todavía agradable, Rick Van der Verskuizen tenía la consulta de dentista más elegante de la ciudad, una finca en medio de viñedos en la que acababa de instalarse, e hijos lo bastante mayores para no darles la tabarra. Un hombre atento con ella que ofrecía perspectivas, toda una red de amigos y conocidos, un futuro, alguien que no volvía a casa de madrugada y en estado de *shock* porque se hubiera puesto hasta arriba de adrenalina o de *speed*, y que, bajo sus bonitos discursos sobre la igualdad, pedía a sus pacientes que le pagaran en negro...

*To bring you my love*

*To bring you my love*

*To bring you my love!*

Ruby se paseaba por la habitación, con la música a todo volumen. Todavía no se había maquillado, apenas se había vestido, iba de la cama al cuarto de baño, cantando a pleno pulmón.

Su sello musical no había resistido a la era de las descargas por Internet; doce años de pasión, de durísimo trabajo, de riesgos y de locuras nocturnas que se disolvían en el aire, puro humo. Había tenido que cerrar la empresa, con todo el dolor de su corazón. Podría haber cambiado de profesión, como la mayoría de los artistas cuyas obras producía, pero Ruby no sabía hacer otra cosa, y sobre todo le traía sin cuidado.

Esa manera de pensar no le había ayudado a encontrar trabajo: ningún sello importante quería trabajar con una mujer medio histérica, y los otros la habían visto demasiadas veces drogada entre bastidores, colgada del cuello del primero que pasaba, metiéndose cualquier cosa en el cuerpo. Había pasado tres años de infierno, en los que casi había llegado a pensar que no saldría nunca a flote, pero ahora, desde que había conseguido ese puesto de ayudante de producción, se anunciaba una nueva vida; se habían acabado los castings para reality-shows o los anuncios de revistas a la moda que te pagaban en ropa, la degradante sucesión de sonrisas a su banquero por los cheques que no podía pagar, los contratos temporales y el paro. Ruby volvería a tener una actividad social reconocida, un poco de dinero, de autonomía... Desde luego, no era el trabajo de sus sueños. Rick había echado mano de sus contactos. Ella, que nunca había dependido de nadie, había tenido que sonreír a más de uno. Había tenido que achantarse, moderar sus aires de vampiresa de vinilo, tragarse sus cuarenta y dos años y hacer como si viviera por primera vez. Poco importaba: ese trabajo la sacaba del agujero donde estaba metida, y Ruby no estaba en posición de poder elegir. Cuarenta y dos años: pronto todo habría acabado para ella. Todavía unos añitos más, pensaba, y luego adiós a esas curvas deslumbrantes que lo hipnotizaban a uno, a las promesas de viajes lejanos y a los besos implacables ante el altar de la palabrería. ¿Qué sería de ella si también Rick la dejaba tirada?

Sonó su móvil en la cómoda de su dormitorio. Ruby bajó el volumen del disco y se llevó el teléfono al oído mientras se subía la cremallera del vestido.

—Hola.

—Joder —masculló Ruby.

—Sí, soy yo.

Brian. Breve silencio en el caos de las ondas.

—Me pillas en mal momento —le espetó Ruby—. ¿Qué pasa?

—¿Has mandado tú a David a robarme la cartera?

—No tengo nada que decirte —replicó.

—Confiesa.

—Te he dicho que podías irte a tomar por culo.

—Igual que David, por lo que se ve —insinuó—: ¿Qué ha pasado con los padres de Marjorie? Parece ser que lo han echado, que está buscando un estudio...

—No estoy enterada de eso.

—Conociéndolo, se habrá fumado algún porro en el salón de los viejos...

—Tú no conoces a tu hijo, Brian. A ti nunca te ha interesado nada más que dónde podías meter la polla. No te extrañe si el chico no te traga.

—Exageras.

—Te aseguro que no.

Soltó una risa para mantener algo de aplomo, pero la voz de Ruby era pura madera de ébano.

—Me ha dicho David que te ibas a mudar a casa de tu nuevo novio...

—No es asunto tuyo.

—A lo mejor podríamos llegar a un acuerdo para la fianza del estudio —prosiguió Brian—. La mitad cada uno, ¿qué me dices?

—Que no.

—Tu dentista está forrado, haz un esfuerzo.

—No le corresponde a él pagar los gastos de tu hijo.

—También es un poco tuyo.

—Rick no tiene nada que ver con nuestras cosas. Déjanos en paz.

—¿Desde cuándo te interesan los piños?

—Desde que ya no tengo que ver los tuyos.

—¡Jajá!

Hacía tantos esfuerzos para hacerse el simpático que resultaba patético.

—Nunca me has hecho gracia, Brian —dijo, en un tono helador—: Jamás. Y ahora déjame tranquila, ¿estamos?!

Ruby tiró el móvil sobre la cama, volvió a subir el volumen y fue al cuarto de baño a maquillarse, con la música a tope. Un toquecito de rímel, sombra de ojos... Su mano temblaba ligeramente delante del espejo. Brian. Maldijo su reflejo... Brian la había engañado, como su padre. Ruby le guardaba rencor por ello: a muerte. Pensaba que se le pasaría, pero no era así.

Las guitarras que gritaban en la habitación callaron de pronto.

—¿Qué es esta música de salvajes?!

P. J. Harvey: un metro cincuenta y cinco de explosivo, una voz de sílex y unos *riffs* que podrían hacer estallar la Tierra... Rick apareció en el quicio de la puerta, con el pelo aún mojado de los largos que acababa de nadar en su piscina. Llevaba un albornoz y un reloj con forma de televisor. Ruby estaba terminando de maquillarse. Le acarició el trasero en pompa.

—¿Te vas?

—Sí —contestó ella—, llego tarde.

—Qué pena...

Ruby sintió su erección en su espalda, su sexo se iba endureciendo a medida que se le acercaba más para abrazarla. Rick sonreía dejando al descubierto sus treinta y dos dientes impecables, que se reflejaban en el espejo; deslizó la mano bajo su vestido, salvó el obstáculo del tanga y la introdujo en su pubis.

—Vamos a tener que darnos prisa —le susurró al oído.

Ruby arqueó el cuerpo, mientras él empezaba a masturbarla.

—No tengo tiempo —gimió.

—Dos minutos —dijo él, respirando más fuerte.

—Voy a llegar tarde...

—Sí... Verás qué rico...

—Cariño...

Ruby se retorció, para zafarse de él sin brusquedad, pero él la sujetaba con fuerza mientras le masajeaba el clítoris; le levantó el vestido y apretó su sexo entre sus nalgas.

—Rick... No, Rick...

Pero él ya le había bajado el tanga.

Era un hermoso día de verano, los insectos volaban en círculo en el jardín umbroso, perseguidos por veloces pájaros. Ruby salió por la terraza, con el bolso en la mano; al final iba a llegar tarde... Rick volvió a ceñirse el albornoz y cogió el periódico que estaba sobre la tumbona.

—¡Hasta esta noche, querida! —le dijo desde lejos.

—¡Te llamo después de la reunión!

—¡Vale!

Ruby sonrió para ocultar que se sentía incómoda. Le había hecho daño...

El bullmastiff que vigilaba la finca acudió a mendigarle una caricia pero se alejó enseguida. Ruby se subió al BMW cupé aparcado en el patio, evitó cruzarse con su propia mirada vidriosa en el retrovisor, a punto estuvo de atropellar al perro, que ladraba bajo las ruedas, y se alejó deprisa por el camino de las viñas, escuchando a Polly Jean a todo volumen, para ahogar sus lágrimas.

\* \* \*

Tan elegante y tan chic como su hermana Clifton, Camps Bay se asomaba al Atlántico y a los contrafuertes de Table Mountain, que la protegían de los vientos

polares. Con unas nubes vaporosas en las cumbres, los buques de carga que moteaban el horizonte azul celeste y palmeras indolentes bordeando Victoria Road, el barrio residencial de lujo emanaba un perfume de Eldorado.

—Menuda cara de malhumor tiene usted —observó el camarero.

Epkeen se estaba tomando un café mientras contemplaba el mar. Acababa de hablar con Ruby por teléfono y dudaba entre reír o llorar...

—Ponme otro expreso en lugar de hacerte el listillo —replicó.

La terraza del Café Caprice estaba casi vacía a esa hora. Tipos tatuados con físico de culturistas, bóldos descapotables, tías buenas y chicas fáciles a tutiplén, gafas de sol de última moda, los jóvenes modernos de Camps Bay no aparecerían por allí antes de las once.

—¿Quiere algo de bollería? —le propuso el camarero mientras pasaba la bayeta por la mesa vecina.

—No.

—Si quiere, también tengo unas salchichas riq...

—¡Que te he dicho que no!

Brian odiaba las *bórewors*, esas salchichas que sabían a pies sucios y que le servían de desayuno cuando era niño, con la excusa de ser afrikáner. Cerró el *Cape Times* y suspiró, contemplando el azul del mar y del cielo; Stewart Wiese había emitido un comunicado de prensa particularmente elocuente en cuanto a la política nacional contra la delincuencia, y en especial contra la policía, a la que juzgaba incapaz de evitar los asesinatos y las violaciones de los cuales su hija acababa de ser la enésima víctima, y ya estaba bien; una declaración de la que enseguida se habían hecho eco los medios de comunicación de todo el país... Brian había recorrido todos los bares de Victoria Road preguntando a los camareros y enseñándoles la foto de la estudiante, pero ninguno recordaba haberla visto últimamente, lo que corroboraba el testimonio de Judith Botha. Tomando el relevo de Dan Fletcher, había interrogado a Ben Durandt. «Muy bien para conducir un descapotable»: el único amante (conocido) de Nicole cuadraba con la descripción que de él había hecho su amiga Judith... Pagó la cuenta y, algo calmado por el ruido del mar, Epkeen subió el pequeño repecho que llevaba a casa de los Wiese.

Pese a los problemas de inseguridad y la crisis inmobiliaria, Camps Bay seguía siendo el barrio elegante más importante de Ciudad del Cabo, una estación balnearia residencial preservada por Chapman's Speak, una de las carreteras más bellas del mundo, a la que actualmente sólo se podía acceder previo pago de un peaje. Allí los negros aparcaban los coches o trabajaban en las cocinas. Había que bajar hacia Hout Bay para ver los primeros townships, que eran poco más que islotes de chabolas que surgían, como excrecencias, de los pueblos de la costa.

El miedo al negro había cedido paso al miedo a la delincuencia entre la mayor parte de los blancos acomodados, que se refugiaban en sus *laager*<sup>[18]</sup>: respuesta armada, acceso vigilado por vídeo, muralla coronada por alambre de espino y cables electrificados; la casa en la que había crecido Nicole poseía el equipamiento mínimo de una vivienda de ese nivel.

La terraza de teca dominaba el chalé de un cineasta ausente la mitad del año; Epkeen se fumó un cigarro apoyado en la barandilla, contemplando la vista sobre la bahía. La asistente, una xhosa que parecía sacada de otra época y se expresaba en *pidgin*<sup>[19]</sup>, le había rogado que esperara junto a la piscina: Stewart Wiese estaba hablando en el salón vecino con el responsable de la empresa funeraria.

El antiguo jugador de rugby se había pasado al negocio del vino y tenía acciones en distintas sociedades locales, entre las que se contaban las mejores explotaciones de la región. Epkeen se inclinó hacia la cristalera que daba al despacho de la planta baja: vio trofeos en los estantes, banderines de rugby, la bandera del Partido Nacional, que hasta hacía poco aún era mayoritario en la provincia del Cabo Occidental<sup>[20]</sup>.

Unos pasos pesados retumbaron entonces sobre el suelo de la terraza.

Brian había olvidado su rostro, pero lo reconoció nada más verlo: Stewart Wiese era un armario de dos metros y un centímetro, tenía la cabeza abollada a golpes, las orejas arrugadas por un sinfín de melés y los ojos gris acero todavía rojos de llorar.

—¿Es usted quien lleva la investigación? —le espetó al policía vestido con pantalones de faena que acababa de llegar.

—Teniente Epkeen —se presentó; su mano se perdió en la del coloso.

Sucio y arrugado por la noche del sábado, Epkeen había dejado su traje en el tinte. Wiese esbozó una mueca dubitativa al ver su camiseta. Sus dos hijas menores, de cuatro y seis años, se habían marchado a casa de sus abuelos hasta el funeral de su hermana; su mujer, incapaz de mantener la más mínima conversación, dormía en su habitación porque había tomado un somnífero. Respondió a las preguntas del agente como si fueran una mera formalidad: Nicole estaba matriculada en primero de Historia en Observatory, y para aprobar Historia había que echarle codos, no pasarse las noches por ahí de cachondeo; además, las calles no eran seguras, a los clientes del restaurante más de moda de la ciudad los había desvalijado una banda de delincuentes la semana anterior, sin ir más lejos, un sábado por la noche; las jóvenes blancas eran población de riesgo, razón por la cual controlaba por dónde y con quién salía Nicole. Nunca había dudado de Judith Botha, de su lealtad. Él y su mujer no entendían lo que había podido ocurrir: era algo que los superaba por completo.

Epkeen comprendía el humor belicoso del padre de familia —a él la muerte de un vago como David lo aniquilaría—, pero había algo en los argumentos de ese tipo que lo molestaba...

—Hace tiempo que no habían visto a su hija en los bares de Camps Bay —dijo—.

¿Le comentó Nicole si iba a algún sitio nuevo?

—Mi hija no tiene por costumbre salir de bares —contestó, mirándolo fijamente.

—Precisamente: alguien pudo llevarla a la fuerza, obligarla a beber...

—Somos adventistas estrictos —aseguró Wiese.

—Es usted también un deportista de alto nivel: entre los partidos fuera de casa y las estancias de concentración, me imagino que apenas habrá visto crecer a su hija mayor.

—La tuve joven, es verdad —concedió—, yo estaba entonces muy centrado en la competición, pero desde que me retiré hemos tenido tiempo de conocernos.

—Su hija mantenía entonces una relación más cercana con su madre —prosiguió Epkeen.

—Con ella hablaba más que conmigo.

Lo típico, vamos.

—Nicole salió varias veces la semana pasada...

—Le repito que se suponía que estaba repasando los exámenes con Judith.

—Si Nicole necesitaba una coartada para salir es porque conocía de antemano su reacción, ¿no?

—¿Qué reacción?

—Imagine por ejemplo que hubiera conocido a jóvenes de otro entorno social, *coloured*<sup>[21]</sup>, o incluso negros...

Stewart Wiese recuperó su expresión de segunda línea momentos antes de entrar en la melé:

—¿A qué ha venido aquí, a tacharme de racista o a encontrar al cerdo que mató a mi hija?

—Nicole mantuvo relaciones sexuales la noche del asesinato —dijo Epkeen—. Trato de averiguar con quién.

—Mi hija fue violada y asesinada.

—Eso por ahora no se sabe... —Epkeen encendió un cigarrillo—. Siento tener que entrar en detalles, señor Wiese, pero puede ocurrir que la vagina de una mujer se lubrique para protegerse de violencias sexuales. Eso no quiere decir que la relación fuera consentida.

—Es imposible.

—¿Puede saberse por qué?

—Mi hija era virgen —dijo.

—He oído hablar de un tal Durandt...

—Era un simple ligue. Anoche lo comentamos mi mujer y yo: Nicole no lo quería. Al menos no lo suficiente para tomar la píldora.

Había otros medios de contracepción, sobre todo con el sida, que asolaba el país, pero era adentrarse en un terreno resbaladizo, y Durandt había confirmado que nunca

se habían acostado.

—¿Nicole no le hizo entonces ninguna confidencia a su esposa? —insistió Epkeen.

—No sobre ese tema.

—¿Sobre algún otro en concreto?

—Somos una familia unida, teniente. ¿Adónde quiere llegar? Sus ojos parecían canicas cromadas bajo la luz del sol.

—En la chaqueta de Nicole se encontró una tarjeta de videoclub —dijo Epkeen—. Según el registro del establecimiento, en las últimas semanas con esa tarjeta se alquilaron varias películas de carácter pornográfico.

—¡Que yo sepa esa tarjeta estaba a nombre de Judith Botha! —se irritó el afrikáner.

—Nicole la utilizaba.

—¿Eso se lo ha dicho Judith?!

—No fue ella quien guardó esa tarjeta en la chaqueta de Nicole.

El coloso estaba desconcertado: no le gustaba el tono que estaba tomando la conversación, ni el aspecto del poli que había venido a interrogarlo.

—Eso no quiere decir que mi hija alquilara esa clase de películas —afirmó—. ¡Lo que insinúa es odioso!

—Acabo de hablar por teléfono con Judith: sostiene no haber alquilado nunca ninguna película porno.

—¡Miente! —ladró Wiese—. ¡Miente como nos ha mentado siempre, a Nils Botha y a mí!

Epkeen asintió con la cabeza. Lo comprobaría preguntando a los dependientes del videoclub...

—¿Tenía su hija un diario íntimo o algo por el estilo? —inquirió.

—No, que yo sepa.

—¿Puedo ver su habitación?

Wiese había cruzado los brazos, dos troncos, como si estuviera montando guardia.

—Por aquí —dijo, abriendo la cristalera.

Las habitaciones de la casa eran amplias y luminosas. Subieron al piso de arriba. Wiese pasó sin hacer ruido por delante del cuarto donde su mujer dormía para no sentir el dolor, y señaló una puerta al final del pasillo. La habitación de Nicole era la de una adolescente estudiosa: fotos de actores de cine encima de su escritorio, un ordenador, discos, una serie de fotos de carné con su amiga Judith, de la época en que aún iban al colegio, riendo y haciendo el tonto, una cama con una funda nórdica impecablemente estirada, estanterías llenas de libros, *Un largo camino hacia la libertad*, la autobiografía de Mandela, unas cuantas novelas policíacas sudafricanas y americanas, cajas, velas, cachivaches... Epkeen abrió el cajón de la mesilla de noche,

encontró un montón revuelto de cartas, y las miró una a una. Cartas de adolescentes, que hablaban de sueños y de amores futuros. No citaban ningún nombre, sólo el de un tal Ben (Durandt), al que se describía como superficial y más interesado por los campeonatos de Fórmula 1 que por los vericuetos de su alma gemela. La joven había conocido a otra persona. Alguien que había ocultado a todo el mundo...

El padre de Nicole permanecía en la puerta de la habitación, como un vigía silencioso. Excepto una blusa sobre el respaldo de un sillón de mimbre, todo estaba cuidadosamente ordenado. También el cuarto de baño, con sus frasquitos de maquillaje y de productos de belleza alineados delante del espejo. Epkeen registró el armarito de las medicinas: algodón, antiséptico y medicinas varias. Abrió las cajitas de artesanía africana que adornaban los estantes, los cajones de la cómoda y el zapatero, pero sólo descubrió prendas de lujo con los bolsillos vacíos o accesorios de chica de enigmática utilidad. Tampoco había nada bajo el colchón, la almohada y los cojines. Nicole no tenía diario íntimo. Encendió el ordenador, abrió los iconos...

—¿Qué está buscando? —preguntó a su espalda el padre.

—Pues una pista, qué si no.

Epkeen exploró el buzón de correo, los *e-mails* enviados y recibidos, apuntó los nombres y las direcciones pero no encontró nada concreto. La vida de Nicole se resumía en una masa de niebla. Vació los pulmones, cerró los ojos para barrer lo que había visto y volvió a abrirlos enseguida, como nuevos. Reflexionó un momento antes de inclinarse sobre la torre del ordenador: había huellas de dedos, se adivinaban debajo de una gruesa capa de polvo.

Se agachó, sacó su navaja suiza, desatornilló el lado izquierdo de la torre y quitó el bloque de metal... Dentro encontró una bolsita de plástico junto a las barras de memoria, con curiosos objetos en su interior: bolas chinas, un mini vibrador con orejas de conejo para enchufar al iPod, preservativos, nieve comestible para untar en el cuerpo, un anillo vibrador con estimulador para el clítoris, píldoras «Woman power caps», un *spray* de lubricante anal anestésico y el último grito en juguetes eróticos, cuidadosamente empaquetados...

Inclinado sobre él como un árbol muerto, el exjugador de rugby tardó un tiempo en reaccionar. Apartó la cara y se volvió hacia la piscina, cuyas aguas se veían espejear por la ventana. Pudor inútil: los hombros del gigante empezaron a temblar y a sacudirse, cada vez más rápido...

Ciudad del Cabo era el escaparate de Sudáfrica. Escaldada por el asesinato de un conocido historiador el año anterior; escandalizada por la muerte del cantante reggae Lucky Duke, leyenda viva comprometida con la lucha contra el apartheid, asesinado a tiros por unos malhechores delante de sus hijos, cuando los llevaba a casa de su tío; el First National Bank (FNB) acababa de lanzar una amplia campaña de comunicación contra el crimen, una campaña que englobaba al sector privado y a las principales instancias de la oposición.

Se criticaba a las claras la pasividad del gobierno frente a la inseguridad crónica: el argumento «crimen = pobreza + paro» ya no era válido. Contrariamente a lo que había anunciado el presidente, el crimen no estaba «bajo control». Bastaba encender el televisor o abrir un periódico para constatar las proporciones del problema. El número de homicidios quizá hubiera disminuido en un treinta por ciento desde la llegada al poder del Congreso Nacional Africano (ANC), pero las estadísticas contabilizaban los crímenes interétnicos que habían precedido a la toma del poder del partido, es decir miles de víctimas de un tiempo pasado. La situación actual era muy diferente: ¿cómo podía la primera democracia de África ser a la vez el país más peligroso del mundo?

Económicamente, lo que estaba en juego era enorme —se hablaba de ciento veinticinco mil empleos creados con una reducción del cincuenta por ciento de los homicidios— y el país, que, en la situación actual de globalización estaba conociendo el mayor crecimiento de su historia, necesitaba inversores extranjeros. Tanto más cuanto que Sudáfrica se estaba preparando para organizar el acontecimiento más mediatizado del planeta, el Mundial de Fútbol, que se celebraría en 2010: cuatro millones de telespectadores en los partidos finales, un millón de periodistas a los que habría que garantizar la seguridad, reportajes, encuentros, entrevistas... El mundo entero tendría la vista fija en el país, y Sudáfrica no podía dar una imagen tan espantosa. ¿Quién querría invertir en un país considerado como el más peligroso? Había que tranquilizar a los financieros a cualquier precio. El FNB había inmovilizado veinticinco millones de rands para protestar contra la pasividad del gobierno y movilizar a la opinión pública ante el maleficio que atenazaba a los propios símbolos del país.

No eran los pobres quienes atacaban con bazuca a los vehículos que trasladaban fondos, ni eran tampoco los parados quienes habían asesinado al director de la asociación Business Against Crime la semana anterior: se trataba de una oleada de crímenes organizados, de bandas, grandes o pequeñas, vinculadas a las mafias; bandas cuyos sofisticados métodos eran comparables a los que empleaba la mafia en Estados Unidos en los años treinta: corrupción de la policía, cuando no colaboración

directa, ineficacia de la justicia, pasividad del gobierno... A través de su campaña anticrimen, el sector privado no atacaba a la democracia sino a los hombres que manejaban el polvorín: el ANC en particular...

Karl Krugë sudaba, sentado en su sillón. Había acumulado demasiados kilos en los últimos años. Krugë dirigía la SAP de Ciudad del Cabo desde las elecciones de 1994: seguir en su puesto, como hombre de la transición democrática, era su ambición y su deber. El superintendente se jubilaba dentro de dos años y manejaba los hilos entre bastidores para que Neuman fuera su sucesor: un joven agente zulú jefe de policía en una provincia xhosa donde los negros eran minoría daría fe de una pequeña revolución interna y se vería como una señal fuerte en un país que a duras penas mantenía sus promesas. Krugë conocía a Neuman, y conocía también su historia, su repulsa casi aristocrática por la corrupción que reinaba en casi todos los niveles de las administraciones: su sucesor en la dirección de la SAP sería un negro súper competente, no un zulú incapaz... La mediatización del asesinato no favorecía en nada sus planes.

—¿Ha leído los periódicos?

—Algunos —contestó Neuman.

—Todos dicen lo mismo.

—Todos están en manos de los mismos grupos de intereses.

—No estamos aquí para juzgar la concentración de los medios —replicó Krugë—. Toda esa gente se nos va a echar encima...

El despacho daba al inicio de Long Street y a la entrada del mercado africano. Neuman se encogió de hombros:

—Las tempestades no me dan miedo.

—A mí sí: acabo de hablar por teléfono con el fiscal general —dijo Krugë—. Necesitan un hueso que roer, y lo necesitan ya. Stewart Wiese tiene el brazo largo y está removiendo cielo y tierra para poner de su parte a la opinión pública. Se está empleando a fondo, el público aún está conmocionado, y ya conoce usted el poder de los símbolos...

Neuman, vestido con un traje negro, asintió. El FNB era también uno de los principales patrocinadores del equipo de los Springboks, lo que explicaba la rapidez y la virulencia de la campaña mediática. No era la menor de las paradojas que los bancos se lanzaran a una guerra contra el crimen cuando esos mismos bancos alimentaban los paraísos fiscales y el blanqueo de dinero, pero Neuman sabía que, en un mundo globalizado, ese argumento carecía de peso.

—Tengo cita más tarde con el forense para los primeros resultados de la autopsia —dijo—. Contrariamente a lo que afirmó Wiese en su conferencia de prensa, no estamos seguros de que la chica fuera violada. Más bien parece que buscara emanciparse y escapar de la educación, digamos puntillosa, de su entorno social.

Nicole salía a escondidas de sus padres, y alguna que otra vez hasta pasó toda la noche por ahí. Estamos buscando al sospechoso: un chico con el que se veía desde hacía poco tiempo... Epkeen y Fletcher están investigando.

—Fletcher es brillante —concedió su superior—, pero Epkeen, la verdad, no me convence.

—Es mi mejor detective.

—Rara vez aparece por aquí antes de las once —observó Krugë.

—Y rara vez también aparece por aquí después de esa hora —dijo Neuman, irónico.

—No me gustan esos policías que van de electrones libres.

—Es cierto que hay cierta dejadez en su comportamiento, pero tengo plena confianza en él.

—Yo no.

Epkeen estaba «al otro lado» durante el apartheid, había tenido sus diferencias con la policía y no había pasado a formar parte de la brigada criminal para tener que plegarse a sus normas: había venido porque Neuman había ido a buscarlo. Un día, les saldría rana.

Krugë suspiró, masajeándose el tronco que le servía de nuca:

—Asumirá usted sus elecciones, capitán —concluyó—. Pero no tengo ganas de terminar mi carrera con un fracaso. Encuéntreme a ese sospechoso: y sobre todo al culpable.

Neuman se despidió de su superior.

Tembo lo esperaba en la morgue de Durham Road.

\* \* \*

Epkeen nunca había pensado hacerse policía, ni siquiera después de la elección de Mandela. Conocer a Neuman había cambiado por completo sus planes.

Como el líder del ANC, Ali había sido abogado —para defender los derechos de quienes no tenían ningún derecho— antes de entrar en la SAP de Ciudad del Cabo. La nueva Sudáfrica tenía sed de justicia, y Neuman había oído hablar de Epkeen, conocía su reputación: pocos blancos se encargaban de encontrar a militantes desaparecidos. Uno había cambiado de nombre para escapar a las milicias de los bantustán, el otro había cambiado de postulado para abrazar uno cuyas raíces tenían mucho que ver con el colonialismo. Neuman tenía fe en su destino y había sabido mostrarse persuasivo. Estaban hechos de la misma pasta. Querían el mismo país. Pero en todo lo demás, Epkeen era más o menos el extremo opuesto de Neuman: sin ambición ninguna, juerguista y mujeriego, se había divorciado mil veces de sí mismo y del mundo que lo había visto crecer. A Ali le gustaba su vitalidad, esa manera tan

ingenua que tenía de desesperarse, y sobre todo el impulso que lo empujaba hacia las mujeres, como si le bastara existir para ser amado... Bajo sus aires de suficiencia, Brian era el alambre por encima de su vacío, su última bala, el único hombre con el que habría podido hablar. Pero no lo había hecho nunca.

Llegaron a casa de Dan con flores para Claire.

La joven pareja vivía en Kloof Nek, en una casita en la parte alta de la ciudad. Dan Fletcher compartía su punto de vista sobre la sociedad sudafricana, los medios empleados para mejorarla así como la naturaleza del vínculo que los unía. La desgracia que había sufrido su mujer había terminado de sellar su amistad.

Claire los recibió en la verja de entrada con un abrazo y una sonrisa valiente.

—¿Estás bien? —le preguntó Ali, devolviéndole la sonrisa.

—Mejor que vosotros, chicos: ¡vaya caras largas traéis!

Su silueta se había afinado y su tez rosa había palidecido bajo el efecto de la radiación, pero Claire seguía tan guapa como siempre. Le sentaba bien la peluca rubia. La cogieron del brazo, le preguntaron por su enfermedad sin dejar de bromear —les gustaba mostrarse animosos— y la siguieron hasta la casa. Dan aguardaba bajo las malvarrosas del cenador, obedeciendo al ritual de la barbacoa en el jardín; los niños, muy excitados, los recibieron con gritos de júbilo.

Cenaron todos juntos en la terraza de la casa, olvidando que una recaída haría añicos su vida.

La copa de Pinot que Claire se había permitido la había achispado, y Brian abrió otra botella.

—Ahora salgo con una camarera —dijo, a modo de explicación.

—Qué original... ¿Y cómo es?

—Ni idea.

—¡Vamos, hombre! —Claire sonrió—. ¡¿Al menos sabrás cómo se llama?!

—Mira —protestó él—, ¡si ya me cuesta acordarme de mi propio nombre!

Esta vez Claire soltó una carcajada, que era de lo que se trataba.

—Ya, bueno, el caso es que entre tú y Ali, que nos oculta a su dulcinea —prosiguió la mujer—, sigo siendo la única chica aquí.

—Sí —asintió Brian—, eso también me lo reprochaba Ruby cuando comíamos fuera de casa.

Ali sonrió con ellos, para no quedar mal, pero las grietas de su refugio se agrandaban. Nunca les había presentado a Maia a sus amigos. Ningún blanco iba jamás a los townships: por eso mismo la había elegido Ali. Y de todas formas, ¿qué les iba a decir? ¡¿Que había recogido a esa pobre chica de la calle, como una bolsa de basura reventada por los perros, que no sabía leer ni escribir, que apenas sabía pintar en trozos de madera, que mantenía a una mujer para poder acariciarla cuanto quisiera,

para aplacar sus pulsiones de hombre o lo que quedaba de ellas, que Maia le servía de fachada, de tapadera social, de tarjeta postal?! No se la presentaría nunca. Jamás.

Pasó una sombra en el crepúsculo. Neuman se levantó para quitar la mesa y se quedó un momento bajo los árboles, hasta que se tranquilizó.

Brian lo observaba desde lejos, bromeando para disimular, pero no se dejaba engañar, Ali estaba raro últimamente...

En el jardín, era la hora del gato: dos gatos sin raza, atigrados, que fingían devorarse el uno al otro. Los niños, con los pijamas puestos, los observaban, contentos y excitados; los adultos terminaron de quitar la mesa, lo que marcaba para ellos la hora de irse a la cama, pero aún no se querían acostar.

—¡Tío Brian! ¡¿Luchamos?! ¡Anda, sí! ¡Tío Brian!

—Yo no lucho con gárgolas.

—¡Soy Darth Vader! —gritó Tom, agitando en círculos un trozo de plástico.

Eve, feliz, también sabía gesticular lo suyo.

—Ya está bien de tricloretileno —les aconsejó Brian.

Los niños no entendían ni la mitad de lo que decía, pero les bastaba con los sonidos de las palabras. Pronto pasaron de brazos en brazos antes de seguir a su madre al interior de la casa. El jardín quedó sumido en la calma, al caer la noche. Dan encendió las velas de los faroles mientras Neuman abría la carpeta con el caso que se traían entre manos. No tardaron en olvidar que era una noche agradable.

Nicole Wiese había tomado por la tangente, y era fácil comprenderla —con dieciocho años que tenía, quería ver la vida, no su envoltorio, por brillante que fuera—. Judith Botha le servía de coartada y, de vez en cuando, le prestaba su apartamento. El equipo científico lo había registrado a conciencia, pero no había encontrado más huellas que las de las dos chicas y las de Deblink. Las preguntas a los vecinos no habían aportado respuestas interesantes, así como tampoco se había encontrado ninguna pista en la Universidad de Observatory: Nicole no ponía los pies allí más que para hacer algún que otro papeleo de vez en cuando, lo que confirmaba lo que había dicho su amiga Judith.

Epkeen había seguido la pista de los juguetes eróticos: al no encontrar el rastro de la venta vía Internet en su habitación (de todas maneras, Nicole no se habría arriesgado a que le entregaran la mercancía a domicilio), había recorrido todos los *sex shops* de la ciudad y había dado con la tienda que le había vendido el material; habían sido varias compras, escalonadas en las últimas tres semanas. A la dependienta a la que había interrogado le gustaba darle a la lengua y tenía buena memoria para las caras: Nicole no había ido a la tienda acompañada de ningún chico. Epkeen había pasado también por el videoclub: *Por el culo*, *Cita en mi coño*, *Fist-fucking in the rain*, Nicole no había alquilado ninguna película el sábado por la noche, pero sí varias esas últimas semanas. El empleado al que había interrogado recordaba a la joven

estudiante (le había pedido el carné de identidad), pero estaba sola...

Por suerte, Fletcher había logrado más resultados.

—He comprobado las llamadas y las cuentas de Nicole —dijo, consultando su cuaderno de investigación—: Tenemos una lista de números que, por ahora, no han dado nada. En cuanto al dinero, Nicole tenía gastos regulares que cubrían de sobra su tren de vida, bastante modesto si tenemos en cuenta el nivel social de su familia. Las compras realizadas con tarjeta de crédito son de ropa en las tiendas del centro, material escolar y copas en distintos bares de Observatory. La última vez que la utilizó fue el miércoles por la noche, en el Sundance: sesenta rands.

—Un bar de estudiantes —precisó Epkeen.

—El miércoles —prosiguió Fletcher—, es decir, cuando Nicole pasó toda la noche fuera, no fue a dormir al apartamento... He buscado en los hoteles de la ciudad pero su nombre no figura en ningún registro. No sabemos, pues, dónde durmió esa noche, ni con quién, pero tenemos el rastro de una retirada de fondos el día del asesinato, a las ocho de la tarde: mil rands, en el cajero automático de Muizenberg, en el lado sur de la península... Mil rands —continuó—: Mucho dinero para una chica de su edad, sobre todo porque siempre sacaba pequeñas cantidades.

—¿Hay trapicheo en el Sundance? —quiso saber Neuman.

—Ni siquiera de cocaína —contestó Dan.

—Es extraño...

—¿Por qué?

—Nicole estaba totalmente colocada cuando la mataron —dijo.

Tembo acababa de entregarle el primer informe de la autopsia. Nicole Wiese había muerto hacia la una de la madrugada, en el Jardín Botánico. La habían asesinado a golpes con un martillo o un objeto similar —maza, barra de hierro—: Treinta y dos puntos de impacto, concentrados esencialmente en el rostro y en el cráneo. Lesiones, hematomas y fracturas múltiples, entre ellas el húmero derecho y tres dedos. Hundimiento del cráneo. No se habían encontrado fragmentos de piel bajo las uñas, ni semen en la vagina. Contrariamente a las declaraciones apresuradas de su padre, no se había confirmado que hubiera habido violación, ni tampoco había habido penetración anal. Lo único seguro era que la joven no era virgen en el momento del crimen. Por otro lado se le había encontrado sal marina en la piel, granos de arena en el cabello y unos extraños arañazos en brazos y tórax, provocados por alambre oxidado. Las marcas eran recientes.

—Pudo arañarse al cruzar un cercado —aventuró Epkeen.

—El acceso al Jardín Botánico es libre, no hay ningún cercado —puntualizó Neuman.

Pero lo más sorprendente provenía de los análisis toxicológicos: el laboratorio había revelado la presencia de una mezcla de plantas cuya absorción se remontaba a

varios días antes (los análisis aún no habían concluido) y sobre todo de un cóctel constituido por marihuana, una base de metanfetaminas y otra sustancia química que aún no había sido identificada...

—Metanfetaminas —repitió Epkeen.

—La base del tik —confirmó Neuman.

La nueva droga que hacía estragos entre la juventud de Ciudad del Cabo.

—Según Tembo, el producto fue inhalado poco antes del asesinato —prosiguió Neuman—. Probablemente Nicole estuviera aturdida cuando la agredieron. El asesino pudo quizá utilizar la droga para abusar de ella, o llevarla al Jardín Botánico sin que opusiera resistencia...

La noticia los dejó un momento perplejos. Fabricada a partir de la efedrina, la metanfetamina podía fumarse, inhalarse o inyectarse por vía intravenosa. En forma de cristales (*crystal meth*), el tik costaba una sexta parte del precio de la cocaína, para un efecto diez veces más potente. Fumar o inyectarse metanfetamina producía un subidón rápido: estimulante físico, ilusión de ser invencible, sentimiento de poder, dominio de sí, energía, volubilidad excesiva, euforia sexual... A medio plazo, los efectos se invertían: cansancio intenso, descoordinación de los movimientos, nerviosismo incontrolable, paranoia, alucinaciones visuales y auditivas, llagas e irritación de la epidermis, delirio (sensación de hormigueo en la piel, como el producido por insectos), somnolencia extrema, náuseas, vómitos, diarrea, visión borrosa, aturdimiento, dolores en el pecho... Sumamente adictivo, el tik llevaba a la depresión o a psicosis cercanas a la esquizofrenia, con daños irreversibles en las células cerebrales. La paranoia además podía provocar pensamientos asesinos o suicidas, y en algunos casos los síntomas sicóticos persistían hasta meses después de la desintoxicación...

O la joven era totalmente inconsciente, o la habían engañado acerca de la mercancía que había consumido.

—El amante de Nicole sigue sin aparecer —dijo Neuman—: Por lo que es probable que tenga algo que ver con la droga. El tik se ha extendido por los townships, pero mucho menos en la costa o en los entornos blancos... En esta historia hay algo que no cuadra.

—¿Piensas que el dinero que sacó en Muizenberg lo quería para comprar droga?

—Mmmm...

—¿Y qué dicen nuestros confidentes?

—Los estamos presionando, sin resultado por ahora. Si hay un tráfico en la costa o una nueva droga en el mercado, nadie parece estar al corriente.

—Qué extraño.

—Quizá tenga algo que ver la sustancia no identificada —avanzó Epkeen.

—Es posible.

La metanfetamina constituía la base del tik, pero éste llevaba de todo: efedrina, amoníaco, disolvente industrial, Drano o litio de batería, ácido clorhídrico...

Claire apareció entonces en el otro extremo del césped. Ahora que había anochecido el aire era más fresco, había acostado a los niños y apretaba sus brazos descarnados contra el pecho, como si temiera que se le fueran a caer a pedazos.

Los tres hombres callaron, colgados de sus labios.

—¿Puedo unirme a vosotros?

Claire flotaba un poco dentro de sus vaqueros, pero no había perdido un ápice de su gracia. Un pájaro del paraíso, alcanzado en pleno vuelo.

\* \* \*

El barrio de Observatory albergaba a parte de la población estudiantil pero podía reducirse a un trozo de calle, Lower Main Street, que concentraba bares y restaurantes alternativos. Neuman aparcó delante de una cantina tex-mex de rótulo parpadeante y se fundió entre los grupos de jóvenes que paseaban por las aceras.

Una clientela variopinta se agolpaba en la puerta del Sundance. Un xhosa gordo como una morsa controlaba la entrada con aire perezoso. Neuman reparó en la cámara de vigilancia apostada sobre la puerta y plantó su placa y la foto de la chica ante las narices del gordo:

—¿Ha visto alguna vez a esta chica?

—Mmm... —Retrocedió un paso para verla mejor—. Creo que sí.

—¿Es usted fisionomista o astrólogo?

—Pues...

—Nicole Wiese, la chica de la que hablan los periódicos. Vino aquí esta semana. —Sí... sí...

La morsa rebuscó entre sus recuerdos, pero debían de ser un cajón de sastre.

—¿El miércoles?

—Puede ser, sí...

—¿El sábado también?

—Mmm...

Rumiaba como una vaca.

—¿Sola o acompañada? —se impacientó Neuman.

—Pues no me fijé —dijo, reconociendo su impotencia—: Ahora está el festival, y a partir de medianoche la entrada es libre. Es difícil saber quién va con quién...

Habría dicho lo mismo de los conflictos en Oriente Medio. Neuman se volvió hacia las cabañas cuyos tejados asomaban por encima de la tapia.

—¿Qué camarero trabajó aquí el sábado por la noche?

—Una camarera, Cissy —contestó el portero—. Una mestiza con las tetas

grandes.

Para eso sí que era fisonomista el tipo... Neuman cruzó el jardín de arena en el que los jóvenes se tomaban sus cervezas hablando y cantando a grito pelado, como si estuvieran en la playa. El melencólico que abría botellas y lanzaba las chapas al otro lado del mostrador parecía tan borracho como sus clientes.

—¿Dónde está Cissy?

—¡Dentro! —gritó.

Siguiendo los ojos inyectados en sangre del camarero granujiento, Neuman empujó la puerta de madera que daba a la discoteca. Los altavoces escupían los acordes del último disco de los Red Hot Chili Peppers, la sala estaba abarrotada, y las luces eran tenues: olía a hierba pese a los carteles de prohibido consumir drogas, pero también flotaba un curioso olorillo a fuego... Neuman se abrió paso hasta la barra. Una clientela que en general no pasaba de los treinta embaulaba con alegría chupitos de colores sospechosos que terminarían en los aseos o en las cunetas, si es que llegaban tan lejos. Cissy, la camarera, tenía la piel oscura y el pecho comprimido en un top particularmente elástico al que no le quitaban ojo un grupo de mocosos achispados. Neuman se inclinó por encima de las sombrillitas de los cócteles verdosos que estaba preparando:

—¿Ha visto alguna vez a esta chica?

Por la manera en que miró la foto, mascando chicle a mandíbula batiente, Cissy parecía más preocupada por el escote de su top que por el calentamiento del planeta.

—No sé.

—Mírela mejor.

La camarera hizo una mueca que no desentonaba con las expresiones de sus clientes pegados a la barra.

—A lo mejor sí... Sí, esa cara me suena.

—Nicole Wiese, universitaria —precisó Neuman—. ¿No ha visto que ha salido su foto en los periódicos?

—Bah... No.

Cissy no escuchaba lo que decía, pensaba en sus cócteles y en las pirañas que los esperaban.

—No se van a enfriar —dijo Neuman, apartando los vasos—. Una rubia tan guapa como ésta no se olvida así como así: trate de recordar. —Le había cogido la muñeca delicadamente, pero no tenía intención de soltarla—. Nicole estuvo aquí el miércoles por la noche —dijo—, y quizá también el sábado...

La luz era ahora más tenue.

—El sábado no lo sé —dijo por fin la camarera—, pero la vi el miércoles por la noche. Sí: el miércoles. Estuvo charlando un rato con la chica de la actuación...

Las luces se apagaron de pronto, y la sala quedó sumida en la oscuridad. Neuman

soltó la muñeca de la camarera. Todas las miradas se concentraron en el escenario. Abandonó la barra y se acercó. Hacía calor, y el olor que había percibido antes se iba precisando: olía a carbón. En el centro del escenario había unas brasas humeantes, una alfombra rojiza que Neuman adivinaba entre montones de cabezas anónimas... Entonces sonaron unos tambores que hicieron temblar el suelo. *Tam tam tam...* Una delgada columna de humo se elevó del proscenio, cada golpe de tambor se acompañaba de un resplandor deslumbrante dirigido al público, pero Neuman estaba en otra parte: esos tambores, esos golpes, ese ritmo hipnótico que se remontaba al fondo de los tiempos era la *inallamu*, la danza de guerra zulú. Por un instante, Ali volvió a ver a su padre cuando bailaba, sin arma, sobre el polvo del KwaZulu... El ritmo se hizo cada vez más intenso; los cuatro negros que tocaban los tambores se pusieron a cantar, y el escenario se elevó y ya no volvió a bajar. La violencia de los tambores, esas voces graves y tristes que salían de la tierra al acercarse la hora del combate, la mano de su padre sobre su cabeza de niño cuando se marchaba para manifestarse con sus alumnos, su voz repitiéndole que era aún muy joven para acompañarlo pero que un día, sí, un día irían juntos: su mano caliente y tranquilizadora, su sonrisa de padre tan orgulloso ya de su hijo, todo volvía a él como un bumerán lanzado desde el otro extremo del universo.

Apareció una mujer, vestida con un *kaross*<sup>[22]</sup> que le llegaba hasta la mitad del muslo. Como un jarrón humeante, perfumado de aceites y de flores, empezó a bailar bajo los golpes sordos. Su piel brillaba como los ojos de un gato al anochecer, *tam tam tam*, bailaba en el corazón mismo del animal, era la selva, el polvo zulú y las hierbas altas por las que rondaban los *tokoloshe*, los espíritus de los antepasados: Ali podía verlos surgir de las tinieblas a las que los había recluido la Historia, los miembros de la tribu, aquéllos a los que quería y con quienes había roto todo vínculo, aquéllos a los que no había podido conocer y que habían matado en su lugar, todos los retazos de un pueblo muerto en lo más hondo de su ser. El ruido de los tambores resquebrajó su coraza, el aire estaba saturado de ruido, y él seguía inmóvil ante el escenario, como un árbol que esperara un rayo.

Los espectadores de las primeras filas contuvieron el aliento cuando la bailarina se precipitó sobre las brasas. Sus pies desnudos pisoteaban la alfombra de fuego que enrojecía bajo sus golpes, saltaban y volvían a buscar el ardor al compás de los tambores y de los coros que desgarraban el tiempo y el espacio. Bailaba con los párpados entornados, levantaba las rodillas por encima de la cabeza, aporreaba el suelo con los pies, lanzando despedidas las brasas, que hacían retroceder a los espectadores de las primeras filas. Estética de la rabia. Al final del trance, sólo estaba ella, un metro ochenta de músculos plantados sobre las brasas, una multitud cautivada ante el escenario, y su belleza humeante por encima del caos.

Neuman se estremeció cuando los demás aplaudieron. Santo Dios, ¿de dónde

había salido ese animal?

Zina llevaba un vestidito rojo carmín y, parecía ser, nada más. Lo que enseñaba bastaba. Ali la encontró en su camerino, entre una bolsita de algodón y su vestuario tirado de cualquier manera sobre el sofá de piel sintética.

En la habitación flotaba un olorcillo a fuego. Finas trenzas caían sobre su nuca; y sobre sus mejillas, dos mechones teñidos y cuidadosamente ondulados. Sus párpados no engañaban: la mujer tenía más de cuarenta años, pero su cuerpo afilado era el de una atleta. También sus rasgos parecían esculpidos en arcilla, el suyo era un rostro bello y duro en el que se adivinaban una rabia difusa y una nobleza casi altiva: Zina miró apenas la fotografía que el policía le presentaba, ocupada como estaba en untarse Intizi en la planta de los pies, una pomada tradicional hecha a base de grasa animal que calmaría sus quemaduras...

—Sabe lo que le ha ocurrido a esta chica, ¿verdad?

—Difícil no enterarse con el bombardeo de información —contestó.

Máscaras, tubos de pintura, pigmentos, instrumentos de música, el camerino de la bailarina estaba manga por hombro. Neuman vio sus pieles de leopardo, las mazas zulúes contra la pared y los escudos tradicionales con los que desfilaba el Inkatha...

—¿Conocía a Nicole Wiese?

—Si está aquí, imagino que sabe la respuesta —replicó ella.

—Las vieron juntas el miércoles por la noche.

—¿Ah, sí?

Sentada en el taburete, Zina seguía frotándose los pies: caminar sobre el fuego no tenía mucho misterio, bailar, en cambio, un poco más.

—¿Es todo lo que puede decirme? —insistió Neuman.

—Actuamos aquí lo que dura el festival. Nicole vino a hablarme a la barra, después de la actuación. Nos tomamos una copa. Y poco más.

—¿Nicole estaba sola cuando se acercó a usted?

—Creo que sí. No me fijé.

—¿Qué le dijo?

—Que era fantástica.

—¿Le ocurre a menudo?

La mujer levantó la cabeza y esbozó una sonrisa malvada:

—Usted es policía: no se imagina la atracción que ejercemos en lo alto de un escenario.

Ironía o veneno, la mujer sabía muy bien lo que se hacía.

Neuman la calibraba, perplejo.

—¿Por qué me mira así? —le espetó ella.

—Nicole no volvió a casa esa noche.

—No soy su mamá.

—Nadie sabe dónde durmió. ¿De qué hablaron?

—Del espectáculo, claro.

—¿Y después?

—Nos tomamos una copa, y luego yo me fui a dormir.

—¿Nicole no le dijo adónde iba? ¿Con quién?

—No.

—No parece que le dejara un recuerdo imborrable...

—No teníamos gran cosa que decirnos, señor Neuman. Nicole era una chica simpática, pero me miraba como si yo fuera de oro... Estoy acostumbrada a ese tipo de admiradoras. Va con la profesión —añadió en tono neutro.

—Pese a todo, se tomó el tiempo de tomar una copa con ella.

—Tampoco se la iba a tirar a la cara... ¿Ustedes los polis son siempre así?

—Hay cadáveres que cuesta olvidar, señorita. El de Nicole, por ejemplo. ¿Se vieron el sábado por la noche?

—Nos cruzamos un momento, después del espectáculo...

—¿Es decir?

—Hacia las once y media.

Era lo que le había dicho el regidor, que filtraba el acceso a los camerinos.

—¿Nicole estaba sola?

—Cuando yo la vi, sí... Pero la discoteca estaba abarrotada.

Zina cruzó las piernas para quitarse los restos de carbón incrustados.

—¿Parecía en un estado normal?

—Si se refiere a si tenía los ojos llenos de estrellitas, sí.

No habían pensado que pudiera estar tan drogada.

—Hemos descubierto en su organismo una droga compuesta por tik —dijo Neuman—: Una droga dura que se suele encontrar más bien en los townships...

—Ya se me ha pasado la edad para esas tonterías, si es eso lo que lo preocupa —contestó ella.

—Nicole le mintió a todo el mundo: ya no frecuentaba a los jóvenes de su entorno, no iba a la universidad, salía a escondidas, sus padres la creían virgen cuando en realidad coleccionaba juguetes eróticos y mantenía relaciones sexuales con uno o varios desconocidos.

Zina no era de las que apartan la mirada por pudor:

—Era mayor de edad, ¿no?

En ese momento llamaron a la puerta de su camerino: entró uno de los músicos, Joey, un zulú fuerte y corpulento con una camiseta del Che y un porro en la boca.

—No te he dicho que entres —le espetó Zina.

—¡Me tienes hartos con tus historias! ¿Te vienes? Vamos a comer aquí al lado.

—Ahora voy...

El músico lanzó una ojeada circunspecta al negro alto que estaba apoyado en la pared y desapareció entre una nube de humo acre.

—¿Tiene más preguntas tontas que hacerme? —abrevió la bailarina—. Tengo un hambre de lobo.

Neuman negó con la cabeza:

—No... Por ahora, no.

—¿Porque piensa usted volver?

—*Sinjalo thina maZulu*<sup>[23]</sup>.

La mujer sonrió con aire cómplice:

—Ya me parecía a mí que no tenía usted pinta de poli...

Dicho esto, Zina cogió el bolso de lino de junto al espejo y se levantó. Su cuerpo era ágil, sus músculos, mil animalillos que rugían bajo la tela de su vestido... Neuman se inclinó sobre sus pies desnudos:

—¿Va a salir así, descalza?

—¿Usted qué cree, que bailo sobre el fuego gracias a mis poderes sobrenaturales?

Una lluvia tropical se abatía sobre la acera de Lower Main Street. Los noctámbulos habían abandonado las terrazas como una bandada de gorriones y ahora se hacinaban en los bares. Zina calculó la distancia que la separaba del restaurante donde la esperaban los músicos y cruzó una última mirada con Neuman, indiferente a la lluvia.

—¿Hasta cuándo actúa aquí? —le preguntó.

—Hoy era el último espectáculo en el Sundance —dijo ella—. Este fin de semana continuamos en el Armchair, un poco más abajo en esta misma calle...

Con la lluvia, su vestido tenía ahora un estampado distinto. Estaban a punto de separarse.

—Discúlpeme si antes he sido un poco brusco —dijo Neuman.

—No es usted, sino lo que anda buscando.

—Busco al asesino de esa chica, nada más...

—¿Tengo que desearle buena suerte?

La lluvia se había pegado a sus caderas. O al revés. Neuman bajó la mirada a sus tobillos, que chorreaban agua sobre el asfalto. Los dos estaban ya empapados.

—Bueno, le dejo —dijo ella—, o al final se me ahogarán los pies...

Zina salió de la cuneta por donde corría la tormenta y fue a reunirse con el resto de su grupo. Neuman contempló alejarse a la bailarina en la calle desierta, más oscura que nunca. Un vestido de lluvia había caído sobre su vida...

Dado que los servicios secretos y las fuerzas policiales se ponían mutuamente la zancadilla siempre que podían, el ANC había tenido que crear la Unidad Presidencial de Inteligencia, una unidad especial encargada de vigilar sus diferencias además de recoger información en el extranjero y en el interior del país. Janet Helms trabajaba para dicha unidad antes de que Fletcher la quisiera en su equipo. La joven mestiza era un genio de la informática, una hacker fuera de serie que, bajo su aspecto de gordita amable, escondía más de un as en la manga. Ante la insistencia de Fletcher, Neuman había obtenido su traslado gracias a la intervención del superintendente.

El equipo Fletcher/Helms pronto había sobrepasado la barrera de la eficacia profesional: su mirada atormentada, su elegancia frágil, sus ademanes casi femeninos... Janet se había enamorado al instante del joven sargento. Un amor sin salida, uno de tantos, y sin porvenir: Dan Fletcher tenía hijos y una mujer a la que parecía querer con locura. Janet había visto su fotografía sobre su mesa, una chica guapa, eso era innegable, que le bloqueaba un horizonte bastante complicado ya por su sobrepeso.

Janet Helms siempre se había visto gorda. En esos casos no hay nada que hacer. Había probado los complementos nutricionales, los psiquiatras, las revistas femeninas, los programas de televisión, los consejos de los gurús, pero en vano: su envoltorio le seguía pareciendo desesperadamente grande. Janet se había equivocado de traje. Era un problema de talla. Sería siempre una mestiza con una cara corriente y unas caderas, heredadas de su madre, que revelaban un trasero consecuente que ninguna estrategia conseguiría remodelar: tendría que aguantarse con ese modelo, una pena y un pesar de la talla XXL.

El rumor acerca del cáncer de la mujer de Fletcher la había afectado mucho: compasión, esperanza, vergüenza, Janet odiaba sus pensamientos —¡que se muera!— pero su imaginación la propulsaba lejos. Tras veinticinco años sin novio, bien podía esperar un poco más. Ella y sólo ella podría consolarlo, algún día. Janet lo tomaría todo: el duelo, los niños, sus manos sobre su cuerpo y todo lo demás. El suyo era un amor que iba más allá de toda vergüenza. Dan olía tan bien cuando se inclinaba sobre ella...

—Parece que hemos cogido un pez —dijo, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador.

—Sí...

Estaban viendo las cintas que Neuman había traído del Sundance. Aparecía Nicole en compañía de un hombre unas horas antes del asesinato, un joven negro que no había respondido a la llamada de la policía en busca de testigos que hubieran visto a Nicole en el bar.

—Voy a empezar la búsqueda en los ficheros de la central —anunció Janet, deslizando su silla hasta el ordenador vecino.

Había elaborado el retrato robot del sospechoso y puesto en marcha el motor de búsqueda cuando Neuman llegó al despacho. Janet Helms saludó al capitán, al que apenas conocía, y se concentró en su labor. Neuman la impresionaba. Este pronto se inclinó sobre la pantalla. Unas bandas grises restaban calidad a la imagen de vídeo, pero reconoció a Nicole Wiese en la puerta del Sundance, en compañía de un joven negro, alto y fuerte, vestido y enojado al estilo de los miembros de las mafias... Masculló algo para el cuello de su camisa; vaya, qué contento se iba a poner el papaíto.

—Esa cinta es del sábado por la noche —dijo Fletcher—, a las nueve cincuenta, cuando llegaron a la discoteca. Se vuelve a ver a la pareja dos horas más tarde, es decir, poco antes de medianoche, a la salida... Aún no sabemos quién es ese tipo, pero acompañaba a Nicole el martes por la noche.

—¿El martes?

—Sí, ya lo sé, el día que Nicole no fue a dormir al apartamento fue el miércoles. Sea como fuere, estaban juntos una hora antes del asesinato.

Neuman observó la imagen en pausa, la silueta esbelta del joven negro.

—Si está en nuestros ficheros, Janet no debería tardar en encontrarlo —dijo Fletcher, volviéndose hacia la mestiza, que tecleaba en un rincón de la mesa.

La agente no dijo nada, absorta como estaba en el juego de sus dedos sobre el teclado. Neuman volvió a darle al *play*. Nicole no parecía aturdida ni somnolienta, ambos tenían sencillamente el aspecto de dos jóvenes que salen de un bar...

—¿Has visto las cintas del miércoles por la noche?

—Sí —contestó Dan—. Nicole llegó a las nueve y media, y se marchó hacia las doce. Pero esa noche estaba sola, no la acompañaba ningún amigo o amiga...

A la espera de más pistas, los dos hombres elaboraron un primer escenario con la información de la que disponían: Nicole abandona el domicilio familiar el sábado por la tarde, con el pretexto de irse de compras con su amiga Judith, y va a una playa de la península, probablemente Muizenberg, para encontrarse con su amante negro. Nicole saca mil rands de un cajero automático a las ocho, cenan algo de camino y vuelven a Ciudad del Cabo sin ni siquiera darse una ducha en el estudio de Judith. Van al Sundance, asisten a la actuación del grupo zulú que Nicole vio tres días antes, y salen de la discoteca poco antes de medianoche. Nicole muere una hora más tarde, en Kirstenbosch...

El parque estaba a media hora en coche de Observatory: eso dejaba unos cuarenta minutos de margen. ¿Qué habían hecho en esos cuarenta minutos? ¿El amor bajo las estrellas, después de iniciar a Nicole en los placeres de la metanfetamina? ¿O, al contrario, acaso la había drogado a muerte para abusar mejor de ella? ¿Para qué, si la

joven consentía en mantener relaciones sexuales?

El tik llevaba a los consumidores a omitir las reglas de seguridad sexual más elementales, pero el GHB era fácil de conseguir y era una manera más segura de violar a las chicas sin que se enterasen... Una tercera persona había podido seguirlos, o sorprenderlos en el Jardín Botánico. De ser así, ¿qué había sido del joven negro?

La agente Helms, que maltrataba su teclado a dos pasos de allí, se detuvo en seco.

—Aquí está —dijo—. Stanley Ramphele: trapichea con marihuana, actualmente en libertad condicional. Tenemos la dirección de una casa prefabricada, en Noordhoek.

Un pueblo en la costa este de la península.

Epkeen llegó cuando ya se marchaban. Neuman se lo llevó con ellos: él también necesitaba tomar el aire.

\* \* \*

—Tu coche sigue pareciendo un vertedero —observó Fletcher, abriendo el compartimento de la puerta del Mercedes.

Unas hormigas se repartían unos trozos antiguos de tarta.

—Es la última merienda de mi hijo —mintió Epkeen.

Había de todo allí dentro: cintas con la carátula rota, lápices, sobres prefranqueados, una linterna, un cepillo de dientes, preservativos, un libro con las páginas estropeadas por la arena y también un *knut* —una tira de cuero de hipopótamo rematada por una bola de cobre que sus antepasados utilizaban para azotar al ganado—... Dan extrajo el Cok 45 del desorden, limpió las migas de tarta pegadas al cañón y vio que el tambor estaba vacío. Brian no lo cargaba nunca. Sería capaz de matar a alguien. Ya le había ocurrido. No se arrepentía de nada: el solo recuerdo ya le pesaba bastante.

Sentado en el asiento trasero, indiferente al grandioso panorama de Chapman's Park, Neuman contrastaba la información de la central; Stanley Ramphele, veintiún años, era el hermano pequeño de Sonny un camello reincidente que purgaba actualmente una pena de dos años en la cárcel de Poulsmoor, en Cabo Occidental. Stanley también traficaba con droga, lo que le había valido una condena condicional. No tenía estudios, ni ejercía ninguna actividad que hubieran reseñado los servicios sociales, pero parecía portarse bien desde su detención, seis meses antes. Con un subsidio del Estado pagaba el alquiler de la casa prefabricada que compartía con su hermano, en Noordhoek, un pueblo aislado en la bahía más salvaje de la península. Según los polis locales, los hermanos Ramphele se contentaban con traficar con hierba local.

—A lo mejor se han pasado al tik —comentó Fletcher.

—A los surfistas de la costa les va más el éxtasis o la coca.

—Salvo que se les venda tik con otro nombre...

El Mercedes iba pisando huevos detrás de un autocar de turistas; dejaron atrás la estatua de bronce del último leopardo de la región abatido a tiros hacía un siglo, y llegaron a la cornisa. Los acantilados de gres se precipitaban sobre un mar desenfrenado, cuyo rugido se oía desde las alturas. Una carretera polvorienta bordeaba el océano, abriéndose paso a través de las dunas, de un blanco immaculado.

Fletcher se inclinó sobre el mapa.

—Debe de estar por aquí —dijo—: Detrás de la remonta...

La bahía de Noordhoek era peligrosa y poco frecuentada: las olas de gran altura y los tiburones que campaban por alta mar impedían el baño y, dado que se habían cometido varios crímenes en la playa, un cartel advertía que no era aconsejable alejarse demasiado del aparcamiento... El Mercedes atravesó el pueblo y retomó la vieja pista que bordeaba el mar. Algunas casas se ocultaban entre las dunas, eran cabañas por lo general destartadas; Epkeen se detuvo al fin ante una vieja camioneta, aparcada a pocos metros de una casa prefabricada de aspecto vetusto, medio carcomida por la sal. Era la de Ramphele, según la información que tenían. Las cortinas, amarillas de nicotina, estaban corridas. Salieron del coche. Neuman hizo una señal a Epkeen, que rodeó la casa.

Había una moto aparcada al abrigo del viento, bajo una lona. Neuman y Fletcher avanzaron hasta la puerta medio rota. En unas cuantas zancadas, Epkeen llegó a la parte trasera de la casa: echó una ojeada por la ventana y distinguió una silueta a través del velo mugriento de las cortinas. Apoyó la cabeza y las manos contra el cristal: había alguien al otro lado, a escasos centímetros de él... Un negro, con la cabeza reclinada contra el respaldo, pero no estaba durmiendo: las moscas se paseaban por su cráneo...

Neuman no tuvo que forzar la cerradura, la puerta estaba abierta. Una nube de insectos zumbaba en el interior. El joven negro estaba delante de la mesa plastificada del minúsculo salón y, con los párpados entornados, miraba fijamente un punto definitivo en el techo. Stanley Ramphele, según la foto antropométrica. Había una jeringuilla usada encima del cojín y un poco de polvo blanquecino en una bolsita de plástico... Fletcher se acercó para tomarle el pulso, procurando no respirar —el olor a mierda era espantoso—, e indicó con un gesto que estaba muerto.

—Voy a llamar a la brigada —dijo, retrocediendo hacia la puerta.

Neuman olvidó el olor y las moscas. Los ojos del joven xhosa estaban vacíos, como si los hubieran rayado a lápiz, y el cuerpo, frío como una piedra. Llevaba muerto varios días —se le habían relajado los esfínteres, y los excrementos que manchaban su pantalón se habían secado sobre el sofá—. Inspeccionó el cadáver. No había rastro de lucha, de equimosis ni de heridas visibles. Tan sólo la marca de un

pinchazo, en el brazo izquierdo. El torniquete descansaba a su lado, sobre el sofá. Neuman se puso unos guantes de plástico y evaluó el polvillo que cubría la mesa. Metanfetamina, sin duda... Registró la casa prefabricada.

Un ordenador portátil, ropa de marca sobre la cama deshecha, unas gafas de sol italianas, algunas joyas —bisutería sin ningún valor—, un casco de moto: Neuman encontró un poco de marihuana bajo el colchón, pero no había otras drogas. Se agachó para mirar debajo de la cama y sacó un objeto sepultado entre el polvo acumulado: un bolso. En su interior había un móvil, pañuelos de papel, tres preservativos en su envoltorio, varios frasquitos y documentos de identidad a nombre de Nicole Wiese.

Abrió el monedero y contó apenas cien rands; luego abrió uno de los frasquitos. El líquido que contenía era verdoso, y el olor, difícil de identificar. Ninguno de los frasquitos tenía inscripción alguna, pero uno de ellos estaba vacío...

El mar rugía por la puerta abierta de la casa. Neuman se incorporó, vio a Epkeen, que inspeccionaba el suelo lleno de polvo, se dirigió hacia el aseo y, de pronto, retrocedió bruscamente nada más entrar: una migalapeluda y oscura lo observaba desde la cañería de la cisterna. La araña era tan grande como su mano y tenía el opérculo abierto como si estuviera a punto de huir, preparada para picar. Ocho ojitos oscuros que lo miraban fijamente, mientras las patas se agitaban... La tapa del váter estaba bajada, y el ventanuco tenía un candado... ¿Cómo había podido entrar? Neuman cerró la puerta del aseo, sentía sudores fríos en la espalda.

Epkeen estaba en la entrada de la casa, su silueta se recortaba sobre el sol de mediodía.

—El cuentakilómetros de la moto marca cuatrocientos —dijo—: Una Yamaha con rayos pintados que costará unos treinta mil rands... No está mal para un rebelde sin oficio ni beneficio, ¿no?

Neuman tenía una cara muy rara.

—¿Qué pasa?

—He encontrado el bolso de Nicole debajo de la cama y algo de droga —dijo—. Y también hay una migala en el retrete.

—¿Una migala? —preguntó Epkeen, con una mueca.

—Peluda.

Fletcher apareció a su vez, con el móvil en la mano.

—El equipo científico llegará dentro de veinte minutos —anunció.

Fuera, un viento tibio levantaba el polvo del camino. Neuman registró la camioneta aparcada delante de la casa. Los papeles seguían a nombre de Sonny Ramphale. Sobre los asientos había envoltorios de chocolatinas, palitos de helado y latas de refresco. La arena que cubría la alfombrilla era más oscura que la de Noordhoek, donde el agua helada impedía el baño. Stanley no llevaba casco el sábado

por la noche a su llegada a la discoteca, debían haber cogido la camioneta para ir al este de la península, donde la costa era más hospitalaria...

Su móvil vibró entonces en su bolsillo. Era Myriam, la enfermera del dispensario. Contestó.

\* \* \*

Los minibuses atestados de viajeros trataban de zigzaguear a golpe de bocina, pero había bastante tráfico en la N2 ese mediodía. Neuman se impacientaba detrás de un camión cisterna nuevecito —como su madre había vuelto a hacer de las suyas, había dejado a Epkeen en la casa prefabricada para que él se ocupara de todo— cuando recibió la llamada de Tembo. El forense había terminado los análisis complementarios de la autopsia de Nicole Wiese.

—He encontrado el nombre de la sustancia ingerida unos días antes del asesinato —le dijo—: Es iboga, una planta originaria del África occidental que utilizan los chamanes en sus ceremonias. En cambio, el nombre de la sustancia inhalada junto con el tik nos es desconocido.

—¿Cómo que desconocido?

—Hay una molécula química, sí —dijo el biólogo—, pero su composición no figura en ninguna parte.

—¿Y no será cualquier porquería que hayan añadido para cortar la droga? —avanzó Neuman.

—Es posible —contestó Tembo—. O bien puede tratarse de una nueva combinación de productos, que formarían una nueva droga.

Neuman reflexionó un momento, atrapado en otro atasco. La extrema derecha del Movimiento de Resistencia Afrikáner (AWB) o los grupúsculos sectarios que, bajo el régimen del apartheid, traficaban con pastillas para embrutecer a la juventud blanca progresista ya no tenían mucha fuerza. Nicole Wiese provenía de la élite afrikáner, y su padre era un importante respaldo financiero del Partido Nacional: a los lobos no les interesaba en absoluto devorarse entre sí.

—Lo ideal sería tener una muestra del producto —prosiguió el forense—. Podríamos hacer análisis, profundizar en nuestras investigaciones...

Una flecha anunció la bifurcación para Khayelitsha. Neuman pensó en la bolsita de polvo que habían encontrado junto al cadáver de Ramphele.

—No se preocupe por eso —le dijo, tomando la salida de la autopista—: Creo haber encontrado algo que lo mantendrá ocupado...

El anexo del Hospital de la Cruz Roja se encontraba en la esquina del Centro

comunitario, separado en cuatro «pueblos». Unos niños con pantalones cortos jugaban delante del edificio de madera pintada, otros salían agarrados de los brazos llenos de paquetes de sus madres. Myriam estaba sentada en la escalinata, fumando un cigarro, mientras trazaba círculos con el pie en el polvo del suelo —había empezado por dibujar sueños aborígenes que se parecían vagamente a Ali Neuman... En eso estaba cuando su coche apareció en el patio del dispensario. A la joven enfermera apenas le dio tiempo a borrar sus dibujos, en un momento ya estaba allí, por encima de ella, con su aureola negra y su mirada llena de espinas.

—Gracias por llamarme —dijo, a modo de preámbulo.

—Es lo que me pidió que hiciera, ¿no?

—No todo el mundo actúa como usted.

Con la mano levantada para protegerse del sol, Myriam dejó que el zulú se perdiera en sus tradicionales fórmulas de cortesía —así al menos la miraba.

—¿Cómo está?

—Ha habido que rehidratarla —contestó la enfermera—. A su madre se le va la olla por completo, si me permite la expresión.

—Sí.

Josephina se había marchado de Khayelitsha hacia las nueve de la mañana, y la habían encontrado tres horas después, perdida en un asentamiento ilegal cerca de Mitchells Plain, una zona que se extendía entre el township y la N2. Coger el autobús, apearse en un lado de la autopista, caminar por los terrenos accidentados que llevaban a los asentamientos ilegales... su comportamiento rozaba la inconsciencia.

—¿Qué estaba haciendo mi madre allí? —gruñó Neuman.

—Eso tendrá que preguntárselo usted —contestó Myriam, sin ocultar su exasperación—. Unas personas como Dios manda avisaron al dispensario, pero la próxima vez quizá no tenga tanta suerte... Sería hora de regañarla, capitán: su madre no tiene veinte años, y ha sido mucho esfuerzo para ella caminar durante horas bajo el sol. No sé de qué están ustedes hechos, pero después del síncope que sufrió el fin de semana, lo suyo ya es suicida.

En sus ojos marrón oscuro brillaba una sana rebeldía. Neuman le tendió la mano para ayudarla a levantarse:

—¿Dónde está ahora?

—En la sala pequeña —contestó Myriam, apretándole la mano—, a la derecha...

Pero ya sólo pensaba en las grandes manos de oso que la elevaban hacia el cielo con tanta facilidad... A ella también se le iba la olla; lo llevó al interior del dispensario.

Una pequeña multitud variopinta trataba de no moverse demasiado bajo las aspas de un ventilador. No había aire acondicionado, tan sólo se repartían botellas de agua entre los resignados enfermos. Josephina descansaba sobre una camilla que, dada su

corpulencia, más parecía un carrito de bebé. Volvió hacia ellos sus ojos turbios y sonrió al sonido de sus pasos.

—¡Anda, estás aquí, cariño! ¡Le he dicho a Myriam mil veces que tienes cosas más importantes que hacer, pero la niña tiene carácter!

—Te parecerá bonito criticar a las amigas —dijo Ali, dándole un beso.

—¡Ji, ji, ji!

Su situación de mamífero varado en la arena ya no la molestaba, ahora que tenía delante a Dios en cine en blanco y negro.

—Oye, mamá, ¿no te parece que ya no tienes edad para fugarte de casa?

Ella le cogió la mano y no parecía dispuesta a soltarla.

—No pensaba perderme, pero, claro, como no voy mucho por esa zona...

—¿Y qué se te había perdido a ti allí?

—Oh...

—Contéstame.

Josephina suspiró, y a punto estuvo de caerse de la camilla.

—Me han dicho que Nora Mceli había muerto —explicó—. Ya sabes, la madre de Simón... No sé si será verdad, pero me han dado el nombre de una prima que al parecer se ocupó del niño durante la enfermedad de la madre. Winnie Got, una prima de Nora, como te digo. Me han dicho también que vive en un asentamiento ilegal entre Mandalay y Mitchells Plain... Quería saber si tenía noticias de Simón.

—Mira que eres cabezota.

—Ese niño está perdido, Ali... Si no hacemos nada por él, se morirá: lo sé.

Accidente, enfermedad, bala perdida, la esperanza de vida de los niños de la calle era limitada.

—Me gustaría ayudarlo —dijo—, pero no podemos salvarlos a todos.

Josephina adoptó una expresión seria.

—He tenido pesadillas —dijo, con sus ojos vacíos—. A los antepasados no les gustaría que abandonáramos a Simón a su propia suerte. No, no estarían nada orgullosos de nosotros...

Lazos inmemoriales los unían unos a otros —defender el ideal del *ubuntu*, acoger a varias generaciones bajo el mismo techo, el concepto de familia en un sentido amplio, esencial para la cultura sudafricana y reivindicado como tal pese a decenios de política separatista... Sin esa solidaridad, también ellos habrían estado perdidos. Simón formaba parte del grupo.

—¿Por qué no me lo has comentado? —le reprochó su hijo—. Habríamos ido juntos.

—Vi tu nombre en el periódico —explicó su madre—: Por lo de esa pobre muchacha asesinada. No te quería...

—Molestar. Bueno... —Cambió de tono—. ¿Puedes levantarte o prefieres que te

lleven hasta el coche? Lo tengo aparcado aquí al lado...

—¡Oh, si me ayudas puedo tratar de levantarme! Hace dos horas que no me atrevo a moverme de esta camilla: ¡me siento como si fuera un océano en una cascara de nuez, ji, ji, ji!

A Josephina parecía traerle todo aquello sin cuidado.

\* \* \*

El eje principal que atravesaba el township de Khayelitsha partía de Mandalay Station y pasaba por Cape Flats, una llanura arenosa barrida por fuertes vientos y ocupada por edificios destartados, «cajas de cerillas<sup>[24]</sup>» y chabolas, apenas visibles desde la autopista. En esa zona gris se había instalado la gente sin hogar, era un asentamiento que se extendía sin cesar y en el que la policía rara vez ponía los pies: paneles de madera, alambres, estacas, chapa, carteles publicitarios, viejos periódicos, la gente construía las chabolas con lo que tenía a mano, eran criaturas que salían volando por los aires en cuanto se levantaba tormenta. Los más privilegiados vivían en contenedores. Todos se lavaban fuera, por falta de espacio o de agua corriente. Alguna que otra señal de «endurecimiento» del campamento: unas placas de hormigón habían sustituido las cercas que antes delimitaban las parcelas, e incluso crecían algunos setos, verdadera proeza en el suelo de arena de Cape Flats.

Según los datos que tenía Josephina, Winnie Got vivía en un *plaza shop*, un pequeño colmado sin licencia en el que se vendían productos de primera necesidad: cerillas, velas, alcohol de quemar, harina, pilas, leche y algunos refrescos... Neuman condujo un rato ante las caras hostiles o curiosas de los viandantes. Un cable de electricidad atravesaba la zona, con empalmes salvajes como lianas letales, enganchados a cualquier superficie. El campamento se transformaba tan deprisa y de manera tan anárquica que era difícil orientarse: por fin, después de un buen rato, Neuman encontró a la tutora de Simón en el interior de su tienda.

Winnie llevaba un *kikoi*, un vestido de tela de África oriental, y zapatillas de peluche de un rosa chillón. Ali se presentó como el hijo de Josephina. Hacía un calor sofocante en el reducto. Junto a una nevera destartada había un estante con vasos Duralex, orgullosamente expuestos. Neuman le compró dos latas de refresco. Se acomodaron en el sofá para hablar, los cojines estaban tapizados con una tela de flores que había visto demasiado sol.

Winnie Got hablaba una mezcla de inglés y de jerga de los townships: tenía treinta y ocho años y tres hijos de padres distintos, que nunca habían conocido a su abuela —porque de otro modo, según la tradición, ésta se habría ocupado de ellos—. Su prima Nora se había instalado en su casa hacía un año, con su crío y su enfermedad. Los rumores hablaban de mal de ojo, de los maleficios que ella había

hecho y que le habían vuelto rebotados, como un bumerán; en cualquier caso, la pobre ya estaba muy débil cuando llegó a su casa. Nora había muerto dos meses más tarde. Winnie se había hecho cargo de Simón que, al no tener padre, de otra manera se habría quedado en la calle. El chaval había vivido en su casa un tiempo, y un buen día había desaparecido, sin dejar una nota ni una dirección...

—No lo he vuelto a ver —concluyó Winnie.

El rostro de la xhosa no mostraba ternura alguna: su prima había muerto y no había dejado más que rumores y un huérfano del que no quería ocuparse.

—¿Qué pasó con Simón? —quiso saber Neuman—. ¿Por qué se fugó de su casa?

—No lo sé —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Y eso que yo intenté hablar con él, pero jugaba a hacerse el duro, con su banda de desarrapados.

—¿Qué banda?

—Pues una de niños de la calle —contestó Winnie—. Las hay a patadas por aquí. Simón iba con ellos a la playa a jugar al fútbol: un buen día, ya no volvió más...

—¿Eso cuándo fue?

Winnie se abanicó con una revista femenina del año anterior:

—Pues hará unos tres meses.

—¿Y desde entonces no lo ha vuelto a ver?

—Sí, lo vi un momento cerca del asentamiento, pero era casi imposible acercarse a ellos.

—¿Por qué?

—Se había vuelto salvaje... Se había vuelto como los demás. Winnie esbozó una mueca amarga.

—¿Puede describirme a esos chavales?

—Eran media docena o así... Simón, otros pequeños, y uno un poco mayor, con un pantalón corto verde.

En el township debía de haber miles de chavales con pantalones cortos verdes.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde se los puede encontrar?

—¿Por qué me pregunta todo esto?

—Simón fue visto en Khayelitsha la semana pasada —dijo Neuman.

—A algún sitio tiene que ir...

—Ha atacado a una anciana ciega que da la casualidad que es mi madre —precisó—. Es un poco pesada, pero le tengo cariño. Bueno, ¿qué? ¿Por dónde para esta banda?

—Y yo qué sé —contestó Winnie—. Le digo que hace la tira de tiempo que no los vemos.

Neuman se terminó el refresco. Según Josephina, Simón estaba solo cuando la había agredido: la fuerza de estos chavales residía, sin embargo, en el grupo. Solos, no eran nada.

—¿Simón dejó algún objeto personal? —preguntó.

—Poca cosa.

—¿Puedo echar un vistazo?

Todo lo que Winnie poseía estaba guardado en unas maletas; la mujer no tardó en volver de la habitación contigua con una caja de hojalata con la tapa abollada.

—Esto es todo lo que he conservado...

En el interior de la caja había un acta de nacimiento (Simón había cumplido once años el mes pasado), una ficha de vacunación realizada en el dispensario de Khayelitsha, un libro de escolaridad y una foto, grapada en el lado de una de las hojas. Al niño le costaba sonreír pese a sus mofletes.

—Ya ve, no es gran cosa...

Neuman observaba la fotografía: esa cara...

—¿Quiere una cerveza? —preguntó Winnie—. Invito yo.

—No —dijo, con la cabeza en otra parte—. No, gracias.

La foto era de hacía apenas un año, pero a Ali le llevó un tiempo reconocerlo: el otro día, en el descampado, el niño canijo con el rostro ensangrentado al que había salvado de los *tsotsis* y que se había escapado por las tuberías... Simón.

Ruby no sabía nada. Y Ali, apenas, una noche en que habían bajado la guardia... Brian tenía entonces diecisiete años, y Maria, veinte.

María no había leído *Ada o el ardor*, o no la habría entendido; en su casa no se retozaba en el césped que rodeaba el castillo, con su prima o su primo; las paredes de su casa no las habían levantado los primeros granjeros blancos del África austral; su padre no era un alto funcionario ni un apasionado de los caballos de carreras; su madre no preparaba *bóerewors* por las mañanas preguntándose qué tiempo haría; la ventana de su cocina no daba a un prado, ni la de su habitación a un bosquecillo que hiciera olvidar las verjas electrificadas que rodeaban la finca; Maria no tenía cuadras, ni caballos, ni cadena de alta fidelidad, ni discos —Clash, Led Zeppelin, Plimsouls—; no sabía nada de los grupos de rock que alimentaban su rebeldía, ni de los corazones rotos que salían en los libros, ni de deseos sutiles ni de transgresión; ella nunca había oído hablar de Nabokov, ni del ardor de amar: Maria no sabía leer.

Le habría gustado ser asistente social, pero no se lo habían permitido. Maria era negra. Tenía dos vestidos, uno rojo y uno azul celeste, el más bonito: Brian se lo dijo, un día que la muchacha volvía de las cuadras, con sus sacos llenos de mierda, sus botas de goma y su delantal sucio. Al principio Maria sintió miedo —ese joven blanco que le sonreía era el hijo del *bass*—, pero sus ojos verde agua brillaban tan fuerte que olvidó las advertencias de su madre. Ningún blanco le había dicho que era guapa... Les bastaron dos meses para acostumbrarse el uno al otro y conocerse. Maria sustituyó a la Ada de sus sueños, y Brian hizo el amor por primera vez en el bosquecillo que había detrás de la mansión familiar, a hurtadillas, bajo el crepitar de las verjas electrificadas que rodeaban la finca. Brian estaba feliz. Si el imbécil de su padre supiera...

—Te voy a enseñar a leer —decretó un día, tumbado junto a ella entre los helechos.

—¡Jajá!

Brian no sabía que se podía reír tan bien. Tan maravillosamente. Como si, entre sus brazos, el apartheid no existiera. Fin de la infancia, empezaba lo novelesco. Brian no tardó en hacer cualquier cosa para comer su fruto prohibido, inventaba las estrategias más complicadas: faltaba a clase, daba plantón a sus amigos, dejaba de lado el deporte, para llevársela al bosque. Maria reía: Brian pensó que eso era el amor.

Así pasaron dos años, sin incidentes y sin modificar su apetito carnal. Maria descifraba las palabras de los libros que Brian se llevaba a los helechos, y éste, a su vez, el manual de instrucciones del cuerpo femenino que ella le ofrecía. Maria olía a almizcle, a especias y a frutas del bosque.

—No me abandonarás nunca, ¿verdad?

—¡Estás loco!

Maria se reía.

Por supuesto que él pensaba que eso era amor...

Brian volvió a casa un día en que Maria estaba trabajando, a mediodía, para darle una sorpresa. La casa estaba vacía, su madre se había marchado al centro de compras con otras muñecas lechosas amigas suyas. Rodeó el garaje, comprobó que no había ningún empleado podando el seto del jardín y corrió a las cuadras. El purasangre pastaba en el cercado vecino, y entonces oyó un ruido que venía del silo. Maria... Se acercó sin hacer ruido, imaginó su espalda inclinada sobre la escoba, su olor tan especial, y la realidad lo abofeteó en plena cara: Maria estaba inclinada sobre la barandilla de un box, con el vestido levantado, mientras un tipo gordo se la trabajaba. Su padre. Jadeaba, respirando como un buey, con los pies nadando entre excrementos. Brian sólo veía su enorme culo que se contraía a cada embestida, su pantalón arrugado por encima de las botas, y Maria que se agarraba para no caer...

—Lo mataré... Lo mataré —repetía, con los ojos húmedos de lágrimas.

Pero era demasiado tarde. Brian no se atrevió entonces a coger la horca que había junto a la entrada de la cuadra, no tuvo el valor de clavar a su padre como una mariposa nocturna en la puerta del silo, hincarle la horca en la espalda hasta que le saliera por la garganta.

Le tenía miedo.

—Lo mataré...

Maria no contestaba. Lloraba en el bosque en el que se amaban. Sentía vergüenza. Se escondía entre sus míseras manos, en vano. Brian no preguntó desde cuándo ocurría aquello, si la había forzado la primera vez, si podía haberlo evitado. Su risa no se escondería ya más con ellos entre los helechos, sus hombros, sus piernas y su sexo ya sólo emanarían el olor infame de su padre...

Maria regresó a trabajar a su casa los meses siguientes, pero Brian la evitó como pudo. Se sentía traicionado, humillado, confusamente enamorado. Y un buen día, Maria no volvió más. Él la esperó todo el fin de semana, y el siguiente, en vano... Le preguntó a su madre, una mañana, en la cocina, de la manera más anodina.

—¿Maria? Tu padre la despidió la semana pasada —le explicó, con las manos en la masa de la tarta.

—Anda, ¿y eso?

—¡La cuadra estaba sucísima! —aseguró su madre, que jamás ponía los pies allí.

Brian caviló unos días antes de registrar el despacho de su padre. En un archivador encontró la dirección de la empleada, con sus nóminas y los documentos administrativos que le permitían ir a trabajar a la ciudad. Maria vivía en el township, a diez kilómetros de allí. Lejísimos, en el otro extremo del mundo.

Ningún blanco se aventuraba jamás en los townships. Brian le pidió al taxista negro que lo esperara delante de la casa, una chabola de contrachapado pintada de amarillo, todo un lujo en el barrio. La madre de Maria se sobresaltó al ver al adolescente en su puerta. Tres niños pequeños se agarraban a su delantal, curiosos y asustados. Al principio la xhosa no quería hablar, pero Brian insistió tanto que terminó por ceder: Maria se había marchado un día a trabajar y nunca había regresado. Corría el rumor de que un coche de policía se la había llevado a la salida del township, pero su madre no lo creía. Maria estaba embarazada de cuatro meses: seguramente se habría fugado con el padre del bebé, que sería uno de esos desgraciados que prometen la luna y sólo traen problemas...

Brian volvió a su casa y comparó la fecha de la desaparición con el reparto de tareas de los empleados: Maria debía trabajar en la cuadra aquel día.

Mintió a los policías locales, puso una denuncia por robo, dando el nombre de la chica y su descripción, insistió para obtener una respuesta, mencionó que su padre era procurador y consiguió lo que quería. Un inspector llevó a cabo una investigación, que no dio resultado: Maria no figuraba en ningún registro de la policía. No estaba fichada por ningún delito, no se había producido ninguna detención. El agente no tenía inconveniente en tomarle declaración para su denuncia, pero no era muy probable que diera ningún resultado...

La madre de Maria, a la que Brian había mantenido informada de sus pesquisas, lo encauzó hacia un militante del ANC. La clandestinidad, la tortura, las desapariciones, los procedimientos arbitrarios de los servicios especiales, los asesinatos de opositores. Brian descubrió una realidad que no conocía. Peroató cabos: su padre era procurador, un eslabón inflexible del poder...

Había pasado un mes desde la desaparición de la muchacha negra. Brian esperó a que su padre estuviera solo en la cocina para hablarle.

—Por cierto —le dijo, como quien no quiere la cosa—, ¿sabes que Maria está embarazada?

Su padre lo fusiló con la mirada, durante un segundo, antes de corregir su error.

—¿Embarazada?

Pero sus ojos lo traicionaban. Lo sabía, era obvio...

—La has hecho desaparecer tú, ¿verdad? —le espetó Brian con aire desafiante—. ¿Mandaste tú a la poli a la salida del township?

El afrikáner se irguió con su masa imponente por encima de su hijo:

—¿De qué estás hablando?

La ira inflaba sus venas, pero Brian ya no le tenía miedo. Lo odiaba.

—El hijo que esperaba no era tuyo —le dijo—, sino mío... Pobre gilipollas.

Apartheid: «desarrollo separado»...

Brian cambió de techo, de vida, de nombre y de amigos. Se curtió lejos de esa

familia a la que odiaba con todo su ser, antes de abrir una oficina de investigación. Buscar a los negros que su padre hacía desaparecer se convirtió en su especialidad, una tarea obligatoria y saludable que le hizo entrar en contacto con los miembros del ANC clandestino y con los policías que los perseguían. Ruby lo había recogido varias veces de las cunetas de la autopista, donde lo dejaban tirado después de palizas tremendas. Le perdonaban la vida por el estatus de su padre, pero el odio era el mismo. Brian había desenterrado cadáveres, algunos sin ataúd siquiera, que llevaban pudriéndose meses; esqueletos con los dientes rotos, con las vértebras dislocadas por haber sido arrojados desde los tejados de las comisarías; opositores o simples simpatizantes, pero nunca encontró el cuerpo de Maria.

Su necesidad de amor era inconsolable. Conservaba el recuerdo de la joven negra en lo más hondo de sí mismo, como un secreto vergonzoso. No sabía por qué no hablaba nunca de ello. Por qué asomaba la cabeza donde otros no pondrían jamás los pies. Por qué se castigaba. Si los brazos de las mujeres en los que se refugiaba provenían de un mismo deseo de sabotaje... Ruby tenía razón a fin de cuentas. Su corazón era de hielo: se fundía a discreción.

Tracy, por ejemplo, truco de magia número cincuenta y cuatro, albornoz blanco, túnica pelirroja en mitad de la cocina, con un lápiz sabiamente plantado en lo alto de la cabeza, para recogerse la melena, preparaba huevos revueltos para el desayuno con la habilidad de un recién nacido:

—Oye —se echó a reír la camarera—, ¡qué jaleo hay en tu casa!

Acababan de despertarse. Los Young Gods —unos suizos, según el librito del cedé— se desgañitaban por los altavoces del salón mientras ella se afanaba en los fogones.

—¿No te gusta la música? —le preguntó él.

—¡La escucho todas las noches, me sale por las orejas! —se defendió Tracy.

—Pues ciérralas, cariño.

—Oye, tú, qué gracioso te levantas por las mañanas, ¿no?

—Estoy medio atontado —explicó—: Me siento como si fuera de noche.

Tracy aporreó la sartén con su tenedor.

—¡Venga ya! Pero si ya estabas roque cuando he vuelto...

—Lo siento, cariño.

Tracy había vuelto a casa de Brian una vez terminada su jornada, pero Brian se había desplomado al tercer porro de Durban Poison. Era la primera vez que volvían a verse desde la noche loca del sábado y el domingo fallido en casa del amigo «Jim». Tracy tenía treinta y cinco años: sabía que detrás de la barra se podía tirar a todos los tíos que quisiera, el problema era siempre repetir. Otros alcoholes los llevaban a otras chicas, y la pelirroja divertida de las coletas que les servía las copas era siempre agua pasada. Pues hija, tendrás que buscarte un trabajo más normal, se decía a sí misma las

noches que se deprimía, y no uno en el que todo el mundo te mire el culo. Pero Tracy no creía mucho en otros trabajos, ni en los tíos en general.

Removió la papilla formada en la sartén, con aire circunspecto.

—Espero ser mejor en la cama —dijo.

—Un caviar de berenjenas.

—¿Y eso está bueno?

—Te tiene que gustar el ajo.

Tracy sirvió los huevos en los platos y lanzó la sartén al fregadero, haciendo un ruido como para romper los tímpanos.

Brian hizo una mueca. Esa chica no le inspiraba en absoluto nada tierno ni delicado.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —le dijo, sentándose frente a él.

—Calzo un cuarenta y tres, ya que lo quieres saber todo de mí.

—Hablo en serio...

—Te escucho, cariño.

Tracy bajó los ojos. Se le había soltado un mechón del lápiz y caía por su nuca, formando tirabuzones rojizos.

—Tienes que decirme si soy pesada... Es que como ya no tengo costumbre siempre me parece que me paso con los tíos... Qué tonterías digo, ¿verdad?

—Un poco, cariño.

Pese a su estoicismo de fachada, el truco de magia no dejaba de perder aire, tanto que ya se escabullía por el jardín, escamoteado... Brian consultó su reloj. No es que él llegara tarde, es que el mundo huía.

\* \* \*

Como el ANC se negó a aprobar el sistema de los bantustán, el gobierno del apartheid había encerrado a Mandela y a sus compañeros en Robben Island, una isla cubierta de vegetación situada a unas millas de Ciudad del Cabo, que tenía la ventaja de aislar por completo a la oposición política. Mandela tuvo que esperar veintiún años antes de volver a tocar la mano de su mujer.

Sonny Ramphela no tuvo que sufrir esa cruel pena doble: el hermano de Stanley purgaba una condena de dos años en la cárcel de Poulsmoor, un edificio de hormigón insalubre y abarrotado donde hasta las moscas se pudrían en el infierno.

—¿Encuentra lo que busca? —preguntó el jefe de los *vigilantes*.

Inclinado sobre el registro, Dan Fletcher echaba un vistazo a las visitas del detenido. Mientras tanto, Kriek, el paleta al que todo el mundo llamaba Jefe, jugueteaba con su manojito de llaves. Fletcher no contestó. Epkeen fumaba, mirando con ojos torvos al carcelero. A él tampoco le gustaban las cárceles, lamentaba que la

humanidad no hubiera encontrado nada mejor en ocho mil años de existencia, y todavía le gustaba menos esa clase de jefecillo, beneficiario de la «cláusula del crepúsculo<sup>[25]</sup>» y que se había reenganchado porque la población carcelaria, en el fondo, no había cambiado: *coloured* y cafres a mansalva.

Sonny Ramphele estaba en libertad condicional cuando lo habían detenido al volante de un coche robado con tres kilos de marihuana prensada debajo del asiento. El mayor de los dos hermanos no había confesado nada, de modo que le habían caído dos años de cárcel. La trayectoria de Sonny era de las más clásicas: hijo de padres aparceros que habían muerto demasiado pronto, éxodo a la ciudad con su hermano pequeño, hacinamiento, ociosidad, miseria, delincuencia y cárcel. Sonny acababa de cumplir los veintiséis, entre rejas, y si no se metía en líos, saldría en pocos meses.

La policía científica había registrado su casa, pero si su hermano pequeño, que se había quedado encargado de los negocios del mayor, tenía un escondite para algún posible alijo de droga, éste bien podía haber desaparecido con él. Se habían encontrado pocas huellas, todas de Stanley, y las preguntas a los vecinos no habían dado muchos resultados. La cabaña más cercana estaba deshabitada, y los marginales que vivían en la costa no se metían en los asuntos de los demás, y prueba de ello era que el cadáver del joven xhosa llevaba cuatro días pudriéndose. Algunos habían conocido a Sonny, «un tiarrón bastante tranquilo, que se ocupaba de su hermano pequeño» y a Stan, un chaval al que le gustaban mucho las motos y la moda. Nadie lo había visto nunca con Nicole Wiese —una rubita como ésa, se acordarían—. El único indicio que confirmaba su pista era que se habían encontrado varias huellas de la joven afrikáner en la camioneta utilizada el día del asesinato...

Fletcher levantó la cabeza del registro.

—Stanley Ramphele venía regularmente a visitar a su hermano —comentó—, pero no hay anotada ninguna visita en absoluto desde hace un mes...

Kriek se estaba limpiando las uñas con los dientes.

—Yo ni sabía que tuviera un hermano —dijo.

Uno de los funcionarios ahogó una risa a su espalda. Epkeen olvidó un instante lo sucio que era el jefe de los *vigilantes* y ese olor rancio a hombre encerrado que envenenaba el ambiente:

—¿Podemos ir a una habitación tranquila para interrogar a Sonny?

—¿Por qué? ¿Tienen intención de verle el agujero de bala?

—Pero qué gracioso es usted, Jefe.

—El Ramphele este no pone el culo ni a tiros —insistió Kriek—. ¡Y no lo digo yo, lo dicen los demás internos!

Los otros carceleros confirmaron sus palabras.

—¿Y eso qué quiere decir? —se impacientó Fletcher—. ¿Que Ramphele está protegido?

- Eso parece.
- No se menciona en su expediente.
- Las bestias se devoran entre sí.
- ¿Qué dicen de él los soplones?
- Que tiene el culo duro.
- Parece que es un tema que lo apasiona.
- A mí no: ¡pero a ellos sí!

Kriek fue el primero en reírse, y su camarilla no tardó en imitarlo. Epkeen le indicó a Dan con un gesto que era mejor cambiar de aires. Kriek era exactamente de la clase de tipos que en el pasado lo molían a palos y luego lo dejaban tirado en una cuneta, dándolo por muerto...

Doscientos por cien de superpoblación, un índice de reincidencia del noventa por ciento, tuberculosis, sida, ausencia de cuidados médicos, canalizaciones atrancadas, colchones en el suelo, violaciones, agresiones, humillaciones..., Poulsmoor era una buena síntesis del estado de las cárceles de Sudáfrica. Como los internos no dejaban de aumentar, el Estado había encargado al sector privado la construcción de nuevos centros de detención, y la mayoría se remontaba a los tiempos del apartheid. En estas cárceles había muy pocos trabajadores sociales, la reinserción era una utopía, y la corrupción, endémica. Los índices de evasión batían todos los récords, con la complicidad de un personal mal formado, mal pagado o incluso criminal. Algunos detenidos debían pagar derechos de peaje para asistir a clase o participar en las actividades, mientras que otros, condenados a cadena perpetua, pasaban los fines de semana fuera de prisión. Como se daba el caso de que los guardias vendían nuevos detenidos al mejor postor entre los demás reclusos, el primer reflejo de éstos consistía en ponerse bajo la protección de alguno de los matones de la cárcel, que monopolizaban a las *wifye*, las «esposas», y daban carta blanca a los guardias.

Putas, drogas, alcohol, ocho sindicatos del crimen se repartían el territorio. En esta jungla, a Sonny Ramphele no le había ido demasiado mal. Para ello, había tenido que hacer un trato, como los demás. Había cogido sarna, o los piojos querían comérselo vivo (los cuidados de belleza nunca habían sido el fuerte de Sonny, nada que ver con el guapito de su hermano), pero había conseguido preservar su integridad: aguardaba el final de su pena, escuchando a sus compañeros pelearse por ver a quién le tocaba ir antes a las letrinas, cuando un *vigilante* lo sacó de su larga apatía.

Sonny refunfuñó —qué coño era esa gilipollez de visita médica...— antes de obedecer bajo los sarcasmos del guardia.

En los pasillos de la cárcel olía a col y a humanidad. Arrastrando invisibles grilletes, Ramphele franqueó dos puertas magnéticas antes de ser conducido hasta

una habitación apartada, sin ventanas. Nada que ver con una enfermería: había una mesa, dos sillas de plástico, un tipo moreno y bajito de mirada penetrante y otro tipo más corpulento, que en tiempos debió de estar en forma, apoyado en la pared.

—Siéntese —dijo Fletcher, indicándole la silla vacía frente a él.

Como su hermano, Sonny era un xhosa alto y fuerte de cerca de metro ochenta y mirada oblicua: avanzó con el metabolismo del vago y se sentó en la silla como si estuviera cubierta de clavos.

—¿Sabes por qué estamos aquí?

Sonny apenas sacudió la cabeza de lado a lado, con los párpados pesados característicos del duro de pelar y el fumador empedernido.

—Hace tiempo que no ves a tu hermano —prosiguió Fletcher—: Un mes, según el registro... ¿Has tenido noticias tuyas?

Breve signo de desdén, como si todo le resbalara. Se inculpaba cada año a miles de policías por agresión, homicidio y violación; Sonny no tenía ganas de hablar con ninguno de ellos, y menos aún de Stan.

—Él heredó tus negocios, ¿verdad? —dijo Dan—. Seguramente está demasiado ocupado para visitar a su hermano mayor...

Sonny no le quitaba ojo al otro poli, que seguía detrás de él.

—¿Con qué trapicheaba Stan? ¿Con *dagga*? ¿Y con qué más?

El detenido no reaccionaba. Epkeen se inclinó sobre su nuca:

—Hiciste mal en darle las llaves de la camioneta a tu hermanito, Sonny... ¿No le dijiste que no iba a ninguna parte?

El xhosa tardó en reaccionar. Fletcher dio la vuelta a las fotografías esparcidas sobre la mesa.

—Stan fue encontrado muerto en vuestra casa —dijo, mostrándole las imágenes—. Ayer, en Noordhoek... La muerte se produjo unos días antes.

Su expresión de matón hastiado cambió a medida que iba descubriendo las fotos: Stan lívido en el sofá de su casa, un primer plano de su rostro, con los ojos muy abiertos, fijos en un objetivo indefinido para siempre...

—Stan murió de sobredosis —prosiguió Fletcher—: Una mezcla a base de tik... ¿Sabías que tu hermano se metía?

Sonny iba encogiéndose en su silla, con la cabeza vuelta hacia sus zapatillas de deporte sin cordones. Stan y su risa de niño, las collejas que le daba, sus peleas entre el polvo, su vida desfilaba ante sus ojos, concluyendo con un fundido en negro...

—Stan no tenía otras marcas de pinchazos en los brazos —dijo Fletcher—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Nada.

Sonny se había vuelto hablador.

—Tu hermano estaba implicado en algo gordo: es sospechoso principalmente de

vender una nueva droga a los blanquitos del centro... ¿Estabas al corriente?

El hermano mayor negó con la cabeza, todavía no era capaz de reaccionar.

—Tu hermano salía con una chica, Nicole Wiese, la misma de la que escriben los periódicos. ¿Stan nunca te habló de ella?

—No es asunto mío.

No podía apartar los ojos de las fotos.

—Nicole Wiese ha sido salvajemente asesinada, y todo apunta a que el culpable fue Stan: en vuestra casa se encontró droga, el bolso de la chica y la prueba de que estaban juntos en el momento del crimen. ¿Qué droga es ésa?

—Ni idea.

Sonny entrelazaba los dedos, nervioso.

—No te creo, Sonny. Haz un esfuerzo.

—Stan no me dijo nada.

—Salvo el Jefe, nadie está al corriente de nuestra visita —aseguró Fletcher—. Nadie sabrá que has hablado con nosotros, tu nombre no aparecerá en ningún lado. El juez de aplicación de las penas es clemente con los arrepentidos: ayúdanos y podremos ayudarte.

Ramphale masculló algo, seguramente algo muy feo.

—Stan traficaba en las playas —prosiguió Epkeen—. Buscamos a su proveedor: tienes que conocerlo a la fuerza.

—No conozco a nadie que venda tik. Stan tampoco.

—Quizá tu proveedor se haya reciclado.

—No... Demasiado peligroso.

Epkeen se sentó en el borde de la mesa:

—Según tú, ¿por qué tu hermano no vino a verte estas últimas semanas? ¿Por qué llevaba un mes haciéndose el muerto? Se puso a vender droga dura, a ganar dinero y a pegarse la gran vida con las blanquitas de las playas: hasta se compró ropa chula y una moto con rayos pintados... Stan dejó de venir a verte porque sabía que no te gustaría cómo se había adueñado de tu territorio: pero apareció un obstáculo... Utilizaron a tu hermano, Sonny. No esperes respeto de esa gente: os tratan como a esclavos.

El detenido se encogió de hombros: en la cárcel era igual.

—Te ofrecemos una manera de salir de ésta —se suavizó Fletcher—: Dinos quién era el proveedor de tu hermano, y te revisamos la condena.

Sonny ya no se movía, tenía la barbilla clavada en su camiseta mugrienta, como si la muerte de su hermano pequeño lo hubiera desnucado. Ya sólo quedaba él: pero él solo no valía una mierda.

—*Dagga*, tío —dijo por fin—. Sólo *dagga*...

Un silencio pesado envolvió la sala de interrogatorio. Fletcher le hizo una seña a

Epkeen, que apagó su cigarrillo: o el hermano no sabía nada, o tenía buenas razones para mentir... Estaba a punto de pedirle al guardia que se lo llevara de vuelta a su celda cuando Brian le preguntó a quemarropa:

—A Stan le daban miedo las arañas, ¿eh...?

El rostro sin expresión de Sonny cambió por completo: alzó unos ojos interrogadores hacia el poli del pantalón negro.

La brecha estaba ahí, abierta de par en par.

—Un miedo terrible —insistió Epkeen—. Una fobia, lo llaman...

El xhosa estaba desconcertado: de pequeño, Stan se había caído en un pozo, un agujero seco que hacía tiempo que no servía para nada. Lo habían buscado durante horas antes de encontrarlo, temblando de miedo, en el fondo del agujero: ya no había agua pero sí arañas, centenares de arañas. Quince años más tarde, Stan apenas soportaba ver una asquerosa araña en una fotografía, y mucho menos acercarse a una de verdad...

—Utilizaron a tu hermano para dar salida a toda la droga —prosiguió Epkeen—, y cuando Stan se volvió demasiado llamativo, llenaron a tope la aguja para que pareciera una sobredosis. O, más bien, le dieron a elegir entre palmarla él solito con una sobredosis o pasar un ratito con uno de esos encantadores bichitos... Hemos encontrado una migala en el aseo de vuestra casa —añadió—: Una bien gorda.

Ramphele se frotó la cara con las manos. Las fotografías sobre la mesa formaban un calidoscopio siniestro en su cabeza; los últimos fragmentos de su mundo partían a la deriva, y él ya no tenía dónde agarrarse, sólo los ojos llorosos del poli canijo sentado frente a él.

—Muizenberg —dijo por fin—. La droga la vendíamos en la playa de Muizenberg...

\* \* \*

Utilizadas desde hace cinco mil años por los pigmeos por sus virtudes medicinales, las raíces de la iboga contenían una docena de alcaloides, entre ellos la ibogaína, una sustancia próxima a las que están presentes en diferentes especies de hongos alucinógenos. Al actuar sobre la serotonina, la ibogaína supuestamente refuerza la confianza en uno mismo y el bienestar general. Si bien es cierto que la planta y varios de sus derivados presentaban propiedades psicoestimulantes, en dosis más elevadas podían provocar alucinaciones auditivas y visuales, a veces muy angustiosas, que podían llevar al suicidio. Etimológicamente derivada de un verbo que significa «cuidar, curar», la iboga era una planta iniciática cuyas propiedades terapéuticas y cuyo poder alucinógeno permitían establecer un vínculo con lo sagrado y con el conocimiento. La iboga se utilizaba en sesiones llamadas *bwiti*, ceremonias

introspectivas dirigidas por un guía espiritual, un chamán llamado *inyanga*, una suerte de herborista. Aparte de esos rituales secretos, la raíz de iboga se empleaba como afrodisíaco o filtro de amor.

Los más partidarios aseguraban que la ibogaína provocaba erecciones que podían durar seis horas y placeres indescriptibles. En la medicina occidental, la ibogaína tenía un papel en las terapias psicológicas y en el tratamiento de la adicción a la heroína, pero los conocimientos relativos a sus virtudes afrodisíacas seguían siendo escasos por falta de pruebas científicas.

Un filtro de amor africano...

Neuman rumiaba como un viejo león inclinado sobre su reflejo. Nicole Wiese había tomado iboga pocos días antes de su asesinato, una fuerte dosis según los análisis del forense, probablemente en forma de esencia. ¿Los frasquitos encontrados en su bolso? ¿Su amigo Stan también traficaba con iboga?

Neuman se marchó corriendo al instituto médico-forense.

Tembo había sido el primer negro en dirigir la morgue de Durham Road. Su corta barba gris recordaba a la de un antiguo secretario de Naciones Unidas, y sus gafas indicaban que era miope, tan corto de vista como un topo. Soltero recalcitrante, a Tembo sólo le gustaban las cosas antiguas, la música barroca y los sombreros pasados de moda, y cultivaba una pasión exclusiva por los jeroglíficos egipcios. Los cadáveres eran para él pergaminos que había que descifrar, marionetas de las que él era el ventrílocuo, sólo él podía hacerlas hablar. No las dejaba de lado hasta haberles extraído todo el significado que encerraban. Era un tipo tenaz, en sintonía con el temperamento de Neuman.

Los dos hombres se instalaron en el laboratorio del jefe forense.

El resultado de la autopsia de Stan Ramphele concluía que la muerte se había debido a una sobredosis de metanfetamina. La hora de la misma era incierta, pero se remontaba a unos cuatro días, es decir, poco después del asesinato de Nicole. La arena que había en la alfombrilla de la camioneta se correspondía con los granos encontrados entre el cabello de la joven afrikáner. También se habían encontrado restos de sal en la piel del xhosa y polen de *Dictes grandiflora*, una flor más conocida bajo el nombre de wilde iris, lo cual confirmaba lo que ya sabían: Stan y Nicole estaban juntos en el Jardín Botánico...

—Pero lo más interesante lo hemos obtenido de los análisis toxicológicos —dijo el forense—. Para empezar la iboga. Ramphele también la tomó, pero su consumo es más reciente: tan sólo unas horas antes de morir. Es decir aproximadamente cuando se produjo el asesinato de Nicole Wiese. Esa misma esencia está en el interior de los frasquitos hallados en su bolso. Una fórmula muy concentrada, yo no había visto nada igual hasta ahora...

—¿Una elaboración artesanal?

—Sí. He empezado por preguntarme si esta esencia podía modificar el comportamiento de quienes la consumen, pero los cobayas que han probado el producto no han tardado en quedarse dormidos... —Tembo se mesó la barba—. Entonces me he concentrado en el polvo que le provocó la sobredosis a Ramphele, y he constatado que la misma molécula figuraba en el cóctel que tomó Nicole... La muestra extraída de la casa prefabricada me ha permitido afinar mi investigación. Como todas las drogas sintéticas, la metanfetamina tiene componentes intermedios tóxicos para el cerebro, pero pese a que hemos buscado y rebuscado entre los sustitutos habituales, no hemos logrado saber de cuál se trata. El nombre de esta molécula se nos escapa.

—¿Cómo explica usted eso? —quiso saber Neuman.

Tembo se encogió de hombros:

—Las mafias suelen ir por delante de la investigación pública, nos sacan ventaja, y sus medios son mucho mayores que los nuestros...

Tembo era un entendido en el tema: desde el LSD y el gas BZ, las innovaciones de las neurociencias y la investigación farmacológica habían abierto mucho los horizontes de lo posible. Hoy en día se sabía cómo reprogramar las moléculas para que actuaran sobre mecanismos determinados que regulaban el funcionamiento neuronal o el ritmo cardiaco. Todo lo relativo a los experimentos estaba cada vez más informatizado, los componentes bioactivos más prometedores podían identificarse y analizarse a una velocidad prodigiosa. Tras experimentar en Irak con drogas que agudizaban la capacidad de vigilancia de los soldados, los militares esperaban ver, en un futuro cercano, efectivos que fueran a combatir atiborrados de medicinas capaces de aumentar la agresividad, la resistencia al miedo, al dolor y al cansancio, y que a la vez suprimieran los recuerdos traumáticos al actuar sobre la memoria mediante procesos de borrado selectivo. Tembo, que seguía de cerca esas líneas de investigación, no era muy optimista. El 11 de septiembre había traído consigo un período de violación de las normas internacionales, en particular en Estados Unidos: allí se proseguía la experimentación, a priori prohibida, con armas químicas, con el pretexto de preservar la pena de muerte mediante inyección letal y el mantenimiento del orden con gases lacrimógenos, pero el «antiterrorismo» se había precipitado en un abismo donde ya no había espacio para el derecho. Los rusos no habían revelado el nombre del agente químico utilizado en el asalto al teatro de Moscú en 2005, y los proyectos de investigación seguían desarrollándose a marchas forzadas y en todos los frentes. Ya a partir de la Primera Guerra del Golfo, el ejército del aire estadounidense planteaba elaborar y diseminar afrodisíacos súper potentes capaces de provocar comportamientos homosexuales entre las filas enemigas; un laboratorio checo trabajaba en la transformación de anestésicos combinados con una serie de antídotos

ultra rápidos, lo que luego podrían aprovechar los comandos especiales para proceder a ejecuciones selectivas en medio de una multitud en estado de *shock* o anestesiada.

Apartadas a causa de efectos secundarios no deseados, miles de moléculas dormían en los estantes de los laboratorios: algunas habían podido caer en manos de organizaciones poco escrupulosas...

Neuman lo escuchaba sin decir palabra. Las mafias abundaban en el país, cárteles colombianos, rusos, mafias africanas, etcétera. Alguna de ellas podía haber elaborado un nuevo producto. La mirada de Tembo se iluminó por fin, como si acabara de descubrir el secreto de las pirámides.

—He probado sus muestras en ratas —dijo, con una sonrisa clínica—. Interesante... Venga a ver.

Neuman lo siguió a la sala contigua.

Sobre los estantes reposaban especímenes en frascos de cristal. Dos ayudantes de laboratorio se afanaban alrededor de las mesas.

—¿Está preparado el protocolo? —preguntó el jefe forense.

—Sí, sí —contestó una silueta, enigmática bajo su mascarilla—. Empiece por la número tres...

Se dirigieron a las jaulas de ratas, situadas al fondo de la sala. Había alrededor de diez, herméticas, con una ficha que correspondía a cada experimento.

—Ésta es la jaula de la que le hablaba antes —dijo el forense—: En la que hemos probado la iboga...

Neuman se inclinó sobre los animalillos: eran media docena y dormían apaciblemente, unos encima de otros.

—Muy lindas, ¿verdad...? —Tembo señaló la jaula vecina—. Sobre esta jaula hemos diseminado el polvo hallado en el domicilio de los hermanos Ramphela. Las ratas que ve están actualmente en fase número uno: es decir, que han inhalado el producto hace poco tiempo.

Neuman frunció el ceño. En la jaula reinaba una agitación anárquica; la mitad de los especímenes daba vueltas sobre sí mismos a toda velocidad, los demás copulaban, en medio de una enorme confusión.

—Violación, comportamientos desviados, erotomanía... Tras un lapso de tiempo de dos o tres minutos, las parejas y las jerarquías han saltado por los aires, como puede usted observar, con total naturalidad... La fase número dos es algo menos pintoresca.

En la jaula siguiente había una decena de ratas que correteaban con aire despavorido.

—Apatía, pérdida de referencias sensoriales, repetición de actos carentes a priori de toda lógica, desunión del grupo, comportamientos asociales, cuando no paranoicos... Esta fase puede durar varias horas antes de que los especímenes caigan

en un profundo sueño. Las primeras cobayas que ha visto aún no han despertado... En cambio —dijo, con una mirada helada—, mire lo que pasa si se aumenta la dosis...

Neuman se inclinó sobre la jaula, conteniendo el aliento. Detrás de las paredes de cristal se veían decenas de cadáveres, en un estado horroroso: patas roídas, hocicos arrancados, pelaje desollado, cabezas mordisqueadas; los supervivientes, que deambulaban entre toda aquella carnicería, no habían salido mejor parados...

—Tras una breve euforia, la totalidad de los especímenes ha perdido el control, no sólo de sus inhibiciones —explicó Tembo—. Algunos han empezado a devorarse entre sí. Los dominantes han agredido a los más débiles, no han vacilado en matarlos, antes de despedazarlos. Y luego se han ensañado con el resto de los cobayas... La matanza ha durado horas, hasta el agotamiento.

Sólo quedaban los dominantes: dos ratas de laboratorio que en tiempos debieron de ser blancas y que ahora habían perdido la cola; tenían la mitad de la cabeza roída y pelada, y se observaban la una a la otra, a distancia.

—Están en estado de *shock* —comentó el forense—. Hemos practicado la autopsia a varios cadáveres y hemos descubierto graves secuelas en el córtex... La droga parece provocar una aceleración de las reacciones químicas, algunas de las cuales generan entonces una sustancia que actúa a modo de catalizador, de tal manera que la velocidad de reacción parte de cero y luego se embala, lo que activa la catálisis y acelera aún más el proceso... Como una bomba atómica y la fisión de los núcleos de uranio.

—¿Es decir?

—Euforia, estupor, síndrome de abstinencia, furor, estado de *shock*: el comportamiento del consumidor varía en función de la dosis administrada.

—¿Alguna idea de cuál puede ser la reacción química en humanos?

El forense se mesó la punta de la barba.

—Los resultados pueden variar en función de los antecedentes, el sistema nervioso y el peso de la persona —dijo—, pero según nuestros análisis comparativos, podríamos avanzar sin temor a equivocarnos demasiado que con una dosis de un centímetro cúbico, la persona intoxicada está «colocada», como se dice en la jerga de la droga. Con dos centímetros cúbicos, pasado el momento de excitación, la persona flota en una forma de torpor paranoico: era el estado de Nicole Wiese cuando la asesinaron... Con una dosis de tres centímetros cúbicos, se entra en una fase de agresividad incontrolada. Con cuatro, la persona lo arrasa todo a su paso, terminando por lo general consigo misma... Vamos, que se vuelve loca.

—¿En cuál de estas fases estaba Stan en el momento de su muerte? —quiso saber Neuman.

—Fuera de todo límite por completo —contestó Tembo—. Se inyectó más de diez

dosis.

Caía la noche cuando Neuman abandonó la morgue de Durham Road.

Había visto a Dan y a Brian un poco antes, al salir éstos de la penitenciaría de Poulsmoor: Sonny Ramphole vendía hierba a los surfistas de Muizenberg, y su hermanito debía de haber tomado el relevo, con un producto mucho más tóxico. Stan se servía de su físico para engatusar a la clientela femenina blanca y extender así su territorio entre la juventud acomodada de Ciudad del Cabo. ¿Aprovechó quizá la excursión a la playa de Muizenberg con su amiguita Nicole para abastecerse de droga? La iboga podía explicar la intrusión nocturna en el Jardín Botánico —flipar bajo las estrellas y hacer el amor entre las flores— pero lo demás no cuadraba: si los amantes habían cambiado de plan para echar un polvo, Stan había engañado a Nicole con la mercancía. Le había hecho tomar un producto sofisticado y súper peligroso, bañado en cristales de tik...

El rumor sordo que rugía en lo más hondo de Neuman se remontaba a hacía mucho tiempo. Que hubieran asesinado a una joven cuando hacía el amor entre las flores más bellas del mundo, la idea de que hubiera que pagar caro el placer lo asqueaba.

\* \* \*

Dan contó la historia de la cebra mal querida y de la urraca que le robó sus rayas. La cebra al final conseguía recuperarlas, pero todas mezcladas, tanto que ya nadie la reconocía en su manada; pero eso a la cebra le gustaba.

—¿Y la urraca? —quiso saber Tom.

—Esperó a la estación de las lluvias, a que saliera el arco iris, y le robó los colores —contestó su padre.

La historia fue muy aclamada en las dos literas. Aún hubo que dar las buenas noches a Baggera, la pantera extrañamente negra, charlar con la camarilla de Tom, repartida por toda su cama, después de lo cual le llegaba el turno a Eve, que sólo entonces consentía callarse, coger a su peluche por la piel del cuello y hundirse el pulgar en la boca.

—Buenas noches, jirafita mía —dijo Dan, besándola en los párpados.

Dan cerró la puerta de la habitación con un nudo en el estómago. Siempre el mismo miedo: miedo de perder a Claire, de no estar a la altura... Los angelitos dormían en sábanas de faquir.

Se tranquilizó un poco antes de reunirse con su mujer, que leía en el piso de abajo.

Desde su enfermedad, ya no veían la tele; al principio les parecía extraño —ni se les pasaba siquiera por la cabeza encenderla— y después se dieron cuenta de que el tiempo que pudieran pasar juntos valía más que cualquier programa de cocina.

Dan y Claire se habían conocido cinco años antes en un bar de Long Street, una noche anodina que había cambiado sus vidas. Fletcher había crecido en una familia de la pequeña burguesía anglófona de Durham donde su homosexualidad latente se había resumido a unas cuantas masturbaciones medio avergonzadas en los aseos del club deportivo donde unos chicos jóvenes y decididos lo habían aliviado sin que Dan se atreviera a pasar a mayores: la penetración, gran tabú masculino. Claire cantaba aquella noche clásicos de los años setenta, acompañada por un guitarrista negro muy vistoso. *I Wanna Be Your Dog*; incluso *unplugged*, esa canción lo había llevado sin remedio hasta sus caderas flexibles que, veladas por un vestido ajustado, ondulaban bajo los focos... Su gracia, sus rastas rubias que caían en cascada sobre sus hombros desnudos, su voz grave y triste, casi masculina: Dan crepitaba. La había abordado en la barra con sus ojos rotos, y Claire había dicho que sí a todo, enseguida: sí a tener hijos, sí a una vida con él. Cinco años.

Hoy Claire ya no cantaba, el pelo se le había caído a puñados, hasta el dibujo milagroso de sus caderas había caído bajo la radiación. La belleza bombardeada y el espanto yacía bajo las flores: Dan no soportaba que Claire pudiera morir. La amenaza que pesaba sobre ellos los había esculpido en cristal, y bajo su aire masculino y tranquilizador, el más frágil era él...

—¿Estás bien? —dijo Claire, al verlo volver de la habitación de los niños.

—Sí, sí...

Su mujer leía, con el cuerpo apoyado en las piernas dobladas sobre el sofá del salón. Llevaba una blusa blanca que le llegaba hasta los muslos, un pantalón corto y ceñido de algodón y gafas de montura plateada que, junto con el libro, le daban un aire estudioso bastante apetecible... Dan se inclinó sobre la portada del libro:

—¿Qué lees?

—A Rian Malan.

El sudafricano que había escrito *Mi corazón de traidor*, esa obra maestra tan aterradora.

—Es su última novela —precisó Claire.

Pero Dan no parecía muy concentrado en la obra del escritor y periodista. La miró apartarse un mechón rubio por detrás de la oreja —todavía no estaba acostumbrada a llevar peluca— y se arrodilló sobre el parqué. Tenía los tobillos finos, suaves, conmovedores... Claire olvidó su libro, y con una sonrisa cerró los ojos: Dan le besaba los pies, una multitud de pequeños besos que caían sobre su piel como un polvillo de amor; Dan los lamía, y su lengua, al acurrucarse entre sus dedos, la excitaba... terriblemente. Claire adoró sus manos a flor de piel, sus dedos que corrían

sobre el algodón de su pantalón... Sintió que se humedecía y, feliz, dejó que Dan la arrastrara consigo hacia atrás...

Apenas habían terminado de hacer el amor cuando sonó el teléfono al pie del sofá. Por miedo a que se despertaran los niños, Dan hizo ademán de descolgar. Claire se aferró a él, acompañando su movimiento, todavía encajada en él: su marido descolgó al quinto timbrado.

—¿Te pillo en mal momento?

Era Neuman.

—No... No...

Dan tenía estrellitas en la cabeza y un archipiélago de cometas por almohada.

—Te recojo mañana por la mañana, iremos a dar un paseo por la playa —anunció Neuman—. Brian se viene también.

El vientre de su mujer lo abrigaba con su calor, y a la vez lo sujetaba con firmeza.

—Vale.

—Y esta vez no olvides tu arma.

—No, prometido.

Dan sonrió al colgar el teléfono. Puro camuflaje. Nunca se lo había confiado a Neuman, y menos aún a Claire, pero en realidad un miedo atroz le atenazaba el estómago: su hada enferma, sus hijos, no era más que un gallina cobarde que temblaba por los suyos... Claire lo atrajo hacia sí con una sutil contracción del perineo. El amor había sonrosado sus mejillas pálidas: ella sí sonreía de verdad, valiente, enflaquecida y confiada.

Dan se tragó su compasión al ver que tenía la peluca ligeramente torcida, pero su vientre ondulaba suavemente sobre su sexo. Claire murmuró:

—Quiero más.

Gulethu no sabía cuándo las cosas empezaron a irse al traste. ¿Hacía diez años? ¿Doce? La pubertad perturbada, actos salvajes, incandescentes, ¿fue su hermana, su prima? Gulethu ya no se acordaba. De nada. Una inhibición que se había tragado hasta su propia superficie. El iceberg flotaba hoy al capricho de la corriente, sin rumbo ni piloto.

La tradición zulú mandaba que las personas culpables de incesto se pudrieran vivas. *Sonamuzi*: el pecado de familia, del que era culpable. «No es culpa mía», gritaba en la oscuridad: era la maldición que pesaba sobre él, y esas pequeñas brujas asquerosas que lo habían engañado. La *ufufuyane* las volvía locas. Sexualmente fuera de control. La *ufufuyane*, la enfermedad que afectaba a las muchachas y se abatía sobre él. El peligro estaba en todas partes, bastaba ver sus contoneos cuando volvían de buscar agua, sus pechos grandes y pesados que se desnudaban al sol, y sus sonrisas, que te atrapaban en el camino como en una tela de araña... Gulethu había sido su víctima, su presa, y no al revés, como lo había decretado el jefe de la aldea: la *ufufuyane* era la causante de todo, la *ufufuyane* que habían enviado los espíritus para engañarlo. Pero nadie lo había escuchado. Lo habían echado de la aldea: «¡Que se pudra vivo!».

Habrían podido degollarlo como a un cebú sacrificado, despellejarlo para recordarle la fuerza del tabú ancestral, pero los vecinos de la aldea habían preferido dejar que se descompusiera lentamente, obedeciendo a la tradición. Gulethu había llegado a la ciudad, o al menos a sus townships, donde otros antes que él se habían mezclado con la basura.

El poder del *sonamuzi* era muy fuerte: la *umqolan*, la bruja a la que había consultado, lo sabía bien. Alguien le había hablado de ella, Tonkia, una vieja desdentada que elaboraba brebajes y que, según decían, se relacionaba con los espíritus contrarios. La *umqolan* conocía su maldición. Ya había curado a otros aquejados del mismo mal. Ella ahuyentaría el pecado de familia que pesaba sobre sus noches. Elaboraría un *nuti* para él, una pócima mágica que lo alejaría de su destino. Gulethu no se pudriría. Todavía no. Una joven blanca lo salvaría. Cualquiera, con tal de que fuera virgen. Bastaba con que Gulethu le trajera el esperma que la había desflorado.

Gulethu lo había preparado todo minuciosamente. Le había prometido mucho al joven Ramphele, sin contárselo todo. Había salido como él esperaba, hasta que la maldita asquerosa se puso a gritar: gritos de perra en celo. La *ufufuyane* la había alcanzado a ella también: zulúes, mestizas o blancas, las perras estaban todas poseídas. Nunca una joven virgen habría abierto las piernas así, ni habría proferido todos esos disparates: los espíritus adversos habían intervenido, antes de que Gulethu

tuviera la más mínima oportunidad de elaborar su *nuti*.

Había tratado de contenerla, pero la maldita gritaba a más no poder...

Los gritos lo despertaron, sobresaltado. Gulethu se incorporó, con los ojos abiertos de par en par. Un sudor frío le inundaba el rostro, jadeaba, entre dos mundos, y apenas distinguía las paredes decrepitas del cobertizo. Pronto vio los jergones repartidos por el suelo, a los otros roncando, y volvió a la realidad... No, no lo habían despertado los gritos de la chica: era la *umqolan*, que lo advertía de un peligro.

Stan estaba muerto, pero los policías podían interrogar a su hermano en la cárcel. Podían venir a husmear a la playa... El Gato no debía enterarse: jamás.

El malestar lo atrapó nada más despertar. Un peso en el corazón, como si hubiera corrido bajo el agua durante horas, cabeza abajo. Muerte por apnea. Epkeen se sentó en el borde de la cama, rebuscó en el desorden de su memoria, pero no encontró ningún retazo de sueño. Flotaba en el ambiente una sensación como de algo pendiente por hacer; que no viniera el amanecer a engatusarlo. El cochino despertador no había sonado. O a Brian se le había olvidado ponerlo. Le picaba la cabeza. Había dormido mal. Levantarse no le sirvió de nada.

Había quedado con Neuman y Fletcher, a este paso no le daría tiempo a comer, ya hacía calor, y ese paseo por la playa, con o sin su amigo «Jim» no le apetecía nada.

—Eh... —protestó Tracy, hundida entre las sábanas—. ¿Te vas?

—Sí. Llego tarde...

Brian le apartó el mechón pelirrojo que le cruzaba la mejilla. Torpe en ternura, Tracy cogió su mano y la atrajo hacia sí.

—Ven —le dijo, sin abrir los ojos—: Quédate conmigo.

Qué tontería, acababa de decirle que llegaba tarde.

—¡Vamos! —insistió Tracy.

—Suéltame, cariño.

Brian no tenía ganas de juegos. Le irritaba su insistencia. No estaba enamorado de ella: anoche debería haberle dicho que era inútil, una historia sin esperanza, él no era sino la sal de un océano de lágrimas, pero Tracy lo había cubierto con sus gruesos pechos llenos de amor, y su corazón se había fundido como la cera de una vela, al primer asalto se había rendido voluntariamente... Una derrota más.

—¿Qué pasa? —preguntó la camarera, mirando de reojo por encima de las sábanas.

Brian salía en ese momento de la ducha.

—Nada... Nada de nada.

Se vistió con lo primero que pilló.

—Las llaves están en la mesa de la cocina —dijo—. Luego no tienes más que esconderlas en las maceteras.

Tracy lo miraba sin comprender. Brian cogió su arma y salió de casa.

\* \* \*

Un fuerte viento azotaba la playa de Muizenberg. Neuman se cerró el botón de la chaqueta que escondía su Colt 45. Epkeen y Fletcher lo seguían, protegiéndose el rostro de las nubes de arena que levantaban las ráfagas. Al dejar atrás las casetas pintorescas y pasadas de moda, la playa se extendía kilómetros, hasta el township.

Habían interrogado a los chavales que aparcaban los coches, llevaban dorsales de colores chillones, y también traficaban con un poco de *dagga*: uno de ellos había reconocido a Stan Ramphele en la fotografía (tenía una camioneta) y a la chica (una rubita muy guapa). No tenían más información, ni de los policías locales, ni de los confidentes, a los que llevaban días interrogando.

Abandonaron el bosque que bordeaba las primeras dunas y echaron a andar por la arena blanda. Al contrario que los fines de semana, en que la gente de la ciudad la visitaba masivamente, la playa de Muizenberg estaba casi vacía; los escasos bañistas se concentraban ante el paseo marítimo y la torre de los socorristas, donde dos jóvenes rubios y esbeltos, con collares africanos, vigilaban de cerca su musculatura. Neuman les había enseñado la foto de Ramphele, pero chicos negros con camisetas de Gap y Ray Ban de plástico los veían a montones todos los días. Y lo mismo pasaba con la rubita que supuestamente lo acompañaba...

Las olas se abatían con estruendo, tragándose en su camino, a algunos surfistas: interrogaron a los melenudos con traje de neopreno que lograban salir vivos, pero no obtuvieron más que muecas saladas. Caminaron largo rato. Las casas eran cada vez más escasas. Pronto ya no quedó más que un surfista a lo lejos y montones de olas que rompían contra la orilla. Epkeen sudaba bajo su cazadora de lona, empezaba a hartarse de ese paseo, llevaban veinte minutos andando por la arena pegajosa. A su lado, Fletcher no decía nada, silueta indolente bajo el sol y los torbellinos que azotaban su rostro. Neuman caminaba delante, insensible a los elementos. Uno, dos kilómetros... Entonces divisaron un grupo de hombres, al abrigo de una duna. Eran media docena de negros, estaban bebiendo *tshwala*<sup>[26]</sup> al abrigo de una cabaña destartalada. Una chica bailaba a la sombra; tardaron en oír la música, pues sonaba contra el viento, una especie de reggae que escupía un radiocasete...

Neuman indicó a Epkeen que se acercara a echar un vistazo, ellos seguirían andando hasta las dunas, donde una delgada columna de humo se elevaba algo más lejos, barrida por el viento. Brian se fue derecho al bar improvisado, sin quitar ojo a las piernas doradas de la chica que bailaba...

Las ráfagas de viento empujaban las nubes. Fletcher se colocó en la estela de Neuman y lo siguió hasta las dunas blancas.

Flotaba en el aire un aroma a pollo asado, y a algo más que aún no acertaban a identificar. Vieron una caseta de playa con la madera carcomida, una *braai*<sup>[27]</sup> instalada al amparo de las corrientes, y dos hombres con gorras de tela que se ocupaban de vigilarla. Neuman evaluó el terreno, no vio más que la cresta de las dunas y a los tipos frente a ellos. Empujado por el viento, el reggae de la cabaña les llegaba a retazos. Neuman se acercó. La puerta de la caseta, entreabierta, se sostenía de puro milagro. Los dos negros, en cambio, estaban plantados muy tiesos en la arena.

—Buscamos a este hombre —dijo Neuman—: Stan Ramphele.

Los tipos trataron de sonreír: ambos tenían los ojos rojos; uno, que era un puro nervio, tenía unos treinta años y los dientes medio podridos por la malnutrición y la droga; el otro negro, más joven, se bebía su cerveza mirando la lata como si el sabor cambiara con cada sorbo.

—No conocemos a ese tipo —dijo, con el aliento cargado de alcohol.

—¿No? Pues tienen toda la pinta de ser clientes suyos —replicó Neuman—. Stan —insistió—: Un camello de *dagga* que se pasó a cosas más duras...

—No sé, tío... ¡Nosotros disfrutamos de la playa, nada más!

El viento hizo volar las cenizas de la barbacoa. Tenían cicatrices en los brazos, el cuello...

—¿De dónde sois? —quiso saber Neuman.

—Del township. ¿Por qué, tío?

Fletcher estaba unos pasos detrás, con la mano sobre la culata de su pistola.

—Hemos encontrado a Stan en el interior de su domicilio, una casa prefabricada, con una dosis de polvo como para reventarse las venas —contestó Neuman—. Una mezcla a base de tik. ¿Qué os parece eso, chicos?

—Para contestarle tendría que tener ganas de hablar —replicó Puro-nervio.

Neuman empujó la puerta de la caseta de playa y vio un par de gemelos sobre el suelo cochambroso. Un modelo de lujo que no cuadraba con ese par de desgraciados. Los habían visto venir. Los estaban esperando.

La sonrisa de Puro-nervio se transformó en una mueca, como si adivinara sus pensamientos. Su amigo dio un paso para rodear la barbacoa.

—Tú, quieto —dijo Fletcher, sacándose la pistola de la funda.

Al mismo tiempo, sintió una presencia a su espalda.

—¡Y tú también!

Alguien apretó un revólver contra su columna. Escondido detrás de la caseta, acababa de surgir un tercer hombre. Neuman había desenfundado su pistola, pero no disparó: la Beretta que apuntaba a Fletcher no llevaba el seguro puesto, y el tipo que la empuñaba tenía los ojos vacíos, de un negro apagado. Era un *tsotsi* de unos veinte años con el que ya se había cruzado en alguna parte: el otro día, en el descampado, los dos jóvenes que estaban pegando a Simón... Fletcher barrió los alrededores con el rabillo del ojo, pero ya era demasiado tarde: los otros dos tipos habían sacado sendas pistolas del saco de carbón bajo la barbacoa.

—¡Ya estáis levantando las manos, chavales! —silbó Puro-nervio, encañonando a Neuman con su revólver—. Gatsha, quítale la pipa: ¡despacio!

—¡Un solo gesto y le meto una bala a tu amigo! —ladró el más joven.

Gatsha avanzó hacia Neuman como si mordiera y le arrancó el Colt de las manos.

—Tranquilizaos...

—¡Cállate, negro!

Plantándole el cañón en la nuca, el cabecilla desdentado había obligado a Fletcher a arrodillarse, con las manos en la cabeza. Los otros mascullaron algunos insultos en dashiki, con rictus de victoria. El zulú no se movió: Fletcher, exangüe, sudaba a chorros delante de la barbacoa; le temblaban las piernas. Neuman blasfemó entre dientes: Dan estaba flaqueando. Se notaba en la dilatación de sus poros, en el aire de miedo que lo atenazaba y en sus manos, perdidas sobre su cabeza...

—¡Tú, pégate ahí! —le gritó Puro-nervio a Neuman—. ¡Las manos contra la caseta!... ¿Me oyes, gilipollas?

Neuman retrocedió hasta la caseta de playa y apoyó la espalda y las manos contra la madera agrietada. Gatsha lo siguió. Contuvo el aliento cuando el *tsotsi* apretó el revólver contra sus testículos.

—Como te muevas un milímetro, te vuelo los cojones y toda la mierda de alrededor...

Joey el joven negro con el que se había cruzado en el descampado, se sacó entonces un cuchillo del cinturón y se lo pasó delante de los ojos:

—Ya nos hemos visto antes, ¿eh, pollo?

Soltó una risa malvada y, de un golpe seco, plantó el cuchillo en la madera podrida. Neuman se estremeció: el *tsotsi* acababa de clavarle la oreja contra la puerta.

—¡Que no te muevas te he dicho! —le advirtió el joven, con las venas de los ojos muy dilatadas.

El cañón del revólver le oprimía los testículos. La oreja le ardía, un reguero de sangre tibia corría por su cuello, el cuchillo había atravesado el lóbulo y los cartílagos, manteniéndolo sujeto a la puerta. A unos pasos de allí, Fletcher temblaba bajo las ráfagas de viento, de rodillas, con el revólver en la nuca.

—¿Qué, pollito, tienes miedo? —Puro-nervio derribó al policía de bruces contra el suelo—. Tienes carita de maricón... ¿Ya te lo han dicho? Poli maricón asqueroso...

El más joven se rió. Gatsha no apartaba el dedo del gatillo.

—¿Os apetece un pollo a la brasa, tíos? —dijo el cabecilla de la gorra—. ¡Éste está en su punto!

—¡Eh, tío! ¡Pollo a la brasa! ¡Jajá!

—Podríamos darle una oportunidad, ¿no?

—¡Sí!

—¡No!

Los dos *tsotsis* se peleaban por puro placer, pero Gatsha, muy serio, no relajaba la presión sobre los testículos de Neuman.

—¡Anda, Joey! ¡Trae algo para trinchar el pollo!

Fletcher, tendido ahora sobre la arena, no dejaba de temblar. Joey le tendió un *panga*<sup>[28]</sup> a su compañero.

—Dejadlo —dijo Neuman con un hilo de voz, clavado a la caseta de playa.

—Que te den por culo, negro.

Ali lanzó una mirada furtiva a la choza, como si Epkeen pudiera verlo.

—No cuentes con tu amiguito blanco: también nos estamos ocupando de él...

Le pareció distinguir la silueta de Brian a través de la bruma de calor, agitándose en la pista de baile improvisada de la choza... ¿Qué coño estaba haciendo el muy idiota?

Puro-nervio se inclinó sobre el joven policía tendido en el suelo y le pasó el machete por la espalda como para limpiar la hoja:

—Ahora vas a imitar a un pollo... ¿Me oyes? —le susurró al oído—: Vas a imitar a un pollo, o te desangro, mariquita... ¿Me oyes?!... ¡IMITA A UN POLLO!

Fletcher dirigió una mirada de pánico a Neuman.

—Dejadlo...

La presión del cañón le taladró el bajo vientre. El tiempo se detuvo. Ya no había nada más que el viento desollando las dunas y los ojos crueles del *tsotsi* que chorreaban desdén por el policía tendido en el suelo. Ya ni siquiera oía la música. El cabecilla estaba a punto de clavarle el machete: Fletcher lo sentía en sus huesos, ya sólo era cuestión de segundos. Buscó a Neuman con la mirada, pero no lo encontró.

Emitió un pobre hipido que no cubría el sonido de sus sollozos.

—Medio gesto y estás muerto —susurró Gatsha al oído sanguinolento de Neuman.

—¡Mejor todavía que muerto! —eructó el otro, con el machete en la mano—. ¡Mejor todavía!

Fletcher soltó un pobre «kiki» que se perdió en el estruendo de las olas.

—¡Jajá! —se carcajeó el otro, con ojos de loco—. ¡Mirad a este pollo! ¡Eh! ¡Mirad qué pollito más bonito!

El policía temblaba junto a la barbacoa, con el rostro hundido en la arena. El *tsotsi* se incorporó:

—¡Mira lo que hago yo con los maricas como tú!

De un golpe de machete, le rebanó la mano derecha.

\* \* \*

Epkeen calibró al grupo reunido delante de la nevera portátil. Eran alrededor de media docena y bailaban bajo la choza, sobre todo una mestiza con un escote muy pronunciado. Se contoneaba, orgullosa, con su cerveza en la mano, mientras lo miraba con insistencia, jugando a pasar los labios por el gollete de la botella en un gesto lascivo. El estéreo escupía reggae, tocaban los músicos de Bob Marley... La chica se retorcía sobre la arena, y los tipos se arrimaban a ella, como las abejas

alrededor de una flor: sólo el negro alto que servía la *tshwala* tenía más de treinta años. Lucía tatuajes cutres en los brazos, seguramente se los habría hecho en la cárcel...

—¡Hola! —dijo la chica, abordando a Epkeen.

—Hola.

—¿Bailas?

La mestiza lo tomó de la mano sin esperar respuesta y, aprisionándolo entre sus brazos, lo arrastró a la pista improvisada. Brian respiró su perfume como de regaliz, una pena que le hubiera añadido el lúpulo. Su boca, pese a que le faltaba un diente, era bonita.

—¡Me llamo Pamela! —gritó por encima de la música—. ¡Pero puedes llamarme Pam! —añadió, sin dejar de bailar.

Brian se inclinó sobre su escote para responderle al oído:

—¡Qué nombre más bonito!

La chica sonrió con expresión ávida. Los demás les dirigían gestos amistosos, siguiendo el ritmo de los Wailers. Contagiado por el brío de la chica, Brian esbozó unos pasos al compás de la música: Pamela se acurrucó contra él, juguetona y provocadora... Brian sacó la foto de Ramphele.

—¿Lo conoces?

La liana se balanceó alrededor de la fotografía, negó con la cabeza y se pegó, en un largo escalofrío, contra su espalda; su piel especiada era ardiente como el fuego.

—¿Me invitas a una cerveza?

Pam lo miraba con una expresión de súplica infantil, como si el mundo hubiera quedado suspendido de sus labios. Los demás los observaban. Epkeen hizo un gesto al tipo tatuado que removía la cerveza. Cogieron el vaso de plástico con la sensualidad de unos acróbatas y, sin dejar de bailar, brindaron. Como la música hacía imposible mantener una conversación, el afrikáner atrajo a la chica hacia la vegetación que bordeaba las dunas.

Pam le sonreía como si fuera muy guapo.

—Stan Ramphele —insistió Brian, volviendo a plantarle la foto delante de los ojos—: Un joven que se pasaba el día en la playa... Un tipo muy guapo. Tienes que haber coincidido con él a la fuerza.

—¿Ah, sí?

—Stan vendía *dagga*, y desde hace poco una especie de tik... Aquí, en la playa.

La chica seguía bailando, contoneándose.

—¿Eres poli? —le preguntó.

—Stan ha muerto: intento saber lo que le ocurrió, no quiero detenerte, ni a ti ni a tus amigos.

El viento hacía tintinear las cuentas que adornaban sus trenzas. Pam se encogió de

hombros:

—Yo no soy más que una chica de la playa...

Su sonrisa mellada se estrelló a sus pies. Lo demás seguía balanceándose en el viento: se bebió la cerveza de un trago, se aferró a él y se echó a reír.

—¡No me digas que me has llevado a este rincón para hablarme de ese tío!

—Había visto en tu cara que eres de fiar —mintió.

—¿Y aquí qué ves? —contestó ella, llevándose la mano al trasero.

Las hierbas se doblaban bajo la brisa, el ruido de las olas se mezclaba con el del reggae, y Pam palpaba la mercancía con mano experta: arrió su bajo vientre al suyo, acariciando su sexo con su pubis, se inclinó para rozarlo con sus pechos y por fin se arrodilló. Epkeen sintió la mano de la mestiza correr por su espalda: en un segundo Pam desenfundó su pistola.

Se incorporó a una velocidad pasmosa dada su postura, le quitó el seguro al arma y dirigió el calibre 38 contra el afrikáner, que apenas había tenido tiempo de esbozar un gesto.

—No te muevas —dijo, armando la pistola—. Las manos en la cabeza... ¡Vamos!

Epkeen no parpadeó siquiera. Entonces apareció un hombre, oculto detrás de la duna. El tipo tatuado que servía la cerveza...

—Está todo controlado —le dijo ella sin dejar de encañonar al policía—. Pero este imbécil no quiere levantar las manos.

—¿Ah, no? —dijo el otro, acercándose a él.

Llevaba un arma bajo su camisa rasta.

—¡Vas a pegar al suelo tu sucia jeta de poli! —le espetó Pam.

En lugar de obedecer, Epkeen se sacó un curioso objeto de la cazadora de lona: el *knut* de sus antepasados, rematado con su bola de cobre.

—¡Tú te lo has buscado! —gritó Pam, apuntando a su cabeza.

La chica apretó el gatillo, dos veces, mientras Epkeen se lanzaba sobre el tipo. Pam siguió disparando, en vano, y comprendió que la pistola no estaba cargada. El tipo de los tatuajes desenfundó la suya, pero la tira de cuero, al abatirse sobre su mejilla, le arrancó un trozo de carne del tamaño de un filete. El hombre ahogó un grito y, tambaleándose bajo una cortina de lágrimas, no vio venir el segundo golpe: la pistola que sujetaba bajo su camisa le salió despedida de la mano.

Pam había vaciado el cargador entre los omóplatos de Epkeen, que se volvió de prisa. El *knut* partió la muñeca de la chica, que soltó la pistola con un gemido. A su espalda, el de los tatuajes quiso recogerla del suelo: el cuero de hipopótamo le abrió las falanges hasta el hueso. El corazón de Epkeen latía a mil por hora: no se las estaban viendo con pequeños camellos de playa, sino con *tsotsis* que mataban policías. Una ráfaga de viento le hizo parpadear. Abandonando su arma, el tipo de los tatuajes echó a correr hacia la choza, sujetándose la mejilla con la mano. La chica

todavía no pensaba en huir: se miraba la muñeca rota como si se le fuera a caer. Epkeen la golpeó en la barbilla. Cuando levantó la cabeza, vio al tatuado subir corriendo la pendiente de la duna.

Entonces oyó un grito a lo lejos, por encima del estruendo de las olas. El grito desgarrador de un hombre, desde el otro lado de las dunas...

Dan.

\* \* \*

—Venga —susurró Gatsha al oído herido de Neuman—. Dame el gustazo de abrir tu boca de negro. Venga, para que te vuele los cojones...

Le apretaba el cañón con tanta fuerza que Neuman sintió ganas de vomitar. Un gesto y estaba muerto. El tipo no esperaba otra cosa. Fletcher lloraba mirando su mano cortada, estupefacto, como si no quisiera creer lo que le había ocurrido. La sangre regaba las patas de la barbacoa, el viento rugía, formando torbellinos, y él sollozaba como un niño aterrorizado al que nadie acudiría a salvar. Estaba solo con su muñón y su mano en la arena, separada del cuerpo. Estaba viviendo una pesadilla.

Neuman cerró los ojos cuando el *tsotsi* le cortó la otra mano.

Fletcher soltó un grito espantoso antes de desmayarse.

—¡Pollo a la brasa! —eructó Puro-nervio, blandiendo el machete.

Joey sonreía, en éxtasis. El *tsotsi* recogió las manos cortadas y las tiró a la barbacoa. Neuman volvió a abrir los ojos, pero era peor: el chorro de sangre que manaba de los muñones, su amigo en el suelo, desmayado, las brasas atizadas por el viento, el olor a carne, el crepitar de las manos sobre la rejilla incandescente, la hoja del cuchillo que lo clavaba a la caseta como a una lechuza, la pistola en sus tripas y los ojos idos de Gatsha, que se reía, como un loco.

—¡Jajá! ¡Pollo a la brasa!

Las ráfagas de viento volaban, furiosas, sobre las brasas; Puro-nervio plantó la rodilla en la espalda de Fletcher, que ya no reaccionaba. Le levantó la cabeza tirándolo del pelo y, de un golpe de machete, lo degolló.

El corazón de Neuman latía tan fuerte que se le iba a salir del pecho. El fantasma de su hermano pasó rozándole la espalda, empapada en sudor. Iban a cortar a Dan en pedazos, lo iban a asar en la playa, y después se ocuparían de él. Apretó los dientes para ahuyentar el miedo que hacía temblar sus piernas. Un líquido tibio seguía corriendo sobre su camisa, y Fletcher agonizaba ante sus ojos aterrorizados.

El *tsotsi* del machete se volvió hacia el más joven:

—¡Joey! Ve a ver qué hacen los otros mientras nosotros nos ocupamos del negro...

Puro-nervio pensaba en muertes espectaculares cuando la cabeza de Gatsha

explotó: la fuerza del impacto fue tal que el muchacho no tuvo tiempo de apretar el gatillo. Los otros dos se volvieron al instante hacia la choza, de donde provenía el disparo: una silueta alta y delgada bajaba la duna a todo correr, un blanco, con una pistola en la mano. Blandieron sus armas y apuntaron hacia él.

Trozos de carne y de huesos habían chocado contra su cara, pero Neuman reaccionó en un segundo: arrancó el cuchillo que lo mantenía clavado a la caseta y se precipitó hacia ellos. Puro-nervio sintió el peligro. Dirigió su arma hacia el hombre del cuchillo, pero era demasiado tarde: cien kilos de odio se hundieron en su abdomen. El *tsotsi* retrocedió un metro antes de caer de rodillas en el suelo.

Epkeen recibió un primer disparo, que levantó un poco de arena a sus pies, el segundo se perdió en el aire: detuvo su carrera al pie de la duna y apuntó. A contraluz, el tipo no tenía la más mínima oportunidad: lo abatió de una bala en el plexo.

Junto a la barbacoa, el jefe de la banda se miraba la tripa, incrédulo, con el cuchillo clavado hasta el mango. Neuman no se tomó el tiempo de sacarlo: cogió las manos que crepitaban en el fuego y las tiró sobre la arena.

Epkeen miraba el mundo como a un enemigo, en busca de otro blanco. Entonces vio el cuerpo mutilado de Fletcher al pie de la duna. Neuman se había precipitado junto a él. Se quitó la chaqueta y le tomó el pulso. Dan respiraba todavía.

Epkeen acudió por fin, pálido como un muerto.

—¡Llama a una ambulancia! —le gritó Neuman, presionando la yugular de su amigo—. ¡Date prisa!

**SEGUNDA PARTE**  
**Zaziwe**

# 1

—¿Qué tienes, hermano?

—Estoy ardiendo.

—¿Y tus rodillas?

—Golpean la una contra la otra.

—¿Y tu pantalón rojo?

—Ya lo ves, está empapado.

—¡¿Y tus mejillas, hermano, tus mejillas?!

—Dos surcos de petróleo.

Andy había ardido ante sus ojos: las lágrimas negras se evaporaban como caucho en sus mejillas, pompas mugrientas que reventaban ahí mismo, petrificadas... Los de la milicia habían soltado al chico, ya no era necesario sostenerlo, se mantenía en pie él solo, o más bien buscaba un lugar donde mantenerse en pie. Andy había querido rodar por el suelo, pero la goma ya se había fundido sobre él: por mucho que gesticulara, por mucho que profiriera gritos que rompieran los tímpanos de la Tierra entera, no encontraba un lugar donde desaparecer.

El tiempo se había comprimido en la mente de Ali. Sin duda era demasiado pequeño para comprender de verdad lo que estaba ocurriendo. Todo era vago, irreal, se sentía extrañamente superado por la situación. Distinguía siluetas en la noche, los ojos inyectados en sangre bajo los pasamontañas, el árbol-horca en medio del jardín, la luna resquebrajada, las luces del coche de policía al fondo de la calle, los vigilantes<sup>[29]</sup> que montaban guardia alrededor de la casa, los policías de paisano que alejaban a los vecinos, pero todo era falso, salvo esas lágrimas negras que resbalaban por las mejillas de su hermano...

Andy se había convertido en un incendio, en una antorcha consumida, un faro vuelto del revés. Ali no oía las voces ni los rumores de la calle, era sordo al caos, y las imágenes seguían superponiéndose, vacías de sentido: su madre estaba detrás de la ventana, con el rostro pegado al cristal, la obligaban a mirar, los gritos, los alientos fétidos de los gigantes, hasta el olor del caucho, todo ello pasaba como flechas por encima de su cabeza.

Los hombres lo sujetaban para que no se perdiera nada del espectáculo: «¡Mira bien, pequeño zulú! ¡Mira lo que ocurre!», pero el miedo a morir lo había dejado fuera de combate. Ali sentía vergüenza, la vergüenza del débil, tanta como para olvidar a Andy, que se estaba quemando vivo: él, Ali, seguía vivo, sólo eso importaba.

No vio lo que ocurrió después: el mundo se había vuelto del revés, la luna había caído del cielo, hecha añicos.

Cuando volvió a abrir los ojos, los gritos habían cesado. El cuerpo hecho un

*ovillo de Andy yacía en el suelo, parecía un pájaro cubierto de petróleo, y todavía flotaba en el aire ese espantoso olor a quemado... Ali vio entonces a su padre colgado del árbol, y la realidad volvió a él como un bumerán.*

*No había duda: estaba en su casa, en el infierno.*

*Una mano lo agarró del pelo y lo arrastró detrás de la casa...*

El viento alisaba la hierba y el océano, del color del mercurio, que espejeaba en el crepúsculo. Neuman siguió el camino de piedras hasta lo alto del acantilado. Una gaviota que volaba en el cielo pasó a su altura y lo miró a los ojos antes de precipitarse al abismo.

El faro de Cape Point, desierto, brillaba con su luz roja. Ali rodeó la pared cubierta de grafiti y se acodó en el parapeto. Al fondo, las olas grises rompían contra las calas. El miedo pasaba, pero no el olor a carne quemada.

Dan había sido trasladado al hospital más cercano, en estado crítico. El helicóptero del equipo de socorro había tardado cerca de veinte minutos en aterrizar en la playa de Muizenberg: para ellos había sido como una hora.

Por mucho que apretaran los torniquetes, por mucho que bloquearan el flujo de las arterias y taponaran los agujeros con sus chaquetas y sus camisas, Dan se les iba. Le hablaban, le decían que le volverían a coser las manos, conocían a un especialista, el mejor, le pondrían unas nuevas, más bonitas todavía, más hábiles, manos quirúrgicas, por así decirlo, decían lo que fuera, lo que se les pasara por la cabeza. Claire, los niños, y ellos dos, ellos dos también lo necesitaban, hoy, mañana, el resto de su vida; le hablaban aunque estuviera inconsciente, tendido en el suelo, en coma, con la garganta abierta en un rictus espantoso, y toda esa sangre que la arena se bebía... Neuman volvía a ver su rostro aterrorizado ante el machete, sus ojos claros que le suplicaban, y sus sollozos de niño cuando le cortaron la primera mano... Él lo había arrastrado a esa pesadilla.

El equipo médico, los primeros auxilios en la camilla, la transfusión de urgencia, el helicóptero que se lo había llevado por el cielo, el que le hubieran asegurado que harían todo por salvarlo, nada de eso cambiaba nada. Epkeen no había intervenido demasiado tarde: el que había fallado era él.

Quedaba la vida, aferrada a los jirones, y la esperanza de que se salvara; su corazón latía débilmente cuando se lo llevaban...

Neuman saltó el parapeto que rodeaba el faro y bajó hacia las rocas desprendidas que colgaban por encima del precipicio. Un trozo de luna bostezaba en el azul muerto del cielo; trepó a las rocas, cerró los ojos y se dejó zarandear por las ráfagas de viento. Un paso más y se lo tragaba el vacío. Un descanso acrobático... Pero podía darle la vuelta a la piel de la tierra como se despelleja a un conejo, unirse a las aguas plateadas en un abrazo postrero, al final del vértigo estaba solo.

Neuman contempló cómo caía la noche antes de bajar del acantilado.

La luna lo guió por el camino. Pese a los puntos, volvía a sangrarle la oreja. Se le acercó un babuino, un macho viejo, que el zulú ahuyentó con una mirada asesina. Pensaba en Claire, en los niños, en todo lo que no había hecho para salvar a Dan... Apenas había cruzado las barreras de la reserva cuando Epkeen llamó al móvil. Brian estaba en el hospital, con ellos.

Una probabilidad entre diez, había dicho el médico.

—¿Cómo está?

Neuman contuvo el aliento, en vano:

—Todo ha terminado...

## 2

Joost Terreblanche había servido dieciséis años como coronel en el 77° batallón de infantería, la unidad especial encargada de mantener el orden en el bantustán de KwaZulu.

El gobierno del apartheid había delegado el poder en el interior de los enclaves en jefes tribales, bajo tutela del ministerio. Esos jefes «comprados» recibían el apoyo de milicias constituidas por desarrapados locales, los *vigilantes*, que imponían la ley a golpe de porra. La población negra vivía en un estado de terror permanente, también porque los militantes del ANC o del Frente Democrático Unido (UDF<sup>[30]</sup>) imponían feroces represalias contra quienes violaran el boicot y contra toda persona que colaborara con el opresor. Políticamente aislado, el apartheid había sobrevivido dividiendo a sus enemigos. Se permitió así que el Inkatha, el partido zulú del jefe Buthelezi, disputara al ANC su papel de jefe de la oposición y criticara después su posible participación en una coalición gubernamental, lo que provocó diez años de guerra civil larvada y la peor violencia de toda su historia<sup>[31]</sup>. Las manifestaciones degeneraban en baños de sangre: cuando las revueltas amenazaban con convertirse en sublevación, se enviaba a los Casspir del 77° batallón, los famosos vehículos blindados, que traumatizaron a toda una generación.

Joost Terreblanche había demostrado una eficacia notable, era un «limpiador de bantustán» cuyas proezas se mencionaban en las escuelas militares. Como recompensa a sus leales servicios, el gobierno atribuyó una nueva residencia a la familia del militar.

Ross y François, los dos hijos robustos y vigorosos que su mujer le había dado pese a sus carencias, habían crecido hasta entonces en el ambiente austero y confinado de los cuarteles: el marco encantador de la nueva propiedad sería, a sus dieciséis y catorce años respectivamente, su nuevo territorio de libertad. Joost estaba orgulloso de su situación y confiaba en el futuro. Ruth, su mujer, lo preocupaba más: era el eslabón débil de la familia.

De constitución frágil, Ruth sostenía que no podía ocuparse ella sola de una casa tan grande, una vivienda del más puro estilo colonial y de la que no habrían renegado los antepasados hugonotes de Joost. Cocinera, jardinero, asistenta, *boy*..., Ruth no tardó en rodearse de todo un abanico de ayuda doméstica. Por supuesto, el acceso a la casa estaba vigilado: pero Joost no podía sospechar que el enemigo vendría de dentro.

El jardinero negro, un zulú llamado Jake. Bajo su sempiterno gorro rojo descolorido y sus guantes raídos, armados con tijeras de podar, se escondía el alma de un granuja: Ruth nunca debería haber dejado a François con ese tipo, y menos aún haber permitido que lo ayudara a plantar sus malditas flores. François era más joven, más impulsivo, más frágil que Ross, que era sólido en todos los aspectos —había que

verlo serrar madera—. El jardinero le había llenado la cabeza de ideas negras al muchacho. Sabía que François era vulnerable. Lo había manipulado con sus humildes sonrisas de cafre embrutecido bajo el sol... A François le bastaron dos años para repetirle esas tonterías a su padre a la cara, una noche durante la cena, con toda la convicción del joven imbécil que está descubriendo el mundo. Joost se había mostrado firme, pero François se había encarado con él. Explicaciones, amenazas, castigos y palizas. Por mucho que Ruth llorara y suplicara, era en vano, ninguno de los dos cedió. Al jardinero le dieron una paliza también y lo despidieron, y a François lo mandaron a un colegio interno. Joost se decía que no era más que una crisis de adolescencia: él había sometido a otros hombres mucho más duros de pelar que ese blandengue. Más tarde se lo agradecería.

Cuando cumplió dieciocho años, François volvió un día de su internado y les anunció que se marchaba definitivamente de la casa familiar. Su padre amenazó con renegar de él; su madre, con suicidarse; y su hermano mayor, con «partirle la cara». François se marchó a escondidas y se reunió con sus amigos *beatniks* (como los llamaba su padre), una pandilla de adictos al humanismo, a los derechos humanos y a la marihuana que habían terminado de adoctrinarlo con sus utopías igualitarias. Igualitarias mis cojones, fulminaba el coronel: ¡como si los negros fueran capaces de tener igualdad! ¡No había más que ver a África, África con sus ojos rodeados de moscas: reyezuelos con quepis que se apropiaban de las riquezas del país para su clan, emperadores de chicha y nabo, jefes guerreros codiciosos y sanguinarios, ministros de tres al cuarto, poblaciones enteras hambrientas y analfabetas a las que se desplazaba de aquí para allá como si se tratara de ganado! Los negros, cuando tenían el poder, se mostraban inmaduros, violentos, mentirosos, incompetentes e incultos: no tenían nada que enseñarles a los blancos, y menos aún el espíritu de libertad y de igualdad. No se compartían dos siglos de duro trabajo con adeptos al machete. Bastaba ver su hermoso símbolo, Mandela, y a su esposa Winnie, que asistía a las sesiones de tortura perpetradas contra los oponentes al ANC; los miles de crímenes cometidos en nombre de la «liberación» —Azapo, ANC, Inkatha, UDF, ¡se mataban todos entre sí por el poder!—. Los blancos supuestamente liberales que militaban por la causa negra eran izquierdistas inconsecuentes, y François desde luego era un loco por desafiar así a su padre. ¡Que no vuelva a poner los pies en esta casa, ¿estamos?!

De hecho, no lo volvieron a ver. Tres años sin noticias, hasta esa nota de servicio que Joost había recibido de la SAP: François Terreblanche acababa de ser detenido por el asesinato de su novia, Kithy Brown, a la que habían encontrado muerta en un sórdido cuchitril del centro de Johannesburgo. Vergüenza, ira, amargura, el coronel no había movido un dedo para defender a su hijo, que había sido condenado a cinco años de cárcel.

Habían ido a visitar a François antes de su ingreso en prisión. Loca de dolor, Ruth

le había vaticinado a su hijo que moriría justo antes de que saliera en libertad, y que su muerte pesaría sobre su conciencia. De naturaleza más sobria y menos histriónica, Joost le había deseado buena suerte entre los negratos.

El tiempo había pasado. Tres años en los que Ruth se había sumido en el espiritismo y las curas de reposo. La salud no era su fuerte, y la fatalidad, su obsesión: murió de un aneurisma justo antes de la liberación de su hijo. François, a quien su padre no había permitido asistir al funeral, la siguió menos de un mes después: suicidio, según concluyó la investigación interna.

Todo aquello era historia antigua.

Joost Terreblanche no había testificado en la Comisión Verdad y Reconciliación<sup>[32]</sup>. Había obedecido las órdenes de un país que combatía la expansión del comunismo en África: la caída del muro de Berlín había precipitado también la del apartheid, pero los países occidentales, con la tapadera del boicot, los habían respaldado en su lucha contra los rojos. Ésa era la verdad; en cuanto a la reconciliación, podían esperar sentados.

Terreblanche tenía hoy sesenta y siete años y una nueva línea de negocio extremadamente lucrativa; todo lo que tenía que ver con ese período trágico de su vida lo dejaba completamente frío. Una vez concluida, la operación que lideraba le permitiría reunirse con Ross, su hijo mayor, que, tras la expulsión de los granjeros blancos de Zimbabwe, se había refugiado en Australia. Se tomarían la revancha con el buen puñado de billetes que recibiría al final: con eso, agrandarían su granja. La convertirían en la mayor explotación de Nueva Gales del Sur.

Pero todavía había que lidiar con esos malditos cafres... Ése —o más bien ésa— no tenía muy buen aspecto.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Terreblanche.

—Aquí, con los demás...

El Gato estaba en un rincón oscuro del hangar, con una lima en la mano que se pasaba con cuidado por las uñas afiladas. La manga de su camisa estaba roja, y sus ojos aparecían turbios bajo unos párpados que fingían cansancio. La presa que le había traído a su amo estaba que daba pena verla, colgada de la viga, con los brazos atados a cadenas de bicicleta. Pam, la putita de la banda, que se había instalado a vivir en el hangar...

Terreblanche se acercó a la negra que hacía muecas bajo la luz blanquecina de los neones. Los dedos de sus pies apenas tocaban el suelo, y el acero sucio se le clavaba en las muñecas: una de ellas, rota, parecía haberle agotado las lágrimas.

—Ahora me vas a contar lo que ha pasado en la playa —le dijo.

Goteaba sangre de la cabellera medio arrancada de la putita. Un recuerdo del Gato.

Robusto, compacto, los deportes de combate y las operaciones especiales habían

moldeado su cuerpo y su espíritu, lo que explicaba en parte que Joost Terreblanche no fuera de naturaleza paciente:

—¿Y bien?! —gritó en el vacío del hangar.

Pam hizo un esfuerzo terrible por levantar los ojos. Eran oscuros, saltones, y los tenía fijos sobre la fusta.

—Gulethu... Él nos dijo que alejáramos a los polis...

Gulethu era el jefe de la banda de desarrapados. Un hombre en quien se podía confiar, según el Gato. Chorradas, como siempre: faltaba un vehículo en el hangar, el Toyota, y los cinco hombres que lo conducían.

—¿Y qué querían esos polis?

—Bus... buscaban información sobre un tipo —lloriqueó la chica.

—¿Qué tipo?!

—S... Stan.

—Stan ¿qué más?

—Ramphèle —gimió Pamela.

—Un pequeño camello local —precisó el Gato desde su rincón en la oscuridad—. Ramphèle heredó el negocio de su hermano en la costa. Lo encontraron muerto hace dos días. Una sobredosis, al parecer.

Terreblanche apretó con más fuerza su fusta. Acababa de entenderlo todo.

—Gulethu le pasó la mercancía a Ramphèle: ¿es eso? —bufó.

La chica asintió con la cabeza, con los ojos casi en blanco. Terreblanche se tragó la rabia en silencio: encargado del tráfico en los asentamientos, Gulethu conocía de sobra el efecto adictivo de esa droga. Había tratado de jugársela dando salida por su cuenta a una parte del stock por medio de un pequeño camello de la costa, sin saber la clase de mercancía que era: el muy imbécil.

—¿Y cuánto tiempo lleva haciéndolo?

—Dos... dos meses.

—¿Cuántos camellos?

—Ramphèle... El nada más...

Terreblanche blandió su fusta:

—¿Quién más?!

—¡Nadie! —gritó la chica, atragantándose—. Gulethu: ¡él lo sabe todo!

Se echó a llorar. Terreblanche conservó la sangre fría: el jefe de la banda se había esfumado, pero no era demasiado tarde. Gulethu seguramente se estaría escondiendo por ahí, todavía estaban a tiempo de acordonar la zona, localizar el Toyota...

—¿Cuántos han probado la mercancía? —la presionó.

—No lo sé... Había unos treinta clientes... Sólo blancos. Querían cada vez más... Los precios subían cuando los tíos se enganchaban...

A todo gas, podían sacarse miles de rands al día... Una cantidad irrisoria si uno

sabía lo que estaba en juego. Terreblanche levantó la cabeza de la putita, que apenas se le sostenía sobre los hombros:

—¿Qué pasó con los polis?

—Teníamos que engatusarlos... mantenerlos alejados de la casa...

—¿Qué fue lo que salió mal?

—...

—¡Contesta!

—¿Necesitas ayuda? —intervino el Gato.

Pam se retorció, colgada de la cadena. Sus tobillos ya no aguantaban más. Ya no le quedaban fuerzas. El dolor en la muñeca rota le taladraba el cráneo.

—Joey —gimió—. Uno de los polis lo conocía... Intentamos esconderlo, pero sospecharon algo...

La banda de Gulethu estaba compuesta por doce hombres, repartidos en dos grupos. Los polis se habían topado con el equipo de día: tres habían muerto en la playa, los otros tres estaban ahora en sus manos —la chica colgada de la viga y los dos cafres que se contaban los dientes en la habitación de al lado—. Quedaban, pues, seis ovejas negras.

—¿Dónde está Gulethu? —quiso saber Terreblanche.

—No lo sé... Se fue con los otros sin decirnos Adónde. Nos... nos dijo que nos quedáramos aquí. Que él se ocupaba de todo...

Terreblanche la agarró del cuero cabelludo y, por el grito que dio, la creyó.

Gulethu repartiría el botín entre seis en lugar de doce. Habían registrado el hangar, pero no habían encontrado dinero, sólo sus cosas mugrientas en unas bolsas de tela y los amuletos de Gulethu bajo su colchón. El dinero del tráfico paralelo estaría escondido en alguna parte, en algún sitio donde nadie iría a buscarlo. Había que encontrar al resto de la banda, antes de que lo hiciera la policía... Terreblanche se inclinó sobre las baratijas, las mazas y demás adornos amontonados en un rincón del hangar. Había sangre incrustada en una de las mazas.

—Esto es de Gulethu, ¿verdad? —le dijo a la chica—. ¿Qué hacía con estos amuletos?

—Ha... hablaba de una *umqolan* que ahuyentaba el mal de ojo...

Una bruja, según la jerga de los townships.

Terreblanche hizo una mueca de desprecio. Había peinado los bantustán lo bastante a menudo como para conocer sus creencias, sus rituales y todas esas tonterías que los negros llamaban su cultura. Pero tenían una pista.

—¿Sabes dónde se la puede encontrar, a esa bruja?

—¡No! No... Se lo juro... Se lo suplico...

Pamela sintió náuseas y se dejó caer, retenida tan sólo por la cadena. El excoronel le levantó un párpado, pero la mestiza había perdido el conocimiento. No aguantaría

mucho más así.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó el Gato—. ¿Nos deshacemos de ella y de los demás?

—No... No: todavía pueden sernos útiles...

—¿Para qué? ¿Para echarlos de comer a los perros?

La sangre de Pamela había formado un charco negruzco sobre la tierra batida. Terreblanche levantó la cabeza. La casa había sido evacuada, pero a la fuerza tenía que quedar algún rastro...

### 3

*Are you such a dreamer?  
To put the world to rights?*

La voz de Tom Yorke maullaba en la radio del Mercedes. Desesperación concentrada. El sol de mediodía cocía el asfalto a fuego lento mientras Epkeen acechaba a la salida de la Facultad de Periodismo. David ya no tardaría. Algunos chavales que tenían el mismo aspecto *after grunge* que su hijo salían del edificio; también chicas, rubitas jovencitas y peripuestas o mestizas que no alegraban nada el ambiente. Fletcher había muerto, en sus brazos por así decirlo, y no habían podido hacer nada para salvarlo.

Brian pensó en Claire, en la escena del hospital, y el corazón se le encogió aún más. Era la primera vez que veía a alguien caerse al suelo de pena. Las piernas habían cedido bajo su peso. Un dolor de tullida, que le atacaba la médula. Ya podía gritar la pobre que la dejaran en paz, se arrancaba el pelo, desplomada en el suelo plastificado del hospital, chillaba, medio enajenada, cuando ya no tenía nada a lo que aferrarse más que una peluca rubia tirada a sus pies y una cabeza calva. Brian la había puesto en pie, Claire, tan menuda, con el peso de una pluma. De un muerto...

Epkeen distinguió entonces la silueta desgarrada de su hijo, que le recordaba a sí mismo, hacía mucho tiempo. Lo acompañaba una rubia *sexy*, sin duda su novia (se le había olvidado su nombre, Marjorie, ¿no?). Abrió la puerta sin ventanilla del coche y cruzó la calle.

Se le pegaban las suelas al asfalto, calentado por el sol. David vio a su padre y se puso rígido al instante.

—¡Hola! —lo saludó Brian.

—Hola. ¿Qué quieres?

La rubia mascaba chicle como si estuviera muy duro y se quedó mirando al padre de su amigo con aire insolente.

—Pues nada —dijo, con las manos en los bolsillos—, nada especial; sólo quería charlar un poco...

—¿Para qué?

Su sinceridad dolía. Brian se encogió de hombros:

—No lo sé: para que consigamos entendernos...

—No hay nada que entender —soltó David, con una expresión definitiva.

Con su diamante en la nariz y dos clavos cromados en los párpados, la rubia del chicle parecía de acuerdo con él.

—Dentro de nada tienes el examen, ¿no?

—Mañana —contestó David.

—Vamos a celebrarlo. Vamos a un restaurante, ¿os apetece?

—Mejor danos dinero: así ahorramos tiempo los tres.

—Conozco un cocinero japonés que...

—Pasa de rollos —lo cortó David—: Mamá me ha dicho que la acosabas por teléfono... Estás celoso de su felicidad, ¿es eso?

—¿Acostarse con el rey de las dentaduras postizas? Gracias, pero paso.

David sacudió la cabeza, como si no hubiera nada que hacer:

—Estás de la olla, tío...

—Sí... Había pensado hacer teatro, esas obras en las que te abres las venas, pero luego me he dicho que no le iba a quitar el trabajo a los jóvenes.

—Reaccionario de mierda.

La chica sonreía. Era su única esperanza.

—Señorita, es usted más guapa cuando deja de mascar ese chicle —observó Brian—. Espero que David no le haya hablado demasiado de mí.

—Bah.

Un tema delicado, a esa edad.

—Ya te había dicho que era un obseso de tres pares de narices —comentó el aprendiz de periodista—. Anda, vámonos de aquí antes de que se baje la bragueta y nos la enseñe.

—Guay —se rió la rubia.

—¿Habéis encontrado un estudio? —se atrevió a preguntar Brian.

—Wale Street, 7 —contestó Marjorie.

Tambóerskloof, el viejo barrio malayo que, de tan bohemio como era, los alquileres ahora costaban el doble que antes.

—Pásese algún día a visitarnos —dijo la rubita con inocencia de niña.

—Ni se te ocurra —terció David.

—Vamos a tomar una copa nada más, en el bar de la esquina —propuso Brian.

—¿Con un poli? ¡No, gracias! —se burló su hijo—. Y ahora, sé bueno, vuelve con tus fachas y tus putas, y déjanos en paz, ¿vale?

—¿Las putas no son mujeres como las demás? ¿Un subproducto de la humanidad, tal vez? Pensaba que el liberal generoso eras tú...

—Lo que tú digas, pero yo no me codeo con tíos que tiran a negros del último piso de las comisarías.

—Mi mejor amigo es zulú —se defendió Brian.

—No te las des de Madre Teresa, papaíto: no te pega nada.

Dicho esto, David cogió a su novia de la mano y se la llevó hacia otros horizontes.

—Vamos, nos piramos.

Marjorie se volvió brevemente para dedicarle un gesto de despedida antes de

trotar detrás del hijo pródigo. Brian se quedó plantado en mitad de la acera, cansado, dolido e irritado.

No había manera de llevarse bien.

No tenían ningún futuro juntos.

Era como perseguir una quimera.

La nueva Sudáfrica debía triunfar allí donde el apartheid había fracasado: la violencia no era africana, sino inherente a la condición humana. Al extender sus polos, el mundo se volvía siempre más duro para los débiles, los inadaptados y los parias de las metrópolis. La inmadurez política de los negros y su tendencia a la violencia no eran más que el argumento manido del apartheid y de las fuerzas neoconservadoras que estaban hoy al volante de la máquina. Serían necesarias generaciones para formar a la población para los puestos estratégicos del mercado. Y si bien la clase media negra emergente aspiraba a los mismos códigos occidentales, había que conocer un sistema desde dentro antes de criticarlo y, por qué no, reformarlo en profundidad... Neuman vivía con esa esperanza, que era también la de su padre: no habían salido de los bantustán para acabar en los townships.

Pero la realidad chocaba con las cifras: dieciocho mil homicidios al año, veintiséis mil agresiones graves, sesenta mil violaciones oficiales (probablemente eran diez veces más), cinco millones de armas de fuego para cuarenta y cinco millones de habitantes, las estadísticas del país eran terroríficas.

El gobierno y Krugë no podían refugiarse eternamente tras una falta de efectivos en su mayoría mal pagados: el brutal asesinato del joven suboficial mostraba que la violencia seguía siendo el principal medio de expresión de ese país, que la policía era impotente e incluso una víctima de la situación.

La campaña anticrimen del FNB estaba en su punto culminante. Eran casi unánimes las voces que pedían que se reforzara la seguridad, la perspectiva del Mundial de Fútbol exacerbaba los ánimos ya de por sí caldeados, el desafío pasaba a ser nacional.

Karl Krugë era hoy el blanco de todas las miradas, y acababa de reunirse con Marius Jonger, el fiscal general del Estado: asesinato a plena luz del día, actos de barbarie, esta vez no les bastaría una declaración tranquilizadora del presidente. Y lo que era peor aún, el informe que acababa de entregarle Neuman alimentaba las críticas expresadas en los medios. Las fuerzas de seguridad acordonaron el sector de la playa, pero los asesinos escaparon por las dunas; no se encontró más que un viejo tonel medio lleno de cerveza casera bajo una choza destartada, huellas en la arena que se perdían en dirección a la carretera nacional, unos prismáticos y un *walkie-talkie* en una cabaña, así como los cuerpos de tres *tsotsis* junto a una barbacoa humeante donde agonizaba el joven sargento.

—¿Tienen al menos una pista? —preguntó Krugë, sentado ante su escritorio.

Con la oreja izquierda vendada, los hombros encorvados bajo su traje oscuro, Neuman parecía un náufrago vestido con el luto de haber sobrevivido. Acababan de encontrar a Sonny Ramphele en las letrinas de la prisión de Poulsmoor, ahorcado con su pantalón vaquero. Como de costumbre, nadie había visto ni oído nada.

—Hemos identificado a uno de los hombres abatidos en la playa —dijo con voz ronca—. Charlie Rutanga: un xhosa de treinta y dos años que cumplió condena por robo de coche y agresión... Probablemente fuera miembro de alguna banda de delincuentes del township. He enviado su ficha y su descripción a las comisarías correspondientes. Los otros dos no están fichados. Sólo conocemos sus apodos, Gatsha y Joey. Sin duda habrán sido infiltrados desde el extranjero: la semana pasada me crucé con uno de ellos en Khayelitsha, hablaba dashiki con uno de sus colegas...

Krugë cruzó los brazos sobre su tripa de embarazada.

—¿Piensa que pueda ser obra de una mafia?

—Los nigerianos controlan la droga dura y, al parecer, se ha lanzado al mercado un nuevo producto —explicó Neuman—: Una droga de efectos devastadores, que Stan Ramphele vendía en la costa. Él y Nicole Wiese fueron a Muizenberg el día del asesinato, su hermano Sonny confirmó la pista y, al hacerlo, él mismo firmó su sentencia de muerte. Prismáticos, *walkie-talkie*, armas casi nuevas: no se trata de una banda de *tsotsis* yonquis, sino de una mafia organizada. Las huellas encontradas en las dunas conducen a la nacional: si lograron pasar los controles, hay muchas probabilidades de que se refugiaran en un township...

Había media docena alrededor de Ciudad del Cabo, con una población de entre dos y tres millones de personas, eso sin contar los asentamientos. Era como buscar una aguja en un pajar.

—¿Y qué piensan hacer? —replicó el superintendente—. ¿Enviar a los Casspir a los townships con la esperanza de que aparezcan como por arte de magia?

—No. Necesito que confíe en mí, nada más.

Los dos hombres se observaron, calibrándose. Un duelo sin vencedor.

—El caso Wiese no era un simple crimen violento —insistió Neuman—. Quisieron cargarle el muerto a Stan Ramphele. Los que le proporcionaron la droga están implicados, estoy seguro...

Krugë se masajeó las sienes con sus gruesos dedos.

—Sabe la opinión que tengo de usted —suspiró por fin—. Pero ya no nos queda mucho tiempo: la jauría nos pisa los talones, Neuman, y usted es su primer objetivo...

El zulú no se inmutó: él dispararía primero.

Dan Fletcher desmadejado en el suelo, Dan Fletcher y sus muñones llenos de arena, Dan Fletcher y su bonita garganta abierta hasta el hueso, Dan Fletcher y su sonrisa

sangrienta, Dan Fletcher y sus manos carbonizadas, con las marcas de la rejilla de la barbacoa... Janet Helms había contemplado las fotografías del asesinato con una fascinación mórbida. Habían matado a su amor, el que guardaba en secreto hasta que su mujer la palmara, en esa cama que nunca ocuparía. Janet Helms llevaba dos días llorando, desorientada de tantas lágrimas, con rabia en el corazón, con el corazón ardiendo. Vengaría su muerte. Costara lo que costara.

La mestiza levantó la cabeza del ordenador cuando Epkeen pasó delante de la puerta abierta del despacho. Janet se estiró la falda, que se le había subido, y corrió tras él:

—¡Teniente! —gritó por el pasillo—. ¡Teniente Epkeen! ¡Por favor!

El afrikáner se detuvo delante de la fuente de agua mineral. Había buscado alguna pista de la chica a la que había conocido en la choza, pero no le sonaba ninguna de los cientos de caras que había visto en los ficheros de la central. Tampoco había reconocido al tipo al que había herido con su *knut*. Demasiadas juergas: memoria, cero. Fletcher sí habría sabido. Era el disco duro del equipo. Pero Fletcher ya no estaba... Ahí venía corriendo su colaboradora, precisamente, embutida en su uniforme azul marino.

La agente de información conocía a Epkeen por su reputación (de lunático) o por cotilleos (femeninos), pero prefería fiarse de la apreciación de Dan: un hombre al que no le interesaba el poder, aunque muy puntilloso respecto a la forma en que se ejercía, un dandi sin equilibrio que se olvidaba de sí mismo en los brazos de mujeres bonitas. Era imposible que sustituyera a Dan.

—Si tiene un minuto, teniente —dijo, jadeante por la carrera—, he encontrado algo que podría interesarle...

Epkeen consultó su reloj —no era el mejor momento para llegar tarde— y le concedió cinco minutos.

Las cosas de Dan seguían en los estantes del despacho, con la foto de Claire junto al ordenador. Janet Helms se instaló ante la pantalla:

—La policía de Simon's Town ha encontrado el cuerpo de un tal De Villiers —dijo al cabo de un momento—, un surfista de la península... Una patrulla lo sorprendió hace dos días cuando trataba de atracar una farmacia de guardia. De Villiers iba armado y abrió fuego para cubrir su huida: fue abatido en la calle...

Un rostro apareció en los cristales líquidos de la pantalla: un rastafari blanco de unos veinte años, con una larga perilla rematada con una perla.

—Según los testimonios de los empleados, De Villiers se mostró particularmente agresivo durante el atraco —prosiguió la agente—. Histérico perdido. La policía local ya lo había detenido en el pasado por posesión de estupefacientes —marihuana, cocaína, éxtasis—, pero nunca por agresión o atraco a mano armada... Simon's Town no está muy lejos de Muizenberg —añadió—: Me he permitido solicitar una autopsia.

Janet temía su reacción —había ido más allá de sus prerrogativas— pero Epkeen consultó su reloj.

—¿Tenemos ya los resultados?

—Acabamos de recibirlos —la mestiza fue perdiendo el miedo—: De Villiers estaba bajo los efectos de la droga durante el atraco. Un producto a base de tik, que parece haberle hecho perder la razón...

—¿Metanfetamina y una molécula no identificada?

—Exactamente.

Epkeen encendió un cigarrillo en el despacho, pese a ser zona de no fumadores. Sin duda, De Villiers no sería un caso aislado. ¿Cuántos más se habrían enganchado a esa droga?

—Y hay otra cosa más, teniente —dijo la agente, al notar su impaciencia por marcharse—: Al cuadricular el perímetro alrededor de la playa, he reparado en la presencia de una casa deshabitada junto a Pelikan Park. Eso está a cerca de un kilómetro de la choza. He tratado de ponerme en contacto con los propietarios, pero hasta ahora no lo he conseguido.

—Quizá se hayan marchado de vacaciones...

—No: lo que ocurre es que no he obtenido ningún nombre —precisó la mestiza—. Al parecer la venta se efectuó a través de un testaferro, o a nombre de una sociedad a través de un banco extranjero.

—¿Eso es posible?

—Es perfectamente legal —aseguró Janet—. De la operación se ocupó una agencia de gestión de capital: les he llamado por teléfono, pero nadie ha sabido decirme nada más.

Epkeen torció el gesto: esos idiotas de las inmobiliarias...

—¿No vive nadie en esa casa?

—No. No se ha alquilado nunca... Quizá la adquirieran con fines especulativos —avanzó Janet—. Si hubiera una ampliación del parque vecino, el terreno estaría en un enclave protegido, lo que doblaría o triplicaría su valor. La casa parece abandonada, a la espera de días mejores. No sé dónde nos lleva todo esto —añadió—, sea como fuere, es la única vivienda situada entre la choza y la reserva de Pelikan Park...

—Siga investigando —dijo Epkeen—. Tiene plenos poderes en este asunto.

Janet Helms era una simple agente de información.

—¿Quiere decir que paso a formar parte del equipo del capitán?

Su cerebro bullía con una mezcla de ambición y estrellas muertas. Epkeen se encogió de hombros:

—Si le gusta que un zulú la llame a cualquier hora de la noche para restaurar la justicia en nuestro hermoso país...

—¿Es adicto al trabajo?

—No, insomne.

Janet se quedó pensativa, sonriendo, mientras Epkeen salía del despacho: con un solo golpe de machete, la mestiza acababa de ponerse el traje de Dan.

\* \* \*

Epkeen encontró un hueco en el aparcamiento del tanatorio. El cuerpo de su amigo descansaba en un féretro para la velada fúnebre, antes de la incineración... Dejó el Mercedes bajo una palmera a la que le quedaban pocas hojas y se dirigió hacia el edificio de ladrillo. Neuman esperaba en la escalera, enfrascado en sus pensamientos.

—Hola, Alteza.

—Eres puntual.

—Me ocurre de vez en cuando...

Trataron de sonreír, pero el azul del cielo, la sombra apacible sobre los escalones, su amistad, nada de eso parecía real. Apenas se habían visto desde el drama. Neuman no había ido al hospital. Lo había dejado solo con Claire. Había desaparecido hasta el día siguiente, sin dar la más mínima explicación...

—¿Qué pasó con el hermano Ramphele? —quiso saber Brian.

Se acababa de enterar.

—Una depresión profunda, según Kriek.

—¿Tú te lo crees?

—No.

—Kriek es un hijo de puta —aseguró Epkeen—. Si lo ha matado una banda de la prisión, él no moverá un dedo.

—Seguramente. Le están haciendo la autopsia, pero no nos llevará muy lejos.

Morir en la cárcel parecía de lo más natural en Sudáfrica.

—¿Y Krugë, qué dice de esto?

—Por ahora nos cubre —contestó Neuman—. Por poco tiempo.

—No podíamos saber lo que iba a ocurrir.

—Unos tipos armados esperándonos para quitarnos de en medio, yo a eso no lo llamo un accidente —dijo Neuman entre dientes—. Nos vieron venir desde lejos, y uno de ellos me conocía. Encendieron una barbacoa un poco más lejos para separarnos, con la perspectiva de liquidarnos si las cosas se complicaban... Caímos en una trampa, Brian. Es todo culpa mía.

—¿Le has dicho a Krugë que yo estaba bailando abrazado a una negra mientras os hacían pedacitos?

—No habría servido de nada. A Sonny Ramphele lo han matado porque nos contó lo de la playa de Muizenberg. Esta mafia tiene antenas en la cárcel y una guarida en

los townships. Me encontré con uno de ellos en Khayelitsha. Se estaba ensañando con un niño de la calle, Simón Mceli, al que mi madre conoce...

Brian se sentó a su vez en los escalones.

—Mira, tío, los dos estamos metidos en esto, lo quieras o no.

—La operación la dirigía yo —insistió Ali.

—Me traen sin cuidado tus historias de jefe.

Eran amigos, no subalternos. Una mirada basta para entenderse.

—Bueno, ¿hemos hablado ya con todos los confidentes?

—Khayelitsha está fuera de nuestro territorio —contestó Neuman—. En cuanto al tráfico de drogas en Muizenberg, al parecer de eso nadie sabe nada. O Stan era el único camello, o se nos escapa algo...

Un gorrión avanzaba a saltitos sobre la losa de mármol: se detuvo a su altura y los miró con hostilidad.

—Hay una casa aislada en la playa —dijo entonces Epkeen—: A cerca de un kilómetro de la choza. Parece abandonada, pero el nombre del propietario no figura en ninguna parte. Quizá se trate de una historia de especulación inmobiliaria... Tenemos también un muerto en Simon's Town, un surfista. Lo abatió una patrulla, pero según la autopsia, el tipo estaba colocado, se había metido el cóctel a base de tik. El mismo que nuestros dos jóvenes.

—Así que Nicole no era el único objetivo de los camellos. Se ha ampliado el negocio.

—Eso parece. He metido a Janet Helms en el caso...

Brian no terminó la frase: Claire acababa de aparecer en la escalera del tanatorio. Llevaba un vestido negro que la hacía más delgada y un bolsito de vinilo. Los miembros de su familia la seguían, con gafas de sol para ocultar su tristeza.

Claire vio a los dos hombres sentados en los escalones, susurró unas palabras a su hermana y fue hacia ellos. Se levantaron a la vez, se cruzaron con su mirada ajada y la abrazaron. La joven se abandonó un breve instante antes de recuperar el equilibrio. Ya no dormía, que más daban las medicinas, pero no se vendría abajo. Ahora no.

—Tengo que hablar con vosotros —dijo, separándose de ellos.

Llovía a mares en sus ojos azul Atlántico. Caminaron unos pasos hacia el aparcamiento, en silencio. Claire se detuvo a la sombra de una palmera y se volvió hacia Neuman.

—¿Qué le hicieron en las manos? —le preguntó con voz átona.

Brian se quedó de piedra. Una piedra que se resquebrajaba a ojos vistas.

—Nada —contestó Ali—. Todo ocurrió muy deprisa...

Claire se mordió el interior de los carrillos. Le temblaban los ojos detrás de las gafas de sol.

—No le dio tiempo a sufrir, si es lo que te preocupa —añadió—. Lo siento

mucho.

Ali mentía, pero ¿qué decirle si no a esa mujer presa de la angustia? ¿Que había visto a su marido mientras lo despedazaban vivo, que lloraba cuando lo mataron y que él no había movido un dedo con el pretexto de que tenía un cuchillo clavado en la oreja y el cañón de una pistola plantado en los huevos?

—Es todo culpa mía —dijo.

Claire lo escrutaba, pálida bajo el velo que adornaba su peluca. Al principio no dijo nada, buscaba las palabras adecuadas. Ali y Brian eran ya sus amigos: por eso estaba enfadada con ellos. A Dan le daba miedo la violencia física. Su olor en la cama no era el mismo, la noche antes de una intervención policial. Claire había intentado hablar con él, pero su marido fingía indiferencia. Dan tampoco lo había hablado con Neuman, porque éste tenía pensado convertirlo en su brazo derecho, a él y no a Epkeen, que pasaba de todo eso. El rencor de Claire no era tanto por no haber podido salvarlo como por su ceguera ante el temor que le producían esa clase de operaciones. Neuman tenía razón: era todo culpa suya.

—A Dan no le hubiera gustado que hablaran de él en pasado —dijo con voz monocorde—. Así que voy a callarme y a ocuparme de los niños como si mi vida nunca hubiera ocurrido... Os agradezco vuestro apoyo durante mi enfermedad, y también lo que hayáis hecho por él... Pero no quiero vuestra ayuda. —Hundió los colmillos en la carne de sus mejillas—. De ninguna clase, ¿entendido? —No se adivinaban más que fragmentos detrás de sus cristales negros—. Prefiero que no asistáis a la incineración —añadió—. Ni vosotros, ni nadie de la policía.

Claire se bajó el velo negro, que ondulaba en la brisa, y se volvió hacia el tanatorio. Brian hizo un gesto para detenerla.

—Ya lo sé —lo cortó ella—: Lo sientes mucho. Adiós.

\* \* \*

—Parece cansado —observó Tembo.

—No tanto como esos tipos —contestó Neuman.

Los *tsotsis* de la playa yacían sobre la mesa de aluminio, sus entrañas abiertas exhalaban un olor dulzón y penetrante. Uno de ellos tenía una herida muy fea en la sien —la bala de Epkeen le había arrancado la mitad del cráneo—. Joey, un negro cojo de unos veinte años, con el que se había cruzado en el solar de Khayelitsha. Sus rasgos y su morfología no eran los de un xhosa, y menos aún de un zulú. Entre sus numerosos tatuajes y escarificaciones había un dibujo en el tríceps, un escorpión en posición de ataque... El joven apodado Gatsha tenía otro igual: el dibujo, que era obvio que había sido realizado hacía ya varios años, no tenía en sí nada especial ni original, salvo las siglas «T. B.»... Neuman sacó fotos de los tatuajes antes de

volverse hacia el forense.

Tembo ejecutaba su danza macabra alrededor de un abdomen abierto, el de Charlie Rutanga. Varias cicatrices en los brazos y en el tórax, viejos recuerdos de peleas con navaja, pero ni rastro de escorpión tatuado...

—He sacado muestras de fluidos y de tejidos —dijo Tembo, colocando diversas secreciones en las láminas de cristal de su microscopio—. Aparte de numerosas carencias vinculadas a una deplorable higiene de vida, he encontrado rastros de cerveza casera, gachas de maíz, pan, leche, judías... Vamos, la dieta básica de los townships. Hay también picaduras de insectos, un húmero mal soldado, callos en los pies... Los dos más jóvenes están cosidos a balazos. Media docena cada uno, en diferentes partes del cuerpo... Heridas antiguas.

¿Ex soldados? ¿Miembros de las milicias? ¿Desertores? África escupía asesinos en serie como escupen esqueletos los ríos al llegar la estación seca.

—¿Y drogas? —quiso saber Neuman.

—Estos tres consumieron marihuana hace poco —prosiguió Tembo—; también he encontrado restos de tik, bastante antiguos, pero no los del famoso cóctel.

El negocio solía consistir en enganchar al cliente a la mercancía, no en utilizarla para destruirlo. Los *tsotsis* no habían actuado pues por un arrebato de locura...

—¿Y rastros de iboga?

Tembo sacudió su cabeza cana:

—Nada de nada.

\* \* \*

Con el fin del aislamiento provocado por el apartheid, las actividades criminales (tráfico de droga y diamantes) se habían extendido por todo el país: Sudáfrica era un centro de tránsito que albergaba a delincuentes de todos los horizontes. Neuman conducía su investigación desde la comisaría central, en el despacho impersonal de la última planta donde pasaba la mitad de las noches.

Empezó por los tatuajes de los dos *tsotsis* abatidos en la playa: un escorpión en posición de ataque, y esa sigla, o esas iniciales, «T. B.», tatuadas en la parte alta del brazo. Buscó entre las bandas fichadas por la SAP, en los archivos y en los datos disponibles, pero no encontró nada que se le pareciera. Amplió la búsqueda, y halló la información en una página web del ejército: «T. B.», las iniciales de ThunderBird, «pájaro de trueno», el nombre con el que se había bautizado a una milicia de niños-soldado que había luchado en el Chad, infiltrada desde Nigeria... El dashiki, su violencia, su ausencia total de compasión... Gatsha y Joey seguramente habían ido a parar a Sudáfrica, como otros miles, abandonados por la historia y, como es natural, se habían mezclado con los demás desgraciados y exconvictos que los esperaban por

ahí... ¿Y qué tenían ellos que ver con Nicole Wiese? ¿Acaso trabajaban con Ramphele? Había un detalle que lo seguía preocupando: la iboga que Nicole y Stan habían consumido, esos frasquitos que la chica llevaba encima la noche del crimen y que ya había probado unos días antes del drama... Neuman vaciló, con la mirada perdida en la pantalla del ordenador. La angustia subió por sus piernas, dejándolo un instante clavado a la mesa. Esa opresión, siempre la misma, que le atenazaba el corazón...

Caía la noche por el cristal tintado del despacho. Hermoso suicidio...

Tecléo dos palabras: Zina Dukobe.

La información no tardó en aparecer. La bailarina que actuaba en el Sundance no figuraba en ningún fichero de la SAP, pero encontró lo que buscaba en Internet: nacida en 1968 en el bantustán de KwaZulu, hija de un *induna*<sup>[33]</sup> caído en desgracia por negarse a colaborar con las autoridades bantúes, Zina Dukobe había sido militante del Inkatha, defendía la cultura zulú, en retroceso desde la evangelización y los desórdenes políticos, a través de su compañía de música y baile, Mkonyoza, fundada hacía seis años... *Mkonyoza*: «luchar» en zulú, en el sentido de aplastar mediante la fuerza...

El grupo estaba constituido por músicos y *amashinga*, luchadores especializados en el arte marcial zulú, el *izinduku*, bastón tradicional, cuyos nombres variaban según la forma y el tamaño. Según la tradición, el *izinduku* permitía salvaguardar la expresión de la pertenencia a la etnia zulú, argumentando que la descontextualización y su explotación con fines políticos habían dado una imagen negativa de ese arte. La bailarina hacía referencia a las marchas de protesta zulúes durante el apartheid, cuando los miembros del Inkatha, y su jefe Buthelezi, habían reivindicado y obtenido el derecho a llevar los bastones tradicionales, hasta entonces prohibidos por el régimen, lo que había provocado revueltas y violencia entre éstos y los miembros del ANC, de mayoría xhosa. Con Mandela encarcelado, suponía legitimar la oposición zulú. Dividir para reinar mejor: una táctica que había desencadenado un baño de sangre.

Para muchos, el *izinduku* se había convertido en sinónimo de violencia y ya no de arte, ni siquiera marcial. Ya no se celebraban *umgangela*, esas competiciones interétnicas antes tan valoradas, tan sólo en las regiones con poca tensión política, y eso que la función de ese arte era la de integrar a los jóvenes en la sociedad y transmitir las normas de la comunidad, a la vez que constituía una manera de dominar cuerpo y mente: las actuaciones del grupo tenían como objetivo reconsiderar esa parte perdida de la cultura zulú modernizándola a la vez; vídeos, instrumentos eléctricos, sonidos..., la compañía tendía puentes entre el arte tradicional y las corrientes actuales, en aras de una cultura viva...

Neuman empezaba a calar a Zina Dukobe. Mkonyoza actuaba en Ciudad del

Cabo desde el inicio del festival, y terminaba su gira en las discotecas del centro... Volvió a ver las cintas de vigilancia del Sundance. Se concentró en la del miércoles, la noche que Nicole no había ido a dormir al apartamento: las once, las doce, las doce y cinco, las doce y seis... Las doce y doce minutos: se veía a la joven estudiante salir de la discoteca, sola, como había comprobado el otro día con Dan... Neuman siguió viendo la cinta.

El portero, de espaldas, balanceaba el cuerpo de una pierna a otra, entraban clientes, otros salían, con la tez grisácea... Transcurrieron cuatro minutos, y entonces una silueta pasó delante de la cámara, sin sospechar que el ojo la vigilaba.

Neuman rebobinó la cinta, con un hormigueo bajo la piel: era un movimiento fugaz, pero habría podido reconocer esa silueta entre un millón... Zina.

—*¡Cuando mato a un blanco, mi madre se alegra!*

Para salir del bantustán donde el gobierno del apartheid los había confinado, los negros sudafricanos debían tener un *pass*, que regulaba su tránsito por la zona blanca. Sacando provecho de las rivalidades interétnicas o familiares, el poder había dejado la autoridad de los bantustán en manos de jefes locales que tenían el encargo de colaborar con las autoridades, so pena de ser depuestos. Algunos de ellos no habían dudado en recurrir a milicias, o *vigilantes*, armados de porras que, llegado el caso, sustituían a la policía en el interior del enclave o del township. Tras la prohibición del ANC, el jefe Buthelezi había formado el Inkatha zulú, un partido que, aunque se proclamaba antiapartheid, había aceptado erigirse en autoridad del bantustán de KwaZulu. Al considerar esta colaboración como un juego a dos bandas, Oscar, el padre de Ali, le había dado la espalda y se había vuelto hacia el grupo de la Conciencia Negra dirigido por Steve Biko, cuyas intervenciones furiosamente contrarias al apartheid habían despertado un movimiento de resistencia seriamente afectado por quince años de represión policial.

—*¡Cuando mato a un blanco, mi madre se alegra!*

Biko provenía del entorno universitario, y Oscar era profesor de Economía en la Universidad del Zululand. El tono del joven militante era radical, al desprecio al negro se respondería con el odio al blanco, y se terminaría de una vez por todas con la mentalidad de esclavo. Biko proponía un sindicato estudiantil, boicots para protestar contra la deficiente enseñanza prodigada a los negros<sup>[34]</sup>, un movimiento de resistencia activo. Oscar luchaba para hacer comprender a sus alumnos que su destino les pertenecía, que nadie los ayudaría. Había organizado una tribuna para el líder de la Conciencia Negra en la universidad, pese a la hostilidad del Inkatha. Debido a su situación geográfica en el interior de las fronteras territoriales del KwaZulu, era en la universidad donde el gobierno del bantustán reclutaba a sus funcionarios, sus expertos y sus ideólogos: el Inkatha no necesitaba un líder estudiantil impetuoso que exhortaba al asesinato; al contrario, necesitaba técnicos del poder para asentar su movimiento de resistencia. El mitin de Oscar había sido interrumpido por enfrentamientos, y la policía antidisturbios había dispersado a la multitud a golpe de *purple rain*<sup>[35]</sup>.

Tres meses más tarde, Biko murió a manos de esa misma policía.

—*¡Cuando mato a un blanco, mi madre se alegra!*

Ali nunca había visto llorar a su padre: Oscar era una suerte de semidiós bueno que lo sabía todo y que hablaba varias lenguas, un hombre de aspecto tranquilo bajo sus gafas de intelectual, que comprendía a su enemigo pero no le perdonaba nada, alguien que besaba a su mujer delante de todo el mundo y que había conocido la

cárcel. Ali recordaba sobre todo sus manos, que los llevaban a él y a su hermano a contemplar las estrellas desde el tejado de la casa, sus manos calientes y suaves que contaban cuentos de reyes zulúes, de viejos monos, de leopardos y de leones...

—*¡Cuando mato a un blanco, mi madre se alegra!*

Neuman conocía ese himno zulú: Biko y sus activistas lo habían convertido en su grito de guerra, era una manera de decir a los defensores del apartheid que aunque no tenían armas, eran peligrosos, incluso después de muertos. Cuando Biko fue asesinado, el ANC clandestino se adueñó del himno.

—*¡Cuando mato a un blanco, mi madre se alegra!*

Las voces resonaban bajo las vigas de ladrillo del Armchair. Neuman estaba de pie entre el público, inmóvil ante su tótem: viejos monos que hacían muecas subían a la superficie...

—*¡Cuando mato a un blanco, mi madre se alegra!*

Sobre el escenario lleno de humo, Zina y sus zulúes bailaban el *toi*, la danza de guerra de los townships: golpeaban el suelo con los pies, levantando una nube de polvo, como en los enclaves en los que los habían segregado, los tambores retumbaban bajo los focos, fotos de manifestantes se proyectaban como flashes sangrientos sobre una pantalla situada al fondo del escenario, pisoteaban el suelo abrazando unos AK-47 imaginarios, como antaño, sin dejar de corear:

—*¡Cuando mato a un blanco, mi madre se alegra! ¡Trrrrrrrrrrrrrr!*

Zina disparó una ráfaga sobre la multitud aglutinada. El polvo revoloteaba en torbellinos sobre el escenario, respondiendo al estruendo de los tambores. Distinguió entonces entre el gentío el rostro de Neuman, que dominaba todos los demás... Con una sonrisa, lo decapitó.

\* \* \*

—¿Qué está haciendo aquí?

—Antes no me ha visto —dijo Neuman.

Sus ojos resplandecían en el pasillo del camerino.

—Se habrá movido usted —dijo—: Y la prueba es que está aquí ahora.

Zina estaba descalza, sudorosa y cubierta de polvo de los pies a la cabeza. El policía la estaba esperando al final del espectáculo, y ella se sentía eléctrica, confusa y vulnerable.

—El otro día no me lo contó todo —dijo Neuman, directo al grano.

Su expresión, la de un hombre que sabe muchas cosas, la puso un poco más a la defensiva:

—Será que usted no hizo las preguntas adecuadas...

—Probemos con ésta: hay una cámara a la entrada de la discoteca, ¿lo sabía?

—El mundo de la televigilancia no me interesa —replicó ella.

—A mí tampoco, pero merece la pena dedicarle un momento de vez en cuando. ¿Podemos hablar de ello en un sitio más tranquilo?

Ahora llegaban también los músicos, chocándose los cinco. Zina abrió la puerta del camerino.

—¿Qué le ha pasado en la oreja? —preguntó, pasando al interior.

—Nada.

Neuman la miraba fijamente, presa de sentimientos contradictorios. La bailarina se puso el chai de colores que había sobre el tocador y lo miró desde lo alto de su metro ochenta de estatura.

—Ha puesto su expresión de serpiente —le dijo—. ¿Qué ocurre?

—Nicole Wiese pasó toda la noche fuera tres días antes de que la asesinaran —dijo Neuman— y, según las cintas de vídeo de la discoteca, salió de allí aquella noche a las doce y doce minutos. Usted, cuatro minutos más tarde. No sabemos dónde ni con quién pasó Nicole la noche... Cuatro minutos: el tiempo suficiente para que usted pasara por el camerino a recoger sus cosas antes de reunirse con ella. ¿Qué me dice?

—Prefiero los cuarentones sin hijos, pero a nadie le amarga un dulce de vez en cuando... ¿A qué juega usted?

El polvo formaba cráteres grises sobre su piel, que empezaba a resquebrajarse.

—Nicole era una muchacha súper protegida que buscaba emanciparse de la tutela paterna, y por eso quemaba etapas: coleccionaba experiencias y juguetes eróticos. Consumió iboga esa noche, la del miércoles, y mi teoría es que esa noche la pasaron juntas.

Sus miradas se cruzaron, eran las de dos bestias. Neuman se estaba tirando un farol.

—Tráigame una orden judicial —replicó ella—, y le abro mi nido.

Neuman cogió un mechón de su cabello pegado al sudor de su hombro:

—¿Va a hablar ahora o prefiere que esperemos a los resultados del laboratorio?

Una chispa brilló en los ojos negros de Zina. Neuman la había atrapado en sus redes.

—Yo no le rompí la cabeza a Nicole —dijo entre dientes.

—No: es usted demasiado lista para hacer algo así. Pero me ha mentado.

—Que no diga lo que usted quiere escuchar no quiere decir que mienta.

—En ese caso le aconsejo que me diga la verdad.

Zina se arrebujó en el chai.

—Nicole me abordó después del espectáculo —dijo—, en la barra, el miércoles... Le había gustado la actuación, y yo también, me di cuenta enseguida. Como quería experiencias placenteras, la inicié en la iboga.

Neuman asintió con la cabeza; era precisamente lo que se temía...

—¿Estaban las dos solas?

—Las dos solitas, sí.

—¿Dónde pasaron la noche?

—En la habitación que me alquilan durante la gira, aquí al lado.

—¿Por qué me lo ha ocultado?

—No soy una *impimpi* —dijo.

Los que contaban los secretos a los blancos.

—¿De qué secreto habla?

—Mi abuela era herbolaria —dijo, con una pizca de orgullo—: Me legó algunos de sus talentos... entre ellos, la elaboración de la iboga. No tenemos costumbre de divulgar nuestros conocimientos.

—Un simple filtro de amor —dijo Neuman—. Tampoco es como para andarse con tanto misterio.

—No me tome por tonta: soy una de las últimas personas que vio a Nicole con vida, y pasamos la noche juntas tres días antes de su asesinato. No tenía ninguna gana de que la policía viniera a husmear en mi vida privada.

—¿Tantas cosas tiene que reprocharse?

—Aparte de haberlo conocido a usted, no.

Se instaló un silencio en el camerino.

—¿Y bien? —insistió él.

Zina esbozó una mueca provocadora:

—Pues Nicole era una linda muñequita rubia que, mire usted por dónde, estaba feliz de pasar la noche en mi compañía. La experiencia le gustó, pero yo ya no tengo edad de jugar a la niñera: la cosa quedó ahí. Fue el miércoles, efectivamente. El sábado por la noche Nicole se pasó por mi camerino para saludarme y para recoger los frasquitos de iboga que le había preparado. Me lo había pedido ella, ¿y se le ocurre a usted mejor regalo de despedida que un filtro de amor?

Sus ojos brillaban sin alegría.

—¿Le pagó?

—Lo mío no es el voluntariado.

—¿Lo hace para llegar a fin de mes?

—La vulgaridad no va con usted, señor Neuman.

—¿Y no le dijo Nicole con quién pensaba compartir tan valiosos frasquitos?

—Ya que insiste, le diré que Nicole y yo no hablamos mucho.

—Las mejores confidencias se hacen en la cama —observó él.

—Las chicas nos hablamos en silencio.

—En un silencio ensordecedor... —Se sacó la mano del bolsillo—. Stan Ramphèle. ¿Le dice algo ese nombre?

Zina se inclinó hacia la foto que le mostraba, un negro de unos veinte años,

bastante guapete el chaval...

—No —dijo.

—Nicole y Stan estaban colocados cuando murieron: una sustancia química a base de tik, que modifica el comportamiento. Extremadamente tóxica.

—Lo mío son las hierbas naturales, querido amigo —precisó la zulú—. El efecto de la iboga es más sutil... ¿Quiere probarlo?

—En otra vida tal vez.

—Hace usted mal, mis secretos son inofensivos —le aseguró.

—No las tengo todas conmigo.

—Soy bailarina —le dijo, mirándolo a los ojos—: No asesina en serie.

Neuman reparó en la pequeña cicatriz que tenía encima del labio.

—¿Quién habla de otros asesinatos?

—Sus ojos están llenos de otros asesinatos... ¿Me equivoco?

Zina lo miraba como si lo conociera. Neuman cambió de tema:

—¿Por qué no colaboró con la policía?

—Qué pesado es usted con sus preguntas.

—Y usted con sus respuestas.

Las facciones de Zina se agudizaron, a escasos centímetros de su rostro. La conversación viró bruscamente.

—Escuche lo que voy a decirle, Ali Neuman, escuche bien... He visto a policías pisotear el vientre de mi madre, todavía la oigo gritar porque estaba embarazada, y todavía oigo callarse a mi padre: ¡sí, todavía lo oigo callarse! ¡Y todo porque no tenían más derecho que ése, esos pobres negros! El hijo que esperaba no sobrevivió, y mi madre murió por ello. ¡Y cuando mi padre quiso denunciarlo, se le rieron en la cara, a él, un *induna*! Unos policías vinieron un día a decirle que había sido depuesto de su cargo de dirigente por insubordinación a las autoridades bantúes. Fueron también policías quienes vinieron a echarnos de nuestra casa, y la derribaron con una apisonadora. Los mismos que dispararon contra la multitud desarmada durante la revuelta de Soweto, matando a centenares de nuestros hermanos... Y ahora, sólo porque los tiempos hayan cambiado y una pueda tirarse a una blanquita sin que le den una *kafferpack*<sup>[36]</sup> no crea que es motivo suficiente para que corra a sus brazos.

—No se trata de eso.

—Pues es lo que usted me pide —dijo Zina entre dientes—. Si no he colaborado con la policía es porque no confío en ella. En absoluto. No es nada personal, ya se habrá dado cuenta, a no ser que sea tan ciego como cabezota. Ahora me gustaría darme una ducha y que me dejaran en paz. Eso no quita que lo que le han hecho a Nicole me dé ganas de vomitar...Y deje de mirarme con esos ojos de serpiente, ¡siento como si me tomara por un maldito cobaya!

Las ratas del forense estaban lejos, y sin embargo en sus pupilas se reflejaba una

matanza.

—Militó en el Inkatha —dijo Neuman.

—Hace tiempo.

—¿Para combatir a los blancos?

—No —se irritó ella—: Para combatir el apartheid.

—Había medios menos violentos.

—¿Ha venido a hablarme de mi pasado o del asesino de Nicole?

—El tema parece incomodarle.

—Mi madre murió por ello. ¿No le parece motivo suficiente?

La bailarina recuperó su aire aristocrático, pero Neuman sintió que le había hecho daño.

—Discúlpeme —dijo, menos tenso—, no estoy muy acostumbrado a hablar con mujeres...

—Debe de sentirse solo.

—Como si estuviera muerto.

Zina sonrió, con el rostro lleno de polvo.

—Mi nombre zulú es Zaziwe —dijo.

«Esperanza»...

Pero, en sus pupilas, Neuman sólo vio una oscuridad sideral.

\* \* \*

*Ukuphanda*: el término significaba literalmente arañar el suelo para alimentarse, como las gallinas en el gallinero.

En el contexto de los townships, el *phanding* —neologismo inglés— consistía para las mujeres en buscarse un amigo para conseguir dinero, comida o un techo. Esa clase de relación no era meramente transaccional, del tipo de «sexo a cambio de seguridad material»: se trataba también de dar con alguien que se preocupara por una, para escapar así de la brutalidad de la vida cotidiana. Era ésta una búsqueda que compartían numerosas mujeres jóvenes, y que la mayoría de las veces se traducía en una exposición a la violencia y al contagio del sida.

Maia no había escapado a la norma: se había convertido en objeto de competición entre hombres que, en el mejor de los casos, la consideraban como su propiedad. Su último novio, en respuesta a las habladurías de una vecina algo borracha, se había llevado a Maia a la orilla del río, la había desnudado, le había untado todo el cuerpo con detergente y le había ordenado que se lavara en el agua, para que aprendiera a no prostituirse con otros. Acto seguido, había cogido un látigo de cuero y la había azotado durante horas: seis, ocho, diez, Maia ya no recordaba cuántas... Acto seguido la había violado.

La habían encontrado al alba a la orilla del río, medio muerta.

Fue al ir a visitar a su madre en el dispensario cuando Neuman la vio por primera vez, tumbada en una cama en medio de otros enfermos. La joven apenas podía parpadear de tan hinchado como tenía el rostro por los latigazos. ¿Acaso fue porque las espantosas señales sobre su cuerpo le recordaron el martirio de su padre? ¿O quizá tuviera algo que ver su sonrisa al estrecharle la mano, o sus hermosos ojos oscuros y desamparados, que se lo bebían como un falso elixir? Fuera como fuere, Ali le prometió ese día que nadie volvería a hacerle daño nunca más.

La instaló en el township de Marenberg, habitado esencialmente por *coloured*, en una casita de ladrillo con ventanas de verdad y una puerta bien sólida a la que, de vez en cuando, él venía a llamar.

Al principio, Maia se había preguntado si ese poli alto de ojos de piedra no sería otro de esos locos, a la vez fascinados y horrorizados por el sexo de las mujeres — podía acariciarla durante horas, ir y venir sobre ella como una crema de doble filo— pero, después de todo, había conocido cosas peores. Su nuevo novio podía sobarla todo lo que quisiera, podía pedirle que blandiera el trasero para que él pudiera frotarlo con cubitos de hielo (código número tres), con la punta del dedo acariciarle el ano (código número cinco), podía penetrarla con todo lo que quisiera e incluso con lo que ella no quería, Maia no era muy tiquismiquis. Sobrevivía en Marenberg como podía: mediante el trueque, buscándose la vida, haciendo algún trabajillo aquí y allá, con la pintura, algún hombre que otro... Habían pasado dos años desde el principio de su relación, dos años en los que todo había cambiado. Hoy Maia acechaba sus pasos en la escalera, sus golpes con los nudillos en la puerta de su casa, su rostro, sus manos sobre su cuerpo, ella, que era su animal de compañía... Con el tiempo, la mestiza había pasado de la obligación al suplicio más dulce. Nunca antes nadie la había acariciado así. Nunca antes nadie la había acariciado en absoluto.

Era más de medianoche cuando Ali llamó a su puerta. Maia se despertó sobresaltada: no le había avisado de que vendría. Se puso el camisón que le había regalado hacía un mes, ahuyentó el sueño hasta la puerta de entrada, descorrió el cerrojo y se lo encontró ahí, con una expresión devastada.

Tenía la oreja vendada y una mirada dolorosa bajo la luna. Había ocurrido algo, Maia lo supo enseguida. Le puso la mano en la mejilla para consolarlo, pero él se zafó.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

—Claro... Entra.

Maia no sabía qué decir ni cómo comportarse. Nunca habían hablado de amor. Nunca se había tratado de eso. Era ya un milagro que se dignara tocarla. Maia en el fondo se sentía impura, mancillada, sin honor, y él venía de una familia culta, un clan

de alto rango, sin duda. Maia se imaginaba mil cosas —Ali no le hacía el amor por miedo a rebajarse, a comprometerse con una chica del campo, una mestiza que había ido de catre en catre y que él había recogido del arroyo—. Maia no sabía nada de sus sentimientos, de sus placeres extraños, pero albergaba esperanzas, pese a todo, porque era su naturaleza.

El hombre al que amaba no se tomó el tiempo de sentarse: su mirada la hizo retroceder hasta el sofá.

—No voy a volver más —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Teníamos un acuerdo: te libero de él.

Su voz ya no era la misma: venía de las tinieblas, de un lugar donde Maia nunca había puesto los pies, un lugar al que nunca iría.

—Pero... Ali... No quiero que me liberes. Quiero quedarme contigo.

Neuman no dijo nada. Miraba los cuadros orgullosamente expuestos en la pared del salón, dibujos ingenuos garabateados en trozos de madera, colores vivos para representar escenas de la vida en el township. Eran audaces, patéticos y malos.

—Seguiré ayudándote —le dijo—, si es eso lo que te preocupa.

Sentada en el sofá donde la había arrinconado, Maia apretó los dientes: ya no era cuestión de dinero, y él lo sabía muy bien. Le iba a estallar el pecho de rabia. Hasta él, que era tan bueno, la dejaba tirada como a una perra: la devolvía a su papel de animal de compañía.

—¿Ya no me quieres en tu vida?

—Eso es.

Su maldad le hacía daño. Había pasado algo desde la semana anterior. No podía abandonarla así, sin darle una explicación.

—¿Has encontrado a otra chica?... ¿Es eso? ¡¿Has encontrado a otra desgraciada que creerá que la salvarás?! A no ser que tengas varias —se sulfuró ella—. Un harén, así se llama, ¿no?

Se oyó como un disparo, a lo lejos, en la noche, o un portazo.

—Cállate —dijo Neuman, en voz muy baja.

—¿Te la tiras?

—¡Cállate!

—Dime —le espetó, con una expresión cargada de hiel—: ¿A ella sí te la tiras?

Ali le levantó la mano, y ella, por puro instinto, se protegió la cara. El golpe fue tan rápido que Maia sintió el desplazamiento de aire sobre su cabello despeinado: el puño le rozó la sien antes de estrellarse contra la pared, que crujió bajo el impacto. Maia dejó escapar un grito de estupor. Ali golpeó la pared con todas sus fuerzas, varias veces: destrozó uno por uno sus cuadros colgados, hizo añicos el tabique de contrachapado, con las manos desnudas. La madera salía despedida por toda la

habitación mientras él se ensañaba, los fragmentos caían sobre su pelo, Maia gritaba para que parara, pero los golpes seguían cayendo sin fin: iba a hacerlo todo pedazos, a ella, la casa, su vida, a puñetazos.

La tormenta paró de pronto.

Maia gemía bajito, sin atreverse ya a moverse, acurrucada en el sofá. Se aventuró a mirar entre las manos con las que se protegía el rostro, muerta de miedo: Ali estaba de pie delante de ella, con el puño apretado, lleno de arañazos y de astillas, y con los ojos resplandecientes de rabia.

Salió de sus entrañas una suerte de maullido, un sonido que le heló la sangre:

—Cállate...

Un vestido rojo cruzó su campo de visión. Con una mano, la mujer se sujetaba el sombrero de paja que amenazaba con salir volando hasta el otro extremo de la Tierra, y con la otra se balanceaba con gracia sobre la playa inmaculada... Epkeen se cruzó con esa aparición etérea cuando una ráfaga de viento le escupió arena en el rostro.

Había dejado atrás las casetas de madera de colores que bordeaban el paseo marítimo, el puesto de socorro, las sombrillas dispersas y algún que otro desdentado que vendía fruslerías del township vecino; la playa de Muizenberg se iba vaciando a medida que se alejaba a orillas del océano, el viento removía el polvo y la arena, que se perdían a lo lejos, en el vaho del mediodía. Se volvió, pero la chica no era ya sino un punto rojo en la bruma del calor; apenas se distinguía la estación balnearia... Siguió caminando a duras penas por la arena blanda, escupiendo tabaco y alcoholes.

Brian había ido la noche anterior al bar de Long Street donde trabajaba Tracy. Quería hablar en serio con ella, pero la pelirroja no dejaba de extasiarse con los malabarismos de su joven colega al otro lado de la barra... Si le brillaban los ojos por tres cocteleras que daban vueltas en el aire, más valía dejar ahí la cosa, ¿no? Tracy no se lo esperaba en absoluto. Las palabras de Brian habían sido certeras, pero a la vez, no había dado ni una. Era un cero a la izquierda en rupturas. No tenía manual de instrucciones. El deseo se le había ido al garete. La muerte de Dan lo había vuelto perezoso. Decepción, amargura, tristeza, se habían separado sin ninguna esperanza de recaer...

Epkeen vio el emplazamiento de la choza y, detrás, la barbacoa entre las dunas y la cabaña carcomida. Quedaban señales de arena ennegrecida, el carbón volcado en el suelo... Sintió un escalofrío. La mestiza se lo había ligado arrimándose a su muslo cuando ya tenía pensado borrarlo del mapa. Ella y el tipo al que había arrancado media cara le habrían hecho a él lo que le habían hecho a Dan. Tal vez lo habrían hecho pedacitos a él también, y los habrían asado... Epkeen se pasó la lengua por los labios, sintió la sal del océano cercano y ahuyentó el miedo que le impedía pensar.

La playa se extendía hasta la reserva de Pelikan Park: la casa que buscaba no debía de estar muy lejos... Se ajustó las gafas de sol sobre la nariz y trepó a lo alto de una duna, balanceándose por la fuerza del viento. Colgadas del cielo, las gaviotas lo miraban fijamente con sus ojos enajenados. Distinguió a lo lejos la vía del tren y el esbozo de una alambrada que se extendía detrás de los arbustos maltratados por el viento que soplaba desde el mar. La M3 estaba a dos kilómetros apenas, se llegaba hasta ella por una pista llena de baches... Brian bajó corriendo la pendiente hasta la entrada principal, cerrada por un grueso candado. De la verja colgaba un cartel medio corroído por la sal que prohibía el acceso a la propiedad privada, amenaza que ya sólo asustaba a las mariposas: trepó la verja, soltó un taco al arañarse la muñeca

contra la alambrada y cayó de un salto sobre la arena del patio. Las gaviotas desaparecieron con un grito: trotando por el camino se aproximaba la silueta de una mujer a caballo...

Epkeen estaba aún junto a la verja cuando la amazona lo abordó, a lomos de un frisón de pelaje negro reluciente de sudor.

—¡Buenos días!

Era una mujer morena de unos treinta y cinco años, alta, con unos ojos azules bastante impresionantes.

—¿Se le ha perdido algo? —le preguntó.

—Digamos más bien que busco algo.

—¿Ah, sí? —fingió sorprenderse ella—. ¿Y qué busca?

—Pues busco...

La mujer tiró de la brida del caballo que sólo quería galopar hacia el mar.

—¿Suele pasear por aquí? —le preguntó Epkeen.

—De vez en cuando... Me cuidan el caballo en el club hípico, al lado del parque.

Pelikan Park, la reserva natural situada a varios centenares de metros... Epkeen olvidó las perlas de océano que brillaban encima de la verja y se volvió hacia la casa.

—¿Sabe quién vive ahí?

La amazona sacudió la cabeza en un gesto de negación, curiosamente imitada por su montura:

—No.

—¿Ha visto a alguien alguna vez?

La mujer volvió a sacudir la cabeza de lado a lado.

—¿Algún vehículo? —insistió él.

El frisón tiraba de la brida. La mujer le hizo ejecutar unos pasos de baile, muy elegantes, y entonces su rostro se iluminó despacio, como si los recuerdos volvieran a su mente a oleadas, empujados por la brisa marina:

—Sí... Una vez vi un 4x4, una mañana muy temprano, franqueó la verja... A veces atajo por las dunas, pero lo normal es que vaya por la playa, siguiendo la orilla. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Qué clase de 4x4?

La mujer se inclinó sobre la silla para relajar sus glúteos.

—Pues uno grande, oscuro, un modelo reciente, de los que revientan dunas... A decir verdad, apenas lo vi... No como a usted —dijo, cambiando de tema—: Esto es propiedad privada, ¿no se ha fijado?

—Ha dicho que lo vio una mañana temprano: ¿hacia qué hora?

—Las seis... Me gusta montar por la mañana, cuando la playa está desierta...

De buenas a primeras a él también.

Sólo tenía que encontrar un caballo de temperamento depresivo al que le gustara

la cerveza belga.

—¿Y cuándo fue eso?

—No lo sé... —Se encogió de hombros. Llevaba una camiseta ceñida—. Hará unos diez días o así...

—Y desde entonces, ¿no ha vuelto a ver a nadie?

—Sólo a usted.

Sus perlas azules lo atravesaban como si fuera antimateria.

—Si le enseño una lista de vehículos similares, ¿cree que podría identificar al 4x4 en cuestión?

—¿Es usted policía?

—A veces.

El frisón mordía su bocado, con el casco febril. La mujer dio una vuelta completa sobre sí misma.

—¿Trabaja en el club hípico? —le preguntó él, al final del ballet.

—No. Me contento con montar... Tiene tres años —dijo, dándole palmaditas en el cuello al animal—, todavía es fogoso. ¿Le gustan los caballos?

—Prefiero los ponis —contestó él.

La mujer se echó a reír, lo que puso aún más nervioso al caballo.

—Ya decía yo que no tenía usted pinta de que le gustaran los caballos.

—¿Ah, no?

—Es a mí a quien mira, y el animal siente que le tiene usted miedo —dijo ella, asintiendo con la cabeza—: De haberle gustado los caballos, habría hecho exactamente lo contrario...

—¿Aun así me puede dar su número de teléfono?

Ella asintió, y él sacó su libreta para apuntarlo. El frisón golpeaba el suelo con los cascos, muerto de impaciencia, con los ojos saltones fijos en el mar.

—Me llamo Tara —concluyó ella, antes de tenderle la mano por encima de la verja—. ¿Lo llevo a algún sitio?

—Otro día, si quiere... Iremos a cualquier parte.

Ella sonrió como un demonio:

—¡Bueno, pues nada, qué se le va a hacer!

La amazona tiró hacia un lado de la brida del animal y, con un golpe del talón, liberó a la furia que bullía entre sus piernas. No tardaron en desaparecer, entre cielo y bruma... Epkeen permaneció plantado ante su pedazo de alambrada, escéptico, antes de regresar a la realidad.

El viento formaba remolinos en el patio. El sol, aplastante, estaba alto en el cielo, y las gaviotas parecían vigías... El afrikáner se volvió hacia el edificio, aislado bajo los pinos.

La casa descubierta por Janet Helms parecía una antigua estación meteorológica,

con sus persianas cerradas y su antena oxidada. Fue hasta la puerta blindada e inspeccionó la fachada. Era una casa de un solo piso, no se veía ningún cartel que indicara que estaba vigilada por ninguna empresa de seguridad, no había más que un tejado inclinado y un tragaluz con barrotes tapado con cartones. Todo parecía cerrado a cal y canto, abandonado... Lo del 4x4 le había dejado una impresión extraña. Rodeó la casa.

Epkeen no tenía orden judicial, pero sí un pequeño sacaclavos, guardado en la funda de su pistola: pensaba forzar la puerta de atrás, pero no estaba cerrada. ¿Sería una casa ocupada? Empuñó su arma y se pegó contra la pared. Cargó la pistola, empujó la puerta despacio y echó un vistazo al interior. Las corrientes de aire se colaban por la puerta abierta, topándose con alguna que otra mosca. Apuntó hacia la penumbra. En la casa olía a cerrado, y Epkeen percibió también otro olor extraño, removido por el viento que soplaba fuera. Se dirigió a la habitación vecina, que estaba vacía; encontró el interruptor —la electricidad funcionaba— y una tercera habitación que daba al patio pero tenía las ventanas condenadas. En el suelo de cemento había una mesa de madera, manchada de pintura y, sobre ella, pinceles de cerdas endurecidas, trozos viejos de papel de pared arrancados y moscas que zigzagueaban nerviosas a su alrededor. Seguía flotando en el aire ese mismo olor desagradable que había notado antes.

Una puerta llevaba al sótano; Epkeen se inclinó sobre los escalones y, al instante, se llevó la mano a la cara. El olor venía de ahí: un olor a excrementos. Un olor espantoso a excrementos humanos... Pulsó el interruptor y contuvo el aliento. Una nube de moscas zumbaba en el sótano, miles de moscas. Bajó los escalones, con el dedo crispado sobre el gatillo. El sótano ocupaba toda la planta del edificio, era una habitación con todas las aperturas taponadas donde reinaba una atmósfera como de fin del mundo. Se estremeció, con los ojos helados, y contó tres cadáveres bajo la nube de moscas: dos hombres y una mujer. El estado espantoso de los cuerpos recordaba a los cobayas de Tembo. Con el cuero cabelludo arrancado y los miembros separados del cuerpo, reposaban en un charco de sangre coagulada, anegado de moscas. Cuerpos deformes, despanzurrados, sin dientes, con el rostro lacerado, irreconocible. Un campo de batalla a puerta cerrada, aislado. Una jaula... Levantó la mirada de los cadáveres y vio las paredes, cubiertas de excrementos. Alguien había untado de mierda toda la habitación, a altura humana...

Epkeen respiró por la boca, pero no sintió mucho alivio. Atravesó la nube de moscas protegiéndose con las manos. Había un lavabo al final del reducto, y una encimera de azulejos sobre la que alguien había vomitado. Vio dos cuchillos en el suelo, con el mango manchado. El zumbido constante y tenaz, el olor a excrementos y a sangre le daban náuseas. Se inclinó sobre los cadáveres y, con la mano, ahuyentó las moscas que se arremolinaban sobre los rostros. Uno de los negros tenía una herida

enorme en la mejilla izquierda y tatuajes en los brazos: pese a estar desfigurado, reconoció al tipo de la choza, el que lo había seguido detrás de las dunas y al que había azotado con su *knut*... La chica descoyuntada junto a él debía de ser Pam. Le faltaba la mitad del cuero cabelludo... Sin respiración, Epkeen subió del sótano. Cerró la puerta tras de sí con un portazo y permaneció allí un momento, apoyado contra la pared.

Había desenterrado cuerpos de militantes abatidos por los servicios especiales, zombis que se pudrían en celdas, cuerpos calcinados por los *vigilantes* del Inkatha o los *comrades*<sup>[37]</sup> del ANC, gente sin piel y con una mueca en la cara a guisa de agradecimiento; nunca había sentido compasión, no era su tarea. Hoy ya no sentía más que asco... Corrió hacia la puerta y vomitó todo lo que le retorció las tripas.

\* \* \*

La comisaría de Harare era un edificio de ladrillo rojo rodeado de alambre de espino con vistas al nuevo palacio de justicia. Un *constable* asado de calor bajo su gorra montaba guardia en la verja de entrada. Neuman lo dejó ahí, enfrascado en sus musarañas, evitó a los borrachos a los que empujaban hacia las celdas y se presentó ante la chica de la recepción.

Walter Sanogo lo esperaba en su despacho, enjugándose el sudor bajo el ventilador perezoso. Estaba sepultado en casos abiertos, y no había encontrado respuesta a las preguntas de Neuman; los tres negros abatidos en la playa de Muizenberg no se contaban entre sus sospechosos, habían enseñado sus fotografías por todo Khayelitsha, pero no habían conseguido nada, ningún vínculo con ninguna banda organizada, ni nueva ni antigua. La mayoría de los homicidios de los que se ocupaban eran obra de bandas rivales, muchas de las víctimas no tenían papeles, los clandestinos se contaban por millones: por su vida y la de sus hombres, Sanogo les dejaba devorarse entre sí tranquilamente, en familia, por así decirlo...

—Me topé con uno de esos tipos hará unos diez días —dijo Neuman, señalando la foto del más joven—, junto al gimnasio en construcción. Se hacía llamar Joey.

Sanogo hizo una mueca de iguana al mirar la foto:

—Normalmente estos tipos se inventan unos apodos ridículos: Machine Gun, Devil Man...

—Había otro joven con él, era cojo...

—¿Quién le dice que todavía anda por aquí?

—Estos tatuajes —cambió de tema Neuman, señalándole las fotos—, ¿le dicen algo?

Escorpiones en posición de ataque, y dos letras, «T. B.», todo ello trazado con tinta desleída... Sanogo indicó que no.

—ThunderBird —explicó Neuman—: Una antigua milicia del Chad, infiltrada desde Nigeria. Han matado a uno de mis hombres y trafican con droga en la península. Una mierda nueva a base de tik.

—Mire, Neuman —dijo el capitán, con aire paternalista—, lo siento por su hombre, pero no somos más que doscientos policías para varias decenas de miles de personas. Apenas tengo agentes suficientes para lidiar con los enfrentamientos entre las compañías de taxis colectivos, cuando no se vuelven contra nosotros... Yo también perdí a un hombre el mes pasado: lo mataron como a un conejo, en la calle, para robarle el arma de servicio.

—Para que sus hombres estén seguros tendría que neutralizar a las bandas.

—No estamos en la ciudad —replicó Sanogo—: Esto es la jungla.

—Pues tratemos de escapar de ella.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensa hacer: encontrar a cada cabecilla y preguntarle si sabe algo sobre quién asesinó a su agente?

—¡Oh! No pienso ir yo solo —replicó Neuman, con una expresión helada—: Se vendrá usted conmigo.

Sanogo se retorció nervioso sobre su silla de plástico.

—No cuente con ello —dijo, como si fuera algo evidente—: Bastante trabajo tengo ya con los casos abiertos.

Su mirada se perdió sobre los expedientes amontonados.

—Joey tenía una Beretta M92 seminueva —dijo Neuman—. Los números de serie estaban rayados, pero seguro que provienen de un lote de la policía: ¿prefiere una investigación en profundidad sobre sus stocks?

El número de armas declaradas como perdidas superaba todos los límites tolerables, Neuman lo había comprobado. Armas por así decir volátiles.

Sanogo se quedó callado un momento, sabía cuáles de sus agentes alimentaban el tráfico, él mismo recibía regularmente sus «honorarios». Neuman lo miró fijamente, con desprecio:

—Reúna a sus hombres.

\* \* \*

La proclamación de las zonas blancas había generado desplazamientos masivos de población, dispersado las comunidades y destruido el tejido social. Cape Flats, donde se había aparcado a los negros y a los mestizos, era una zona dividida en territorios controlados por bandas de delincuentes dedicadas a actividades diversas. Allí tenían una tradición que databa de antiguo, e incluso se habían transformado en sindicatos —considerando que el fenómeno de las mafias provenía del apartheid, mil quinientos *tsotsis* se habían manifestado ante el Parlamento para exigir la misma amnistía que

los policías. Algunas bandas estaban a sueldo de los dueños de licorerías ilegales, los *shebeens*, o de los barones de la droga, para proteger su territorio. Otras formaban organizaciones piratas, que asaltaban a otras bandas para abastecerse de droga, alcohol y dinero. Estaban las bandas de carteristas que actuaban en los autobuses, los taxis colectivos o los trenes, las mafias especializadas en extorsión y, por último, las bandas de las cárceles, que controlaban la vida en prisión (contrabando, violaciones, ejecuciones y evasiones), y de las que todo recluso tenía que pasar a formar parte, lo quisiera o no.

Hacía años que el clan de los americanos controlaba Khayelitsha. Su jefe, Mzala, era temido y respetado. Mzala había robado de niño, matado de adolescente y purgado tres años de cárcel antes de hacerse un hueco entre los *tsotsis* del township. Eran su única familia, de él como de todos los demás; una familia que, a la primera señal de debilidad, no dudaría en pegarle tres tiros. Los americanos dirigían el tráfico de droga, la prostitución y el juego. Eran dueños también del Marabi<sup>[38]</sup>, el *shebeen* más lucrativo del township, donde Mzala y sus adláteres habían establecido su cuartel general.

Dado que tres cuartos de la población estaban excluidos del mercado laboral, allí se concentraba la economía sumergida: escenarios por excelencia de la cultura popular, los *shebeens* los habían creado las mujeres del campo, que habían aprovechado sus conocimientos tradicionales para elaborar cerveza artesanal. Los *shebeens* eran tolerados pese a la fauna que gravitaba a su alrededor y a las bandas armadas que encontraban en ellos el medio de dar salida a sus stocks de droga y alcohol.

El Marabi era un garito sucio y abarrotado de negros pobres que se emborrachaban con la eficacia de los que no tienen dónde caerse muertos; brandy, ginebra, cerveza, *skokiaan*, hops, *hoenene*, *barberton* o mezclas más fuertes todavía, allí se vendía de todo sin autorización ni escrúpulos. La *shebeen queen* que regentaba el establecimiento se llamaba Dina y era una suerte de bruja gelatinosa con voz de cataclismo que hacía reinar el orden. Neuman la encontró al otro lado de la barra, con un vestido rosa de escote generoso, acosando a un viejo borracho para que bebiera más deprisa.

—¿Dónde está Mzala? —preguntó.

Dina vio la placa de policía y el rostro poco amable que había detrás. Los borrachos que deliraban tumbados en camastros callaron. Los agentes del township habían neutralizado a los dos vagos que supuestamente debían vigilar la entrada del bar. Detrás venía Sanogo, refugiándose en la sombra de Neuman.

—¿¡Y éste quién es!? —le espetó Dina al jefe de policía—. No...

La mujer hizo una breve contorsión por encima de la barra. Neuman le agarró la muñeca con fuerza:

—A callar.

—¡Suélteme!

—Escúcheme o le rompo el brazo.

Inmovilizada como en una trampa para lobos, la *shebeen queen* se vio aprisionada contra la barra húmeda.

—Quiero hablar con Mzala —dijo Neuman con voz átona—. Por ahora será una charla amigable.

—¡No está aquí! —gimió la mujer.

Neuman arrimó la boca a su oreja llena de adornos:

—No me tomes por un negrata... Venga, date prisa.

El dolor le llegaba hasta el hombro. Dina asintió con un gesto que hizo temblar todas sus carnes. Neuman la soltó como un muelle. La mujer profirió un taco, frotándose la muñeca —ese bestia no le había roto el brazo de milagro—, se alisó el vestido, que acababa de secar la barra como una bayeta y le dio una patada a uno de los tipos desplomados en el suelo. El zulú la miraba fijamente, con una expresión amenazadora. La mujer se escabulló al otro lado de la pared metálica.

Los clientes empezaron a murmurar. Sanogo indicó a sus hombres que los mantuvieran a raya.

Mzala dormía la mona en una de las habitaciones del fondo, en compañía de una chica que se había puesto de *dagga* hasta las cejas antes de chupársela sin pasión y ahora roncaba sobre su camastro. La irrupción de Dina lo sacó de su torpor. El jefe de la banda echó a la *shebeen queen*, rechazó a la sanguijuela y se puso la ropa que había tirada en el suelo. Los dos *tsotsis* que montaban guardia en la puerta del salón privado lo escoltaron al otro lado de la pared metálica que delimitaba su territorio.

Sanogo estaba allí, con su ejército. Había un tipo con él, un negro alto y musculoso que lo observaba desde los grifos de cerveza; llevaba la cabeza rapada, y su mirada era dura como una piedra. Su traje debía de valer unos cinco mil rands. Nada que ver con los otros polis...

—¿Qué coño está haciendo aquí, Sanogo? —le espetó Mzala.

—Este caballero dirige la policía criminal de Ciudad del Cabo —contestó el superintendente, volviéndose hacia el interesado—: Querría hacerle unas cuantas preguntas.

Neuman veía a Mzala por primera vez: un negro anguloso de ojos desleídos, vestido con una camiseta de una marca barata de whisky; tenía largas uñas afiladas, gruesas como si fueran de cuerno...

—¿Ah, sí, no me diga?

Dos negros enmarcaban al jefe de la banda. De una patada en la entrepierna, Neuman convirtió al primero en estatua. El tipo se quedó un segundo desconcertado, antes de torcer la cara con una mueca. Su acólito tuvo la desgracia de moverse:

Neuman apuntó a la pierna que sostenía el peso del cuerpo y, de un talonazo, le desencajó la rodilla. El negro dejó escapar un grito de dolor, retrocediendo hacia la pared metálica.

—Hoy no estoy muy pacífico —rugió Neuman, acercándose al cabecilla—. A partir de este momento, las preguntas las hago yo, y tú contestas sin hacerte de rogar, ¿entendido?

Mzala olía a sudor rancio y a puñalada trapera. Dina se arrimó a él como un pez piloto al tiburón.

—Aquí no encontrará nada —contestó, sin una mirada a sus hombres, vencidos a patadas—. Mejor haría en marcharse por donde ha venido.

—Y tú en cambiar de registro: hoy vengo a hacer preguntas, mañana puedo volver con los Casspir.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Mzala, algo más conciliador.

—Una nueva banda que vende droga en la costa —dijo Neuman—. Han matado a uno de mis hombres.

—No tengo ningún motivo para meterme con la pasma. Tenemos nuestros pequeños acuerdos, como en todas partes: pregúntele al jefe —dijo, tomando a Sanogo por testigo—. Nosotros los americanos nos contentamos con vender *dagga*. Somos legales —se defendió—: ¡Joder, si hasta pago por mi licencia!

No era algo frecuente.

—¿Y quién te hace la competencia?

—La mafia nigeriana —dijo Mzala—. Unos hijos de puta, hermano, unos verdaderos hijos de puta...

Su mueca despectiva se perdió en el escote de la *shebeen queen*.

—¿Y dónde puedo encontrar a esos hijos de puta?

—A dos de ellos, en la fosa común —contestó Mzala—; otro, enterrado en cal viva; los demás se habrán largado. En cualquier caso, hace tiempo que no se les ha visto el pelo por aquí. ¡Y me extrañaría que volvieran esos maricones!

Se oyeron algunas risas. Neuman se volvió hacia Sanogo, que inclinó la cabeza para asentir: ajustes de cuentas entre bandas. Les dejaba hacer sin meter demasiado las narices en sus asuntos. El zulú le tendió las fotos digitales de los asesinos de la playa:

—¿Habéis visto alguna vez a estos hombres?

Poco expresivo de por sí, el rostro de Mzala se congeló.

—No... Y mejor para mí, porque no tienen muy buen aspecto.

Su ironía no encontró eco.

—Qué curioso —dijo Neuman—, porque hace cosa de diez días vi a uno de ellos cerca del solar del gimnasio: es decir, en mitad de vuestro territorio.

Mzala se encogió de hombros.

—No tengo ojos en todas partes.

—Trafican con una nueva droga a base de tik.

—No sé nada de eso. Pero si es verdad, no debería tardar en enterarme.

—La mafia nigeriana controla el tik —prosiguió Neuman.

—Puede, pero no en nuestro territorio. Ya le he dicho que hace meses que no vemos a esos hijos de...

—Putas, sí, ya lo sé. ¿Y esos tatuajes?

—Un escorpión, ¿no?

—Oye, pues sí que sabes tú de animales, ¿no?

—Los reportajes de la tele, que te alimentan el cerebro —se burló Mzala.

—Una bala en la cabeza también alimenta que no veas. ¿Y bien?

El *tsotsi* tenía la mitad de los dientes podridos, tributo pagado a la malnutrición infantil, y los brazos, cubiertos de cicatrices.

—No puedo decirle nada —masculló—: No he visto nunca a esos tíos. Pero si los veo rondar por aquí, cuente conmigo para darles su merecido.

—Se estaban metiendo con este chaval —insistió Neuman, enseñándole la foto escolar—: Simón Mceli.

Mzala esbozó una sonrisa torva.

—Pero si parece un angelito.

—¿Lo conoces?

—No. Me traen sin cuidado los niños.

Mzala sólo había tenido un hermano pequeño, todavía más ladrón que él, que se había matado como un imbécil, haciendo el ganso con su pipa.

—Stan Ramphela, ¿tampoco te dice nada ese nombre? ¿Y su hermano Sonny, que traficaba en la playa de Muizenberg?

El xhosa negó con la cabeza, como si Neuman fuera muy desencaminado.

—Nuestro negocio es la *dagga* y la defensa del territorio —repitió—: Sus hermanos y lo que trapichearan en la costa no es asunto nuestro.

Neuman le sacaba una cabeza al jefe de la banda.

—Qué raro —le dijo bajito el zulú—, los tipos a los que busco se parecen mucho a ti, tienen la misma pinta de hijos de puta.

Un ligero viento de pánico barrió el *shebeen*. Junto a la columna, Sanogo miraba a unos y a otros; los policías, muy alertas, apretaban la culata de sus armas. No estaban en su territorio...

—Nosotros no sabemos nada —aseguró Mzala—. El nuestro es un negocio tranquilo. Sólo hierba, nada de polvo. Es demasiado caro para nuestra clientela y sólo trae problemas... —Escupió en el suelo—. Es la verdad, hermano: un negocio tranquilo...

Sus pupilas amarillas, sin embargo, afirmaban lo contrario. Neuman vaciló. O ese

tipo decía la verdad, o tendrían que llevárselo a la comisaría para someterlo a un interrogatorio más serio, eso a sabiendas de que el resto de la banda seguramente ya había rodeado el *shebeen* y esperaba, fusil en mano, a ver cómo evolucionaban las cosas... Parecían haberse cerrado las filas alrededor de ellos. Siendo sólo nueve hombres, y mal armados, no tenían muchas probabilidades de salir de allí sin problemas.

—Deberíamos marcharnos —le susurró Sanogo por detrás. El jaleo de los clientes amontonados en el local se iba haciendo cada vez más fuerte; algunos empezaban ya a mirar por las ventanas abiertas. Bastaba un empujón, y la intervención degeneraría en un motín...

—Espero por ti que me hayas dicho la verdad —soltó Neuman a modo de despedida.

—Yo también —replicó Mzala.

Pero eso no quería decir nada.

\* \* \*

Un torbellino de polvo atravesó el solar. Neuman se abrió paso por la basura. Los obreros se habían vuelto a sus casas, sólo quedaban los niños, atraídos por los vehículos policiales y el ruido del viento en los andamios del gimnasio. Latas de bebida vacías, envoltorios grasientos y trozos de chatarra cubrían el suelo. Neuman reconoció el tubo de hormigón por el que Simón se había escapado unos días antes. Una evacuación de agua, según los planos que había conseguido...

Sanogo y sus hombres se mantenían a distancia, a la sombra. Neuman se agachó y asomó la cabeza por la apertura del tubo: el conducto era apenas lo bastante ancho para que le cupieran los hombros. El haz de su linterna bailó un momento sobre las paredes de hormigón antes de perderse en la oscuridad... No sin esfuerzo, Neuman consiguió introducirse en el conducto.

Olía a orines, apenas podía levantar los codos; al final se puso a reptar, con la linterna entre los dientes. El tubo parecía hundirse en la oscuridad. Levantó la cabeza, y ésta chocó contra el hormigón. Iba haciendo más fresco a medida que avanzaba. Neuman reptó unos diez metros más antes de detenerse. Ya no olía a orines, sino a algo desagradable y fuerte: a descomposición.

Simón estaba allí, bajo el haz de su linterna: envuelto en una manta sucia hecha jirones. Tardó un tiempo en reconocerlo: su rostro estaba necrosado y lívido, su vientre, bajo la manta, devorado en parte por las ratas y otros animales... Neuman dirigió la luz de su linterna hacia los objetos que había allí tirados y reconoció el bolso de Josephina. Había también una botella de agua junto al cadáver, velas consumidas, un paquete de galletas vacío y una fotografía, que ni la humedad ni las

ratas habían tocado y que el niño sujetaba aún entre los dedos. La fotografía de su madre.

## 6

Mzala tenía el apodo de el Gato, pues según decían, le gustaba jugar con sus víctimas antes de matarlas. Mzala sabía que su situación de jefe de banda era efímera, y el miedo, su mejor aliado. Ahora que Gulethu y el resto de su banda habían desaparecido, más le valía cuidar muy mucho de su capital. Por muy gato que fuera, los otros lo iban a linchar.

Por suerte, por fin habían dado con la *umqolan*, la vieja bruja que velaba por el chalado de Gulethu. Una cabaña en el asentamiento, o más bien un montón de tablas con pieles de animales, muertos desde hacía mil años, clavadas en la puerta. Mzala fue en persona a buscarle las cosquillas a la vieja loca y, como era su costumbre, la atormentó largamente. Los demás, aunque poco dados a la compasión, tuvieron que apartar la mirada. Entre dos sollozos, la *umqolan* le dijo lo que sabía: Gulethu había pasado dos días antes por su cuchitril asqueroso y se había llevado el dinero que ella le escondía, antes de marcharse, a toda prisa, con el Toyota y el puñado de hombres que lo acompañaban... A las siete de la tarde, el día de la matanza en la playa de Muizenberg... Los americanos vigilaban los accesos al asentamiento desde mucho antes del atardecer: a menos que hubieran huido a pie, Gulethu y su banda seguían por ahí —no se había encontrado el Toyota, ni siquiera calcinado—. Mzala martirizó a la *umqolan* para saber dónde se escondían los fugitivos, pero ésta cerró los ojos para no volver a abrirlos. Al menos no en ese estado. Mzala todavía sentía escalofríos, vieja bruja...

Los americanos se pasearon por el asentamiento con los bolsillos llenos de rands, y las lenguas se desataron. El Toyota estaba escondido bajo una lona en el patio trasero de un *backyard shack*: pintura, embellecedores..., habían empezado a maquillar el 4x4 para la huida. Gulethu y sus esbirros se escondían en un agujero cercano, excavado en el suelo, con una tela de saco por encima para taparse...

—¿Qué esperabas, Saddam Hussein? —se burló Mzala, dirigiéndose al rostro lívido que colgaba de la viga del hangar—. ¿Una señal de los espíritus para tentar a la suerte, con tu coche pintado y tus tres chalados? Venga ya...

Qué desgraciado.

A Gulethu le ardían los intestinos. El Gato le tenía reservado un reencuentro de lo más emotivo, pero Terreblanche lo quería intacto... El jefe acababa de llegar, con su camisa caqui remangada enseñando los bíceps, acompañado de dos esbirros de cabeza rapada, blancos de pura cepa, a los que el Gato odiaba cordialmente...

—¿Es él? —le preguntó Terreblanche.

—Sí.

Los pies de Gulethu no tocaban el suelo. Llevaba varias horas colgado de la viga y se retorció entre muecas de dolor. Era un zulú de rasgos toscos, más cerca del

primate que del hombre: barbilla prominente, frente baja, arco ciliar de retrasado congénito, y esos ojos marrones tan feos, trémulos de fiebre... Terreblanche hizo restallar su fusta contra la palma de la mano.

—Y ahora me lo vas a contar todo —le dijo—: Desde el principio... ¿Me oyes, cara mono?!

Gulethu seguía retorciéndose, colgado de la cadena. Mzala le había metido guindilla por el recto, y la especia le iba quemando lentamente los intestinos... Terreblanche no necesitó utilizar la fusta: Gulethu contó lo que sabía. Su voz aguda y chillona no cuadraba con su relato, delirante. Estoico, Terreblanche escuchó las idioteces del zulú —ésa era la clase de espécimen que su hijo menor quería salvar, un cafre de pies de chimpancé, perverso y psicópata—. Se sacó dos bolsitas del bolsillo, las que llevaba encima Gulethu cuando lo encontraron. —¿Y esto qué es?

En el interior del plástico había un polvo verdoso y compacto.

—Plantas —contestó Gulethu, con un gesto de dolor—. Plantas mezcladas... Me las dio la *umqolan*...

—¿Y qué pensabas hacer con ellas?

—Un ritual... El *intelezi*... Para curarme.

Un ritual zulú previo al combate... Terreblanche reflexionó bajo la chapa recalentada del hangar. Mzala acababa de decirle que un poli de la ciudad había ido esa misma mañana al Marabi, el jefe de la policía criminal, Neuman en persona. Ali Neuman... Terreblanche había conocido a su padre, Luyinda, un agitador político, al que habían matado a golpes: su mujer y su hijo pequeño habían cambiado de enclave y de nombre —Neuman, «hombre nuevo», una contracción del afrikáans y el inglés. Él también buscaba a la banda...

—¿Papá se está quemando?

—Sí, mi vida.

—¿Y adónde va?

—Papá va a subir al cielo para formar allí una nube muy bonita...

Tom suspiró, visiblemente circunspecto. A Eve también le parecía que el tiempo transcurría muy despacio. Su duelo tenía que pasar por la prueba del fuego, y Claire los tenía abrazados a ella, ante el horno que se había tragado el ataúd de Dan. La tristeza es contagiosa, Claire lo sabía, pero necesitaba la fuerza de sus hijos para borrar sus visiones de pesadilla. Los niños no sabían lo que le había pasado a su padre, sólo que lo habían matado unos hombres malos... La mujer temblaba ante el crematorio. Se preguntaba por qué le habían cortado las manos, le habría gustado oír las explicaciones de los asesinos, las razones que les habían llevado a hacer todo ese mal, si es que existían...

Por el horroroso hilo musical sonaba *What Will You Say*, una canción de Jeff Buckley que ella cantaba con Chris, su guitarrista negro. A Dan le encantaba: una voz como una onda en suspenso que se volvía trágica, Jeff y su sonrisa etérea, que, como su padre Tim, se había ahogado, una noche de borrachera, en el Misisipí... Claire no se sentía agotada pese a los calmantes: sólo violenta. El cáncer, la radioterapia, el pelo que se le había caído a puñados, a todo eso se había enfrentado con una valentía que no sabía que tuviera, pero nadie la había preparado para esto.

Ya de niña, bastaba una sonrisa y le brotaba la aureola de santa: para la gente, Claire era aquélla a la que nunca le pasaría nada malo, era tan bonita... Tonterías. Todo falso. No era necesario bañarse de noche en el Misisipí. El angelito rubio que salía sonriendo en las fotos ya no tenía aureola, ni siquiera tenía pelo. Su marido había muerto: la había palmado.

Su hermana Margot no esperó al final de la cremación para llevarse a los niños a casa: reunir las cenizas y arreglar las últimas formalidades llevaría horas, y Claire necesitaba estar sola con él, por última vez.

Esperó hasta que se hubo marchado toda la familia, luego cogió la urna y condujo hasta su cala, junto a Llandudno. Era su peregrinación de enamorados, una manera de reencontrarse y, hoy, de separarse. Las olas lamían la playa desierta, un horizonte crepuscular en el que dispersaría sus restos. Claire apretó la urna contra su corazón y caminó entre la espuma, todo lo lejos que pudieron llevarla las piernas. Por el camino le iba hablando, palabras de amor, las últimas, antes de arrojar al agua lo que quedaba de él. Las cenizas flotaron un momento en la superficie, antes de que los torbellinos las arrastraran. También la urna se hundió, un *Titanic* agitado entre los remolinos...

—¿Tienes hambre? —preguntó Margot—. He preparado pollo con ciruelas pasas.

Su plato preferido cuando eran niñas. Claire acababa de volver a casa.

—No, gracias.

Sus miradas se cruzaron. Compasión, desamparo. Hablarían más tarde, cuando los niños se hubieran ido a la cama.

—¿Qué le ha pasado a tu vestido? —dijo la hermana, para hablar de algo—. ¿Te has fijado?

El sol, al secarse la tela, había dejado círculos claros en su vestido negro. Claire no contestó. Los niños, sentados a la mesa de la cocina, apartaban los trozos de ciruela. Margot apretó el hombro de su hermana pequeña, aunque no sirviera de nada.

—Mamá —se quejó Eve—. Ya no me gustan las ciruelas pasas...

Claire reparó en la caja sobre el mostrador de la cocina.

—¡Ah, sí! —dijo Margot—. Un amigo tuyo pasó antes a dejarte este paquete: uno alto y moreno, con pinta de estar medio dormido... —Se volvió hacia los niños—. Que sí, hombre, ¡pero si están muy buenas!

Se trataba de una caja de hojalata que costaba diez veces su precio en las tiendas de Long Street. Dentro, Claire encontró fotos de ella y los niños, ella y Dan, ella sola, entre los pájaros del parque Kruger... Había también un folleto de viaje a Europa, sus cuadernos de investigación, que Dan conservaba porque tenía fobia a los virus informáticos, dos o tres regalos elaborados por los niños en el colegio, y las palabras de otro, en una hoja blanca doblada por la mitad:

*Dan no guardaba casi nada en los cajones de su mesa, lo tenía todo en su cabeza. Pensé que te gustaría conservar sus cosas. No sé qué decir, Claire: ¿amistad?, ¿ternura? Llama en cuanto puedas. Un beso también de parte de Ali.*

*Brian*

Palabras como él, bellas y torpes.

\* \* \*

Tara apareció en el despacho de Epkeen, y el mundo, durante un instante, se tornó azul Klein. La amazona había cambiado su atuendo de montar por un vaquero ceñido y una camiseta igual de sexy. Se paseó por la habitación desordenada como si estuvieran visitando juntos su primer apartamento, y se inclinó sobre la cristalera que daba al mercadillo de Greenmarket Square antes de volverse hacia Epkeen, que seguía su deambular, enfrascado en sus pensamientos.

—¡No está mal la vista!

—Usted lo ha dicho.

Tara era tan guapa de espaldas como de frente.

—Gracias por venir —le dijo él, a modo de preámbulo.

—Hay que estar siempre dispuesto a ayudar a la policía —contestó, sin creerse ella misma lo que decía—. ¿Dónde me siento?

—Donde quiera.

Tara apartó las carpetas que estorbaban el paso y apoyó su generoso trasero en el borde de la mesa. Desde esa altura lo dominaba, se balanceaba por encima de él con aire alegre, visiblemente consciente de su propio encanto, hasta el punto de que Brian sintió que se mareaba... Abrió los iconos de la pantalla de su ordenador.

—¿Nos va a llevar mucho tiempo?

—Eso depende de lo que recuerde.

—Apenas sé a qué día estamos hoy —bromeó Tara.

Era el 8. El día de la cremación de Dan.

—Pero haré un esfuerzo —añadió—, prometido.

—Bien, he preparado una selección de vehículos que coinciden con la descripción que usted me dio. Dígame sí, no o quizá.

—¡Trato hecho!

Brian se preguntó de dónde saldría esa agitadora anatómica, redujo la tensión de la corriente eléctrica que lo atraía a ella y no tardó en volver a poner los pies en el suelo: la pantalla de su ordenador se llenó de 4x4. Tara sacudió su larga cabellera morena, en un signo de negación. Su atención era total, sus ojos azul cobalto lanzaban chispas luminiscentes al cristal líquido de la pantalla, los vehículos todoterreno desfilaban por decenas, con o sin barro, 4x4, 6x6, defensas frontales de todos los tamaños, modelos de todas las marcas, no, no, no, no, no, no, no, no...

—¿Se ha fijado —dijo, al cabo de un rato—, que en las fotos al volante sólo salen hombres...?

—Las mujeres pasan de los 4x4, ¿no?

—Apasionadamente.

—Es usted de lo más... —Se volvió a la pantalla—. ¿No encuentra nada que se le parezca?

Tara hizo una mueca ante el modelo propuesto:

—No —dijo—. El mío era un todoterreno grande, alto...

—¿Feo?

—Feísimo.

Hizo una mueca de asco.

Epkeen se fue directamente a la marca Pinzgauer.

No tuvo que esperar mucho.

—¡Ése! —exclamó Tara—. ¡El Steyr Puch 712K!

La amazona tenía de pronto cinco años y medio, y a él el cerebro se le iba separando en cubitos azules.

—¿Está segura de que es este modelo?

—Si no es ése, es primo hermano suyo.

—Lo vio usted a cien metros —comentó Epkeen.

—Tengo buena vista, teniente.

La mujer lo impresionaba, le daba miedo...

—Un Pinzgauer Steyr Puch de color oscuro —escribió en voz alta en su libreta—.

¿Alguna otra precisión?

—¿Qué quiere saber? —preguntó ella, irónica—. ¿El color de los neumáticos?

—Me refería al conductor, o a si vio a alguien en los alrededores de la casa...

—Lo siento. No vi a nadie. Paso por ahí temprano por las mañanas —explicó—, tal vez dormían...

Epkeen hizo una mueca. Aislada en un extremo de la playa, la casa era un escondite seguro, con un acceso por la pista a la carretera que llevaba a los townships. No debía de haber cien mil modelos de ese Pinzgauer en la provincia...

—Bien... Le agradezco mucho su información.

—¡De nada!

De un salto, Tara volvió a tierra firme. Parecían gustarle los saltos.

—Bueno —sonrió—, tengo que irme...

—¿Adónde?

—¡No es asunto suyo, teniente!

Cogió su bolso de lona, que había dejado sobre la mesa, se cruzó con la mirada líquida de Epkeen y reflexionó unos segundos.

—Tengo un par de cosillas que hacer antes de esta noche —dijo entonces, como si ocultara algo—. Me imagino que estará libre, ¿no?

—A mi lado el aire se enrarece —la advirtió él.

La adrenalina le latía en las venas. Tara sonrió y luego consultó su reloj.

—Mmm —calibró—, no necesito mucho más... A las siete en el bar de la esquina con Greenmarket, ¿le parece bien?

\* \* \*

Los cadáveres encontrados en la casa de Muizenberg acababan de ser identificados. Pamela Parker, veintiocho años, toxicómana, vieja conocida de la policía por estar en la órbita de distintas bandas del township. Detenida varias veces por captar clientes en autobuses y estaciones. No tenía domicilio fijo, pero sí una condena por agresión, y se encontraba en libertad condicional. No se tenían noticias de ella desde hacía casi

un año. Tenía una hermana, Sonia, de la que tampoco se sabía nada ni se la había visto. Francis Mulumba, veintiséis años, antiguo policía ruandés buscado por el Tribunal Penal Internacional por violaciones y asesinatos. Mujahid Dokuku, exmiembro del Movimiento por la Emancipación del Delta del Níger (MEND), un grupo rebelde nigeriano especializado en *bunkering*, el desvío de petróleo explotado por las multinacionales. Se había fugado dos años antes de la cárcel donde cumplía una pena de doce años por sus actividades en la guerrilla. Se sospechaba que había entrado clandestinamente en Sudáfrica, como miles de refugiados más, para engrosar las filas del crimen organizado...

La policía científica no había encontrado más que excrementos en las paredes del sótano, sangre de las víctimas y dos cuchillos de cocina que se habían utilizado en la matanza, con sus huellas en los mangos. Ni armas de fuego, ni droga: y eso que estaban colocados hasta las cejas con ese mismo cóctel a base de tik, a dosis que se aproximaban al estado de locura furiosa, según el protocolo del forense... ¿Se habrían refugiado en la casa para escapar a los controles de la policía en las carreteras? ¿Se habrían matado entre sí por el efecto de la droga, o les habrían ayudado como habían hecho con Stan Ramphele? ¿Era la casa el escondite en el que vivían y desde donde vendían la droga? Neuman se había topado con Joey, el más joven de la banda, hacía unos días en el solar de Khayelitsha: ¿por qué estaría maltratando a Simón? ¿Y dónde estaba su acólito, el cojo?

Neuman había recorrido el barrio que se extendía alrededor del gimnasio en construcción, sin enterarse de gran cosa: chavales de la calle como Simón Mceli los había a miles en el township. Lo habían mandado de aquí para allá, de descampado en campo de fútbol. Algunos le habían aconsejado que se fuera a tomar por culo en los barrios blancos. Superpoblación, miseria, sida, violencia: la suerte que corrían los chavales de la calle que venían de lugares cada vez más hacinados no interesaba a nadie.

El informe de la autopsia de Simón Mceli llegó esa misma tarde. Los distintos animales que habitaban en los conductos del solar habían dañado seriamente el cuerpo del niño, pero las lesiones en la zona próxima al tercer metacarpo correspondían a picaduras de insecto que se remontaban a una semana, lo que indicaba la fecha aproximada de la muerte. No había ningún impacto de bala, ni ninguna herida visible en las partes del cuerpo que no habían tocado los animales. Los pocos objetos que se habían encontrado junto al cuerpo —velas, cerillas, agua, alimentos, una manta— permitían pensar que Simón se había llevado consigo un kit básico de supervivencia. No había más señales de pinchazos, sólo las picaduras de los insectos. El niño sufría graves carencias de calcio, hierro, vitaminas y proteínas, y se habían encontrado rastros de productos tóxicos en su cuerpo: marihuana, metanfetamina y esa molécula que el laboratorio no lograba identificar.

Simón también estaba intoxicado. Más que eso, era adicto perdido. Eso podía explicar su estado famélico, la agresión contra Josephina, pero no las causas de su muerte. Simón había muerto por envenenamiento en la sangre, pero no lo había matado una sobredosis: había muerto de sida. Un virus fulminante.

\* \* \*

Además de por la violencia, Sudáfrica estaba asolada por el VIH. El veinte por ciento de la población era portadora del virus, una de cada tres mujeres en los townships, y las perspectivas eran aterradoras: dos millones de niños perderían a sus madres en los próximos años, y la esperanza de vida, que ya había disminuido cinco años, iba a disminuir otros quince, hasta rondar los cuarenta años en 2020. Cuarenta años...

El gobierno le estaba echando un pulso jurídico a la industria farmacéutica, que no aceptaba distribuir medicamentos genéricos a las personas infectadas; por fin se había aprobado el acceso a los antivirales, con la ayuda de la comunidad internacional y de una campaña de prensa virulenta, pero el tema seguía candente. Para el gobierno sudafricano, una nación era como una familia unida, estable y nutritiva, que se desarrollaba plenamente en un cuerpo sano; una familia disciplinada: el presidente invalidaba las estadísticas de contagio, el índice de mortalidad y la violencia sexual que, según él, pertenecían a la esfera privada. Acusaba a la oposición política, a los activistas del sida, a las multinacionales y a los blancos, siempre dispuestos a estigmatizar las prácticas sexuales de los negros, reclusos al banquillo de los acusados: el «peligro negro», resurgimiento del apartheid. Por todo ello, el sida se consideraba una enfermedad banal vinculada a la pobreza, la malnutrición y la higiene, excluyendo explícitamente el sexo. Una enfermedad de consecuencias intolerables, sobre todo en materia de costumbres masculinas. Según ese punto de vista, y para contener la plaga, la política sanitaria del gobierno en un principio había preconizado el ajo y el zumo de limón después de las relaciones sexuales, así como ducharse o utilizar cremas lubricantes. El rechazo a los preservativos, considerados no viriles y un instrumento de los blancos, pese a las distribuciones gratuitas, completaba un panorama bastante desesperado de por sí.

Jacques Raymond, el médico belga de la organización Médicos sin Fronteras, que trabajaba en el dispensario de Khayelitsha, sabía de lo que hablaba: vacunas, pruebas, consulta a domicilio, foro de información, Raymond llevaba tres años recorriéndose el township de una punta a otra, y había perdido la cuenta de los muertos. Neuman pidió la ficha de Simón Mceli, y el médico no puso pegas: violencia, enfermedad, drogas..., la vida de los niños de la calle no tenía ningún valor en el mercado, ni siquiera valía un juramento de Hipócrates.

Raymond tenía un bigote pelirrojo impresionante, finas manos que la nicotina

había vuelto amarillentas y un marcado acento francés. Abrió el archivador metálico de su despacho y sacó la ficha correspondiente.

—Sí —dijo, tras echarle una hojeada—, sí que atendí a este niño, hace veinte meses... Aprovechamos para hacerle un chequeo, pero Simón no era portador del virus: la prueba dio negativo.

—Según la autopsia —prosiguió Neuman—, el virus del que se contagió mutó a una velocidad poco frecuente.

—Puede ocurrir, sobre todo en personas de constitución débil.

—Simón estaba bien cuando lo examinó, ¿no?

—Veinte meses es mucho tiempo cuando se vive en la calle —contestó el belga—. Jeringuillas infectadas, prostitución, violaciones: los niños de la calle empiezan a drogarse cada vez más jóvenes, y con los miles y miles de tipos que piensan que van a curarse del sida desflorando a vírgenes, a menudo suelen ser las primeras víctimas.

Neuman conocía las estadísticas de asesinatos de niños, una cifra que ascendía a velocidad vertiginosa.

—Esas creencias las fomentan las *sangomas* del township —insinuó.

—Bah —dijo el médico, no muy convencido—: No todos son tan atrasados... También está la medicina tradicional... El problema es que cualquiera puede declararse curandero: después, es solo cuestión de persuasión, de credulidad y de ignorancia. Aquí, a los enfermos de sida se los considera unos parias; la mayoría está dispuesta a creer lo que sea para curarse. Los microbicidas no han estado a la altura de lo que prometían —añadió con amargura—: Nuestras campañas para la utilización del preservativo son como predicar en el desierto...

Pero Neuman pensaba en otra cosa:

—¿Cuánto dura el período de incubación, quince días?

—¿Del sida? Sí, más o menos. ¿Por qué?

Simón había contraído el virus en los últimos meses: era adicto a la droga que circulaba por la costa. Nicole Wiese, Stan Ramphele, los *tsotsis* del sótano de la casa, todos habían sucumbido al cóctel al poco de consumirlo. Todos salvo De Villiers, el surfista abatido por la policía. A Neuman le surgió entonces una duda. Dio las gracias al médico belga sin contestar a su pregunta, atravesó la cola de enfermos que esperaba en el pasillo y salió del dispensario.

Myriam estaba fuera, en los escalones de entrada, fumando, con las manos cruzadas sobre las rodillas; fingía que no lo estaba esperando.

—¡Hola! —le dijo. Los ojos le hacían chiribitas.

—Hola...

El zulú pasó por delante de ella sin apenas verla y llamó por teléfono a Tembo.

\* \* \*

—Epkeen se había dejado el móvil encendido en el pantalón, abandonado como todo lo demás sobre el suelo del cuarto. Vibró tres veces antes de que sonara el timbre de llamada. El despertador roto al pie de la cama indicaba las siete y media de la mañana: Brian tanteó en la penumbra, encontró la causa de su incomodidad, vio el nombre que aparecía en la pantalla y contestó a la llamada en un susurro para no molestar al unicornio que dormía a su lado.

—¿Le he despertado? —preguntó Janet Helms.

—Haga como si la escuchara...

—He seguido investigando la casa de la playa —anunció la agente de información—. El propietario sigue ilocalizable, pero he conseguido algunos datos. Para empezar, el terreno: una hectárea y media bordeando Pelikan Park, fue comprado hace algo más de un año. No se han planteado obras de reforma para renovar la casa, pero hay negociaciones entabladas para la extensión de la reserva vecina: el terreno podría, pues, pasar a encontrarse en zona protegida, lo que triplicaría su valor. Delito de explotación de información privilegiada o simple especulación, resulta difícil de determinar. Sea como fuere, la operación inmobiliaria se realizó con transparencia cero: me ha sido imposible obtener el nombre del propietario o de la sociedad que compró la casa pero, investigando, he encontrado un número de cuenta de un banco de las Bahamas. Estrictamente confidencial, como usted bien sabe. Puede hablar con el fiscal general, pero dudo mucho que consiga algo...

Epkeen encajó como pudo el aluvión de información que le soltaba Janet Helms tan de mañana y puso un poco de orden en sus ideas. Efectivamente, pedir que se entablara un procedimiento con tan pocos argumentos no llevaría a ningún lado, sólo a meses de papeleo tan complicado como inútil, puesto que un simple clic de ordenador bastaba para transferir la cuenta a otro paraíso fiscal.

—El mundo de la banca da asco —comentó.

—Si le sirve de consuelo, el de la información también.

—Pfff.

El animal alado se movió bajo las sábanas.

—He elaborado una lista con los 4x4 Pinzgauer Steyr Puch que hay en la provincia —prosiguió Janet—. Un parque privado de una treintena de vehículos, de los que tan sólo una cuarta parte son de color oscuro, es decir, un total de ocho vehículos. También he elaborado una lista de personas que han alquilado un modelo así estas últimas semanas. Si quiere echarle un vistazo...

—De acuerdo —suspiró Epkeen.

Arrojó el móvil sobre el montón de libros que constituía su mesita de noche y volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

—Caray —dijo la voz a su lado—, vaya charlas te traes por las mañanas...

Tara debía de sentir calor bajo las sábanas, pero, con el brazo enrollado como un serpentín alrededor del edredón, el hermoso animalito no parecía tener ninguna intención de salir de la cama.

Brian se había encontrado con ella en el bar de Greenmarket en el que lo había citado. La amazona lo había embrujado con su franqueza, su buen humor y su porte decidido, parecía dispuesta a comerse el mundo. Tara tenía treinta y seis años y un caballo al que montaba siempre que podía; trabajaba de *free lance* para un gran estudio de arquitectos. No le contó nada de su vida privada, sus aficiones ni sus amores, sólo que le gustaba Radiohead y los tíos con los ojos verde agua como los suyos.

El final del sueño había tenido lugar en su casa, en el dormitorio del piso de arriba, donde habían hecho el amor con una confianza que les había durado hasta la mañana siguiente, era como si se conocieran de toda la vida.

—Epkeen —dijo, emergiendo de entre las sábanas—: No es un nombre afrikáner.

—Mi padre era procurador durante el apartheid —explicó él—: Cuando cumplí los dieciocho, me puse el apellido de mi madre.

Tara venía de una familia británica liberal que había luchado contra los bóers en la guerra del mismo nombre. Lo agarró de la punta de la nariz:

—Mira tú qué listo...

De listo nada, Epkeen estaba como tonto por ella.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Mmmm...

Su sonrisa de ángulos agudos lo empujó fuera de la cama. Se levantó, preguntándose cómo hacían las mujeres para estar tan guapas al despertarse por las mañanas. Tara le miró el culo mientras se paseaba por la habitación, en busca de la ropa que había dejado tirada por el suelo.

—Oye —le dijo—, pues para ser un caballo en las últimas tampoco estás tan mal...

—En realidad, éste no es mi verdadero cuerpo.

—¿Ah, no?, pues a mí esta noche me había parecido que...

Brian se fue a la cocina, presa del vértigo tras el cual corría desde la adolescencia. No sabía si la noche anterior había estado a la altura, si lo estaría algún día, si todavía soñaba. Preparó un desayuno copioso y variado que subió humeante a la habitación. Tara estaba en el cuarto de baño. Dejó la pesada bandeja sobre la cama, inundó de té los huevos revueltos y se puso una camiseta. Su perfume flotaba en el dormitorio, una brisita entre las cortinas... Tara no tardó en salir, vestida y tan guapa como el día anterior.

Apenas le echó un vistazo al desayuno.

—Llego tarde —dijo—: Me tengo que marchar pitando.

Su sonrisa isósceles parecía forzada de repente.

—¿Ahora mismo? —preguntó él, meloso.

Tara consultó su reloj:

—Sí, ya lo sé, es una despedida un poco precipitada, pero se me había olvidado por completo que me toca a mí llevar a los niños a casa de la canguro esta mañana.

Despedida.

Canguro.

Tren fantasma.

—Pensaba que no tenías hijos.

—Yo no, pero mi pareja sí.

Tara cogió un frasquito de perfume francés, se echó dos nubecitas discretas y lo guardó visto y no visto en su maletita.

—¿Huelo bien?

Le tendió el cuello, grácil y blanco; daban ganas de morderlo.

—Divinamente, yegüita —contestó.

Tara soltó una risita que no ocultó su apuro.

—Bueno, me voy.

—Aún es hoy, pero tú ya quieres que sea mañana —dijo él, ocultando mal su amargura.

—Mmm —asintió ella, como si comprendiera—. En cualquier caso, ayer estuvo genial.

Genial.

Brian quiso decirle que la mitad del placer era suya, pero Tara depositó un beso melancólico en sus labios antes de desaparecer como una ciudad bajo las bombas.

Un portazo y nada más.

Se acabaron los galopes y las carreras entre la espuma del mar. Sólo quedó la brisa blanda contra las cortinas, el café humeante sobre las sábanas y la impresión de estar como la cama: completamente deshecho...

Entonces vibró su móvil desde la pila de libros: Epkeen tuvo ganas de mandarlo al otro extremo del Atlántico, pero era Neuman.

—Vente para acá —le dijo.

\* \* \*

Epkeen atravesó el seto de periodistas y curiosos aglutinados detrás de los precintos bicolores de la policía. Las olas se precipitaban sobre la playa de Llandudno y volvían a marcharse, cubriendo el horizonte de rocío aterrado... El arte de la caída, su vida podía resumirse en eso.

Neuman lo vio llegar desde lejos, desaliñado y de mal humor.

—Siento haberte despertado —le dijo.

Brian seguía pensando en Tara, en las estrategias fatales, en todo ese amor que se iba al garete... Se inclinó sobre la arena.

La joven estaba tendida a dos metros de allí, con los brazos en cruz, como si acabara de caer del cielo. Un vuelo macabro: Epkeen apartó la mirada del rostro de la chica. No había desayunado, y la huida de Tara le había dejado el estómago revuelto.

—Un tipo que hacia *footing* la encontró esta mañana —dijo Neuman—. A eso de las siete.

Una chica desfigurada, tumbada de espaldas. Las manos también estaban destrozadas. Epkeen encendió un cigarrillo, sentía el peso de la tristeza sobre los hombros.

—¿No tienes ninguna chica viva que presentarme? —dijo, para darse algo de aplomo.

Ali no contestó. El viento levantaba la falda de la chica y escupía arena; Tembo se afanaba alrededor del cadáver, visiblemente preocupado. El equipo de la científica peinaba la playa. Una mujer blanca, de no más de treinta años, pelo rubio oxigenado y sucio, un rostro sin boca, sin nariz, sin nada... El cielo se estaba llenando de nubarrones negros. Neuman miraba fijamente el mar revuelto. Una gaviota se acercó a saltitos sobre la arena, a unos pasos de allí, e inclinó el pico hacia el cadáver. Epkeen la ahuyentó con una mirada torva.

—¿Se sabe quién es? —dijo por fin.

—Kate Montgomery... Vive en una de las casas de ahí arriba, con su padre, Tony.

—¿El cantante?

—Sí.

Tony Montgomery había conocido su hora de gloria en mitad de la década de los noventa; había sido un símbolo de la reconciliación nacional: por eso habían acudido en masa los periodistas...

—Aún no hemos podido contactar con él —dijo Neuman—, pero Kate trabajaba de estilista en un videoclip. Acabamos de hablar con el equipo de rodaje, que sigue esperándola... Se ha encontrado su coche a dos kilómetros de aquí, un poco más arriba, en la cornisa, pero su bolso no estaba dentro.

Tembo se dirigió hacia ellos, sujetándose el sombrero de fieltro, que amenazaba con salir volando. Él también parecía triste y malhumorado. Les comunicó sus primeras impresiones con voz mecánica. Todos los golpes se habían concentrado en la cabeza y en el rostro: con un martillo, una barra de hierro, una porra... No se había encontrado el arma del crimen, pero las similitudes con Nicole Wiese parecían evidentes. El mismo salvajismo en la ejecución del crimen, el mismo tipo de arma. La muerte se situaba hacia las diez de la noche del día anterior. La ausencia de rastros de sangre sobre la arena podía indicar que el cuerpo había sido transportado hasta la

playa. Esta vez sí se había producido violación, estaba comprobado.

Epkeen apagó su cigarro en la arena y se guardó la colilla.

—¿Señales de lucha? —quiso saber Neuman.

—No —contestó el forense—, pero hay cortes en la cintura, son marcas antiguas... Los más recientes tienen varios días, los otros, semanas.

—¿Señales rectilíneas?

Ali pensaba en las marcas extrañas encontradas en el cuerpo de la primera víctima. Tembo sacudió la cabeza despacio:

—No. Los cortes son poco profundos, lo más probable es que estén hechos con un cúter... Las uñas en cambio sí que han sido cortadas, visiblemente por un cuchillo... Vengan a verlo.

Se arrodillaron junto al cadáver. La punta de los dedos de la chica había sido toscamente mutilada. Tembo señaló la coronilla.

—También le han cortado un mechón de pelo —dijo.

Neuman rezongó. Mechón de pelo, uñas: cualquier *sangoma* podía conseguir ese tipo de ingredientes de manera más fácil... Vio la blusa rasgada de la chica, donde la sangre se había secado. Los tirantes del sujetador estaban seccionados, y el pecho, lacerado.

—¿Escarificaciones?

—Más bien parecen letras —dijo Tembo. Levantó la blusa con la ayuda de un lápiz—. O números, grabados sobre la piel a punta de navaja... ¿Ven las tres oes?

La sangre se había coagulado sobre el pecho, pero los cortes, más oscuros, quedaban perfectamente visibles.

—O... lo... lo —descifró Neuman.

—¿Eso qué lengua es? —reaccionó Epkeen—: ¿Xhosa?

—No... zulú.

*Os matamos*: el grito de guerra de sus antepasados, retomado por la facción más violenta del Inkatha.

Una tormenta tropical se abatió sobre Kloofnek. Epkeen puso en marcha los limpiaparabrisas del Mercedes. Tara, que acababa de estallarle como una pompa entre los dedos; la chica de la playa, asesinada a golpes; los medios de comunicación, tras la pista del asesino, las estupideces que iban a contar; vaya mañana de mierda estaba teniendo. La situación tendía a repetirse últimamente. ¿Era todo consecuencia de la muerte de Dan? De pronto sintió ganas de tomarse unas vacaciones, bien largas, de marcharse lejos de ese país que meaba sangre, del mundo asediado por las finanzas y las élites reaccionarias, corrompidas por el dinero, y morirse de amor por la primera que pasara, emborrachándose en cualquiera de sus palacios ridículos, como en las novelas de Scott Fitzgerald... En lugar de eso, subió por la carretera llena de curvas de Tafelberg que llevaba al teleférico y encontró un hueco para aparcar en batería.

La lluvia martilleaba sobre el asfalto al pie de Table Mountain, cuya cumbre se adivinaba apenas entre la bruma algodonosa. Apagó la radio cuando sonaban a pleno volumen Girls Against Boys, le dio una moneda al chaval del dorsal chillón que indicaba dónde aparcar y corrió a las tiendas de souvenirs donde los turistas empapados esperaban el teleférico.

Se podía trepar hasta la cima por los senderos escarpados, pero la lluvia y los atracos que se habían multiplicado en los últimos meses habían terminado por disuadir hasta a los más temerarios. Los turistas que se amontonaban allí eran en su mayoría gordos y paletos, e iban vestidos como campesinos en una boda; Epkeen lo veía todo negro, pero un trocito de cielo azul asomaba ya bajo el gris antracita. El teleférico se puso por fin en marcha. La cabina pasó rasando por encima de las faldas de la montaña, un kilómetro de desnivel bajo el traqueteo de los aparatos digitales. Empujadas por el viento, las nubes envolvían las cumbres formando una suerte de humo, y poco después llegaron. Epkeen dejó a los turistas extasiados ante las vistas de la ciudad y, sin dignarse contemplar el océano agitado, tomó el sendero que llevaba a Gorge Views.

Tony Montgomery había cantado a la reconciliación nacional, y algunos de sus éxitos habían dado la vuelta al mundo. *Loving Together*, *A New World*, *Rainbow of Tears*, cantados en varias lenguas —como el nuevo himno sudafricano— habían hecho de él una estrella. A Epkeen las letras de sus canciones le parecían empalagosas a más no poder, y la música, mala de cojones, pero sus intenciones loables lo habían hecho popular. Montgomery tenía una hija, Kate, a la que mantenía apartada de la fama.

Kate Montgomery tenía veintidós años. Vivía en Llandudno, en la costa este de la península, y trabajaba de estilista en un videoclip —Motherfucker, un grupo local de death metal—, que se estaba rodando en la cumbre de Table Mountain...

Una landa llana y verde se extendía entre los juncos; Epkeen se cruzó con una ardilla gris y siguió a la bandada de mariposas que lo escoltaba por el sendero. El emplazamiento del rodaje, dos kilómetros más allá de las rocas, estaba delimitado por vallas metálicas; dos cerberos negros con gafas molonas y muecas de hastío, de pie ante las vallas con las manos cruzadas sobre la bragueta, apenas se inmutaron al ver su placa.

Al contrario de lo que se había imaginado, ni la tormenta ni el asesinato de la estilista habían interrumpido el rodaje: una docena de personas se ajetreaba alrededor de las tiendas asoladas y de los decorados barridos por la lluvia y el viento —sobre todo un cebú barroco de papel maché, con cuernos de diablo, que yacía en el suelo, cabeza abajo. El personal sacaba el material de debajo de las lonas, en un ambiente de agitación extrema. Epkeen avanzó, evitando los charcos. Un poco más lejos apareció un grupo de melenudos de aspecto gótico metal, maquillados como Batgirls de tres al cuarto. El primero se quejaba a gritos de que su guitarra estaba empapada y que se iba a electrocutar: los otros se partían de risa.

—¿Quién es el responsable aquí? —le preguntó Epkeen a la primera con la que se encontró, una chica bajita y gordita vestida con un cortavientos amarillo fosforito.

—¿El señor Hains? Debe de estar en la productora, pero por algún sitio estará su asistente... Mire, ahí mismo la tiene —dijo, señalando a una rubia cobriza que hablaba con el tramoyista principal.

Ruby.

Ruby con un vestido ceñido y los tacones hundidos en el barro... Se volvió al sentir su presencia; durante un segundo, la estupefacción se leyó en su rostro, pero se repuso y lo fulminó con sus ojos verdes.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

—¡Pues yo trabajar, mira tú por dónde!

Hacía diez meses que no se habían visto. Estaba morena y se había dejado el pelo largo, pero pese a su vestido resultón, su maquillaje y sus zapatitos monos llenos de barro, nada podía cambiar sus aires de chico en guerra con el mundo entero.

—Ya tengo bastante con aguantar a cuatro imbéciles que apestan a cerveza —se impacientó Ruby—, ¿qué quieres tú ahora?

—Hablar contigo de Kate Montgomery —dijo Brian—: Llevo la investigación.

—Mierda.

—Tú lo has dicho —asintió Epkeen—. Nadie me había avisado de que tú formabas parte de la historia, pero a partir de este momento, te olvidas del hombre de tu vida y contestas al detective, ¿de acuerdo?

El sol, que había vuelto a aparecer, iluminaba su piel de arena.

—¿De acuerdo?! —insistió, llevándosela a un lado.

—¡Oye, no hace falta que me grites!

—Parece que lo haces aposta... Bueno, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

Ruby estaba de acuerdo.

—En ese caso, exijo que se me trate de usted —declaró.

Epkeen ni siquiera suspiró.

—¿Es usted la responsable del rodaje?

—Sí.

—¿Regidora?

—Asistente de producción —precisó ella.

—Es lo mismo, ¿no?

—¿Está usted aquí para discutir sobre mi trabajo o para investigar?

—¿Conocía bien a Kate?

—Un poco.

—¿Ya habían trabajado juntas alguna vez?

—No, ésta era la primera vez.

—La conocía, pues, de manera privada.

—Kate venía de vez en cuando a cenar a casa, entre otros amigos. Nada más.

—¿Qué clase de amigos?

—A medio camino entre lo opuesto y lo contrario que usted.

—Gente del mundo del espectáculo, me imagino.

—Buena gente —insinuó ella.

—¿Cuándo terminó el rodaje ayer?

—Hacia las siete... Se estaba poniendo el sol.

—¿Cuándo vio a Kate por última vez?

—Precisamente a eso de las siete. Bajamos juntas en el teleférico.

—¿Había quedado Kate con alguien?

Ruby se apartó de la cara los mechones del pelo que el viento de las alturas zarandeaba.

—No tengo ni idea. Kate no me dijo nada. O sí, ahora que me acuerdo —se corrigió—: Me dijo que se iba a acostar temprano. Al día siguiente nos esperaba una jornada de trabajo muy dura.

—¿Su empresa contrató a la estilista?

—Sí. Kate empezó el rodaje ayer, como todos los demás.

Ruby ya no fumaba: mordisqueaba metódicamente una cerilla que había sacado de una caja.

—¿Tenía alguna relación especial con algún miembro del equipo? —quiso saber Epkeen.

—¿Quiere decir anal?

—Muy gracioso. Ahora que lo dice, creo recordar que era usted ferviente partidaria de esa clase de relación.

—Es usted un grosero.

—Se le disculpa esta salida de tono, pero será la última. Volviendo a lo que nos ocupa: ¿tenía Kate alguna relación especial con algún miembro del equipo?

—¡No!

—¿Consumía drogas?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—El negocio del espectáculo es un aspirador de coca, no me diga que no lo sabía.

—Yo no trabajo en el negocio del espectáculo —gruñó Ruby.

—Sin embargo vive con el dentista de las estrellas; debe de tener cenas apasionantes con presentadores de televisión, modelos, publicistas...

Ruby pretendía odiar la vulgaridad del dinero y la mayor parte de la gente relacionada con ese mundo.

—¿Adónde quiere llegar, inspector Gadget?

Los ojos de Ruby tenían un brillo perverso.

—¿No le pareció que Kate estaba distinta últimamente? —prosiguió Epkeen.

—No.

—¿Irritable? ¿Impaciente?

—No.

—¿Le conoce algún amante?

—No especialmente.

—¿Eso qué quiere decir, que cambiaba a menudo de amante?

—Como todas las chicas de veintidós años que no cometen la estupidez de enamorarse del primero que pasa.

Veintidós años: la edad de Ruby cuando la conoció en el concierto de Nine Inch Nails. En otra vida.

—¿Tenía Kate preferencias? ¿Un tipo de hombre en particular?

—No lo sé.

—¿Hombres negros?

—Le he dicho que no tengo ni idea.

—¿Cena a menudo con gente a la que no conoce?

Ruby arqueó una ceja finamente dibujada con lápiz de maquillaje. No hubo más reacción que ésa.

—¿Y bien?

—Kate tenía veinte años menos que yo —se impacientó—, y era una chica angustiada muy reservada. ¿Hay que repetirle las cosas diez veces para que las comprenda?

—Dieciocho —contestó—: Es la teoría de John Cage.

—¿Ahora le interesa el arte conceptual?

Intercambiaron una sonrisa cáustica.

—¿Nadie trató de ver o de ponerse en contacto con Kate ayer? —continuó Epkeen.

—No, que yo sepa.

—¿Le habló alguna vez de algún ex?

—No.

—¿De alguna cita?

—No —se impacientó Ruby—. Le repito que teníamos un día muy duro de rodaje. Nos separamos en el aparcamiento, yo me fui a buscar los cabestros al club de hípica y ya no la volví a ver...

Epkeen sintió un escalofrío, pese a que había vuelto a lucir el sol.

—¿Cabestros?

—Ya sabe, esa especie de correas largas que se les colocan a los caballos al cuello cuando se ponen nerviosos —ironizó ella.

—¿Qué pasa con ellos?

—Están en el guión del videoclip —explicó la asistente de producción—: «Unas furias se abaten sobre los cuatro demonios de la noche, les ponen un cabestro al cuello y los azotan para que tiren de su reina...». ¿No le gusta el imaginario del death metal, teniente?... Y eso que le gusta hacer de caballo, ¿no?

Lo invadió una duda. Enorme.

Tara.

Su encuentro inesperado en la playa. Su noche de amazona.

Brian conocía a su demonio de memoria: la sonrisa de oreja a oreja que lucía Ruby era demasiado bonita para ser honrada. Había contratado a Tara para seducirlo, había contratado los servicios de una profesional para embrujarlo y luego dejarlo tirado, como una mancha de semen en las sábanas...

—¿No se encuentra bien, teniente?

Ruby seguía sonriendo, con la indiferencia criminal de la gata ante el ratón.

—¿Qué club de hípica? —preguntó.

—Noordhoek.

Epkeen se recuperó de sus sudores fríos. Noordhoek: nada que ver con la playa de Muizenberg, donde había conocido a la amazona... Joder, se estaba volviendo paranoico del todo con esas historias.

—¿Qué vehículo tenía Kate cuando se separaron en el aparcamiento? —prosiguió, ya recuperado del susto.

—Un Porsche Coupe.

Habían encontrado el coche en la cornisa, a dos kilómetros de su casa... Plantada en medio de la brisa, Ruby lo miraba con un aire lacónico.

—¿Es todo lo que puede decirme?

—Me estoy esforzando al máximo —replicó ella.

—Pues no aporta usted gran cosa, señorita.

—Señora —rectificó ella.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—¡No pensaría usted que iba a invitarlo a mi boda! —se burló, disfrutando el momento.

—Le habría llevado unas flores de hierro —dijo Brian, haciéndole ojitos.

—Qué bien conoce la sensibilidad de las mujeres... Y ahora, si tiene alguna pregunta inteligente que hacerme, encuéntrela rápido, porque tengo otros cuatro especímenes de su estilo con los que lidiar, la lluvia nos ha desbaratado el decorado, y vamos con retraso.

—*The show must go on.*

—¿Cómo que *The show must go on*?! —repitió ella, sin entenderlo.

—La muerte de Kate no parece haberla conmovido demasiado.

—Por desgracia para mí, ya he pasado el duelo de muchas cosas...

Una perla de ternura se precipitó contra el rompiente.

—Seguramente vuelva a hacerle algunas preguntas más —le dijo Epkeen.

El equipo técnico ya estaba ocupando su lugar. Ruby se encogió de hombros:

—Si eso lo divierte...

Una violenta ráfaga de viento los hizo tambalearse. Brian sacudió la cabeza.

—Sigues igual que siempre, ¿eh?

\* \* \*

En Sudáfrica ejercían sesenta mil *sangomas*, de las cuales, varios miles sólo en la provincia del Cabo: sacrificios, emasculaciones, rapto y torturas a niños..., con el pretexto de curaciones milagrosas se cometían regularmente los asesinatos más abominables, promovidos la mayoría de las veces por adeptos ignorantes y bárbaros.

El mechón de cabello y las uñas cortadas daban pie a la hipótesis de que el asesino buscaba elaborar un *muti*, un remedio, o alguna pócima mágica. Un *muti*... Para curar ¿qué? Después de las desafortunadas declaraciones de la ministra de Sanidad con respecto al sida, ese tipo de historias desacreditaban a todo el país...

Neuman había rebuscado en el Criminal Record Center (CRC), el órgano de la policía que recopilaba los datos de todos los criminales de los últimos decenios y, en especial, aquéllos relacionados específicamente con crímenes rituales: varios centenares oficialmente, sólo en los diez últimos años. Miles, en realidad: niños mutilados, con los brazos, el sexo, el corazón o los órganos arrancados, a veces en vivo, para que el *muti* fuera más «eficaz», testículos y vértebras vendidos a precio de

oro en el mercado de la superstición, el museo de los horrores estaba en auge, con una multitud de incrédulos anónimos, asesinos por poderes, y las estadísticas en progresión constante. No había encontrado nada.

El equipo de la policía científica había invadido el chalé de Montgomery, pero no había encontrado indicios de allanamiento. El sistema de seguridad funcionaba, y no faltaba nada en la vivienda. Así pues, Kate no había tenido tiempo de pasar por casa después del rodaje, o lo había hecho en compañía de su asesino, lo que no parecía muy probable: alguien los habría visto juntos, empezando por la cámara de vigilancia de la entrada, cuyas cintas no aportaban ninguna prueba. En la cuneta, a dos kilómetros apenas de la casa, habían encontrado su Porsche Coupe. Como en el caso de Nicole, el asesino había elegido un lugar aislado, sin testigos potenciales: la carretera de la cornisa salía de Chapman's Peak y serpenteaba entre la vegetación antes de llegar al pueblecito elegante de Llandudno. A bordo del vehículo sólo se habían encontrado las huellas de la víctima. El asesino la había interceptado en la cornisa. O Kate se había detenido por propia voluntad, sin recelo, como Nicole Wiese. Según la información recogida por Epkeen, la estilista debía llegar a Llandudno hacia las siete y media de la tarde. Su muerte se había producido a las diez: ¿qué había hecho en ese intervalo? ¿La habría drogado el asesino para que no ofreciera resistencia? Dos horas durante las cuales la había secuestrado, para preparar su sacrificio, *ololo*, «os matamos», sobreentendido: los zulúes...

*Zaziwe*: «esperanza»...

¿Asociación de ideas, puro azar, coincidencia? Neuman presintió la trampa. Estaba ahí, ante sus narices. Una tentación divina, una llamada, cuyo eco parecía resonar desde siempre. Una trampa en la que caía...

Zina Dukobe había sido miembro activo del Inkatha y recorría desde hacía diez años todo el continente con su grupo de artistas: no figuraba en ninguna organización política desde las elecciones democráticas, pero todos sus músicos estaban, o habían estado, en contacto con el partido zulú. Neuman elaboró una lista con las giras que había realizado el grupo en Sudáfrica, las fechas de residencia, y las comparó con los múltiples crímenes no resueltos ocurridos en esos períodos. Tras comparar los datos de la CID (la policía judicial) y de las diferentes fuerzas de seguridad, constató que se habían perpetrado seis homicidios en Johannesburgo durante una gira del grupo en 2003. Una de las víctimas, Karl Woos, era el director de una cárcel de alta seguridad durante el apartheid: lo habían encontrado muerto en su casa, envenenado con curare, probablemente víctima de una prostituta.

Neuman profundizó en su investigación y no tardó en toparse con otro caso no resuelto: Karl Müller, antiguo comisario de policía en Durban, había sido encontrado en el interior de su vehículo en una carretera secundaria, con una bala en la cabeza. Su revólver había aparecido cerca del cuerpo, sin carta que explicara un posible

suicidio (14 de enero de 2005). El grupo había estado allí en esa misma época: habían actuado una semana en las discotecas de la ciudad, antes de volver a marcharse, al día siguiente del asesinato...

Bamako, Yaoundé, Kinshasha, Harare, Luanda, Windhoek: Neuman amplió sus pesquisas a todas las ciudades en las que había actuado el grupo zulú. Los datos eran inexistentes o de acceso restringido. Por fin, encontró la pista de una muerte sospechosa en Maputo, Mozambique: Neil Francis, un oficial de los servicios secretos del apartheid que se dedicaba ahora al comercio de diamantes, fue encontrado al pie de un acantilado con el cráneo destrozado.

Agosto de 2007: el grupo de Zina había pasado diez días en la ciudad...

Neuman reconstruía el puzle de los fragmentos perdidos en lo más hondo de sí mismo cuando recibió el correo electrónico de Tembo. El forense había realizado un análisis complementario sobre De Villiers, el surfista adicto a la nueva droga abatido durante el atraco: según las muestras de sangre almacenadas, De Villiers había contraído el virus del VIH.

El virus se había desarrollado hacía poco tiempo pero, como en el caso de Simón, de manera espectacular: una esperanza de vida inferior a seis meses.

La intuición de Neuman era acertada, lo cual no lo tranquilizó en absoluto. ¿Qué había en esa droga?, ¿muerte? ¿Y qué más?

A fuerza de extenderse, el township había terminado por llegar hasta el mar.

Los niños iban a jugar al fútbol a la playa, para gran alborozo de los turistas en sus minibuses, los cuales, gracias al touroperador y a una visita relámpago al township, se lavaban la conciencia por cuatro perras. No se veía uno solo en las discotecas negras de los barrios populares de Ciudad del Cabo —las únicas en las que se registraba al cliente a la entrada—, ni de hecho al más mínimo blanco, una lástima para la juventud local.

Allí, junto a las dunas que separaban la playa de los asentamientos, había visto Winnie Got a Simón por última vez, con los desarrapados que constituían su banda: muerto Simón, esos chavales eran los últimos testigos del caso... Neuman aparcó el coche al final de la pista y caminó hacia el océano en ebullición. Los gritos de los niños, que el viento arrastraba, se oían desde lejos. Bajo el sol, la arena de la playa era de un blanco cegador. Una jauría con pantalones cortos corría detrás de una pelota de goma espuma medio carcomida. No había tiempo para hacerse pases, todo era una melé general en las cuatro esquinas del campo y clamores espectaculares a cada saque; mientras tanto, los porteros daban saltitos y se balanceaban entre dos jerséis tirados en la arena.

La sombra del zulú pasó sobre el peso pluma que defendía sus porterías invisibles.

—Estoy buscando a dos niños —dijo Neuman, enseñándole la foto de Simón—: Chicos de por aquí, que tendrán unos diez o doce años.

El pequeño portero retrocedió un paso.

—Uno de ellos es algo mayor, lleva un pantalón corto verde. Iban con este chico, Simón... Me han dicho que venían a jugar al fútbol con vosotros.

El niño miraba a Neuman como si fuera a lanzársele a la yugular.

—No... no lo sé, señor... Tiene que preguntar a los demás —dijo, señalando el tropel de chavales.

Eran al menos treinta los niños que se peleaban alegremente por el balón bajo el sol.

—¿De quién es la pelota?

—De Nelson —contestó el peso pluma—. El que tiene la camiseta de los Bafana Bafana...

La selección nacional, que no estaba muy en forma, según decían, pese al mundial, ya a la vuelta de la esquina.

Alrededor de la esfera de goma espuma reinaba la confusión más absoluta: Neuman tuvo que confiscar el objeto codiciado para hacerse oír. Al fin se llevó aparte al tal Nelson, rodeado enseguida por sus jugadores, y les explicó lo que andaba buscando. Los niños se apiñaban a su alrededor como si fuera a repartir caramelos. Al principio todo fueron expresiones de ignorancia, pero la foto avivó los recuerdos. La banda se había dejado ver un tiempo por la playa, hasta habían tratado de jugar con ellos al fútbol, pero aquellos chicos iban de duros, hacían muchas faltas para robar el balón...

—¿Cuándo vinieron por última vez? —quiso saber Neuman.

—No lo sé, señor... Hará quince días, tres semanas...

Nelson miraba de reojo el balón que el gigante sujetaba bajo el brazo, era suyo y no tenían otro.

—¿Cuántos niños había con Simón?

—Tres o cuatro...

—¿Me los puedes describir?

—Recuerdo a uno alto con un pantalón corto verde... Se hacía llamar Teddy... Luego había otro, más bajito, con una camisa militar.

—¿Una camisa caqui?

—Sí.

—¿Qué más?

—Bah...

Los chavales armaban jaleo a su espalda, lanzándose pullas en argot.

—¿No tenían ninguna señal especial? —insistió Neuman—. Un detalle en la cara, tatuajes...

Nelson se concentró.

—El más bajito —dijo por fin—, el de la camisa militar, tenía una cicatriz en el cuello. Aquí —dijo, señalándose el nacimiento delgado de los trapecios—. ¡Una cicatriz con pinta de habérsela cosido él mismo!

Los demás se echaron a reír, dándose palmadas en los muslos y empujándose entre ellos más todavía.

—¿Nada más? —preguntó Neuman.

—¡Eh, señor! —se rió a su vez Nelson—. ¡Que no soy una cámara Divis!

Los niños ya sólo tenían ojos para el pedazo de goma espuma. Neuman lo arrojó lejos, por encima de sus cabezas. Los chavales se lanzaron tras él al instante, gritando como si cada uno acabara de marcar un gol.

\* \* \*

Neuman recorrió los *public open spaces*, esas zonas de arena invadidas por las malas hierbas en las que se refugiaban los delincuentes. Se cruzó con algún que otro fantasma, gente a la que habían echado de los townships o de los asentamientos, pero no obtuvo ninguna información sobre los niños. El viento que barría la zona lo borraba todo, hasta el recuerdo de los muertos.

Neuman caminó hasta las dunas peladas, ya no veía más que latas vacías de coca-cola, envoltorios de plástico y golletes de botella que servían de pipa para meterse tik o Mandrax. El lugar, desierto, era inquietante, un paisaje lunar en el que ni siquiera erraban los perros, por miedo a que se los comieran... Pero el resto de la banda tenía que estar en alguna parte... Habían huido del asentamiento y de la playa tres semanas antes, y nadie los había vuelto a ver. Simón se había refugiado en el township vecino, donde había crecido, él solo. La banda se había unido así. Habían huido para escapar de los camellos: Neuman se había topado con dos de ellos en el solar. Epkeen había abatido a Joey, pero su compinche no estaba entre los cadáveres encontrados en el sótano: el cojo...

Neuman regresó hacia la pista que bordeaba la tierra de nadie. Su coche esperaba en la grava ardiente, sobre el capó se dibujaban espejismos etílicos; accionó la apertura a distancia.

Un niño salió entonces de una zanja vecina. Un negro bajito de unos doce años, con una camiseta mugrienta y sandalias de suela de neumático. Provocó un pequeño derrumbamiento al trepar la zanja, dio un paso hacia Neuman pero se quedó a cierta distancia de él. Su cabello crespo estaba gris de polvo. Retorcía un trozo de alambre entre las manos sucias y ahuyentó las moscas que se le apiñaban alrededor de los ojos.

—Hola...

Unos ojos enfermos que, al supurar, habían formado costras amarillentas.

—Hola.

Cosa rara, el niño no pedía moneda alguna: lo observó desde lejos, junto a la zanja donde esperaba, triturando su trozo de alambre. Neuman tuvo una sensación como de malestar, todavía difusa. El niño le recordaba a los conejos enfermos de mixomatosis, que se quedaban plantados sin moverse, esperando la muerte...

—¿Vives aquí? —le preguntó Ali.

El niño indicó con un gesto que sí. Su pantalón de chándal estaba hecho jirones a la altura de las pantorrillas, y no llevaba gorra. Neuman sacó la foto de Simón.

—¿Has visto alguna vez a este chico?

El niño se alejó las moscas de los ojos y dijo que no con la cabeza.

—Forma parte de una banda de chicos de la calle: uno alto con un pantalón corto verde y uno más bajito, con una camisa militar y una cicatriz en el cuello...

—No —dijo—. No lo he visto nunca...

Aún no le había cambiado la voz, pero la mirada que le lanzó ya no era la de un niño.

—Veinte rands, *sir*... —El pequeño harapiento se llevó la mano al pantalón—. Veinte rands por una pipa, ¿le apetece, *sir*?

\* \* \*

Josephina era una de las «madres» de la Bantu Congregational Church, una congregación de las Iglesias de Sión implantada en el township: despreciando las oraciones sosas de los europeos, los sionistas cantaban juntos, lo más alto posible, sin dejar nunca de bailar.

Neuman se abrió paso a través de la multitud y encontró a su madre delante del estrado, entre otras cantantes transidas de amor. Josephina sacudía su prodigiosa corpulencia, alabando al Señor con un fervor a la medida del predicador que, esa tarde, ofrecía su show: los asistentes contestaban, cantando todos juntos, extáticos... Ali se quedó un momento observando a su madre que, con la frente empapada en sudor, sonreía al vacío. Parecía feliz... Una bocanada de ternura le encogió el corazón. Se acordaba del 27 de abril, el día de las primeras elecciones democráticas, cuando fueron juntos a la oficina de voto de Khayelitsha... Recordó la fila de gente vestida como para una boda, negros y mestizos que hacían cola preguntando a los que volvían de la cabina si no habían tenido problemas; existía el temor de equivocarse de candidato (eran diez en la lista), de no poner la cruz en la casilla adecuada, o de que se saliera de la casilla, lo que anularía el voto, se veía con recelo lo de la tinta en los dedos<sup>[39]</sup>, porque se podían dejar huellas dactilares en la papeleta de voto, que, según se decía, lo podían traicionar a uno: si se votaba al ANC, ¿¿quién le aseguraba a uno

que las autoridades no lo metería preso?! Ali volvía a ver a Josephina entrar en la cabina electoral con su lista de candidatos, temblando, y el grito de horror que soltó: la pobre se había equivocado, había puesto una cruz en la casilla de Makwethu, el primero en la lista, cuyo cabello gris recordaba al de Madiba<sup>[40]</sup>. Calmaron sus gritos de desesperación entregándole otra papeleta, y Josephina se aplicó para rellenarla como convenía, sin salirse de la casilla, pero repasó tantas veces la cruz que agujereó el papel... Ali recordaba rostros, manos que apretaban documentos de identidad, con los dedos exangües, gente que votaba llorando, los que parecían ebrios al salir de la cabina, y la fiesta indescriptible que siguió al resultado de las elecciones, hasta las abuelas se echaron a la calle con sus mantas para unirse a los bailes y al concierto de bocinas...

La muy cabezota de Josephina tenía razón. Simón había muerto con las ratas abrazado a la fotografía de su madre: su destino era parte del de ellos, esa parte de África por la que su padre y él habían luchado.

Esperó hasta el final de la homilía para llevársela fuera.

Gente endomingada los saludó con un respeto algo cómico mientras salían cogidos del brazo de la iglesia de Gxalaba Street.

—He oído las noticias en la radio —le dijo Josephina en tono confidencial—: Sobre el nuevo asesinato, y eso de las marcas que tenía el cadáver... ¿Es verdad lo que dicen de ese zulú?

—Sí, como lo de la muerte de Kennedy.

—¡Ji, ji!

Ali gruñó; la información se había filtrado a los medios: ¿cómo se habían enterado?

Colgada de su brazo como una corchea, Josephina se sacudió el vuelo de su largo vestido blanco para darse un poco de aire. Hablaron de Simón, y la calle de pronto se les antojó mucho menos alegre. Ali le explicó las circunstancias de su muerte, el sida, la droga que lo había intoxicado, el resto de su banda, desaparecida sin dejar rastro, a la que había que encontrar: la madre escuchaba a su hijo, asintiendo con la cabeza, pero pensaba en otra cosa...

—Sí —no tardó en decir—: Simón debía de sentirse muy débil para atacar a alguien como yo... Sabe que me ocupo de los más desfavorecidos: era también una llamada de socorro.

—Pues vaya una manera rara de pedir ayuda.

—Iba a morir, Ali...

Dos gruesas arrugas surcaban su frente.

—Hará unos quince días vieron a los chavales que iban con él en las intermediaciones del asentamiento —dijo Ali—: Lo más probable es que sean inmigrantes. El más alto, Teddy, lleva un pantalón corto verde; el otro, una camisa

caqui, y tiene una cicatriz muy fea en el cuello. Se han volatilizado, y yo creo que se están escondiendo en algún lugar del township: quizá los haya visto alguna de tus amigas.

La congregación se ocupaba de los enfermos de sida, a los que sus parientes ocultaban por miedo a los rumores y a que castigaran a las familias con alguna maldición, y luego los dejaban pudrirse en su escondite. Las ramificaciones de las mujeres voluntarias podían llegar hasta todos los Cape Flats; las lenguas podían soltarse mejor que con la policía.

—Lo comentaré a mi alrededor —aseguró Josephina—. Sí, me voy a ocupar de este asunto desde ahora mismo...

—Lo que te pido es que se lo digas a tus amigas —la frenó Ali—, no que te pongas a recorrer el township de punta a punta. ¿Te has enterado bien?

—¡Anda, ni que estuviera enferma! —se ofuscó Josephina.

—Pues sí, mamá, estás enferma. Y vieja.

—¡Ji, ji!

—Hablo en serio. Simón consumía droga, y esos chavales también. Sin duda estarán enfermos, pero que nadie se acerque a ellos, ¿entendido? Sólo quiero localizarlos.

Josephina sonrió, acariciándole la cara, como hacía cuando era niño, para calmarlo.

—No te preocupes por tu anciana madre, ¡estoy perfectamente! —dijo, pasándole las manos agrietadas por todo el rostro—. Tú, en cambio, deberías dormir más: tienes fiebre, y sólo se ven ojeras debajo de esos ojos tan bonitos que tienes...

—Te recuerdo que eres medio ciega.

—¡No se engaña a una madre tan fácilmente!

La gruesa anciana se izó de puntillas sobre sus zapatitos dorados para besar a su rey zulú.

Ali se marchó al anochecer, con el corazón en el fondo de un pozo.

\* \* \*

Las cortinas de los cuartos oscuros estaban corridas. En la habitación exigua flotaba un olor a incienso algo empalagoso. La luz se reducía a un pequeño foco rojo. Estaba tumbado sobre la camilla acolchada, con los brazos doblados; brazos duros como una piedra, que la joven masajaba con ayuda de ungüentos perfumados.

—Relájese —le dijo.

Por mucho que la masajista cubriera con aceite su hermoso cuerpo y redujera las tempestades atrapadas bajo su piel, el hombre seguía contestando con bloques de energía negativa que ella encajaba sin decir nada, al menos había cerrado por fin los

ojos... Le masajó los músculos de los hombros, dibujó círculos expertos, bajó por los riñones hasta las nalgas, volvió a subir despacio, apartando las partes carnosas, que no tardó en reblandecer con largas caricias lubricadas. La chica cesó por fin su prestación erótica, contempló su obra y, molida, desapareció detrás de las cortinas.

Apenas oyó los pasos que se acercaban a la camilla, pasos ligeros... una chica que no llegaría a los cincuenta kilos: ¿lo había visto ya allí alguna vez?

Depositó sus objetos metálicos sobre la mesita y se acomodó sobre él.

—¿Se encuentra bien?

No.

—Sí.

—Bien...

La chica eligió entre sus utensilios. Las imágenes seguían desfilando bajo sus párpados cerrados, imágenes de muerte, de fuego, de golpes que llovían sobre él, desmembrado, pero de nuevo esa noche las lágrimas rodaban por donde no debían: dentro de sí mismo.

No dormiría. O quizá sí. O más tarde. O nunca. Con Maia se habían ido sus últimas ilusiones. Ya no las quería... Ya sólo quería a Zina. Lo había embrujado: sus ojos de noche estrellada, su gracia de animal libre, la pólvora y las brasas bajo sus pasos, todo le gustaba, más que eso... Se ahogaba en su armadura. Su piel no valía nada. Se sentía como un animal en un zoo: daba vueltas en su jaula, como las ratas de Tembo...

La chica había cogido un objeto de la mesita, que manejaba con una habilidad casi clínica; al final del insomnio, se dejó penetrar.

Madera cara, hormigón tintado, ventanales de aluminio, paredes de cristal, las casas construidas en la colina frondosa de Llandudno eran todas obra de arquitectos destacados. Tony Montgomery había vuelto de Osaka vía Tokio y Dubai. El cantante había anulado la gira de galas que, después de Asia, debía llevarlo a Europa y Estados Unidos, cortando en seco la campaña de promoción de su último álbum (*A Love Forever*, la discográfica no se había estrujado mucho la cabeza).

Montgomery era el tipo de cincuentón que preconizaban las revistas masculinas, llevaba una vida de VIP recorriendo la aldea global, y tenía unas manos bonitas y cuidadas, unas manos que, esa mañana, no sabían estarse quietas. Stevens, su guardaespaldas y chófer, lo había avisado de la visita de un oficial de policía, un tipo alto y despeinado al que el cantante apenas prestó atención. Epkeen lo encontró junto a su piscina, envuelto en un quimono de seda que le llegaba hasta los muslos bronceados, presa de la confusión más absoluta. Montgomery acababa de llegar de la morgue, donde había identificado a su hija, y un torpor macabro mantenía su vista fija en el océano, desde la terraza de su villa. El hecho de no haber visto a Kate desde hacía cuatro meses terminaba de aniquilarlo. Tony Montgomery apenas pisaba Sudáfrica, ya que sus giras mundiales se sucedían unas a otras; tanto es así que no tenían, por decirlo de alguna manera, ningún amigo o conocido en común...

Epkeen metió la mano en el agua de la piscina para refrescarse un poco y la mitad fue a parar a su libreta. Había interrogado a los allegados de Kate: su tía, una excéntrica vestida de Prada que estaba como en otro mundo, Sylvia, una antigua amiga drogadicta, el equipo de rodaje, que no sabía nada, vecinos que no habían visto nada, otra gente a la que la muerte de Kate traía sin cuidado...

—¿Cómo es que la madre de Kate no ha dado señales de vida? —quiso saber.

—Nunca se ha interesado por su hija...

—¿Hasta ese punto?

—Helen vive en Londres desde hace años —explicó Montgomery—. Nos separamos nada más nacer Kate.

—¿Y la custodia se la dieron a usted?

—Sí.

—¿Pese a todas sus giras? —fingió extrañarse Epkeen.

—Por aquel entonces yo no era famoso.

—¿Quiere decir que Kate fue abandonada por su madre?

—De alguna manera, sí.

El afrikáner asintió: eso explicaba bastantes cosas...

—¿Sabe si su hija se drogaba?

—Bah... Me imagino que Kate tomaría de vez en cuando algo de cocaína para

divertirse, como todos los jóvenes de su entorno... Por desgracia no puedo informarle mucho al respecto.

—¿De qué solían hablar Kate y usted?

—Sobre todo de su trabajo... El estilismo marchaba bien.

Habría dicho lo mismo del mercado del plátano.

—¿Le presentaba usted gente?

—No. Kate sabía apañárselas sola.

—¿Tenía usted amigas o amantes con las que su hija pudiera haber tenido una relación más estrecha?

—Es de notoriedad pública que soy homosexual.

—Pues sí que tiene usted suerte... ¿Entonces no conoce a nadie que pueda darme información sobre su hija?

—Desgraciadamente, no.

—¿Y le hablaba a usted de sus novios, sus ligues?

—Kate sentía pudor conmigo —contestó su padre—. Me parece que los chicos no le interesaban mucho...

Epkeen encendió un cigarrillo.

—Pensamos que su hija ha sido víctima de un asesino en serie —dijo—, un zulú que posiblemente pertenezca a alguna banda organizada del township. Debajo de todo eso hay una historia de tráfico de drogas. Alguna persona ha debido de servir de intermediario, o de cómplice...

—Mi hija no es una delincuente —afirmó Montgomery—, si es eso lo que insinúa.

—Eso mismo decía Stewart Wiese de su hija... ¿Lo conoce?

—¿A Stewart Wiese? Sí, coincidí con él una vez, hace años, después de la victoria en el campeonato del mundo...

Las dos chicas no se conocían, Epkeen ya lo había comprobado.

—¿No hay ninguna razón para que alguien tenga algo contra usted o contra Wiese?

—¿Quitando el hecho de que seamos famosos?

—Quiero su opinión, no la de la prensa sensacionalista.

—No... —Montgomery sacudió su cabello, peinado de peluquería—. Alguien puede ir detrás de mi dinero, pero no de Kate. Kate es inocente. Era una chica normal y corriente por completo.

—Su hija estuvo ingresada en una clínica —comentó Epkeen—: Tres meses, según consta en los ficheros de la institución. Una primera vez cuando tenía dieciséis años, y otra a los dieciocho.

Montgomery recuperó el color.

—Eso pertenece al pasado —contestó.

—¿Una cura de desintoxicación?

—No, una cura de reposo.

—¿Tan cansado está uno a los dieciséis años?

—Las crisis de adolescencia, ¿no sabe nada de eso? De todas maneras, eso fue hace mucho tiempo —se irritó—. Y no veo qué relación puede tener con el asesinato de mi hija.

El cantante no estaba acostumbrado a que le hablaran con ese tono. Estaba rodeado de gente que se pasaba el día recordándole lo fantástico que era.

—Deje de tomarme por tonto, Montgomery —dijo Epkeen—. Su hija hizo dos curas en una clínica especializada y, a esa edad, no hay muchas opciones: o se drogaba, o quiso poner fin a su vida. O ambas cosas a la vez. Kate no se sentía muy bien, siento mucho que se entere por mí: se han hallado decenas de cortes en su cuerpo, heridas que se hacía ella misma regularmente. *Cutting*, en la jerga médica: un intento de volver a la realidad para evitar el derrumbamiento psíquico total... —Epkeen le escupió el humo de su cigarrillo en la cara—. Hable o lo ahogo en su piscina de oro.

—¿Algún problema, señor Montgomery? —inquirió Stevens.

—No, no...

El gluglú de la piscina cubrió el suspiro de la estrella.

—La madre de Kate era una actriz de talento pero algo... especial. Creía que había entendido que formar una familia no iba conmigo, pero se quedó embarazada y quiso tener al bebé convencida de que así me conservaría a su lado... Como mi carrera empezaba a despegar, Helen regresó a Inglaterra, dejándome a la niña... Era su venganza... Ya adolescente, Kate quiso volver a encontrarse con su madre pero la cosa no salió bien.

—Entonces empezó a drogarse —lo ayudó Epkeen—. Quizá ahora tuviera una recaída.

—No lo sé...

—La internó tras un intento de suicidio, ¿es eso?

—Ocurrió una vez —contestó Montgomery—, no quería que volviera a ocurrir.

—¿Por qué ocultarlo?

—¿El qué?

—Que su hija es una extoxicómana depresiva.

—Con la cura de reposo y el seguimiento psicológico, Kate salió del hoyo —dijo—: ¡No veo que sea necesario hacer publicidad sobre el tema!

—Trato de saber qué tipo de presa era su hija —replicó Epkeen—. Alguien la atrajo a una trampa. Kate era vulnerable, y la droga parece la pista más evidente.

Montgomery toqueteaba nervioso su anillo de diamantes.

—Mire, teniente —dijo por fin—, aunque no he estado muy presente en la vida

de mi hija, sí sé un par de cosas sobre ella:

Kate tuvo una infancia y una adolescencia difíciles, intenté pagarle los mejores colegios. Su vida no fue siempre un camino de rosas, pero Kate peleó, y se reconstruyó ella sola. La droga ya no le interesaba. Quería vivir su vida, nada más. Quería vivir, ¿lo entiende?

—Sí, a golpe de cúter.

\* \* \*

Brian no creía mucho en el azar, más bien en la conjunción de trayectorias. Volvía a la central tras su entrevista con Montgomery cuando, saliendo de su despacho como un obús, Janet Helms fue a parar literalmente a sus brazos.

—¿Ha recibido mi mensaje?!

Epkeen retrocedió para hacer balance de la situación:

—No.

—He identificado un vehículo que podría corresponder a lo que busca —anunció la agente de información—: Un 4x4 de marca Pinzgauer Steyr Puch, modelo 712K, filmado por la cámara de vigilancia de una gasolinera la noche del drama.

La muerte de Fletcher. Los ojos redondos de Janet estaban rojos de dormir poco y mal, pero la tristeza había dejado paso a una suerte de excitación. La siguió hasta el despacho vecino.

—La gasolinera en cuestión se encuentra en Baden Powell, la carretera que bordea False Bay hasta Pelikan Park —explicó, tecleando en su ordenador—. A las tres y doce de la madrugada... No se distingue la cara del conductor detrás de las lunas tintadas, y la matrícula resulta ilegible.

Epkeen se inclinó hacia las franjas grises de la pantalla. La carrocería era oscura. No se distinguían más que las manos del conductor, un blanco, o un mestizo...

—He investigado un poco —prosiguió Janet—: Últimamente no se ha denunciado el robo de ningún Pinzgauer de ese modelo. He encontrado un 4x4 robado en la provincia del Natal hace dos meses, y otro en Johannesburgo a finales de año, pero ambos fueron quemados después de utilizarse en atracos a furgones de dinero. Así que he elaborado una lista de todos los Pinzgauer que están en circulación...

Badén Powell estaba apenas a dos kilómetros de la casa, y se podía llegar desde la pista.

—¿En qué dirección iba el 4x4 cuando fue filmado? —preguntó Epkeen.

—Hacia el oeste. Es decir hacia Ciudad del Cabo.

O lo que es lo mismo, el camino opuesto al de los townships.

—¿Alguno de los propietarios es de origen zulú?

—No, ya lo he comprobado. En lo que al color se refiere —prosiguió—, sólo tres vehículos coinciden con la descripción. He llamado a las agencias de alquiler, pero ninguna alquiló ese modelo el día del asesinato de Dan. En cuanto a las compañías privadas, sólo hay tres que lo utilicen: una agencia de turismo especializada en safaris, pero el vehículo no estuvo disponible durante toda la semana en cuestión. Queda un viñedo en el valle cerca de Franschoek, con el que no consigo ponerme en contacto, y ATD, una empresa de seguridad y policía privada. Quizá valga la pena ir a echar un vistazo...

Epkeen asintió. Janet Helms olía a lila.

\* \* \*

Neuman no sabía quién le había filtrado la información a los medios de comunicación (según el forense, la mitad del equipo vendería hasta a su madre al primero que pasara, y la otra mitad al que pusiera un cero más en el cheque), pero, en plena campaña anticrimen, las revelaciones acerca del asesinato de Kate tuvieron un efecto desastroso. El salvajismo en la ejecución, la violación, el mechón de cabello y las uñas fetiche, la reivindicación tribal grabada en letras de sangre sobre el cuerpo de una joven blanca: el mito del «zulú» se cultivaba ya en todas las redacciones.

Primera etnia del subcontinente africano, los zulúes habían traumatizado a toda una época al aniquilar a un regimiento inglés<sup>[41]</sup> —antes de que éstos los aniquilaran a ellos—. Encargados de desbrozar los territorios hostiles, los pioneros bóers habían combatido a los zulúes con la misma saña, antes de hacinarlos en los bantustán del apartheid.

*Ololo*, «os matamos», se interpretaba como una advertencia y una amenaza contra la población blanca, la reminiscencia de una forma de etnocidio surgida de la mente enferma del asesino.

Los asesinatos reavivaban un pasado turbio, voluntariamente ocultado en nombre de la reconciliación nacional. La caída del Muro, el carácter ineluctable de la globalización y la personalidad tan especial de Mandela habían vencido al apartheid y a las guerras intestinas —todo el mundo recordaba la llegada al poder del líder del ANC, cuando el xhosa había levantado los brazos de sus peores adversarios, De Klerk, el afrikáner, y Buthelezi, el zulú, en señal de victoria. Nicole Wiese y Kate Montgomery eran las hijas de dos símbolos nacionales, el campeón del mundo del primer equipo multirracial y la voz de la nación arco iris: atacar esos dos símbolos era sencillamente inaceptable. En las redacciones más conservadoras, se leía entre líneas la mancha histórica de la violación de una blanca por un negro, esa vieja idea de promiscuidad en la que se mezclaban biología y política. Y para empeorar aún más las cosas, a todo ello venían a añadirse las sospechas de violación y de corrupción

que pesaban sobre Zuma, el líder más populista del ANC...

Neuman salía de una entrevista difícil con el jefe de la policía cuando recibió el informe detallado de Tembo: el arma que había matado a Kate Montgomery era el mango de una azada, un bastón o una suerte de maza (la víctima tenía astillas de madera incrustadas en el cráneo). No se habían encontrado restos de esperma, pero sí de la droga que circulaba últimamente, que había dejado a la joven en un profundo estado de estupor. Había sido atada y amordazada con cinta adhesiva. El crimen era similar al de Nicole Wiese, salvo por la extraña mezcla que Kate tenía pegada en el pelo: un mejunje de hierbas.

No se trataba de una pócima de iboga, como había creído el forense en un primer momento, sino de una mezcla elaborada con dos plantas y una raíz, la *uphindamshaye*, la *uphind'umuva* y la *mazwende*. Mezcladas en forma de polvo, constituían la base del *intelezi*, un ritual zulú previo al combate.

El *intelezi* podía insertarse bajo la piel en forma de polvo, o se podía dejar macerar en la boca antes de escupírselo al enemigo en la cara. Era lo que le había ocurrido a Kate...

En la mirada de Neuman brilló una chispa malévola: al escupir sobre su víctima, ese loco les había desvelado su ADN.

\* \* \*

La sala eléctrica, los altavoces rugiendo en el escenario lleno de humo, el acople de los micrófonos, que sonaba como el grito de una sirena, imágenes de matanzas proyectadas sobre placas de metal, Soweto 76, las revueltas del 85, las del 86, rostros de ahorcados, de torturados, Zina en trance bajo el redoble de los tambores, su gran cuerpo humeante y sus ojos de loca que lo perseguían todas las noches...

—Tenga cuidado —le dijo al verlo ante la puerta de su camerino, o le pasará como a la pobre Nicole...

El 366 era el local de Long Street donde el grupo actuaba aquella noche. Zina sabía que Ali volvería. Todos volvían.

—Ya no se trata de Nicole sino de Kate —le dijo él—: Kate Montgomery... ¿Está al corriente?

Zina suspiró, exasperada, abrió la puerta de su camerino y la cerró tras él.

—¿Por qué viene a hablarme de esa chica?

La bailarina cogió una toalla que había sobre el tocador y se secó los brazos empapados en sudor. Neuman extrajo un papel doblado de su bolsillo.

—Me gustaría que le echara un vistazo a esto —le dijo.

—¿Qué es, una declaración de amor?

—No. El resumen del informe de la autopsia.

—No ha cambiado, sigue siendo un experto en cómo hablar con las mujeres.

—Uno no se encuentra todos los días con alguien como usted.

—¿Cómo debo tomarme eso?

—Depende mucho de usted —dijo, tendiéndole la hoja de papel.

La bailarina la leyó con aire desenvuelto.

—Uñas cortadas, mechones de pelo —comentó—, es el kit básico para un remedio de charlatán. Un *muti* que querrá elaborar... ¡Vaya!, veo que también hay plantas raras, *uphindamshaye*, *uphind'umuva*, *mazwende*... ¿Es que no tienen botánicos en la policía?

—Lo que no tenemos sobre todo son culpables.

—Pues no faltan en Sudáfrica.

—Es usted una *inyanga*, ¿verdad?: una herbolaria...

—Y yo que creía que usted pensaba que lo mío era elaborar pócimas para jovencitas frívolas.

—Me equivocaba con respecto a usted.

—Yo también, si eso lo tranquiliza.

No.

—¿Esas plantas raras forman la base de un *intelezi*?... —preguntó.

—¿Por qué hace preguntas cuyas respuestas ya conoce?

—Es mi trabajo, mire usted por dónde. ¿Y bien?

—Sí —confirmó Zina—: Un ritual zulú previo al combate.

—¿Puede decirme algo más?

La bailarina buscó en sus ojos, pero en ellos ya no se reflejaba nada.

—La composición del *intelezi* varía en función de si lo que se busca es debilitar al adversario o reforzar el arma del guerrero —dijo—. Vista la composición de éste, yo diría que se ha empleado para reducir la fuerza del adversario.

—Matar salvajemente a unas chicas a golpe de maza, yo a eso no lo llamaría combate.

—Quizá no sea con chicas con quien busca medirse —observó ella.

—¿Con quién entonces, con la policía?

—Con usted, con el gobierno, con los blancos que llevan las riendas. Si su hombre se cree un guerrero zulú, se siente capaz de desafiar al mundo entero.

Neuman no sabía si era la droga lo que le daba al asesino esa sensación de ser invencible, si tenía intención de llevarle el *muti* a alguna de las *sangomas* del township, si atacaba a esas chicas por racismo, por cobardía o por locura pura y dura: su mirada se perdía en los dibujos naranja de la moqueta.

—¿De qué tiene miedo? —le preguntó ella a bocajarro.

Neuman levantó la cabeza.

—En cualquier caso, no de él.

—Le tiemblan las manos —observó ella.

—Puede ser. ¿Quiere saber por qué?

—Sí.

Aunque estaba inmóvil, las piernas de Neuman no lo sostenían.

—Tengo una lista de los crímenes cometidos en las ciudades en las que estuvieron de gira —soltó de golpe—, usted y su grupo: hay al menos tres asesinatos no resueltos, todos de exaltos funcionarios que ejercieron su cargo durante el régimen del apartheid.

La bailarina se ajustó la toalla al cuello. No esperaba oír eso. Sus ojos le habían mentido. No la quería. Le tendía trampas. Desde el principio, la estaba acorralando, como el cazador a su presa.

—¿Envenenó a Karl Woos con uno de sus filtros de amor? —le preguntó.

—No soy una mantis religiosa.

—Woos, Müller y Francis no testificaron en la Comisión Verdad y Reconciliación —dijo—: ¿Los liquidó por la impunidad de la que disfrutaron? ¿Sigue usted ajustando cuentas con el pasado?

Zina retomó su postura de exmilitante.

—Le habla a un fantasma, señor Neuman.

—¿Ha matado usted en nombre del Inkatha?

—No.

—¿Podría matar en nombre del Inkatha?

—Soy zulú.

—Yo también: nunca he matado por ello.

—Lo habría hecho por el ANC —dijo ella entre dientes—. Lo habría hecho por vengar a su padre.

Sabía lo de su padre.

—Sigue militando en el Inkatha —dijo Neuman bajito—. Al menos extraoficialmente...

—No. Lo que hago es bailar.

—Eso es simple miel para atraer a las abejas.

—Odio la miel.

—Otra vez miente.

—Y usted delira: le guste o no, lo que hago es bailar.

—Sí, bailar... —Neuman dio un paso hacia el tocador, donde la había arrinconado—. ¿Su próximo objetivo está aquí, en Ciudad del Cabo? ¿Ya ha establecido contacto con él?

—Está usted delirando —repitió ella.

—¿Ah, sí?

Un breve silencio saturó el aire del camerino. Zina le cogió las manos, que ardían

por la fiebre y, con decisión, posó los labios sobre los suyos. Neuman no se movió cuando la mujer le introdujo la lengua en la boca: él era su objetivo...

Zina lo estaba besando, con los ojos muy abiertos, cuando la melodía de su móvil sonó en su bolsillo.

Era Janet Helms.

—He encontrado el ADN del sospechoso en nuestros ficheros —dijo.

\* \* \*

*Sam Gulethu, nacido el 10/12/1966 en el bantustán de KwaZulu. Su madre, sin profesión, fallece en 1981, y su padre, dos años antes, en las minas. Deja su aldea natal cuando es aún un adolescente antes de vagar sin rumbo en busca de un pass para trabajar en la ciudad. Acusado de asesinar a una adolescente en 1984, cumple una primera pena de seis años en la cárcel de Durban. Entra en las filas de los vigilantes del Inkatha en 1986, en la época del estado de emergencia<sup>[42]</sup>, hasta el final del régimen segregacionista. Sospechoso de varios asesinatos de opositores durante el período de agitación que precedió a las elecciones democráticas, Gulethu es amnistiado en 1994. Se vuelve a encontrar su rastro en 1997, cuando es condenado a seis meses de prisión por tráfico de estupefacientes, y después a dos años por robos con violencia, penas que cumple en la cárcel de Durban. Se traslada a la provincia del Cabo, donde pasa a formar parte de distintas bandas del township de Marenberg. Tráfico de marihuana, atracos en autobuses y trenes. Es condenado de nuevo en 2002, esta vez a seis años de prisión por agresión, secuestro y torturas, pena que cumple en la cárcel de Poulsmoor. Sale en libertad el 14/09/2006. No acude a ninguna de las citas concertadas con los servicios sociales de Marenberg, ciudad en la que se suponía que debía elegir domicilio. No se le conocen actividades de sangoma. Probablemente habrá vuelto a integrarse en alguna de las bandas del township. Signos característicos: marcas de viruela en el rostro, ausencia de un incisivo en la mandíbula inferior, araña tatuada en el antebrazo derecho...*

Neuman miraba fijamente la pantalla del ordenador de Janet Helms, a cuyo despacho en la comisaría central había acudido de inmediato. Marenberg: el township donde vivía Maia, el tatuaje, Poulsmoor... los datos se solapaban. Pese a algunas zonas oscuras, la pista de Gulethu parecía la buena. Los *vigilantes* que habían mantenido el orden en los bantustán a golpe de porra se habían quedado en su mayoría en los townships: mal vistos, sin trabajo, acababan cayendo en las redes de

las bandas armadas y las mafias que se habían implantado allí. Gulethu había podido formar una nueva banda tras salir de prisión, con todo el que hubiera pillado en la calle —antiguos miembros de milicias, niños soldado, putas, yonquis...—; Gulethu y Sonny Ramphele habían estado internados en la misma cárcel de Poulsmoor, el zulú debía de estar al corriente del tráfico de drogas en la costa; había montado un negocio con el hermano de Sonny para dar salida a su mercancía entre la clientela blanca, más lucrativa que los muertos de hambre del township. Stan le habría comentado algo en algún momento sobre su tatuaje y sobre su fobia a las arañas... El joven xhosa habría podido servirle de gancho para atraer a Nicole Wiese, a cambio de dinero, sin saber éste que la iba a matar. Una vez que Stan se había «suicidado», ¿quién había entregado a Kate Montgomery al zulú?

Neuman no podía apartar los ojos de la foto antropométrica que aparecía en la pantalla. Gulethu no era feo: era espantoso.

Hout Bay era el puerto pesquero más importante de la península. Los primeros barcos volvían de alta mar, con una nube de gaviotas detrás. Epkeen saludó a la colonia de leones marinos que vivía en la bahía, pasó por delante del pintoresco Mariner's Wharf y de las marisquerías que bordeaban la playa y aparcó el Mercedes delante de los puestos del mercado.

Mujeres muy engalanadas colocaban sus juguetes de madera antes de la llegada de los turistas. La agencia ATD estaba un poco más lejos, al final de los muelles. Una de las agencias de seguridad más importantes del país. Nombre del responsable de Hout Bay: Frank Debeer.

Epkeen dejó atrás los almacenes de refrigeración donde obreros negros esperaban el botín del día, y se dirigió a la agencia, un edificio con columnas aislado de la actividad del puerto. No había nadie en la entrada, tan sólo un Ford con los colores de la empresa asándose en el patio. Fue hasta el hangar vecino y empujó la pesada puerta corredera: otro Ford abigarrado acechaba en la penumbra, ocultando apenas las líneas oscuras de un 4x4 Pinzgauer.

Había un nido de golondrinas bajo las viguetas metálicas. Epkeen se acercó al vehículo y comprobó la puerta: cerrada. Se inclinó sobre las lunas tintadas: era imposible ver el interior del habitáculo. La carrocería estaba como nueva, sin rastro de pintura fresca... Estaba inspeccionando las escasas marcas de tierra en los neumáticos cuando resonó una voz a su espalda:

—¿Busca algo?

Un blanco gordo con un pantalón de faena azul se acercaba desde el patio: Debeer, un afrikáner de mediana edad con gafas de sol de cristales de espejo y una enorme barriga cervecera. Epkeen enseñó su placa a las golondrinas.

—¿Es usted Debeer?

—Sí, ¿por qué?

—¿Es suyo este juguete? —preguntó, señalando el coche.

El tipo se colocó los pulgares bajo la tripa, en las trabillas del cinturón.

—Es de la agencia. ¿Por qué?

—¿Lo utilizan a menudo?

—Para las patrullas. Le he preguntado que por qué lo quiere saber.

—Aquí las preguntas las hago yo, y no me hable con ese tono: ¿qué patrullas son ésas?

La mirada que intercambiaron era como una pax americana en ese principio de milenio.

—Nuestro trabajo —rezongó Debeer—. Somos una agencia de seguridad, no de información.

—Supuestamente, la policía privada debe colaborar con la SAP —replicó Epkeen—, no ponerle la zancadilla. Estoy investigando un homicidio: usted es el jefe, así que va a contestar a mis preguntas o le prendo fuego a su agencia. ¿En qué consisten sus patrullas?

El afrikáner metió tripa en un gesto de impaciencia.

—Nuestras patrullas cubren toda la península —dijo—. Depende de las llamadas que recibamos. Aquí abundan los robos.

—¿Patrullan de noche?

—Las veinticuatro horas —replicó Debeer—: Lo pone en todos nuestros rótulos y carteles.

Las golondrinas se pusieron a piar bajo las viguetas del hangar.

—¿Quién utilizó este vehículo el jueves de la semana pasada? —preguntó Epkeen.

—Nadie.

—¿Cómo puede saberlo sin consultar sus registros?

—Porque quien lo utiliza soy yo —contestó.

—Este vehículo fue filmado en Badén Powell a las dos de la madrugada —anunció Epkeen— del jueves pasado.

Se estaba tirando un farol.

Debeer hizo una mueca que se perdió en su papada.

—Puede ser... Yo tenía el turno de noche la semana pasada.

—Pensaba que me había dicho que nadie había utilizado el Pinzgauer.

—Nadie aparte de mí.

El tipo jugaba a hacerse el tonto.

—¿Recibió una llamada por alguna urgencia? —quiso saber Epkeen.

—No esperamos a que desvalijen a la gente para patrullar —replicó el responsable.

—Así que patrulló esa noche por Badén Powell.

—Si usted lo dice.

Debeer echó los testículos hacia delante, en un gesto provocador: era un chulo prepotente. Epkeen se cruzó con su propio reflejo en las gafas del gordo: no era muy brillante que digamos.

—¿Patrulla usted solo?

—No necesito a nadie para hacer mi trabajo —aseguró el grueso afrikáner.

—¿No trabajan por parejas?

—Pasamos más tiempo dando parte de los robos con allanamiento cuando ya se han producido: a veces, basta ir uno solo.

Menos mano de obra igual a más beneficios, aunque el resultado fuera que se descuidara el trabajo: un clásico de la época que no lo convencía mucho. Epkeen se

sacó una foto de la cazadora.

—¿Reconoce esta casa?

Debeer habría leído cinco líneas de chino con el mismo interés.

—No me suena.

—Una casa entre las dunas, junto a Pelikan Park. No la protege ninguna empresa de seguridad: un poco extraño para una casa aislada, ¿no le parece?

Se encogió de hombros:

—Si a la gente le gusta que le roben, allá ella.

—Esa casa está en su sector: ¿no trató nadie de captar a los propietarios como clientes de su empresa?

—Soy director de la agencia, no comercial —rezongó Debeer.

—Ya, pero también tiene toda la pinta de ser un mentiroso. Me da a mí que miente como respira...

—No respiro: por eso me dieron este puesto.

Sobre sus anchas caderas colgaban una porra, un móvil y su arma de servicio.

—Es usted expolicía, ¿verdad? —le dijo Epkeen.

—No es asunto suyo.

—¿Puedo echarle un vistazo al vehículo?

—¿Tiene una orden?

—¿Y usted tiene alguna razón para no enseñarme lo que hay dentro?

Debeer dudó un momento, emitió un sonido de lo más desagradable con la boca y se sacó una llave del bolsillo. Los faros del Pinzgauer parpadearon.

El 4x4 olía a desinfectante para váter. La parte de atrás estaba acondicionada para transportar mercancías. Epkeen inspeccionó el habitáculo: todo estaba limpio, no había el más mínimo residuo en el cenicero, ni siquiera una mota de polvo en el salpicadero...

—¿Qué suele transportar en este coche?

—Depende de la intervención —contestó Debeer a su espalda.

Dentro cabían ocho personas. Epkeen salió del vehículo.

—¿Lo ha limpiado hace poco?

—Eso no está prohibido, que yo sepa.

—Tiene gracia —dijo Epkeen, volviéndose hacia el Ford—, el otro coche, en cambio, está bien guarro.

—¿Y qué?

El sudor le había formado cercos bajo el uniforme. Epkeen sintió que el móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón. Salió del hangar para contestar a la llamada —era Neuman— mientras fulminaba con la mirada al director de la agencia.

—¿Dónde estás? —le preguntó el zulú desde el otro extremo de las ondas.

—En Hout Bay, con un gilipollas.

—Pues pasa. Hemos recibido un regalito. Reúnete conmigo en la comisaría de Harare —ordenó.

Epkeen rezongó, guardando el móvil. Debeer lo miraba tras el cristal de espejo de sus gafas, a la sombra del hangar, con los pulgares encajados en las trabillas del pantalón.

\* \* \*

En el despacho de Walter Sanogo flotaba un olor desagradable, apenas disipado por las aspas del ventilador. Neuman y Epkeen estaban delante de él, en silencio ante lo que se avecinaba. El jefe de la comisaría sacó la bolsa de plástico de la nevera portátil que tenía a los pies y la dejó con cuidado sobre la mesa. En su interior había una esfera, una cabeza humana, cuyos rasgos negroides se adivinaban bajo la siniestra capa de plástico...

—La han encontrado esta mañana en una papelera de la comisaría —dijo Sanogo con voz neutra.

Desató las asas de la bolsa de plástico y descubrió la cabeza decapitada de un joven negro, de labios y pómulos tumefactos, que los miraba fijamente con una mueca monstruosa. Le habían cortado los párpados cerrados en sentido longitudinal, de manera que sólo quedaba una raja sanguinolenta a guisa de mirada. Una mirada cortada a cuchilla... El Gato se había divertido un poco antes de entregarle el despojo a su amo.

—¿Un regalo de Mzala? —preguntó Neuman.

—Parece que el Gato ha marcado su territorio con este regalito.

Quizá Walter Sanogo pensaba que resultaba gracioso.

Neuman se arrodilló para quedar a la altura de la cabeza: se había cruzado con ese chico hacía diez días, en el solar, con Joey... El cojo.

—¿Conoce a este hombre?

—No —contestó el policía del township—. Debe de venir del extranjero, o de los asentamientos...

—Me topé con él en Khayelitsha hará unos diez días —dijo Neuman—. Estaba pegando al niño que asaltó a mi madre...

Sanogo se encogió de hombros.

—He enviado una patrulla hacia las dunas de Cape Flats para encontrar el resto del cuerpo —dijo—: Los lobos suelen abandonar ahí sus carroñas.

Neuman observó la cabeza decapitada sobre el escritorio, con los párpados recortados.

—En ese caso vamos a decirle unas palabritas al jefe de la jauría.

\* \* \*

Mzala jugaba a los dardos en el salón privado del Marabi. El *shebeen* ya estaba abarrotado de muertos de hambre tirados por el suelo, sordos a los insultos que Dina les soltaba, como huesos a aves de presa.

—¡Consumid algo, chusma, más que chusma, que esto no es un *hammam!*

La *shebeen queen* vio entonces al poli negro y alto en la entrada de su establecimiento, seguido de la brigada entera de agentes de Sanogo, y dejó en paz a los clientes. Neuman se abrió paso a través del tropel de borrachos pasmados, con Epkeen cubriéndole las espaldas.

—Usted...

—Tú, cállate, no es la primera vez que te lo digo.

Con una sola mirada, Neuman hizo retroceder a la mujer detrás de su mostrador. Pasó delante de la columna y abrió la puerta metálica que llevaba al salón privado de los americanos. Un ventilador ruidoso removía el aire lleno de humo. Tres tipos tirados en jergones aguardaban su turno para jugar: concentrado delante de la diana, Mzala parecía descansar.

—¿Les ha gustado mi regalo? —dijo, a la vez que lanzaba el dardo.

Se clavó muy lejos del blanco.

Dos *tsotsis* de ojos rojos salieron del pasillo y se colocaron uno a cada lado del jefe de la banda. Epkeen los tenía en su línea de mira, ocultaban un arma debajo de la camisa. Los otros tres parecían dormir. Sanogo se apoyó contra la pared metálica, junto a la *shebeen queen*, que había acudido también.

—¿De dónde sale esa cabeza? —preguntó Neuman.

—De no muy lejos de aquí: hacia Crossroads, en el límite del township, donde trataba de vender su mercancía... No era una buena idea —añadió Mzala, con una sonrisa dura.

Iba a lanzar un nuevo dardo, pero Neuman se interpuso entre la diana y él:

—Así que le cortó la cabeza.

El *tsotsi* adoptó un aire contrito que no le pegaba ni con cola.

—No tengo nada contra los polis —dijo—, pero no me gusta enterarme de lo que pasa en mi casa por el ojete de la vecina. Esa historia que me contó usted casi me quita el sueño: eso de que el territorio de los americanos no está bien protegido... —Chasqueó la lengua—. Usted es un tipo evolucionado, entiende lo que es la propiedad privada... Había que enviarles una señal contundente a esos hijos de puta extranjeros.

—¿La mafia nigeriana?

—Eso parece. Esos perros, echas a diez y vuelven cien.

El Gato sonreía, enigmático.

—¿Cómo sabes que son nigerianos?

—Hablaban dashiki entre ellos, y das una patada y salen diez bandas de ésas: si no me cree, no tiene más que preguntarle al capitán —dijo, señalando con la nariz a Sanogo.

Éste no dijo nada. Dos de sus agentes montaban guardia en la entrada del *shebeen*, los demás vigilaban a los borrachos en la sala.

—¿Quién es su jefe? —quiso saber Neuman.

—Uno de esos putos negratos, me imagino.

—Le has cortado los párpados con una cuchilla, no creo que lo hicieras sólo por deporte. ¿Y bien, qué tienes que contarme?

El *tsotsi* se limpió la palma de la mano en la camiseta blanca desgastada.

—No les pregunté cómo se llamaban, hermano: no eran más que putos perros nigerianos... Un territorio no se comparte: y menos el de los americanos.

Ningún movimiento hostil por el momento. Epkeen echó un vistazo por la ventana de barrotes que daba a la calle: fuera, unos niños con pantalón corto hacían el ganso a distancia, contenidos por sus hermanos mayores.

—¿Dónde está el resto del cuerpo? —preguntó Neuman.

—¡Lo hemos tirado allí de donde venía ese hijo de puta! —exclamó Mzala, sacando pecho ante su corte—. Al otro lado de las vías del tren...

La vía férrea separaba Khayelitsha de los asentamientos.

—¿La banda es de esa zona?

—Eso parece, tío.

—¿Y qué coño hace en vuestro territorio?

—Ya se lo he dicho: intenta pasar droga.

—¿Qué droga?

—Tik. Al menos eso es lo que nos dijo el tipo... Ya no tenía razones para mentir —añadió con una sonrisa burlona—. Esas hienas se movían por nuestro territorio, desde hacía ya tiempo al parecer... Eso no se hace, estará de acuerdo conmigo. Nosotros somos americanos, no nos va eso de compartir.

—¿Sabes que resultas gracioso? —Neuman le tendió la foto de Gulethu—. ¿Conoces a este tío?

—Bah...

—Gulethu, un *tsotsi* de origen zulú. Estuvo en varias bandas de los townships antes de pasar una temporadita a la sombra. Se le atribuyen varios asesinatos, principalmente los de dos chicas blancas.

—¿Es él el zulú del que hablan los periódicos?

—No me digas que sabes leer.

—Tengo chicas que han aprendido para mí —dijo, volviéndose hacia la mestiza medio tumbada en el sofá—. ¿A que sí, preciosa, a que tú sabes un huevo de lectura?

—Claro —contestó la cortesana; el pecho se le desbordaba de la camiseta ceñida roja—: ¡Hasta tengo la Biblia escrita en el culo!

Hubo unas cuantas risotadas. Los pechos de la chica temblaban al compás de su risa.

—¿Y bien? —se impacientó Neuman.

—No —dijo Mzala—: Nunca he visto a ese tío.

—¿Dónde se esconde el resto de la banda?

—En los Cape Flats, en un antiguo *plaza shop* según el tío este, junto a la vía del tren... No he ido a comprobarlo. Apesta a mierda en toda esa zona.

Mzala sonreía, enseñando sus dientes amarillos, cuando de pronto los cristales de las ventanas saltaron por los aires. Acribillaron a balazos a los dos policías que montaban guardia en la entrada antes de que les diera tiempo siquiera a blandir sus armas, y el rótulo y la puerta estallaron en pedazos. Un Toyota con la lona abierta se detuvo delante del *shebeen*: los tres hombres que iban detrás descargaron una lluvia de fuego sobre el local. Los clientes retrocedieron bajo el impacto de los proyectiles: un hombre cayó de bruces al suelo, otro se desplomó delante del mostrador, con el cuello roto. Los más fuertes huían empujando a los borrachos estupefactos, abriéndose paso a puñetazos: una ráfaga le arrancó la mandíbula a un policía atrapado en el tumulto, y lanzó un grito salvaje. Neuman se había tirado al suelo. Los cuerpos caían a su alrededor, y los que aún estaban en pie corrían a refugiarse a la sala de juego. Disparos de AK-47. Presa del pánico, otros trataban de huir por las ventanas, donde los esperaban los asaltantes para devolverlos al interior como peleles sanguinolentos. Neuman buscó a Epkeen con la mirada y lo encontró a ras de suelo, pistola en mano. Refugiado contra la pared, Mzala gritaba órdenes por su teléfono móvil. Los clientes se precipitaban hacia la puerta metálica, ametrallados a quemarropa: las balas seguían lloviendo, en medio de una explosión de yeso, vasos, botellas y carteles publicitarios... Mzala y sus hombres se colocaron a ambos lados de la ventana del salón privado y dispararon a su vez.

Sanogo y sus hombres se habían replegado en la confusión más absoluta, siete agentes de uniforme, entre ellos uno con la barbilla hecha pedazos, que sujetaba a otro recién incorporado al cuerpo, que estaba aterrorizado. Las balas volaban por encima del mostrador, donde se escondía Dina, con la cabeza entre las manos. Neuman reptó en medio del tumulto y siguió a Epkeen por la puerta de servicio. Sonaron otros disparos en la calle, que hacían eco a los estertores de los heridos.

Siempre alerta, los americanos habían acudido enseguida para un contraataque relámpago: sepultaron bajo las balas al vehículo enemigo, aparcado delante de su cuartel general, lo que puso fin al diluvio de fuego.

Epkeen y Neuman aparecieron en el patio del *shebeen*, un callejón sin salida en el que se amontonaban cajas de madera y latas de maíz molido. Vieron los tejados de

chapa ondulada y treparon por el canalón. Asustados, los viandantes habían huido; se oían gritos en las callejas vecinas. Los tres negros de la parte trasera del Toyota se habían dado la vuelta y contestaban ahora a los tiros de los americanos que habían acudido a ayudar a sus compañeros. Se dispararon unos a otros durante un breve momento: uno de los negros se desplomó contra la lona del Toyota; el conductor arrancó el motor y se alejó a toda velocidad. Un cuarto tirador cubría su huida disparando desde la puerta del vehículo. Epkeen y Neuman tiraron a su vez desde los tejados, vaciando sus cargadores sobre los tres *tsotsis* de la parte trasera del todoterreno.

Saltaron del tejado envueltos en una nube de pólvora.

El Toyota ametrallado hizo eses en la calle antes de chocar con una casita de ladrillo, contra la que se empotró con un ruido sordo. El *tsotsi* sentado en el asiento del copiloto saltó por la ventanilla y huyó gritando. Epkeen y Neuman acudieron corriendo, mientras recargaban sus armas. Los tipos de la parte trasera del Toyota ya no se movían, tenían el cuerpo acribillado a balazos. La sombra de Ali se proyectó por detrás de Epkeen, que apuntó al motor humeante con su pistola: la cara del conductor descansaba sobre el volante, con los ojos abiertos. La bala le había salido por la boca... El afrikáner levantó la cabeza, vio a gente correr en todas direcciones, y distinguió a Neuman en el otro extremo de la calleja, ya le sacaba cien metros de ventaja.

El *tsotsi* que había huido del vehículo empuñaba un AK-47: lanzó una ráfaga a ciegas antes de doblar la esquina de la calle. Volvió a aparecer enseguida, andando hacia atrás y disparando en todas las direcciones. Los americanos habían cercado el perímetro, impidiendo así toda huida. Un coche destartado surgió entre una nube de polvo y se detuvo en seco.

Acorralado, el *tsotsi* se volvió hacia Neuman y, con los ojos desorbitados, lo apuntó con su AK-47. Un negro de facciones espantosas, que parecía desafiarlo en su locura: Gulethu.

Neuman disparó en el preciso momento en que éste apretaba el gatillo.

Los hombres de Mzala salieron del coche, arma en mano. Gulethu yacía sobre el suelo de tierra, con una bala en la cadera. Guiñó los ojos bajo el sol: vio a los americanos al cabo de la calle y trató de agarrar su AK-47, sin conseguirlo. Sonrió como un demente, apretando el amuleto que colgaba de su cuello; los hombres de Mzala lo remataron de una ráfaga a quemarropa.

Neuman quiso gritar pero sintió un dolor intenso. En un gesto instintivo, se llevó la mano a la tripa: cuando la retiró estaba roja, y la sangre caliente corría por su camisa...

**TERCERA PARTE**  
**Que tiemble la tierra**

# 1

Zina no tenía hermanos varones. Como era la mayor, había aprendido el *izinduku*. El arte marcial zulú solía estar reservado a los varones, pero había demostrado una habilidad y una saña poco comunes para una muchacha tan guapa. Su padre se marchó un día al bosque para tallarle un bastón a su medida. Se peleaba con los chicos, devolviéndoles hasta el último golpe, ajena a las burlas.

Su padre había sido destituido de su estatus por insubordinación a las autoridades bantúes, las cuales, con el pretexto de obedecer a las leyes del apartheid, habían permitido una autonomía relativa a los jefes tribales: no estaba dispuesto a ser uno de esos reyezuelos comprados por el poder blanco cuyas milicias no tendrían reparos en imponer el orden a golpe de porra en el interior de los bantustán. Habían destruido su casa con una apisonadora, habían matado a sus animales, expulsado al clan y dispersado a sus miembros en las chabolas vecinas.

Zina había decidido devolver los golpes. Como el ANC estaba prohibido, y sus miembros llevaban veinte años en prisión, se afilió al Inkatha zulú del jefe Buthelezi.

Había pocas mujeres combatientes en el Inkatha: a veces, sirviéndose del club de punto como tapadera, ayudaban a organizar reuniones políticas o a ocultar a simpatizantes blancos para evitar que fueran detenidos por el ejército o linchados por los *comrades*. Zina se había manifestado con los bastones zulúes que les estaba permitido llevar, y había amenazado al poder blanco desfilando con armas imaginarias, había impreso panfletos, atacado y huido de los militantes del ANC-UDF, que hasta entonces representaban a la oposición. A fuerza de aplacar su feminidad en los ámbitos masculinos, su parte amordazada había resurgido, volcánica: violencia vana, amores y desilusiones telúricas, hacía tiempo que Zina había tirado su corazón desde lo alto de un puente y esperaba a que una niña fuera a recogerlo, ella misma.

Los años de apartheid habían pasado, años de adulto: el combate político la había vuelto como la madera de los bastones que su padre tallaba para ella. Al abrazar a sus enemigos políticos, el presidente Mándela había puesto fin a las matanzas, pero el mundo, en el fondo, no había hecho sino desplazarse: hoy el apartheid ya no era político sino social, y ella seguía en lo alto del puente, inclinada sobre su gran corazón caído.

Pero Zina no perdía la esperanza, no del todo. Era una mujer inteligente: cultivaba su agilidad...

Ali Neuman descansaba sobre la cama de hospital, con una sonrisa pálida a guisa de bienvenida. Ella arqueó una ceja irónica:

—Y yo que creía que los reyes zulúes eran inmortales...

—No estoy muerto —dijo él—. Todavía no.

La bala de Gulethu había atravesado su costado izquierdo y resbalado por una costilla, a escasos milímetros del corazón. La fisura que tenía en el hueso le hacía soltar suspiros complicados. Reposo total, había recomendado el médico del hospital: una o dos semanas, hasta que el cartílago se consolidara de nuevo.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí?

—He leído tus hazañas en el periódico —se burló—. Enhorabuena.

—Doce muertos no es exactamente lo que yo llamaría una hazaña.

Los pájaros cantaban por la ventana de la habitación. Zina llevaba un vestido azul noche y un cordón trenzado al cuello, del que colgaba una piedra azul cobalto. Vio el ramo de iris que adornaba la mesilla:

—¿Una admiradora?

—Peor todavía: mi madre.

Zina cogió el libro que había junto a las flores.

—¿Y esto?

—Un regalo de Brian.

—¿Un amigo?

—El último.

Zina leyó el título en voz alta:

—Juan Pablo II: textos esenciales... Esbozó un gesto interrogativo de lo más encantador.

—Soy un poco insomne —dijo Ali, recurriendo a un eufemismo—: Brian espera poder dormirme con eso...

—¿Y funciona?

—Por lo general me quedo roque nada más leer la portada.

Zina sonrió, a la vez que una gota de sudor rodaba entre sus pechos. En lo que dura un sueño, el rocío de su piel desapareció bajo su vestido.

—¿Cuándo saldrás de aquí? —le preguntó.

—Dentro de un rato, para la conferencia de prensa.

—Huy seguro que tu médico estará encantado.

—Puedo andar.

—¿Hasta dónde? ¿Hasta la puerta?

El tono era alegre, pero Ali no sonrió. Vio sus pies desnudos sobre el suelo plastificado, el reflejo de sus piernas a la luz del sol y el deseo que le atenazaba la garganta.

—Actúo el sábado en el Rhodes House —le dijo—. Es la última actuación de la gira.

—¿Ah, sí?

Ali interpretaba mal un papel que, sin embargo, se sabía de memoria. No se habían dicho nada la otra noche en el camerino: él había huido de sus labios para contestar a la llamada de Janet Helms y se había marchado sin una sola palabra. Zina no sabía lo que pensaba, si todavía la creía sospechosa de matar a la gente, como en los tiempos del Inkatha; no sabía siquiera si seguía en lo alto del puente, esperando ese día que nunca llegaba.

Se inclinó sobre el río que corría, fue un impulso irresistible: un trozo de su alma se ahogó cuando rozó con la boca sus labios. No pensó más en la niña asomada al puente bajo la lluvia. Ali esbozaba un gesto hacia ella, el primero, cuando llamaron a la puerta.

La masa del mundo no tardó en separarlos.

Una gruesa señora negra cargada de provisiones irrumpió en la habitación, palpando el aire con su bastón. Josephina adivinó una silueta femenina junto a su hijo y se echó a reír:

—¡Oh, os he interrumpido! ¡Oh! ¡Cuánto lo siento!

—No, si yo ya me iba —mintió Zina.

—Ji, ji, ji.

Josephina dejó sus provisiones al pie de la cama antes de desplazar su quintal de grasa hasta Zina. Ali se la presentó, pero Josephina ya la estaba observando, con las yemas de los dedos.

—Ji, ji, ji.

—Bueno, mamá, ya vale...

Pero Josephina estaba feliz: el rostro de la mujer era noble, sus formas, generosas, un dulce sauce inclinado sobre la cama de su hijo...

—Es usted zulú, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí... De hecho, su hijo preferiría que lo fuera un poco menos...

Zina le guiñó el ojo al hombre que yacía en la cama y se marchó como una exhalación.

Ali palideció un poco más.

Apoyada en su bastón, su madre lo miraba como si fuera un superhombre:

—¡Qué buen aspecto tienes, hijo!

Ali tenía en la boca el sabor de los labios de Zina, y en el corazón, un agujero negro.

\* \* \*

Brian compró un león amarillo y rojo a los vendedores ambulantes, y una cebra para Eve: figuritas de alambre que hacían en los townships... Llamó al telefonillo; sentía la garganta un poco seca.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer.

—¿Claire? Soy Brian...

—¿Quién?

Calma blanca bajo el sol reventado.

Sensación de arenas movedizas en la acera.

Las veladas bien regadas de alcohol habían sellado su amistad: a Dan no le hubiera gustado que abandonara a su mujer con el pretexto de que él ya no estaba.

—Déjame entrar, Claire —insistió—: Sólo un momento.

Primero hubo una fuerte densidad de silencio, seguida de un suspiro apenas perceptible y un clic electrónico que abrió la verja.

El sol inundaba el pequeño jardín de la casa. Eve y Tom se salpicaban dentro de una piscinita de plástico ante la mirada atenta de su tía Margot, que lo saludó con una sonrisa ocupada.

—¡Tío Brian! ¡Tío Brian!

Los niños se lanzaron a su cuello como si fuera un poni, festejando sus regalos.

—¿Dónde está Ali? —preguntó Tom.

—Se está pintando las uñas: vendrá a veros cuando se le haya secado el esmalte.

—¿De verdad? —se maravilló Eve.

Claire estaba en la terraza, terminando de preparar las galletas que los niños acababan de amasar. Con el pretexto de un nuevo juego, Margot atrajo a los niños hacia la piscina. Brian se acercó a la mesa donde la joven se aplicaba en silencio.

—Te dije que prefería estar sola —dijo, sin levantar la cabeza.

Brian se metió las manos en los bolsillos para no fumar.

—Sólo quería saber cómo estabais.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—¿Qué tal están los niños?

—¿Has visto alguna vez a algún huérfano dar saltos de alegría?

—Estás viva, Claire —le dijo en tono amistoso.

—No estoy muerta: pequeño matiz.

La joven viuda levantó los ojos, pero la pena se la había tragado al interior de sí misma. Hasta el azul de sus iris estaba desleído.

—La situación ya es bastante complicada de por sí, ¿no crees?...

—Es verdad que podría ser peor —replicó ella, con una sonrisa feroz—: También está el cangrejo, que podría arrancarme el pecho. Pero, menos mal, tengo suerte, ¡ya vuelve a crecerme el pelo! Es fantástico, ¿no?

Sus manos temblaban sobre la masa de las galletas.

—¿Has recibido mi paquete? —le preguntó Brian.

—¿Las cosas de Dan? Sí... Tendrías que haber metido también sus manos en la caja: de recuerdo.

Su maldad la iba a hacer llorar. Se le estaban llenando los párpados hinchados de gruesos lagrimones. Brian ya no la reconocía. Sin duda ella tampoco a él...

—Vete, Brian —dijo—. Por favor.

Los gritos de los niños resonaban desde la piscina. Desamparado, Brian le besó el cabello sintético, mientras ella aplastaba a puñetazos las figuritas de galleta.

\* \* \*

Las zonas entre dos aguas de Nyanga, Crossroads y Philippi concentraban la mayoría de los asentamientos ilegales. Esas zonas tenían sus propias leyes, sus *shebeens* y sus burdeles, su música y sus carreras de caballos. Algunos *shacklords*, los señores de los bajos fondos, imponían efímeros reinos. Sam Gulethu se contaba entre ellos.

Terminaron por encontrar el hangar, un antiguo *plaza shop*, que les servía de escondite, en la frontera con Khayelitsha. Las huellas y restos de ADN que había en las colillas confirmaban que la banda había vivido allí un tiempo. El hangar estaba habilitado como vivienda —dormitorio, cocina—, y las aberturas, protegidas con placas de acero: un cuartel general fácil de defender en caso de ataque de una banda rival, con un garaje cerrado y una callejuela que llevaba a las dunas del *public open space* vecino. Un 4x4 podía plantarse en la carretera nacional en pocos minutos, y en Muizenberg en menos de media hora. La policía no había dado con el stock de droga, pero sí había encontrado jeringuillas sin usar y residuos de marihuana por todo el hangar. Dos de los *tsotsis* abatidos en el ataque al Marabi eran viejos conocidos de la policía: Etho Mungembe, un antiguo *witdoeke*, esos militares tolerados por el apartheid que se enfrentaban a la juventud progresista de los bantustán, y Patrice «Tyson» Sango, exsargento reclutador en una milicia rebelde del Congo, buscado por crímenes de guerra. No se sabía qué había impulsado a los *tsotsis* a matarse entre ellos en el sótano, si Gulethu los había eliminado porque los perseguía la policía: habían encontrado sesenta y cinco mil rands en los bolsillos del «zulú». Sin duda, el dinero de la droga. Eso no decía nada de dónde estaba el stock, ni si todavía existía, si alguna mafia abastecía a la banda, pero los análisis toxicológicos explicaban el ataque suicida contra el cuartel general de los americanos: Gulethu y sus matones estaban colocados hasta las cejas de esa droga a base de tik que tenía el mismo índice de toxicidad que la que habían consumido los *tsotsis* destripados del sótano. ¿Se habrían hecho adictos ellos también? ¿Acaso los manipulaba Gulethu para llevar a cabo sus ritos criminales? El hangar estaba repleto de armas: revólveres de la policía con los números de serie rayados, granadas ofensivas, dos fusiles de asalto y bastones de combate zulúes. Uno de éstos, más corto, un *umsila*, todavía manchado de la sangre de Kate Montgomery tenía las huellas de Gulethu. El mechón de cabello de la joven y las uñas estaban escondidos en una caja de hierro bajo un colchón improvisado, junto

con otros amuletos.

Gulethu no había tenido tiempo de elaborar su *muti*, y su «combate» contra los americanos le había salido mal: delirio guerrero, etnocida o suicida, fuera cual fuere el pensamiento arcaico del «zulú», sus secretos habían muerto con él.

De todas maneras, ya no había tiempo para elucubraciones psicológicas: la sala del palacio de justicia de Ciudad del Cabo estaba abarrotada, todo el mundo quería asistir a la conferencia de prensa del jefe de la policía, reinaba un ambiente febril. Fotógrafos y periodistas se apiñaban ante el estrado donde el superintendente, con su uniforme de gala, ofrecía las primeras conclusiones de la investigación.

Doce muertos, entre los cuales dos policías, seis personas ingresadas en el hospital en estado crítico: la intervención en el township de Khayelitsha se había saldado con una matanza. Con la campaña anticrimen del FNB, las elecciones presidenciales a la vuelta de la esquina y los objetivos político-económicos del dichoso Mundial de Fútbol, Karl Krugë se jugaba su jubilación anticipada con ese asunto.

Alabó a la policía criminal, que había aniquilado a la banda mafiosa y al asesino de las dos jóvenes, antes de confundir con su elocuencia a los asistentes: no había ningún resurgimiento de identidad zulú, ni miembros decepcionados del Inkatha dispuestos a enfrentarse al resto del país para reclamar la secesión o la independencia. No había tampoco grupos políticos extremistas, ni etnia pisoteada, tan sólo una banda de mercenarios vinculada a las mafias que traficaba con una nueva droga en la península, y su jefe, Sam Gulethu, un *tsotsi* embrutecido por años de violencia que se tomaba por el ángel exterminador, iluminado por alguna visión indigenista y un montón de creencias confusas, presa de una mezcla de brujería y tik, de venganza y de degeneración crónica. No era más que un cobarde que aprovechaba la ingenuidad de la juventud blanca para ajustar cuentas con sus viejos demonios.

El caso Wiese/Montgomery estaba cerrado. El país no era presa del caos sino de problemas coyunturales...

Al amparo de los flashes, Ali Neuman observaba la escena con un confuso malestar.

Acababa de hablar con Maia por teléfono. Habían quedado en Marenberg, donde había vivido Gulethu. Cada paso se le clavaba en el corazón, pero podía avanzar. Los periodistas se empujaban unos a otros ante el estrado, donde Krugë sudaba en su uniforme impecable... Neuman no esperó a que terminara la conferencia de prensa para abandonar el palacio de justicia.

Epkeen ni siquiera había ido.

La ruta de los vinos de Ciudad del Cabo era uno de los itinerarios más bonitos del país: los viñedos al pie de la montaña, la arquitectura de las casas solariegas francesas u holandesas, las escarpadas pendientes de roca que se recortaban sobre el azul del cielo, la vegetación frondosa, exuberante, los menús de los restaurantes... todo un paraíso terrenal, para quien pudiera permitírselo.

Brian solía almorzar todos los domingos con Ruby en La Colombe, un restaurante de alto copete regentado por un chef francés, cuando se gastaban el dinero de la semana en una comida. Cultivaban su fibra contestataria en los escasos locales *underground* de una ciudad abocada al tedio pastoral del «desarrollo separado», y aunque a menudo tuvieran serios problemas para llegar a fin de mes, con Ruby no se terminaba el fin de semana en un restaurante barato: su tren de vida consistía más bien en almuerzos en sitios caros, bien regados de Chardonnay y del Shiraz del valle, y luego ya verían. Pasaban horas a la sombra de los cipreses enamorados, o en remojo en la piscina del establecimiento, hablando de su famoso sello discográfico, de los grupos alternativos a los que iba a producir para darle por culo a ese régimen de desgraciados hijos de puta, antes de retozar entre la hierba... Qué tiempos aquellos. Pero las borracheras de los domingos al mediodía no duraron mucho: llegó David, se les fue haciendo cada vez más difícil llegar a fin de mes (como la mayoría de sus clientes negros no podía pagar sus servicios, era Ruby quien mantenía a la familia), la inquietud cuando la policía y los servicios secretos les buscaban las cosquillas o les amargaban la vida a golpe de pequeñas mezquindades administrativas o judiciales, por no mencionar las veces que lo habían dejado por muerto tirado en una cuneta y el temor a que llegara la fatídica llamada telefónica que anunciara que ya no se levantaría, los cuentos que le contaba él para tranquilizarla, su desconfianza enfermiza, y ese día en que Ruby lo había sorprendido en el centro con una mujer negra, en una actitud que no permitía albergar dudas al respecto...

La brisa hacía volar las cenizas en la cabina del Mercedes. Epkeen abandonó la carretera soleada y se adentró entre las viñas.

Ruby había reaparecido en su vida en un momento en que coleccionaba problemas y decepciones, tenía que haber alguna razón a la fuerza... Perplejo, sin saber cuál podía ser el significado de ese reencuentro, Brian conducía a toda velocidad por los campos.

La casa solariega de Broschental tenía dos siglos y era uno de los viñedos más famosos de todo el país —los hugonotes franceses habían venido, como todos los emigrantes, con su cultura y los medios para desarrollarla—. Epkeen bordeó las parcelas de vid y llegó hasta la propiedad vecina, una antigua granja que se adivinaba al final del camino.

Lo recibió un concierto de cigarras en el patio castigado por el sol. Un perro de pelo corto y carrillos relucientes avanzó hacia él, enseñando los colmillos. Fuerte, corpulento, capaz de derribar a un hombre y mantenerlo en el suelo, el bullmastiff que guardaba la finca pesaba más de sesenta kilos.

—¿Qué hay, gordo, te dan bien de comer aquí?

El perro desconfiaba. Con razón: a Epkeen no le daban miedo los perros.

La casa del dentista, una antigua granja remodelada con buen gusto, se extendía en la ladera de la colina. Dragones, cosmos, azaleas, petunias... el jardín que bordeaba las viñas, en el ala izquierda del edificio, llenaba el aire con sus efluvios. El afrikáner pasó por delante de la piscina de azulejos y encontró a su exmujer a la sombra de un rosal trepador Belle du Portugal, medio desnuda sobre una tumbona.

—Hola, Ruby...

Adormilada bajo sus gafas de sol, no lo había oído llegar: la rubia cobriza pegó un brinco en su hamaca.

—¿Qué estás haciendo aquí?! —exclamó, como si no creyera lo que veían sus ojos.

—Pues nada, ya ves: he venido a hacerte una visita.

Ruby sólo llevaba un bikini amarillo. Se cubrió con un pareo y fusiló con la mirada al bullmastiff que correteaba por el césped.

—Y tú, idiota —le dijo al perro—, ¡a ver si haces tu trabajo!

El animal pasó por delante de ellos, babeando, y se apartó para evitar a la *Kommandantur*, que lo tenía en su línea de mira. Brian se metió las manos en los bolsillos:

—¿Ya sabe David los resultados de su examen?

—¿Desde cuándo te interesas por tu hijo?

—Desde que he visto a su novia. ¿Podemos hablar en serio?

—¿De qué?

—De Kate Montgomery por ejemplo.

—¿Tienes una orden para entrar así en la casa de la gente?

Ruby apretaba el pareo contra su pecho, como si temiera que Brian pudiera abalanzársele encima.

—Necesito detalles —dijo él, concentrándose un poco—. Kate no tenía amigos, nadie ha podido contarme nada de ella, y tú eres la última persona que la vio con vida.

—¿Por qué no mandan a un poli de verdad? —preguntó ella, con una sinceridad desarmante.

—Porque yo soy el más manta de todos.

Una sonrisita burlona se dibujó en los labios de Ruby. Al menos la hacía reír.

—Me temo que no tengo nada más que contarte —le dijo en un tono menos

hostil.

—Aun así me gustaría que me ayudaras. Kate estaba colocada cuando la asesinaron: ¿estabas al corriente de su pasado de toxicómana?

Ruby suspiró.

—No... Pero no hace falta llamarse Lacan para darse cuenta de que estaba mal de la olla.

—Kate era adepta al *cutting*. ¿Sabes de qué va la cosa?

—Cortarse la piel y ver brotar la sangre para sentirse vivo, sí... Nunca la vi practicar, si es eso lo que te preocupa, ni organizar festines con los carniceros del barrio.

—El asesino laceraba a sus víctimas: quizá le prometiera aliviarla, o algo así...

—Te he dicho que yo no sabía nada de eso.

—El asesino sabía cuándo pasaría Kate por la cornisa —prosiguió Brian—: La esperó cerca de su casa para asaltarla, o para interceptarla... También es posible que tuvieran una cita, y que le tendieran una trampa. En cualquier caso, la muerte fue premeditada. Eso significa que el asesino conocía su horario y sus actividades.

—¿Y eso ya que más da, si está muerto? El caso está cerrado, ¿no? Lo han dicho por la radio...

—Los horarios del personal los organizas tú. Quizá algún miembro del equipo de rodaje informara a Gulethu y empujara a Kate a una trampa, como en el caso de Nicole Wiese.

—¿No decías que ya los habías interrogado?

—Pero no saqué nada en claro —confesó—. Me he informado sobre el grupo de death metal: sus chorradas satánicas, los pollos degollados y toda la pesca, ¿eso qué es, cosas de adolescentes o una fascinación por el esoterismo?

—Son todos vegetarianos —dijo Ruby.

Los neumáticos de un coche crujieron sobre la gravilla, seguidos del ruido de una puerta al cerrarse. Un melencólico alto y mal afeitado apareció en la otra punta del jardín, con un pantalón muy ancho y de talle bajo. David vio a sus padres junto a la piscina, se quedó un momento desconcertado y luego se les acercó a grandes zancadas.

—¿Qué pinta él aquí? —le espetó a su madre.

—Eso mismo le he preguntado yo.

—¿Qué tal el examen?, ¿bien?

—Métete en tus asuntos, los míos no te importan una mierda.

Epkeen suspiró, qué familia...

—Al menos tengo derecho a enterarme...

—No te hemos pedido nada —replicó David—. Mamá, por favor, dile que se vaya.

—Vete —le dijo Ruby.

Siempre a punto de llorar, Brian casi sentía ganas de reír.

—¿No está Marjorie contigo? —le preguntó.

—Sí, está escondida entre las viñas, sacándote fotos para vendérselas a las revistas del corazón.

—Te quiero, hijo.

—Mira, Brian —intervino Ruby—: Te he dicho todo lo que sabía de esa historia, es decir, nada. Y ahora, sé bueno y déjanos en paz.

—Dime al menos si has aprobado —insistió, volviéndose hacia su hijo.

—Primero de mi promoción —dijo David—. No hace falta que te sientas orgulloso, no es mérito tuyo.

La tensión se intensificó aún más.

—¿Te importa hablarme en otro tono? —dijo Brian entre dientes.

Un hombre esbelto de cabello entrecano apareció entonces en la terraza: vio al hijo de Ruby, con la melena al viento, a ella medio desnuda bajo el pareo, a un tipo desaliñado y al perro guardián, que hacía círculos alrededor de ellos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién es usted?

—Hola, Ricky...

—No te lo he presentado —intervino Ruby, desde su tumbona—: Rick, éste es el teniente Epkeen, el padre de David.

El dentista frunció el ceño:

—Creía que era guardia de tráfico.

Brian dirigió una mirada a su ex, haciéndose el sorprendido, y ésta se sonrojó ligeramente; vaya, al parecer había ascendido...

—Bah, qué más da una cosa que otra —dijo ella.

Ruby se levantó de la tumbona, ajustándose el pareo, e irguió su metro setenta y cinco de estatura con agilidad felina.

Siempre había sido una calientapollas de primera categoría. El dentista la acogió en sus brazos con un gesto protector.

—¿Qué está haciendo en mi casa? —preguntó.

—Investigar un asesinato. No tiene nada que ver con nuestros asuntos privados.

—Primera noticia —comentó David.

—Quédate al margen de esto, ¿quieres?

—Perdona pero se trata de mi madre.

—Que te calles te digo.

—Háblele un poco mejor a su hijo —intervino el dentista—: Esto no es una comisaría.

—No recibo lecciones de un especialista del colmillo —gruñó Epkeen.

Rick Van der Verskuizen no se dejó impresionar.

—Salga de mi casa —dijo entre dientes—. Salga de mi casa o lo denuncio a sus superiores por acoso.

—Rick tiene razón —afirmó Ruby, acurrucada contra él—: Estás celoso de nuestra felicidad, nada más.

—¡Eso es! —añadió David.

—¿Ah, sí? —dijo Epkeen, con hostilidad—. ¿Y a cuánto asciende tu nueva felicidad? Para una rebelde sin oficio ni beneficio, reconoce que no has salido mal parada...

La expresión de Ruby cambió bruscamente. Rick dio un paso hacia el policía:

—¿Tiene usted una orden para venir a nuestra casa a insultarnos?

—¿Prefiere que lo convoquen a la comisaría central? Rebuscando entre los papeles de Kate, he encontrado varias citas concertadas con su consulta.

—¿Y qué? Me gano la vida curándole las caries a la gente.

—Seis citas en un mes. ¿Qué tenía, la rabia?

—Kate Montgomery tenía un flemón —se defendió Rick—. La atendía en prioridad por cariño a Ruby, y yo tengo una clientela exigente, caballero: una clientela que no suele tener que esperar para recibir un servicio. No se puede decir lo mismo de la policía.

En el rostro del afrikáner se dibujó una sonrisa.

—Conozco a Ruby como si la hubiera parido —dijo con maldad—: Odia tanto a los hombres que siempre elige viejos verdes.

—Es usted repugnante —rugió Van der Verskuizen.

—Bien mirado, cuánta belleza hay en una caries...

El corazón de Ruby se puso al rojo vivo: se lanzó sobre Brian, pero éste se conocía sus ataques de memoria. La cogió por el codo y, con una simple presión, la mandó por los aires. Ruby resbaló sobre los azulejos, se libró de milagro de chocar con el borde del trampolín y cayó al agua turquesa de la piscina. Rick se precipitó hacia él, soltando unos tacos que Epkeen no oyó: lo agarró por el cuello de la camisa de seda y lo tiró también a la piscina, con todas sus fuerzas.

David, que no había movido un dedo, fulminó a su padre con la mirada.

—¿Qué pasa?! —le ladró éste—. ¡¿Tú también quieres darte un chapuzón?!

David se quedó un momento sin voz: vio a su madre en la piscina, con el pareo flotando, a Rick salir del agua, escupiendo agua por la nariz, y a su padre en la terraza, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Joder... —reaccionó el hijo pródigo—. ¡¡¡Pero tío, tú estás muy mal, tío, estás de la olla por completo!!!

Por completo.

Estaban empezando a hincharle las pelotas, todos ellos.

\* \* \*

La gente se mezclaba poco en los townships, donde el racismo y la xenofobia florecían como en cualquier otra parte. La población negra se concentraba en Khayelitsha, y los *coloured*, en Marenberg: allí vivía Maia desde hacía años, y allí había conseguido su cupo de *boy-friends* para sobrevivir. Ali había vacilado antes de llamarla (no había vuelto a hablar con ella desde su separación), pero la muchacha había aceptado ayudarlo enseguida.

Gulethu, el «zulú», había vivido en Marenberg, y alguna de sus compañeras de infortunio podía haberse relacionado con él. De hecho, una de ellas consentía en contarle su experiencia a cambio de una pequeña cantidad de dinero, Ntombi, una chica del campo que ahora vivía en un *hostel*...

La ausencia de alumbrado público y la delincuencia habían recluido a los habitantes en sus chabolas. Neuman conducía muy despacio, descifrando las sombras furtivas que desaparecían bajo los faros del coche.

—¿Estás seguro que no quieres un refresco?

Maia había comprado dos latas en el *plaza shop* de la esquina, creyendo que a Ali le gustaría.

—No... Gracias.

Se había puesto un vestido nuevo, pero su actitud, como si no hubiera pasado nada, incomodaba a Ali. Llevaban media hora dando vueltas por las calles destartaladas de Marenberg, la cortisona le había quitado la energía, se sentía cansado, irritado e impaciente:

—Bueno, qué, ¿dónde está ese *hostel*?

—En la siguiente a la derecha, creo —contestó Maia—. Hay una taberna abierta por la noche, según me ha dicho Ntombi...

Maia quería hablarle, decirle que no se preocupara por lo de la otra noche, no era nada, un vecino le había arreglado la pared del salón, pintaría otros cuadros, más bonitos, hasta puede que hubiera encontrado a alguien dispuesto a venderlos, en la ciudad; ya no se buscaría más *boy-friends* para llegar mejor a fin de mes, si es que a él no le gustaba. Ali podría venir más a menudo, o quedarse el rato que quisiera, no tenían más que seguir haciendo como antes, sus códigos, sus caricias, no tenían más que hacer como si nunca le hubiera dicho nada...

Maia le acarició la nuca:

—¿Seguro que estás bien? Estás muy pálido...

Un perro salió corriendo de debajo de las ruedas del coche. Neuman torció a la derecha.

Pese a lo disuasorio de los precios, los mendigos del barrio se agolpaban ante la

puerta blindada de la taberna, pidiendo en la reja algo con lo que palmarla con una sonrisa en los labios; el *hostel* en el que vivía Ntombi, una construcción de bloques de piedra con tejado de chapa ondulada, estaba un poco más lejos. Aparcaron delante de la puerta blindada.

En los *hostels* no había intimidación ninguna, la higiene era deplorable, las condiciones de vida, humillantes, y la tuberculosis y el sida campaban a sus anchas; eran lugares peligrosos, el más puro producto del urbanismo de control propio del apartheid. Albergaban a trabajadores inmigrantes, hombres solteros, exconvictos y algunas familias pobres y sin ataduras, reagrupadas alrededor del «propietario» de una cama.

La amiga de Maia practicaba el *phanding* desde su llegada a Marenberg hacía cinco años, y compartía lecho con un camello del barrio, residente permanente. Gracias a él, Ntombi no tenía una litera de cemento en un dormitorio abarrotado sino una verdadera habitación, con un colchón, una puerta que se cerraba con llave y un mínimo de intimidad.

El *hostel* de Ntombi lo regentaba un *coloured* de párpados caídos tan simpático como un petrolero a la deriva. Neuman lo dejó ocupado con el cuaderno escolar que hacía las veces de registro. Saltaron por encima de los tipos que dormían en el pasillo y se abrieron paso hasta la habitación número doce.

Ntombi los esperaba a la luz de una vela, con un vestido ceñido de color rojo vivo. Era una mestiza bastante rellenita, corpulenta, de cutis ya ajado: una vez hechas las presentaciones, acomodó a Maia y a su protector en la cama y les ofreció un brebaje naranja que sacó de su neverita portátil antes de abordar el tema que los había llevado hasta allí.

Ntombi había conocido a Sam Gulethu hacía cinco años, cuando su destino de chica del campo la había llevado hasta Marenberg. Ntombi era joven entonces, apenas veinte años, todavía no sabía cómo distinguir un *boy-friend* de un violador patentado. Gulethu la había tomado bajo su ala, dormían aquí y allá, al capricho de los trapicheos de su amante. Éste se jactaba de pertenecer a una banda, pero ella no quería saber nada de aquello, sólo quería sobrevivir. Gulethu era un tipo raro. Se hacía llamar Mtagaat, «el Brujo», y según él tenía dones: sobre todo tenía pinta de estar mal de la cabeza...

—Estaba enfadado con todo el mundo —explicó Ntombi—. Sobre todo con las mujeres. Me pegaba todo el rato. A menudo sin razón... En fin...

Ntombi dejó la frase en suspenso.

—¿Por qué le pegaba? —quiso saber Neuman.

—Deliraba... Decía disparates... Decía que yo estaba poseída por la *ufufuyane*.

La enfermedad endémica que afectaba a las jóvenes zulúes y, según la terminología, las hacía sexualmente «fuera de control»... Un delirio paranoico que le

iba como un guante al personaje de Gulethu...

—Usted no es zulú —observó Neuman.

—No, pero soy una mujer. Para él era suficiente.

Ntombi paseaba la mirada por la habitación, como si hubiera un lobo acechando.

—¿Estaba celoso? ¿Por eso le pegaba?

—No... —Ntombi sacudió la cabeza en un gesto de negación—. No... Yo podía decir lo que quisiera, le traía sin cuidado. Había decidido que yo tenía la enfermedad de las jóvenes: me castigaba por eso. Se enfadaba de pronto, se enfadaba muchísimo, y me pegaba con lo primero que pillaba... Cadenas de bicicleta, palos, barras de hierro...

Nicole. Kate. Blancas o mestizas, ya no importaba.

—¿La drogaba?

—No.

—¿Y él sí se drogaba?

—Fumaba *dagga* —contestó Ntombi—: A veces también bebía, con los demás...

En esas ocasiones yo prefería evitarlos.

—¿Se refiere a los demás miembros de la banda?

—Sí.

—¿Venían del extranjero?

—Venían sobre todo del *shebeen* de la esquina.

Neuman asintió con la cabeza. Junto a él, Maia permanecía inmóvil y callada.

—¿Tenía Gulethu un rito? —prosiguió—. ¿Tenía una manera fija de pegarle?... ¿Algo relacionado quizá con *sangomas* o con costumbres zulúes?

Ntombi se volvió hacia su amiga, que la alentó con la mirada. Entonces se levantó y, a la luz de la vela, se quitó el vestido.

La joven mestiza tenía la ropa interior blanca y unas feas cicatrices en el vientre, la cintura, las nalgas y los muslos... Su piel estaba cubierta aquí y allá de señales hinchadas y moradas, unas cicatrices extrañamente rectilíneas. El rostro de Neuman se ensombreció un poco más.

—¿De qué son esas marcas?

—De alambre de espino... Me envolvía en alambre de espino...

—¿Gulethu?

Neuman estaba pensando en Nicole, en los arañazos de sus brazos: hierro oxidado, según Tembo.

—Sí —dijo Ntombi—. Me decía que me desnudara, y me ataba con alambre de espino... La *ufufuyane* —repitió, estremeciéndose—. Decía que estaba poseída... Que si gritaba estaba muerta. Me dejaba así, tirada en el suelo, y me insultaba, me llamaba zorra, puta... y luego me pegaba.

Maia seguía impasible, sentada en la cama —ella también se había cruzado en su

vida con más de un loco así.

Ntombi se estremeció en mitad de la habitación, pero Neuman ya no la miraba: Gulethu había querido atar a Nicole con alambre de espino, pero la universitaria no estaba tan ida como él pensaba. Se había defendido: entonces él la había golpeado hasta matarla...

Ntombi volvió a ponerse el vestido, lanzando ojeadas angustiadas a la puerta, como si temiera que su *boy-friend* fuera a aparecer de un momento a otro.

—¿Le ocurría a menudo eso de enfadarse tanto?

—Cada vez que estaba excitado —contestó la mestiza—. Siempre con alambre de espino... Era lo que le gustaba a ese pervertido asqueroso... Los demás no estaban al corriente —añadió—. Decía que si se lo contaba, me arrastraría por todo el township atada al tubo de escape de un coche... Yo lo creía.

—¿La violaba?

—¡Oh, no! —exclamó ella, con una carcajada—. Eso, ni hablar...

Neuman frunció el ceño:

—¿Por qué?

—Gulethu era una muía —dijo con desprecio.

Una muía: alguien que rechazaba todo contacto con el sexo opuesto, según la jerga de los townships... A Ali se le encogió el corazón. Gulethu martirizaba a las mujeres pero no las tocaba. Les tenía miedo. Nunca habría podido violar a Kate... Su muerte no era más que una puesta en escena.

\* \* \*

Janet Helms había seguido la pista de Epkeen.

Frank Debeer, el gerente de ATD, era un *exkitskonstable*, esos policías a los que se adiestraba en tres semanas, en tiempos del apartheid, para engrosar las filas de los *vigilantes*. Al caer el régimen, Debeer había trabajado en distintas empresas de policía privada y dirigía desde hacía tres años la agencia ATD de Hout Bay, una compañía de seguridad de las más florecientes: vigilancia, protección personal, tenía sucursales en todo el país. El Pinzgauer aparcado en el hangar de Hout Bay correspondía a la descripción del vehículo sospechoso, y Debeer, a quien la pregunta había pillado desprevenido, no negó haber patrullado aquella noche.

Janet Helms conocía todos los programas informáticos, los sistemas de seguridad, las estrategias de los mejores hackers para burlarlos... La operación era ilegal, pero Epkeen le había dado carta blanca; pirateó el sistema informático de la agencia de seguridad y, tras un recorrido laberíntico por la jungla tecnológica, consiguió la lista de accionistas de ATD y estudió sus activos bancarios.

Los dividendos se repartían hacia media docena de bancos, es decir, a otras tantas

cuentas cuya numeración también consiguió averiguar. Esa maniobra era asimismo ilegal, y el resultado, aleatorio, pero su intuición era acertada: una de esas numeraciones de Hout Bay era la de la cuenta extranjera que alquilaba la casa de Muizenberg.

¿Evasión fiscal? ¿Financiaciones de operaciones ocultas y fondos reservados en un paraíso fiscal? Los dividendos de ATD se transferían vía un banco sudafricano, el First National Bank (el mismo que dirigía la campaña anticrimen), y revelaban un nombre: Joost Terreblanche.

Janet siguió investigando, pero apenas había información disponible: Terreblanche era un antiguo coronel del ejército que se había tomado la jubilación anticipada al salir elegido Mándela en las elecciones; no parecía residir ya en Sudáfrica. Había una dirección en Johannesburgo, de hacía cuatro años, pero a partir de ahí la pista se perdía. Por una simple cuestión de método, Janet hizo uso de sus recursos en los servicios de información y accedió, una vez más de manera ilícita, a los archivos del ejército.

Éstos eran más precisos. Joost Terreblanche había ejercido en la provincia de KwaZulu durante el apartheid, con el grado de coronel, en el 77º batallón: esa unidad reclutaba y entrenaba hombres para operaciones de intervención en los bantustán. Frank Debeer había servido de *kitskonstable* en el mismo batallón...

Janet Helms rebuscó en los registros, los expedientes y las comisiones. Pronto apareció un nombre en la pantalla. Un nombre siniestro: Wouter Basson.

### 3

*Wouter Basson (06/07/1959). Cardiólogo y químico. General de brigada y médico particular del presidente Pieter Botha. Inicia su carrera en 1984: temeroso de un ataque bioquímico por parte del bloque comunista, el general Viljoen, responsable de la defensa sudafricana, desarrolla una unidad especial encargada del Chemical and Biological Warfare (CBW<sup>[43]</sup>). Nombre en clave: Project Coast.*

*Wouter Basson recibe la tarea de crear un laboratorio militar en Roodeplaat, un barrio a las afueras de Pretoria. Con la amenaza de Mándela y su programa (una voz, un voto), las autoridades caen en la cuenta de hasta qué punto les es favorable la demografía del país: Basson contrata a doscientos científicos, a los que el Civil Cooperation Bureau (CCB) encomienda la tarea de fabricar armas químicas —azúcar con salmonela, cigarrillos de antraceno, cerveza con talio, chocolate al cianuro, whisky a la colchicina, desodorante con salmonela thyphimurium— con miras a eliminar a los militantes antiapartheid en Sudáfrica, pero también en Mozambique, en Swazilandia, en Namibia... (El número de víctimas se desconoce hasta el momento). Basson prosigue sus investigaciones ultrasecretas y concibe una molécula mortal, sensible a la melanina que pigmenta la piel de los negros. Estudios sobre la propagación de epidemias entre las poblaciones africanas, esterilización en masa de las mujeres negras a través de los depósitos de agua, etcétera. Pese a la firma de tratados de no proliferación bioquímica y el embargo antiapartheid, Reino Unido, Estados Unidos, Israel, Suiza, Francia, Irak o Libia colaboran en los programas del laboratorio hasta que, en 1990, el nuevo presidente De Klerk detiene la producción de agentes químicos y ordena su destrucción.*

*En 1993 se desmantela el Project Coast. Las actividades de Basson son objeto de investigaciones internas, pero en mayo de 1995 el gobierno de Mándela lo contrata para trabajar en el Proyecto Transnet, una compañía de transporte e infraestructuras, antes de ser readmitido como cirujano en la unidad médica de las fuerzas armadas.*

*En 1996, la Comisión Verdad y Reconciliación (CVR), dirigida por Desmond Tutu, investiga las actividades biológicas y químicas de las unidades de seguridad. Basson trata de abandonar Sudáfrica: es detenido en Pretoria con grandes cantidades de éxtasis y documentos oficiales confidenciales. Acusado de fraude fiscal y producción masiva de estupefacientes, Basson es acusado también de cerca de sesenta homicidios, consumados o en grado de tentativa, contra personalidades muy destacadas*

como Nelson Mándela y el reverendo Franck Chikane, consejero del futuro presidente Mbeki.

1998: Basson, apodado «Doctor Muerte», comparece ante la Comisión. Rechaza solicitar la amnistía. Hay sesenta y siete cargos contra él, entre los cuales posesión y tráfico de estupefacientes, fraude, 229 homicidios o tentativas de homicidio y robo. La acusación presenta 153 testigos, entre ellos, exagentes de las fuerzas especiales que hablan de oponentes anestesiados o envenenados y arrojados al mar desde aviones. El juicio aún no ha concluido.

1999: el juez-presidente Hartzenberg, hermano del presidente del partido conservador sudafricano que oficiaba bajo el régimen del apartheid, reduce el número de cargos a cuarenta y seis.

2001: Basson presenta su defensa sobre la legalidad de su actividad. Varias figuras militares del apartheid aportan su respaldo, entre ellos el general Viljoen, antiguo jefe del Estado Mayor reconvertido en la política nacionalista afrikáner, y Magnus Malan, fiscal general del Estado cuando ocurrieron los hechos. Desaparecen de manera inesperada tres CD que recopilaban datos sobre los experimentos de Basson.

2002: Basson, que se ha declarado inocente en el juicio más voluminoso de la historia jurídica del país, es absuelto por el juez Hartzenberg.

El Estado sudafricano recurre ante el Tribunal Supremo, que deniega un nuevo juicio. Wouter Basson no será juzgado de nuevo. «Un día oscuro para Sudáfrica», declara Desmond Tutu.

Basson vive en la actualidad en un barrio elegante a las afueras de Pretoria. Ha recuperado su actividad como cardiólogo y ejerce en el hospital universitario de dicha ciudad.

*NOTA: Joost Terreblanche, coronel del 77º batallón, participó en Project Coast hasta 1993, fecha de su desmantelamiento; era el encargado de las tareas de transporte del material, mantenimiento y seguridad de los locales donde se realizaban las investigaciones.*

Neuman dejó el informe de la agente Helms sobre la mesa y miró a Epkeen. Se habían citado en un bar del Waterfront, el complejo comercial construido en los muelles de la ciudad; a dos pasos de la terraza, un grupo étnico de pacotilla tocaba sin ninguna alegría melodías a la carta para los turistas calzados con sandalias. Neuman no les había dicho por qué prefería quedar ahí y no en la central. Janet había acudido sin hacer preguntas, con sus fichas y su uniforme demasiado estrecho.

—¿Tú qué opinas?

—Lo mismo que tú, gran jefe —contestó Epkeen—. Nos han dado pistas falsas. —Exhaló el humo de su cigarrillo, sin apartar la vista del documento de la agente de información—. La casa de Muizenberg, el Pinzgauer de la agencia ATD, la cuenta en el extranjero: parece que Terreblanche vuelve a estar en activo.

—Sí. El objetivo de la operación ya no sería el de intoxicar a la juventud como en tiempos del apartheid, sino eliminarla, pura y simplemente: la base de tik para enganchar al consumidor, y el virus para matarlo...

—Basson ya estudió el tema —comentó Brian—. ¿Crees que el cerdo ése está en el ajo?

Al otro lado de la mesa, con la nariz metida en un batido que no era precisamente lo que más le convenía dado su sobrepeso, Janet Helms se hacía la misma pregunta.

—No —dijo Neuman—. Basson está demasiado vigilado. Pero Terreblanche sí está metido en esto. Él y sus cómplices.

—¿Debeer?

—Entre otros.

La foca, que llevaba media hora tumbada al sol en el muelle, se zambulló en el agua, ante la admiración de los curiosos. El camarero le pidió a Epkeen que apagara su cigarrillo (era una terraza para no fumadores), pero éste lo mandó a paseo.

—Vale —resumió—. Supongamos que Terreblanche y sus compinches han fabricado una droga mortal y han utilizado a la banda de Gulethu para venderla por toda la costa. Supongamos que la casa de Muizenberg ha sido su escondite, que la banda estuviera encargada de vigilar los alrededores y que levantaran campamento al acercarnos nosotros, dejando algunos cadáveres en el sótano para alejarnos de la pista verdadera... Supongamos también que Simón y su banda fueran también pequeñas piezas del engranaje: bastaba un poco de tik o de Mandrax para controlarlos. ¿Para qué querrían administrarles a ellos también esa porquería de droga?

—Para limitar su esperanza de vida —dijo Neuman—. El período de incubación del virus es demasiado largo para que pudiéramos encontrarlo en Nicole o en Kate —explicó—, pero el surfista de False Bay y Simón contrajeron el mismo virus hace varias semanas: una cepa de sida, introducida en la droga... Eso significa que todas las personas que consumieron el producto están hoy infectadas. Sin un tratamiento rápido, les quedan sólo unos pocos meses de vida...

—Entonces el objetivo no eran los jóvenes blancos de la costa, sino los chavales del township.

—Eso parece.

Janet Helms tomaba apuntes en su libreta, con el regusto dulce del batido en los labios. El afrikáner soltó un taco para el fondo de su espresso.

—¿Y dónde está Terreblanche?

—Por el momento, en ninguna parte —dijo Neuman.

—No he encontrado nada en los ficheros de la SAP —confirmó la mestiza—, ni en los diferentes servicios administrativos o médicos. Tan sólo una nota en los archivos del ejército.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Es un misterio —dijo—. Terreblanche tiene acciones de empresas sudafricanas pero hace años que ya no reside aquí. Me ha resultado imposible localizarlo en el extranjero. He rebuscado en los archivos del ejército, pero no hay prácticamente nada sobre él: sólo su hoja de servicios y su participación en el Project Coast del Doctor Muerte.

—Siempre podemos tratar de hablar de este asunto con el fiscal general para que abra una investigación —propuso Epkeen.

—Nos mandaría a hacer gárgaras —dijo Neuman—. No tenemos nada, Brian: sólo información obtenida de manera ilegal y un organigrama de hace veinte años sobre un asunto definitivamente archivado. Comprar una casa mediante una cuenta en el extranjero o patrullar en Pinzgauer la noche de un homicidio no es un delito que se pueda perseguir: necesitamos pruebas.

Por la megafonía, una voz grabada invitaba a los turistas a no aventurarse fuera de las verjas del complejo comercial, como si una horda de delincuentes estuviera esperando para desvalijarlos. Epkeen se encendió otro cigarro.

—Puedo ir a buscarle las cosquillas a Debeer —dijo.

—Con eso corremos el riesgo de alertar a Terreblanche —objetó Neuman—. No quiero que se nos escape... Janet —dijo, volviéndose hacia el aspirador de batidos—: Trate de dibujarme el organigrama de los colaboradores de Basson en Project Coast, con sus coordenadas y toda la información que logre encontrar. Terreblanche pudo contratar a antiguos químicos para este asunto. Busque en los ficheros de los servicios especiales, en los del ejército... Poco importa cómo lo consiga.

Janet asintió por encima de los restos de batido. Sería capaz de piratear los ordenadores del Pentágono si se lo pidiera.

—¿Puede introducirse en las redes informáticas sin dejar rastro? —quiso saber.

—Pues... sí... Con las contraseñas y un ordenador seguro lo tendría que conseguir... Pero, en fin, es arriesgado, capitán...

Se jugaba la carrera, a fin de cuentas.

—Ha habido demasiadas filtraciones en este caso —dijo Neuman—. Si la muerte de Kate fue una puesta en escena para acusar a Gulethu y cerrar el caso, eso significa que Terreblanche y sus cómplices tuvieron acceso a los informes de autopsia de la morgue. O incluso a nuestros propios ficheros.

—Pensaba que eran seguros —observó Epkeen.

—Los archivos del ejército que ha consultado Janet también lo son.

Brian hizo una mueca de amargura. La corrupción afectaba a todos los peldaños

de la sociedad, desde el particular que compraba en la calle mercancía robada hasta las élites del poder: evasión fiscal, fraudes, irregularidades, tejemanejes financieros, dos terceras partes de los dirigentes estaban implicados.

—Janet, ¿se ve capaz?

La mestiza asintió con la cabeza, con rigidez militar.

—Sí, capitán.

Como una buena soldadita.

—De acuerdo: usted se ocupa de Project Coast. Brian, tú date una vuelta por la agencia de Hout Bay. Mira si puedes encontrar algo, documentos, lo que sea. No es casualidad que el 4x4 estuviera en las inmediaciones de la casa de Muizenberg, y si se han expuesto a dejar cadáveres en el sótano es porque querían esconder otra cosa.

Epkeen seguía el razonamiento:

—Sus propios rastros.

—Seguramente. Borrados por la sangre y la mierda.

A Janet se le quitaron las ganas de apurar su batido.

—¿Qué crees tú que había en esa casa? —dijo Brian—. ¿Un laboratorio en el que fabricaban la droga?

—Eso ya nos lo dirás tú... Una visita discreta —precisó con aire entendido—. Yo me encargo del resto... Nos vemos mañana por la mañana, en el mismo sitio: digamos a las ocho. Hasta entonces —ordenó—, reduzcamos nuestras comunicaciones al máximo.

Neuman necesitaba autorización de Krugë para hacer una redada en condiciones en el township. Si, como creía, Gulethu había sido sacrificado en el ataque suicida contra el *shebeen*, Mzala y los americanos eran cómplices. Arrestarlos no sería coser y cantar, habría jaleo seguro...

El viento nocturno traía de vuelta al último ferry de Robben Island cuando terminaron de aclarar los detalles de su plan. Janet Helms fue la primera en marcharse, con sus cuadernos escolares y sus tacones, en busca de sus valiosas contraseñas. Neuman aprovechó que Brian se acercó a pagar a la barra para llamar por teléfono.

La bailarina contestó al primer timbrado.

—¿Qué? —rió—. ¿Has salido de tu sarcófago?

—Digamos que les tengo cariño a mis vendas de momia... ¿Te pillo en mal momento?

—Me subo al escenario dentro de tres minutos.

—Seré breve.

—Tenemos tiempo.

—No estoy tan seguro.

—¿Por qué? ¿Me sigues tomando por una terrorista?

—Sí, por eso vas a ayudarme.

—Hombre, si lo dices así, con tanta amabilidad... ¿Ayudarte en qué?

—Busco a un hombre —dijo—, Joost Terreblanche, un antiguo coronel del ejército que se ha pasado al negocio de las empresas de seguridad, con cuentas numeradas en paraísos fiscales y ninguna transparencia en sus actividades.

Zina resopló.

—Eres un coñazo, Ali.

—Terreblanche ha desaparecido de nuestros ficheros, pero seguro que de los vuestros no.

—¿De qué estás hablando exactamente?

—De los ficheros del Inkatha.

—Paso del Inkatha.

—No ha sido siempre así.

—¡Ya no me meto en política! Ya sólo bailo y elaboro ridículas mezclas para pringados como tú: ¿no te habías dado cuenta?

Cayó una lluvia de besos muertos sobre la terraza vacía.

—Te necesito —le dijo él.

—No tanto como yo, *Ali*.

Miraba de reojo la entrada del bar, por donde Brian podía aparecer de un momento a otro. No quería que lo viera hablar con ella.

—Terreblanche colaboró con el doctor Basson —prosiguió el zulú en voz baja—. No testificó en la Comisión Verdad y Reconciliación y disfruta de cierta protección: su nombre ha desaparecido casi por completo de nuestros ficheros. Seguro que el Inkatha ha guardado un expediente sobre él, información a la que nosotros ya no tenemos acceso.

—Ya no formo parte del Inkatha —repitió Zina.

—Pero conservas contactos: uno de tus músicos es el hermano de Joe Ntsaluba, allegado del jefe Buthelezi: Joe es uno de tus viejos amigos, ¿verdad? —Al ver que ella no decía nada, insistió—: Terreblanche tiene una base de operaciones en alguna parte, en el extranjero o incluso en Sudáfrica.

—¿Eso es todo lo que se te ha ocurrido para atraerme a tu trampa?

—Lo de la trampa lo dices tú. Yo quiero la cabeza de Terreblanche, no la tuya.

—¿En serio?

Neuman notó que Zina vacilaba.

—Quedará entre nosotros —le aseguró.

La bailarina siguió pensándose al otro lado del hilo. El regidor le hacía gestos nerviosos por la puerta del camerino: era hora de subir al escenario.

—Tengo que dejarte —dijo.

—Es urgente.

—Ya te llamaré.

—*Ngiyabonga*<sup>[44]</sup>.

Neuman colgó justo cuando Brian salía del bar. El afrikáner tiró la cuenta a la papelera y vio a su amigo plantado en medio de la terraza, con aire inquietante.

—¿Has hablado con la chica del Inkatha?

—Sí —dijo—. Va a indagar por su cuenta.

Las avenidas del Waterfront estaban ahora desiertas. Brian se acercó a él:

—¿Qué pasa?

—Nada.

Pero por un momento le pareció que estaba a punto de llorar.

—Mándame un mensaje cuando vuelvas de Hout Bay —le dijo, para abreviar—.

Nos vemos mañana por la mañana.

Brian asintió, con el corazón en un puño.

—Adiós, Casandra...

—Adiós.

Lo atenazó una sensación horrible, como si se vieran por última vez.

\* \* \*

Todo el material estaba reunido, muestras, pruebas, disco duro... Terreblanche cerró la segunda maleta y alzó la cabeza hacia el gerente de la agencia, que acababa de entrar en la habitación.

—Alguien se ha introducido en nuestros ficheros —anunció Debeer.

—¿Cómo que alguien se ha introducido en nuestros ficheros?

—Un hacker.

El rostro del exmilitar cambió de color:

—¿Qué hay en esos ficheros?

—Las cuentas de la agencia... El poli que vino el otro día buscaba un Pinzgauer —prosiguió Debeer—. Quizá hayan descubierto la relación con la casa.

La policía no había mordido el anzuelo. Conocía la existencia del vehículo... Terreblanche vaciló unos segundos, conectó los cables adecuados de su cerebro y no tardó en tranquilizarse: no podrían seguir la pista hasta él, a no ser que lo pillaran in fraganti. Era demasiado tarde. Todo estaba preparado, terminado; el laboratorio, destruido, y el equipo de investigación ya se encontraba en el extranjero. Sólo quedaba evacuar el material —el avión estaba listo— y borrar las últimas huellas... —¿Cuántos hombres quedan?

—Cuatro contando conmigo —contestó Debeer—. Además de los dos empleados...

Ésos no sabían nada. Podían dejar un vigilante en la agencia: los demás se irían

con él... Terreblanche cogió el móvil y marcó el número de Mzala.

Las habitaciones situadas al fondo del *shebeen* se habían librado del tiroteo. Las barritas de incienso que ardían junto al cuchillo no ocultaban el olor a pies, pero a Mzala le traía sin cuidado. El jefe de la banda de los americanos, tumbado en el colchón que le servía de cama, disfrutaba de una felación cuando sonó su móvil —una ráfaga de metrallera que se había bajado de Internet, a sus hombres les hacía mucha gracia...—. Apartó a la gorda babosa en sujetador que le chupaba el glande, vio el número que aparecía en la pantalla —¿qué querría ahora ese imbécil?— y agarró a la chica por la cabeza para que reanudara su tarea.

—¿Qué hay?

El excoronel no estaba de humor para bromas.

—Esta noche vas a organizar una gran fiesta en honor de los americanos —anunció con una voz muy poco festiva—. Díselo a tus amiguitos, que acudan todos de punta en blanco.

—¡Si les digo esas mismas palabras no creo que les motive mucho! —se rió el jefe—. ¿Y qué celebramos?

—La victoria contra la banda rival —contestó Terreblanche—, la pasta que os vais a repartir dentro de poco, lo que sea: crédito de alcohol ilimitado.

El Gato entornó los párpados, sin relajar la presión sobre la nuca de la chica, que seguía chupándose.

—Muy amable, jefe... ¿De qué va esto?

—Sólo tendrás que vigilar lo que bebes —insinuó Terreblanche—. Yo apporto el polvo que hace soñar y el servicio postventa —añadió—. El único imperativo es que todos los elementos implicados estén presentes esta noche: tendremos que habernos largado al amanecer.

Mzala olvidó de pronto a la chica, con sus tetorras aplastadas sobre sus huevos: era la Gran Noche.

—O sea, que hay que dejarlo todo bien limpio y ordenado antes de marcharnos, ¿no?

—Eso es, todo bien limpio y ordenado... Me pasaré por la iglesia hacia las siete y media para darte el material.

—Vale.

—Otra cosa: no quiero ni la sombra de un testigo en este asunto. Ni uno solo.

—Puede confiar en mí —aseguró Mzala.

—Ni hablar —ladró el jefe—. Tendrás que traerme pruebas. Apáñatelas como quieras. Sin pruebas, no hay pasta: ¿está claro?

La mente del *tsotsi* flotaba sobre un colchón lleno de sangre.

—Muy claro —dijo, antes de colgar.

La chica que se la chupaba gemía, con su culazo en pompa, como si mil machos cabríos la montaran desde las estrellas. Mzala sonrió por encima de ella, que seguía lamiendo a buen ritmo... Pensaba en sus tetorras, que se balanceaban sobre sus huevos, su garganta rolliza que pronto recibiría su esperma, el cuchillo junto al colchón, y no tardó nada en correrse.

\* \* \*

—¿Necesita algo más, señor Van der Verskuizen?

Eran las siete de la tarde, y Martha había terminado su jornada.

—No, no, Martha —le dijo—, ¡ya puede irse a su casa! La secretaria le devolvió la sonrisa, cogió su bolso rosa que estaba detrás del mostrador y abrió la puerta:

—Hasta mañana, señor Van der Verskuizen.

—Hasta mañana, Martha...

Rick vio a la joven salir de la consulta. Acababa de contratarla, todavía estaba en período de prueba. Martha, una rubia recién salida de la agencia de empleo y que debía de tener el coño más apretadito de todo el hemisferio sur —¡ja, ja!—. Acababa de terminar con el último cliente, un arquitecto muy pesado que tenía una inflamación porque le estaban saliendo las muelas del juicio: había conseguido encasquetarle una serie de seis consultas. Cuando se tiene dinero, se gasta en cosas inútiles, ¿o no?

Llamaron a la puerta de la consulta. Martha había olvidado algo: sus bragas, tal vez, ja, ja... Abrió la puerta blindada, pero se le heló la sonrisa como si le acabaran de poner anestesia.

Ruby.

—Pareces sorprendido, ¿es que estabas esperando a otra persona?

—¡Qué va, en absoluto! —exclamó, cogiéndola del brazo—. Pero como nunca vienes a la consulta... ¿Qué tal estás, cariño?

Rick había recuperado su sonrisa a lo George Clooney, la que les ponía a las celebridades locales para que vieran que estaban en el mismo bando. Llevó a su novia a su despacho privado, cuya inmensa cristalera daba a Table Mountain.

—Sólo tengo que coger unos cuantos papeles y estoy contigo...

—He hablado antes con tu antigua secretaria —dijo entonces Ruby con una voz demasiado tranquila—. Me ha dicho que mantienes relaciones muy estrechas con tus jóvenes colaboradoras.

—¿Qué?

—No te hagas el sorprendido, haz el favor.

Ya había visto a Ruby en ese estado en otras ocasiones. No era eso lo que lo atraía en ella. Le gustaba su cuerpo salvaje, su energía, su fuerza y la esperanza que la había

empujado a sus brazos, pero su lado incontrolable lo ponía en guardia contra toda idea de matrimonio...

—¿Y bien, qué tienes que decir a eso?! —insistió.

—Fay es una víbora —dijo Rick entre dientes—, ¡una víbora que miente en cuanto abre la boca!

—En cualquier caso, tiene buena memoria cuando miente —observó Ruby—: Sobre todo recuerda muy bien los nombres y las horas de las citas.

—¿De qué estás hablando?

—Kate Montgomery venía siempre a última hora de la tarde, era tu última cliente —dijo—, justo cuando tu secretaria terminaba su jornada y se marchaba... ¿Qué opinas de eso?

—Por Dios, Ruby —dijo, con aire suplicante—, ¡eran los horarios que a ella le venían bien! ¡¿Qué te estás imaginando ahora?!

Ruby seguía dándole vueltas a su idea.

—Confiesa que te acostaste con Kate —le espetó.

—¡Estás loca!

—¡Confiesa que al menos intentaste acostarte con ella! Sus ojos echaban chispas de la rabia. Una loca. Vivía con una loca.

—¡Pero, Ruby, te estoy diciendo la verdad! Nunca he tenido relaciones con Kate Montgomery. ¡Por Dios santo! ¡Le curaba los dientes!

—Con la polla.

El dentista cerró los ojos y tomó el rostro de Ruby entre sus manos. Nunca se había acostado con Kate. Ella nunca habría querido. O al contrario, quizá la joven no deseara otra cosa. De todas maneras, era una chica frágil, una chica problemática. Cuidaba de su clientela, tanto en sentido literal como figurado, y sobre todo le interesaba conservarla. Rick suspiró, de pronto se sentía cansado. Lo acosaban por todos lados, y ahora encima Ruby aparecía en su consulta como una fiera...

—Es el cerdo ese del policía —dijo por fin—: Es el cerdo ese el que te ha metido todas esas porquerías en la cabeza, ¿verdad?

Un avión surcó el azul del cielo al otro lado de la cristalera. Ruby bajó la cabeza.

No quería verlo: se avergonzaba de su propia desesperación. La desconfianza y el resentimiento le jugaban malas pasadas. Siempre esperaba lo peor: no, más que esperar, lo provocaba. Se mordía la cola, como un cochino escorpión, se picaba con su propio veneno. Su necesidad de ser amada y protegida era demasiado fuerte. El mundo ya la había abandonado una vez cuando tenía trece años. Ruby se sentía confusa, atrapada entre dos realidades. No creía en ninguna de ellas. A dos pasos de allí, Rick esperaba un gesto suyo, un gesto de amor... Algo en su cabeza, sin embargo, seguía diciéndole que ella tenía razón; que, una vez más, la iban a traicionar. Ruby apretó los dientes, pero no pudo reprimir el temblor de sus labios. No

podía controlarlo, no podía controlarlo.

—Tómame —murmuró—. Tómame en tus brazos...

\* \* \*

Josephina había corrido la voz en los clubes y las asociaciones del township, compuestas en su mayoría por mujeres, voluntarias que luchaban porque no se hundieran las ratas con el barco. Los niños que buscaba su hijo eran niños perdidos. El propio Ali podría haberse encontrado en esa situación, si no hubieran huido de las milicias que habían asesinado a su padre. Y todos esos niños que iban a perder a sus madres por culpa del sida, esos huérfanos que pronto engrosarían las filas de los desdichados: si ellas no se ocupaban de ellos, ¿quién lo haría? El gobierno estaba ya bastante ocupado con la violencia en las ciudades, con el paro, el recelo de los inversores y ese Mundial de Fútbol del que todo el mundo hablaba...

Por suerte, Mahimbo, una amiga de las Iglesias de Sión, la llamó por fin: había visto a dos niños que correspondían a la descripción, diez días antes, en la zona de Lengezi, un niño alto y delgado con un pantalón corto verde y otro más bajito, con una camisa caqui y una cicatriz en el cuello. Había una iglesia en Lengezi, junto a un *public open space*, en la que trataban de dar de comer a los más necesitados. El pastor tenía una joven asistente, Sonia Parker, que se ocupaba de prepararles una sopa al menos una vez a la semana: quizá los viera regularmente... La asistente no tenía teléfono, pero terminaba su jornada a las siete, tras el último oficio.

Eran las siete y diez.

El autobús la dejó a un kilómetro, pero Josephina afrontó la caminata con buen ánimo. Subió la calle en penumbra y adivinó la silueta de la iglesia entre las sombras del anochecer. El barrio estaba desierto. La gente prefería ver la tele en familia, o en casa del vecino si tenía televisor, antes que vagar por las calles, por el peligro de cruzarse con algún loco furioso que acabara de salir de un *shebeen*... Un perro sin rabo la acompañó, intrigado por el bastón que la sostenía. La anciana recuperó el resuello en la escalinata de la iglesia, sudando la gota gorda. Unas pocas estrellas flotaban en un cielo azul petróleo. Josephina tanteó los peldaños de contrachapado, para asegurarse de que resistirían su peso, y subió su corpachón hasta la puerta de madera.

No tuvo que llamar, estaba abierta.

—¿Hay alguien? —preguntó a las tinieblas.

Las sillas parecían vacías. El altar también estaba sumido en la oscuridad...

—¿Sonia?

Josephina no distinguía ninguna luz, ni siquiera el débil resplandor de una vela encendida. Dio algunos pasos titubeantes por el pasillo de cemento.

—Sonia... Sonia Parker, ¿está usted ahí?

Josephina avanzó a tientas, ayudándose con su bastón y, conforme se iba acercando al gran Cristo colgado en la pared, notó un olor que le resultaba familiar. Un olor a hollín... Hacía poco que habían apagado las velas.

—¿Sonia?

La gruesa mujer avanzó contoneando las caderas hasta el altar, cubierto con un paño blanco, y levantó los ojos a la cruz: desde lo alto de su martirio, el Hijo de Dios la observaba impasible.

De pronto, la temperatura se enfrió bajo las bóvedas de la iglesia, como si una corriente de aire le hubiera helado los huesos: Josephina sintió una presencia a su espalda, una forma todavía indistinta que acababa de surgir de detrás de una columna.

—Vaya, vaya, vaya... ¿Qué estás haciendo aquí, Big Mama?

Josephina se quedó petrificada: el Gato acechaba entre las sombras.

El viento nocturno, que se colaba por la ventanilla del coche, cubría el sonido distorsionado de los *Cops Shoot Cops*, que sonaban por la radio. Eran las dos de la madrugada en la M63: Epkeen conducía deprisa, en dirección a la costa sur de la península, con el material tirado de cualquier manera sobre el asiento del coche. Según la información que Janet Helms había pirateado, la agencia de seguridad estaba vigilada por una cámara, situada en el exterior del edificio, que barría la entrada y buena parte del patio, pero no el hangar. Un vigilante armado, vestido con un uniforme con los colores de ATD, patrullaba fuera y se comunicaba por radio con su compañero de televigilancia. Una telefonista recibía las llamadas y estaba encargada de ponerse en contacto con los equipos del turno de noche que hacían su ruta por el sector.

Epkeen aminoró la velocidad en las inmediaciones de Hout Bay. La pequeña ciudad estaba vacía a esa hora. Pasó por delante de los restaurantes del puerto y del aparcamiento desierto, y dejó el Mercedes al final del muelle. El grito de una gaviota resonó desde el mar. Cogió el material del asiento del coche. Hacía años que no realizaba ese tipo de operación... Brian respiró hondo para librarse de los nervios, que le subían por las piernas. No vio un alma junto a los pontones. Se puso un pasamontañas negro, comprobó su arnés y se adentró a pie en la noche.

Los almacenes de la pesquería estaban cerrados a cal y canto, y las redes, recogidas. Se metió entre los palés y aguardó al amparo de las sombras de los hangares. El edificio de la agencia se recortaba sobre las nubes grises. Ya sólo se oía el sonido de las olas que lamían la quilla de los barcos y del viento golpeando contra las estructuras. Pronto apareció un haz de luz por el ala este de la antigua mansión aristocrática: el vigilante, con su gorra calada hasta las cejas. No tenía perro, pero sí pistola y porra, ambas colgaban de su cinturón de cuero... Brian calculó el ritmo de su ronda: tenía exactamente tres minutos y dieciséis segundos antes de que su alter ego se inquietara ante su pantalla de control... Dejó que el vigilante doblara la esquina y, rodeando el ojo de la cámara, corrió hacia el garaje.

Pasaron tres nubes bajo la luna intermitente. Brian empezaba a sudar bajo el pasamontañas, que apestaba a antipolillas. El vigilante reapareció por fin, tras doblar la esquina de la casa. Epkeen apretó con fuerza su porra, con la espalda apoyada contra el hangar. El haz de su linterna pasó delante de él... El hombre apenas esbozó un gesto: la porra lo golpeó en la nuca, a la altura de la médula espinal. Epkeen lo sujetó antes de que chocara contra el suelo y arrastró el cuerpo hasta dejarlo fuera de la vista. El vigilante, un blanco de pelo muy corto, parecía dormido. Empapó en cloroformo el algodón que tenía en el bolsillo y se lo apretó contra la nariz; eso bastaría para dejarlo fuera de combate varias horas... Dos minutos cuarenta: evitando

la cámara que barría el patio, corrió hacia el ala sur de la agencia.

Unos barrotes de hierro impedían la entrada a la planta baja, pero las ventanas del primer piso no estaban protegidas. Se ajustó las correas de su pequeña mochila y, trepando por el canalón, subió hasta el balcón. Sacó el sacaclavos y lo encajó en el marco de la ventana, que cedió con un tremendo crujido. Epkeen hizo una mueca y se coló en el interior de la casa.

La habitación de la primera planta parecía un trastero: dos maletas cerradas con candado apoyadas en la pared, otras cajas apiladas... No se oía un solo ruido: Epkeen abrió la puerta con cuidado. Daba a un pasillo y a una fuente de luz que procedía de la planta baja... Un minuto: avanzó sin ruido hasta la escalera, olvidándose del segundero. Se oían voces abajo, un hombre y una mujer que reían en la cabina de televigilancia... Bajó las escaleras, con la porra en la mano.

—¿Y te sabes el de la rubia que ve un barco en el desierto?

—¡No!

—Pues mira, esto es una rubia y una morena que van en coche y de repente ven un barco en pleno desierto; entonces la morena le dice a la rubia...

El vigilante estaba sentado en una silla giratoria, de espaldas a la puerta. Junto a las pantallas de control, la telefonista se bebía sus palabras, con una sonrisa pintada en la cara. Entonces abrió unos ojos como platos, con una expresión de pánico, y gritó, llevándose las manos a la boca, pero demasiado tarde: la porra se abatió sobre la cabeza de su compañero. El vigilante giró sobre su silla y se desplomó a sus pies, unos piecitos rechonchos embutidos en unos mocasines con borlas que no se atrevían a moverse.

—No... —Quiso debatirse—. ¡¡¡No!!!

Dominando sin esfuerzo sus pobres aspavientos, Epkeen la sujetó del cuello y le apretó sobre el rostro el pañuelo impregnado en cloroformo. La telefonista se agitó un momento, antes de caer desmayada entre sus brazos, como una princesa. La tendió en el suelo, le administró su dosis de cloroformo al vigilante y se quitó por fin el pasamontañas maloliente, empapado en sudor. Estaba un poco mareado, pero no tenía tiempo que perder. Alertada por el silencio, no tardaría en acudir alguna patrulla...

El ordenador central estaba en un despacho de la planta baja. Janet Helms ya le había echado un vistazo. Epkeen rebuscó entre las carpetas colocadas en los estantes, vio hojas con cifras, informes, listas de clientes... Se necesitarían horas para espulgarlo todo. Desde el despacho vecino le llegó el timbre del teléfono, seguramente llamaban de la central de vigilancia. Subió al piso de arriba. Las cajas metálicas que había entrevisto antes estaban colocadas contra la pared, había también dos grandes maletas sin nombre ni destino... Sirviéndose del sacaclavos, Epkeen reventó el candado de una de ellas. En el interior había varias hileras de tubos cuidadosamente guardados, protegidos por paneles de goma espuma: centenares de

muestras etiquetadas, con códigos incomprensibles. Sacó uno de ellos y examinó el líquido que contenía: sangre...

Se guardó la muestra en el bolsillo, lanzó una ojeada inútil hacia la ventana y forzó la cerradura de la otra maleta, que no tardó en ceder. Dentro había un disco duro, rodeado de polistireno. Epkeen lo dejó en el suelo y le quitó la estructura de metal. Unas bolsitas con polvo aparecieron bajo el haz de luz de su linterna, centenares de dosis en bolsitas individuales de plástico. La misma textura y el mismo color que la droga encontrada en la casa prefabricada... Entonces le pareció oír el ruido de un coche en el patio. En ese mismo momento volvió a sonar el teléfono en la planta baja.

Muy nervioso, Brian consultó su reloj: ya había pasado el cuarto de hora que se había dado. Volvió a ponerse el apestoso pasamontañas, metió el disco duro en su mochila, cogió dos bolsitas de droga y salió corriendo de allí.

\* \* \*

*1) Las personas que actualmente padecen deficiencias de neurotransmisores (NT) sufren numerosas enfermedades propias del hombre occidental: obesidad, depresión, ansiedad, insomnio, alteraciones de la menopausia, etcétera. Las personas depresivas sufren perturbaciones en distintas áreas del cerebro, responsables del humor y la regulación del apetito, el sueño, el deseo sexual y la memoria. Exceptuando la hipófisis, todas esas áreas forman parte del sistema límbico: en condiciones normales, reciben señales provenientes de las neuronas que secretan serotonina o noradrenalina. Una disminución de la actividad de los circuitos serotoninérgicos o noradrenérgicos podría favorecer la aparición de un estado depresivo. Según nuestros estudios, numerosas depresiones parecen ser el resultado de perturbaciones en los circuitos cerebrales que utilizan monoaminas como neuromediadores. Los antidepresivos más vendidos en Europa y en Estados Unidos, tales como el Prozac, funcionan aumentando artificialmente el nivel de serotonina en las sinapsis de las neuronas afectadas por esas enfermedades. Si se encontrara el gen que permitiera conseguir un índice suficiente y regulado de ese NT, podrían generarse «superhombres»: adiós a la obesidad, a la ansiedad, a la depresión y al insomnio. De la misma manera, uno podría someterse al estrés más terrible sin que la psique se viera afectada: el medicamento sería un éxito comercial sin precedentes, tendría un mercado de cientos de miles de personas.*

*2) Hemos centrado nuestras investigaciones en una enzima, la MAO. La*

enzima intracelular MAO (monoamina-oxidasa) modula la concentración sináptica y degrada las monoaminas (serotonina y noradrenalina). Su gen ha sido clonado, así como el resto de sustancias que permiten su regulación. Los fragmentos de ADN correspondientes a esta enzima se han introducido después con éxito en un AAV. Este vector viral ha sido probado con éxito en monos. Se ha utilizado la terapia genética in vivo que consiste en inyectar el vector portador del gen de interés terapéutico directamente en el torrente sanguíneo, para alcanzar específicamente las células requeridas.

Dado que los efectos secundarios de este tipo de sustancias sólo pueden analizarse en cobayas humanos, hemos preparado y testado este ADN recombinado en determinadas personas.

Tras largos titubeos debidos a la hipertensión y sobre todo a reacciones suicidas o de máxima violencia, actualmente podemos afirmar que dichas pruebas han dado resultados positivos.

3) Por otro lado, hemos seleccionado una cepa de VIH-1-4 antes de proceder a la obtención de virus mutados en el gen de la gp41. Esta glucoproteína posee el péptido que corresponde a un ámbito responsable de la interacción con la caveolina, proteína de la membrana celular que, asociada a otros constituyentes de la membrana, está implicada en la internalización de elementos externos, como virus (por ejemplo). Este ámbito de gp41, llamado CBD1, desempeña una función importante en la infección de células por el VIH. La mutación, al contrario que las investigaciones llevadas a cabo por nuestros colegas, permite una penetración más importante y eficaz en los T4. El virus es, pues, capaz de infectar y de destruir a un 80% de los T4 en pocas semanas. Las personas infectadas por este «súper virus» mueren de enfermedades oportunistas antes incluso de que se las diagnostique como seropositivas.

El virus ha podido introducirse con éxito en el 100% de los sujetos tratados.

Epkeen releyó por tercera vez el documento.

La adrenalina de su organismo había vuelto a niveles normales tras su excursión nocturna a la agencia de Hout Bay: el ordenador ronroneaba en la habitación del fondo, la de David, abandonada desde hacía mucho tiempo —un póster de Nirvana colgaba aún de la pared, con la esquina izquierda despegada como señal de duelo...

El radiodespertador indicaba las 5:43. Epkeen empezaba a sentir sueño. Había quedado dos horas después con Ali y Janet, y no estaba seguro de haber comprendido todos los detalles del caso, y menos todavía el galimatías técnico del director del proyecto de investigación. Charles Rossow, así se llamaba. Especialista en biología

molecular... Epkeen había abierto los iconos del disco duro que había robado de la maleta de Hout Bay y había encontrado ficheros de títulos sibilinos en los que había una serie de cuadros, detalles de experimentos y otros análisis redactados en una jerga casi incomprensible para un profano en la materia. Pero había entendido lo esencial: éxito comercial sin precedentes, virus... Ese fichero era pura dinamita.

Hizo dos copias del disco duro en sendas memorias USB y se las guardó en el bolsillo del pantalón... 5:52 indicaba el viejo despertador. Brian todavía olía mal debido al estrés que había pasado en su operación nocturna. Pensó en darse una ducha, se quedó ensimismado mirando los pósters de la habitación transformada en despacho... David. El hijo pródigo. Primero de su promoción. Un timbre estridente lo sacó de su letargo, el del fax que estaba junto a la impresora. Brian se inclinó bostezando sobre el aparato: no aparecía el nombre del remitente, ni el número siquiera... No tardó en desfilarse una lista de nombres sobre el fino papel. Un mensaje de Janet Helms: tres páginas que constituían el organigrama de Project Coast.

Arrancó el rollo y recorrió el documento con la mirada. Había doscientos nombres en total, con las competencias y las especialidades de los diferentes colaboradores de Wouter Basson. Epkeen se fue directamente a la letra R y encontró lo que buscaba: Rossow. Charles Rossow, especialista en biología molecular.

Neuman estaba en lo cierto. Terreblanche había contratado al investigador para crear una nueva química revolucionaria: habían llevado a cabo experimentos secretos, disfrutando de la protección y la complicidad de numerosas personas. Le mandó un sms a Janet Helms como respuesta, confirmando la pista de Rossow —todavía quedaban dos horas antes de que la mestiza se reuniera con ellos en el Waterfront... Epkeen releyó el fax en detalle, desde el principio. Burger, Donk, Du Plessis... Terreblanche, Tracy Van Haas, Van der Linden... Estaba encendiendo otro cigarrillo cuando su mirada se detuvo al final de la lista: Van der Verskuizen. Nombre: Rick.

—Mierda.

Rick Van der Verskuizen figuraba en el organigrama de Project Coast.

El guaperas del peluquín también había trabajado con Basson y Terreblanche... Kate Montgomery. El dentista. Era él el cómplice, la persona que esperaba a la estilista en la cornisa...

Un ruido apagado le hizo aguzar el oído. ¿El crujir de la madera de las vigas, su imaginación, el agotamiento? Fuera, el viento soplaba. Contuvo el aliento y no volvió a oír nada más... Estaba a punto de darse una ducha cuando de nuevo percibió un ruido, esta vez mucho más cerca. Empezó a latirle muy deprisa el corazón. Esta vez no había duda: alguien subía la escalera... ¿David? El parqué gimió, muy cerca de él. Se arrimó a la pared de la habitación: los pasos se acercaban, ya sonaban en el pasillo, al menos dos personas... Vio el disco duro conectado a su ordenador, la funda de su arma sobre la colcha con estampado de indios pieles rojas; pensó en

precipitarse sobre su pistola, pero cambió de idea en el último momento: la puerta se abrió de golpe y rebotó con gran estruendo contra la pared. Dos sombras irrumpieron en la habitación, Debeer y otro tipo, disparando una lluvia de balas con unas Walther 7,65 con silenciador; las plumas de la almohada volaron sobre la cama de David en el preciso momento en que Debeer pulverizaba el ordenador. Los matones buscaron su objetivo bajo una nube de yeso, vieron la silueta que escapaba por la ventana y dispararon justo cuando saltaba al vacío.

Una bala le pasó silbando junto a la oreja antes de ir a morir contra la fachada del vecino. Epkeen aterrizó sobre los arriates de flores y cruzó corriendo el césped. Cuatro impactos decapitaron inocentes tallos antes de empujarlo hacia el jardín. Sintió una punzada de dolor y se refugió en una esquina: unas voces ahogadas daban rienda suelta a su furia por encima de él. Los dos hombres se precipitaron a la escalera mientras él corría hacia la verja.

Debeer saltó desde la primera planta: poco ágil, cayó mal y ahogó un gemido al torcerse un tobillo. Blandió su arma en la noche pero no distinguió más que flores al otro lado de su silenciador.

Epkeen corrió como un loco por la calle vacía hacia el Mercedes, aparcado a diez metros. Tenía las llaves en el bolsillo y un retortijón de miedo en el estómago; abrió febrilmente la puerta, giró la llave de contacto y metió primera. Una silueta corpulenta apareció por la verja abierta. Los neumáticos del Mercedes chirriaron sobre el asfalto; el matón apuntó y disparó desde una distancia de veinte metros. El parabrisas trasero estalló en pedazos justo cuando Epkeen pisaba el acelerador. Los demás disparos se perdieron a sus espaldas.

Tomó por la primera calle a la derecha. No llevaba encima ni su arma ni su móvil. Un sudor frío le corría entre los omóplatos. Los trozos de cristal habían salido despedidos hasta el salpicadero.

6:01 indicaba el reloj. Entonces vio las manchas de sangre sobre el asiento.

\* \* \*

Ruby no conseguía conciliar el sueño. Tras interminables parlamentos y cascadas de llanto arrancadas a la nada que la oprimía, había terminado por acostarse con Rick. Su amante la había convencido de que nadie más ocupaba su corazón, ni su cama. No se puede decir que lo hubiera creído, no *del todo*, pero Ruby se sentía culpable. Otra vez lo iba a estropear todo por un arrebató. Como con la discográfica, cuando despidió a su grupo más importante con el pretexto de que su rock estaba degenerando en pop blandengue y que había vendido miles de copias con un sello comercial... Sí, tenía que calmarse. Tenía que concentrarse en su felicidad. Rick era un tipo legal. La quería. Se lo había dicho esa noche. Varias veces. Rick no era su

padre...

El cielo estaba aún pálido sobre el jardín. Ruby se estaba tomando el café sentada en el taburete de la cocina, con la mirada perdida, cuando de repente la enfocó: Brian acababa de aparecer al otro lado de la cristalera.

Bajó de su asiento como un gorrión ante una miga de pan y abrió la puerta corredera que daba a la terraza.

—¿Está despierto Rick? —le preguntó su ex en voz baja.

—Vete a tomar por culo.

—Ya no es tiempo de juegos, Ruby —le dijo, sin levantar la voz—: Tu dentista trabajó con el servicio de inteligencia durante el apartheid, en especial en un proyecto de alto secreto, el Project Coast...

—Bla, bla, bla...

—¡Joder, tía! —exclamó Epkeen sin levantar la voz—. Han entrado unos tipos en mi casa para matarme.

Ruby vio entonces su frente empapada en sudor, y el pañuelo que apretaba contra su costado izquierdo; eso de ahí era sangre, ¿no?

—Bueno, ¿dónde está la trampa esta vez? —preguntó, intrigada.

—No hay trampa. Quiero que te vayas: ahora mismo. Rick está implicado en el asesinato de Kate: sé que es difícil, pero tienes que creerme.

Las ideas se agolpaban en la cabeza de Ruby:

—¿Tienes pruebas?

—Es sólo cuestión de tiempo.

Ruby quiso cerrar la cristalera, pero Epkeen encajó el pie en la abertura y la agarró del brazo.

—Joder, Ruby, ¡hazme caso!

—¡Me estás haciendo daño!

Sus miradas se cruzaron.

—Me estás haciendo daño —le repitió ella bajito.

Brian aflojó la presión de su mano. El pañuelo que mantenía apretado contra el costado goteaba: la bala había dejado un profundo tajo.

—Rick conocía tu horario de trabajo y, por lo tanto, también el de Kate, y...

—Rick no mató a Kate —lo interrumpió ella—: Estaba conmigo en casa esa noche.

—Estaba contigo a la hora del crimen, sí. Llevaste a tu grupo de melencidos a su hotel, pasaste después por el club de hípica y volviste a casa hacia las nueve. Su consulta cierra a las siete: eso le dejaba dos horas para ir a Llandudno, interceptar a Kate en la cornisa y entregársela a los asesinos antes de volver a casa para tener una coartada. ¡Por Dios santo, ¿cuándo vas a abrir los ojos de una vez?!

Un hombre apareció en la puerta de la cocina.

—¿Qué pasa aquí?!

Rick llevaba un pantalón corto y una sudadera de color beis. Sus voces debían de haberlo alertado, o quizá él tampoco durmiera.

—No intentes jugar conmigo —le dijo Epkeen—: Acompáñame por las buenas a la central si no quieres que te pegue un tiro y me quede más ancho que largo.

—No tiene nada que hacer aquí —replicó Rick—. Le advierto que avisaré a mi abogado enseguida.

—Wouter Basson, Joost Terreblanche, el Project Coast: ¿no te dice nada todo eso?

El dentista conservó su aplomo.

—Ruby tiene razón, está usted loco de atar.

—¿Ah, sí? 1986-1991, hospital militar de Johannesburgo: ¿qué curabas? ¿Lo que les quedaba de dientes a los prisioneros políticos? ¿O experimentabas nuevos productos con Basson, sobre cobayas humanos?

—¡Vamos, hombre! —se impacientó Rick—. ¡Soy dentista, no torturador!

—Y yo soy policía, no tonto del haba: sudas como un cerdo, Ricky, y conozco ese olor: apesta a miedo.

El dentista se sonrojó. Mentía. Y no sólo a Ruby.

—Ni siquiera tiene una ord...

Epkeen lo agarró por los trapecios y lo tumbó en el suelo de la cocina.

—Trae esa boca —le dijo, haciéndole papilla el tendón.

Rick gimió de dolor. Ruby observaba la escena, desconcertada, cuando un hombre con pasamontañas apareció en la terraza. Una mano fuerte la agarró sin que le diera tiempo a esbozar un solo gesto: Ruby retrocedió con un grito de estupor y sintió el frío de un arma automática contra la sien.

—¡No te muevas, poli!

Epkeen vio el rostro de Ruby, petrificado de miedo, y la Walther 7,65 apuntándole a la cabeza. Soltó al dentista, que gimoteaba a sus pies. Ahora eran dos los hombres que había en la terraza, armados hasta los dientes.

—¡Las manos sobre la cabeza! —gritó el del pasamontañas, el que apuntaba a Ruby con su arma.

Epkeen obedeció, asqueado. Rick, con la cabeza gacha, se masajaba el cuello mientras retrocedía hacia el interior de la cocina. Un cuarto hombre hizo irrupción en la habitación. De pelo entrecano muy corto, con entradas, y un cuerpo de músculos bien dibujados pese a aparentar más de sesenta años, Joost Terreblanche no llevaba pasamontañas pero sí un arma bajo su guerrera militar beis. Epkeen, con las manos en alto, buscaba una salida sin mucha esperanza de encontrarla: un culatazo en los riñones lo dejó fuera de combate.

Ahogó un grito en el suelo de la cocina, que no tardó en mancharse de sangre; se

le había vuelto a abrir la herida.

Terreblanche atravesó a Rick con sus ojos metálicos:

—No te va nada mal, VDV...

El dentista se cruzó con la mirada de Ruby, aterrada. No era el momento de dar explicaciones. Terreblanche calibró al poli tendido en el suelo a sus pies, incapaz de levantarse, y tomó impulso: la puntera de su bota militar le acertó de lleno en el hígado.

Un largo gemido se escapó de su garganta mientras rodaba contra la barra. El exmilitar dio un paso hacia él.

—¡No! —gritó Ruby.

Epkeen, a cuatro patas en el suelo, ya no sabía muy bien si estaba vivo o no: el talón de la bota le partió la espalda.

Janet Helms se comunicaba con los *hackers* a través de líneas seguras que compartían cuyas contraseñas de acceso cambiaban todos los meses y nunca en fechas fijas. Una manera como otra cualquiera de compensar su soledad y de perfeccionar su dominio del pirateo: ¿o qué se creían los de los servicios de inteligencia, que se había hecho hacker pagándose cursillos intensivos en institutos *high-tech* a doscientos rands la hora?!

Chester Murphy vivía en Woodstock, a dos manzanas del apartamento que Janet tenía alquilado. Chester huía de la luz del sol, era un verdadero vampiro y, como ella, se alimentaba principalmente de comida basura y de informática. Janet pasaba la noche en su casa, a razón de una o dos veces por semana, en función de las actividades del club. Chester no era guapo, con esa cara mofletuda y esa nariz de tapir, pero Janet lo apreciaba; nunca le había tirado los tejos.

Chester había creado una red de hackers, compuesta por doce miembros de identidad secreta que se lanzaban desafíos individuales o colectivos: ser el primero en introducirse en el disco duro de una institución determinada o de una empresa sospechosa de malversación de fondos, aliarse para piratear un sistema radar del ejército. La red que había creado era, hasta el momento, indetectable, autónoma y de una eficacia demostrada.

Chester no había hecho preguntas al ver aparecer en su casa a Janet hacia las diez de la noche: estaba en plena acción en el ordenador de su dormitorio... Janet se instaló ante la pantalla del salón, con sus latas de refresco, sus cuadernos y sus caramelos de menta. Se había hecho con sus valiosas contraseñas en el despacho de la comisaría y se sentía preparada y con ganas para piratear a medio universo. Tras varias horas dedicadas a tantear las defensas del enemigo, la agente logró por fin introducirse en algunos ficheros clasificados del ejército. Muchos se remontaban a los tiempos del apartheid. El organigrama de Project Coast lo consiguió hacia las cinco de la mañana; doscientos nombres en total, que le envió por fax a Epkeen, que se había marchado de excursión nocturna a Hout Bay... Éste no tardó en contestarle, por *sms*: «Rossow».

Ya despuntaba el alba cuando Chester le dijo que se iba a la cama; Janet apenas lo oyó subir la escalera. Siguió con sus pesquisas y dio con cierta información interesante. Al contrario que Joost Terreblanche, Charles Rossow sí figuraba en varios epígrafes que se podían consultar en Internet y no ocultaba ninguna de sus actividades como químico: había trabajado para varios laboratorios destacados, al principio sólo nacionales, pero después también internacionales. No se mencionaba su colaboración con Basson, pues la página sólo hablaba de sus éxitos. Charles Rossow tenía actualmente cincuenta y ocho años y era investigador en biología

molecular en Covence, un organismo especializado en la elaboración de ensayos clínicos en el extranjero financiados por grandes laboratorios farmacéuticos. Además, Rossow había firmado varios artículos en prestigiosas revistas y había centrado sus estudios en la secuencia del genoma, «un avance importantísimo para el conocimiento molecular del cuerpo humano».

Janet profundizó en el tema y comparó la información recabada.

Todavía no se conocía ni la composición de la mayoría de los genes, ni el lugar y el momento en que se expresaban en forma de proteína, pero el genoma era una caja de herramientas de suma utilidad: la etapa siguiente consistía en descubrir la totalidad de los genes, su localización, su comprensión y su significación, así como, sobre todo, el análisis de sus mecanismos de control. Gracias a la biología molecular, el conocimiento preciso del genoma humano y de los genomas de los agentes infecciosos y parasitarios conduciría de manera gradual a la descripción de todos los mecanismos de la vida y sus perturbaciones. A partir de lo cual sería ya posible actuar de manera específica para corregir las anomalías, curar o erradicar las enfermedades, o incluso, actuar en la prevención de las mismas: todo ello representaba un avance importantísimo en lo que a la condición humana y al porvenir de la humanidad entera se refería... Rossow proseguía, citando a Fichte, que si bien todos los animales estaban terminados, el hombre por el contrario estaba apenas esbozado: «El hombre aún no es, sino que será». Se trataba de un camino infinito hacia la perfección, o así dejaban presagiar los descubrimientos recientes: la fuerza de la investigación actual residía, en efecto, en su capacidad de modificar la naturaleza humana en sí. Se desmarcaría de la medicina tradicional por su aptitud para actuar sobre el propio genotipo del hombre, afectando no sólo a un individuo en concreto, sino a toda su descendencia. La biotecnología podría entonces llevar a cabo lo que un siglo de ideología no había podido realizar: un nuevo género humano. Crear individuos menos violentos, liberados de sus tendencias criminales; se podría así refabricar hombres, como un producto mal diseñado que se devuelve a la fábrica, en tanto en cuanto la biotecnología permitiría modificar sus taras, su naturaleza misma...

Con los ojos doloridos detrás de su pantalla de ordenador, Janet Helms empezaba a comprender lo que se tramaba: Rossow era el padre de la célula desconocida encontrada en la droga.

Las instancias políticas habían cometido un grave error al permitir que fueran los industriales quienes financiaran la investigación clínica. Cuando una empresa farmacéutica solicitaba la adjudicación de una autorización de comercialización, sólo ella podía proporcionar los elementos de evaluación del producto que se quería lanzar al mercado; así, era cada vez más frecuente la comercialización de medicamentos falsamente innovadores y muy costosos. Dicha empresa conservaba asimismo los derechos exclusivos, o lo que es lo mismo, ello abría la puerta a que ahora todo se

redujera a una cuestión de conseguir patentes para todos y cada uno de los aspectos de la vida... Rossow y sus comanditarios se habían infiltrado en esa brecha abierta.

Janet dio con una dirección en Johannesburgo, en un barrio elegante de las afueras, estrechamente vigilado, pero no encontró nada en la provincia del Cabo. Orientó sus pesquisas hacia Covence, el organismo especializado en ensayos clínicos que había contratado a Rossow. Tenía actividades en la India, Tailandia, México, Sudáfrica...

—Hombre, esto quería yo encontrar —dijo bajito.

Las siete y cuarto. Janet Helms pasó un momento por su casa para darse una ducha antes de acudir a la cita en el puerto comercial.

El Waterfront estaba casi desierto a esa hora. Los comerciantes empezaban a abrir sus tiendas y colocaban los expositores con la mercancía en venta. La mestiza fue la primera en llegar al bar donde se habían citado. Tenía cinco minutos antes de que aparecieran los demás y un hambre de lobo. Se acomodó en la terraza y dejó a su lado sobre la mesa el cuaderno donde había apuntado la información que había ido recopilando durante la noche. Que no quedara ningún rastro informático, les había pedido Neuman...

El aire era fresco, y el camarero, indiferente a su presencia. Janet le hizo una señal y pidió un té con leche y galletas.

Estaba excitada pese a su noche en vela. Aparte de vengar a su amor perdido, ése era el caso de su vida. Una operación que, si resultaba un éxito, la catapultaría al equipo del capitán. Ascendería y trataría directamente con Neuman. Se volvería indispensable. Todo tendría que pasar por ella. Como con Fletcher. Neuman ya no podría trabajar sin ella. Terminaría por apartar a su actual brazo derecho, Epkeen, que no era en absoluto bien visto por el superintendente. El tiempo jugaba a su favor. Su capacidad de trabajo era inigualable. Janet sustituiría a Dan en el equipo de Neuman...

Consultó de nuevo su reloj —las ocho y once minutos...—. La brisa azotaba las drizas de los veleros, las lanchas de las compañías marítimas brillaban bajo el sol antes de la llegada de los turistas, el Waterfront despertaba despacio. El camarero pasó delante de ella, todo sonrisas, alertado por la joven rubia que acababa de instalarse en la mesa de al lado.

La luz se elevó por encima de la montaña frondosa. Las ocho y media. Janet Helms esperaba en la terraza del café donde se habían citado, pero nadie acudía.

Nunca acudió nadie.

\* \* \*

El talón de una bota militar que le partía la espalda: ése fue su último recuerdo. Epkeen perdió el conocimiento. La realidad volvió poco a poco, hija del alba, y se coló entre las láminas de la persiana bajada: los ojos de Ruby, justo encima de él, bailaban en la atmósfera postboreal.

—Empezaba a creer que estabas muerto —le dijo bajito.

Y así era. Sólo que no se veía. Sus pupilas se estabilizaron por fin. El mundo seguía ahí, seminocturno, doloroso; una descarga eléctrica en la espalda, que le taladró la columna vertebral. Apenas era capaz de moverse. No sabía si podría volver a caminar. Pensaba a retazos, fragmentos de ideas que, incluso ordenadas, no tenían mucho sentido. Su espalda había sufrido, pero su cabeza también. Cayó en la cuenta de que estaba tendido en el parqué de una habitación oscura cuyo único horizonte eran los grandes ojos color esmeralda de Ruby...

—¿Qué me ha pasado en la cabeza? —dijo.

—Te han golpeado.

—Ah...

Se sentía como un ahogado que hubiera subido a la superficie. Les habían atado las manos a la espalda con cinta adhesiva. Se giró sobre un costado para aliviar el dolor de sus riñones. De la cabeza ya se ocuparía más tarde.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En la casa.

Las persianas estaban bajadas, y el picaporte de la ventana, desmontado. Brian recuperó las estrellas desperdigadas a su alrededor:

—¿Llevo mucho tiempo inconsciente?

—Media hora —contestó Ruby, sentándose en la cama—. Joder, ¿quiénes son estos tipos?

—Los amiguitos de Rick... Trabajó en un proyecto ultrasecreto con un exmilitar, Terreblanche. El viejo del pelo al uno que me pegó.

Ruby no dijo nada, pero tenía tanta rabia que sentía ganas de vomitar. El cerdo de Brian tenía razón. El mundo estaba lleno de cerdos: el mundo estaba lleno de tipos como Rick Van der Verskuizen, que le contaba cuentos sobándole el culo y que, al final, la dejaría tirada por su amiguito maricón, el de las botas militares.

Brian quiso incorporarse pero renunció.

—¿Sabes dónde está David? —preguntó.

—En Port Elizabeth, se ha ido a celebrar su diploma con Marjorie y sus amigos —contestó su madre—. No te preocupes por él, no volverá hasta la semana que viene...

Se oyó un ruido de pasos en el corredor. Callaron, a la expectativa. La puerta se abrió de par en par. Epkeen vio un par de botas militares sobre el parqué encerado, seguidas del cuerpo atlético de Joost Terreblanche por encima de él: una guerrera

militar y unos ojos de rata que lo miraban fijamente.

—¿Qué, poli de mierda, nos vamos despertando?

La voz cuadraba con los clavos de sus botas.

—Estaba mejor dormido.

—Vaya, así que eres un listillo... ¿Quién sabe que estás aquí?

—Nadie —contestó Epkeen.

—¿Después de escapar de un tiroteo? ¡¿Te crees que soy gilipollas o qué?!

—Hijo de puta sería la palabra...

Terreblanche le aplastó la cabeza bajo su bota con suela de clavos y apretó con todo su peso. No era muy alto pero sí muy denso.

—¿Qué has hecho al salir de tu casa? —gruñó.

—Venir aquí —contestó Brian, con la boca torcida por la botaza.

—¿Por qué no has ido directamente con tus amiguitos polis?

—Para alejar a Ruby... Podrían tratar de utilizarla... para hacerme chantaje.

—¿Sospechabas del dentista?

—Sí...

Apretó aún más la bota contra su cabeza:

—¿Y de camino hasta aquí no has avisado a nadie?

—No llevaba el móvil —articuló—. Los otros me perseguían...

Debeer había encontrado el fax con la lista de nombres de Project Coast y había recuperado las muestras y el disco duro robado en Hout Bay. Pero el cabrón del poli había tenido tiempo de consultarlo... Terreblanche apartó la bota, que había dejado marcas en la mejilla de su prisionero: lo que contaba parecía cuadrar con lo que le había dicho Debeer.

Se sacó un objeto de la guerrera:

—Mira lo que te hemos encontrado en el bolsillo...

El afrikáner levantó la cabeza y vio la memoria USB. La suela de clavos le reventó la tripa. Por mucho que Epkeen se esperara el golpe no pudo evitar retorcerse de dolor sobre el parqué.

—¡Déjelo! —gritó Ruby desde la cama.

Terreblanche no se dignó siquiera mirarla:

—Tú, putita, más te vale cerrar el pico si no quieres que te meta el mango de una azada por el culo. ¿A quién le has enseñado el contenido del disco duro?

Epkeen boqueaba como un pez fuera del agua.

—A nadie...

—¿Seguro?

—No...

—No, ¿qué?

—... me dio tiempo.

Terreblanche se arrodilló y agarró al policía por el cuello de la camisa:

—¿Has mandado una copia a la central?

—No...

—¿Por qué?

Epkeen seguía boqueando, sin poder respirar.

—Las líneas... las líneas no eran seguras... Habían desaparecido demasiados nombres de los ficheros...

Terreblanche vaciló: sus hombres habían destruido el ordenador a tiros al atacar la casa de Epkeen, ya no tenían forma de saber lo que había podido hacer con los documentos.

—¿Le has enviado una copia del disco duro a alguien más? ¿Eh? —Terreblanche se impacientó—. ¡Habla o me la cargo!

Desenfundó su arma y apuntó a la cabeza de Ruby. Ésta se refugió contra la pared de la cama, asustada.

—Eso no cambiará nada —dijo Epkeen, con un hilo de voz—. Estaba examinando los documentos cuando sus hombres se lanzaron sobre mí...

La mano que sujetaba el arma estaba cubierta de manchas oscuras: al otro lado del cañón, Ruby temblaba como una hoja.

—Así que nadie conoce la existencia de esos ficheros...

Brian negó con la cabeza. Ese cabronazo le recordaba a su padre.

—No —dijo—. Sólo yo...

El silencio golpeaba contra las paredes de la habitación. Terreblanche bajó el arma y consultó su Rolex.

—Bueno... Eso ya lo veremos...

El sótano era una habitación lúgubre y fría que olía a barrica de vino. Epkeen trataba de aflojar sus ligaduras, sin mucha esperanza. Lo habían atado a una silla, con las manos a la espalda, y no veía más que un punto negro pues mantenían una luz intensa dirigida sobre su rostro.

Un hombre corpulento preparaba algo en la mesa vecina: le pareció distinguir a Debeer, y una máquina de aspecto poco alentador...

—Veo que no han perdido las buenas costumbres —les dijo a los militares.

Terreblanche no contestó. Ya había torturado antes a gente. Negros, en su mayoría. Algunos no pertenecían siquiera al ANC ni a al UDF Unos desgraciados, por lo general, que se habían dejado manipular por los agitadores comunistas. Thatcher y los demás los habían dejado tirados tras la caída del Muro, pero su odio por los comunistas, los cafres, los liberales y toda la escoria que estaba hoy en el poder no había menguado un ápice...

—Más te valdría ahorrarte saliva —dijo, supervisando el montaje.

El jefe consultó su reloj. Les quedaba aún un poco de tiempo antes de salir para el

aeródromo. La casa de VDV estaba aislada, nadie vendría a molestarlos. Al regresar a Hout Bay para recoger el material habían encontrado a los empleados y al vigilante sin conocimiento: alguien había entrado en la agencia y robado el disco duro. La pista del poli curioso era la acertada, pero el imbécil se les había escapado. Por suerte, Debeer había visto el fax que acababa de recibir, el organigrama de Project Coast y el nombre de DVD al final de la lista: seguramente el poli habría atado cabos...

Epkeen sólo tenía una idea en la cabeza: ganar tiempo.

—Fue usted quien se inventó toda esa historia del zulú —dijo—, ¿verdad?... Mantuvo a Gulethu con vida para que su ADN lo inculpara de la muerte de Kate y todo el mundo creyera que se trataba de un asesinato por motivos racistas. Gulethu vendía la droga a los niños de la calle de Cape Flats, pero quiso jugársela pasándoles algunas dosis a los jóvenes blancos de la costa. Él y su banda vigilaban la casa mientras Rossow elaboraba sus mejunjes... ¿Experimentos como los que hacían con el doctor Basson?

Terreblanche, con sus gruesos antebrazos peludos cruzados sobre el pecho, prestó atención.

—¿Qué era la casa de Muizenberg?, ¿una unidad móvil de investigación, escamoteable gracias al Pinzgauer? Sabían que iríamos a meter las narices por la zona, así que se le ocurrió toda esa historia de campamento en la playa, plagadito de *tsotsis*... ¿Sobre quién probaban su producto milagro, sobre los niños de la calle?

Impasible, Terreblanche miraba a Debeer manejar su material.

—¿No se les ocurrió probarlo con disminuidos psíquicos? —siguió diciendo Epkeen—. Se van menos de la lengua que los niños huérfanos y, entre nosotros, no sirven para nada..., ¿verdad?

Terreblanche se lo quedó mirando, con una mueca en la cara. El poli parecía haberse recuperado un poco... La máquina ya estaba casi preparada.

—Los blancos no iban a comprar droga en los townships, por eso subcontrataron a las bandas organizadas. Pero, mala suerte, Gulethu era un tarado de primera categoría... Fue él quien mató a Nicole Wiese, ¿eh?... Quiso cargarle el muerto a Ramphele sin saber lo que había en la droga: un producto milagro mezclado con el tik para probarlo sobre cobayas, y una cepa de sida para callarles la boca. Unas pocas semanas, ésa es la esperanza de vida, ¿no?

Debeer indicó con un gesto que todo estaba listo.

—Ahora las preguntas las hago yo —dijo Terreblanche, acercándose a la silla donde estaba atado Epkeen.

Le pasó la punta de su fusta por debajo de los ojos, una y otra vez, sin cansarse.

—Te lo pregunto por última vez: ¿quién conoce la existencia de los ficheros que robaste?

—Ya le he dicho que nadie. Tenemos demasiados escapes en nuestras redes

informáticas.

—¿Qué hiciste después de abandonar Hout Bay? Epkeen trató de alejar la tira de cuero que rozaba sus párpados.

—Volví a mi casa para descifrar el contenido del disco duro: sus matones aparecieron justo cuando estaba intentando comprender el significado.

—Pudiste darle una copia a tu jefe perfectamente —le rebatió el exmilitar.

—No tengo jefe.

—¿Neuman tiene una copia? —rugió Terreblanche.

—No.

—¿Por qué?

—No tuve tiempo de dársela.

La fusta le acarició la nariz:

—¿Por qué no la enviaste?

—Todavía estaba descifrando el contenido del disco duro —replicó Epkeen—. ¿Es que se lo tengo que decir en afrikaans?

—Mientes.

—Ya me gustaría a mí.

—Enviar la información por *e-mail* sólo habría llevado dos minutos. ¿Por qué no lo hiciste?

—Nuestras líneas no son seguras.

—Eso no impidió que recibieras un fax.

—Si hubiera mandado una copia a la central, no me habría llevado conmigo la memoria USB.

—¿Existe otra copia?

—No.

Atado a la silla, Epkeen estaba empezando a sudar. Terreblanche dejó caer su fusta. Sus ojos húmedos se cubrieron con un velo: le hizo una seña a Debeer, que acababa de conectar los electrodos a la máquina que había sobre la mesa. El grueso afrikáner se sorbió la nariz subiéndose el cinturón del pantalón y luego se colocó a la espalda del prisionero. Lo agarró del pelo y le sujetó con fuerza la cabeza hacia atrás. Brian trató de soltarse, pero el poli de Hout Bay tenía mucha fuerza: Terreblanche le enganchó una pincita en el párpado inferior, y la otra en el otro párpado...

Los ojos de Epkeen ya estaban húmedos de lágrimas. Las pinzas le mordían la carne de los párpados como si fueran tenazas de metal; ya era bastante doloroso de por sí, pero eso no era nada comparado con lo que sintió cuando enchufaron la corriente.

## 6

Mzala no se reunió con los demás en Hout Bay como habían convenido, sino en Constantia, una zona de viñedos y mansiones aristocráticas en la que nunca había puesto los pies. Él también tendría pronto un palacio en el campo, vino y putas a mansalva. Un millón en dólares valía la pena hacer ciertos sacrificios... Mzala dejó una pequeña bolsa sobre la mesa del salón.

—Está todo aquí —dijo.

Advertido de su llegada, Terreblanche acababa de subir del sótano; abrió la bolsa y apenas se inmutó ante los trozos de carne sanguinolentos. Lenguas cortadas. Habría unas veinte dentro de la bolsa de tela, una masa viscosa que vertió sobre la madera pulida. El aspecto era repugnante, se trataba, en efecto, de lenguas humanas. Veinticuatro en total.

—¿Están todos aquí?

Mzala sonrió con la misma expresión de satisfacción de un animal ahíto.

—Bien... Hay gasolina en el garaje. Quema todo esto en el jardín.

El cabecilla de la banda se puso a recoger las lenguas de la mesa.

—¿Quién es la chica que está en la habitación? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—¿Quién te ha dejado entrar?

—La he visto por la ventana, al cruzar el jardín... No está nada mal la tía...

Mzala seguía sonriendo.

—Ni se te ocurra tocarle un pelo —le avisó Terreblanche—, todavía la necesito... intacta —precisó, a modo de advertencia.

—¿Para qué la necesitas?

—Tú ocúpate de tu barbacoa en el jardín.

El dentista apareció en la puerta del salón. Rick no conocía al negro con cicatrices en la cara que hablaba con Terreblanche: no veía más que sus uñas afiladas y los movimientos de sus dedos manchados de rojo. Vio los pedazos de carne sanguinolenta sobre la mesa y balbució:

—¿Cuán... cuándo nos vamos?

—Pronto —contestó el jefe—. ¿Has preparado tus cosas?

—Sí... Bueno, casi...

Mzala se tomaba su tiempo para recoger su botín. Rick se armó de valor para preguntar:

—¿No hay otra opción con Ruby? Quiero decir...

—Demasiado tarde, muchacho —lo interrumpió Terreblanche—. Ahora ella también está implicada... Has jugado con fuego, VDV... El ex de tu novia investigaba el caso, hay que ser tonto...

—Ruby me dijo que era guardia de tráfico —se disculpó Rick.

—Anda ya...

—Es la verdad.

—¿Es él el viejo amigo del que me hablaste? —se burló Mzala.

Se oyó un grito en el sótano. Allá abajo un hombre debía de estar pasando un mal rato. Mzala olvidó un momento sus lenguas:

—¿Necesita que le eche una mano, jefe?

Terreblanche le indicó que no con un gesto.

—Habla de eso más tarde —dijo, para zanjar el tema con el dentista—. Prepara tus cosas: el avión despegará dentro de una hora.

—Sí... Sí...

Rick no había tenido el valor de despedirse de Ruby. Su pasado lo había alcanzado, errores de juventud que había que poner en el contexto de la época. Su silencio había tenido un precio (¿qué se imaginaba Ruby, que uno se convertía en íntimo de los famosos con una simple consulta de dentista en Victoria?! ¿Qué se había comprado esa finca con su pensión del ejército?!). Terreblanche había conservado informes de su puño y letra, experimentos llevados a cabo al margen de Project Coast, en los que figuraban los nombres de los prisioneros políticos. Si eso se filtraba a la prensa del corazón, el «dentista de los famosos» podía ir tragándose su instrumental. Rick había obedecido las órdenes, como antes. Kate Montgomery era una presa fácil: bastaba echar una ojeada a la agenda de Ruby y asunto arreglado. Pero su ex lo había echado todo a perder. Rick lo sentía por ella, y también por él: su vida fluía ante sus ojos, y sabía que nada podría contener la hemorragia. Tenía que abandonarlo todo, lo que había construido en los últimos veinte años, marcharse del país y empezar de cero...

El sol lamía las primeras parcelas de viñas más allá del jardín. Rick dio media vuelta y se dirigió hacia la habitación del piso de arriba. Se llevaría lo que había en la caja fuerte, unos dólares, algunas joyas...

Terreblanche le dejó dar dos pasos antes de desenfundar la pistola de calibre 38 encontrada en casa del policía: apuntó a Rick justo cuando éste llegaba a la cristalera y lo abatió como a un negro, de un balazo en la nuca.

\* \* \*

Un blanco cachas con tupé montaba guardia ante la puerta de la habitación.

—Tengo que hablar con la chica —le dijo Mzala.

—¿Lo sabe el jefe?

—Claro que sí puesto que me manda él.

El *tsotsi* sonrió, enseñando sus dientes amarillos. El imbécil abrió la puerta.

La habitación estaba sumida en la penumbra. La chica yacía en la cama, con las manos atadas a la espalda. Ruby le lanzó una mirada venenosa al negro alto y delgado que cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué quiere?!

—Calma, bonita, calma...

El hombre llevaba en la mano una pequeña bolsa de tela. Tenía las uñas mugrientas y afiladas. Vestía un pantalón ancho y una camisa con las mangas manchadas de sangre.

—¿Quién es usted?! —le espetó Ruby.

—Tranquila... Tranquila...

Pero la cara del negro apestaba a vicio y a muerte; la contemplaba como a un trofeo. Una presa. El corazón de Ruby latía muy deprisa.

—No tengas miedo —le susurró—. No te dolerá...

Acariciaba su bolsa como a un animalito muy valioso. Intacta, había dicho Terreblanche.

—No te dolerá si te callas —precisó Mzala.

Ruby sintió ganas de romperle los ojos, pero no había la más mínima humanidad en ellos. El miedo trepó por sus piernas, que cerró con fuerza, arrojándose a la pared.

—Una palabra, me oyes —dijo el negro con voz melosa—: Una sola palabra y te abro las tripas.

—Que te den.

—En tu boca, ¿te apetece? ¿Eh? —Sonrió—. Sí, claro que te apetece... Cuando se tiene una boca como la tuya, lo que se quiere es una polla bien gorda... La mía te va a gustar, bonita, la mía te va a gustar...

—Ven —lo interrumpió Ruby con aire amenazador—: Verás qué dientes tengo.

Mzala seguía sonriendo, con un aire como ausente. Terreblanche había vuelto a bajar al sótano, dejándolo con el cadáver de su «viejo amigo» en el parqué del salón. Todavía quedaba una hora hasta que despegara el avión: había tiempo de divertirse un poco... El *tsotsi* metió la mano en su bolsa y sacó una lengua al azar. Ruby palideció. Quiso retroceder, pero ya estaba pegada a la pared. Mzala dejó el trozo de carne sobre su cabello.

—Si gritas —dijo—, te la tragas.

El Gato ya no sonreía.

Ruby calló, aterrorizada.

El hombre puso otra lengua sobre su oreja, visiblemente satisfecho: a la chica le temblaba todo el cuerpo, parecía un gorrión bajo la tormenta. Dentro de nada la tendría comiéndole de la mano —o, mejor dicho, comiéndole la polla, ja, ja, ja... Ruby apretó los labios mientras el tipo seguía adornándola, con una sonrisa cruel en sus facciones irregulares. Ahora tenía lenguas en el pelo, sobre los hombros... Una

lágrima rodó por su mejilla cuando él le decoró el escote.

Mzala contempló su obra. La chica estaba ya a punto. El *tsotsi* se había empalmado, tanto que casi le dolía: se estaba sacando el miembro vigoroso cuando se oyó el sonido rítmico de unos pasos en el corredor.

Debeer entró el primero, sosteniendo a un hombre con muy mal aspecto. Terreblanche venía detrás. Vio a Ruby, que lloraba en silencio, y luego la sonrisa crispada de Mzala...

\* \* \*

El mundo ya no estaba formateado, los datos se movían sin parar. El tiempo también se había vuelto poroso, gravitación cuántica en espiral. Epkeen dejó que los gametos bailaran en la química incierta de su cerebro: una vez enviada la materia a la otra punta del universo, se aferraba a las partículas de ideas que silbaban como meteoritos por encima de su cabeza. Al final de su desenfrenada carrera en pos de sí mismo, vio las pelusas de polvo sobre el parqué, y a Ruby junto a él... Las imágenes borrosas le arrancaban lágrimas que le quemaban los ojos.

—¿Qué me han hecho? —murmuró.

—No lo sé —contestó ella con voz neutra—. Pero te has meado encima.

Brian se contentó con respirar. Le escocían los ojos de manera atroz; le dolían los músculos, los huesos, su cuerpo entero no era ya sino un largo quejido, y la leona que vislumbraba entre las hierbas quemadas tenía la expresión de los días en que la caza era mala. Calibró el estado de su pantalón.

—Joder...

—Tú lo has dicho.

También su camisa estaba empapada.

Se acordó de Terreblanche, de las descargas eléctricas, de su cerebro reducido a un transformador, de sus pestañas chamuscadas, de las palabras que le salían solas de la boca, de las culebras que había escupido en medio del dolor... Una duda espantosa le atenazó la garganta: ¿había hablado? Chispas incandescentes repiqueteaban bajo sus párpados, apenas distinguía a Ruby, tendida en la cama, ni las sombras sobre la pared... Epkeen esbozó un movimiento para incorporarse pero le dolía todo el cuerpo.

—Ayúdame, por favor...

—¡¿Que te ayude a qué?! ¡Joder, antes ha venido un tipo, un loco que me ha pegado lenguas por toda la cara! ¡Lenguas humanas! ¡Hostia! ¿No ves que estos tíos están locos? ¡¿No ves que nos van a matar?!

Ruby estaba al borde de un ataque de nervios.

—Ya lo habrían hecho —replicó Brian.

—Si alguien me hubiera dicho que moriríamos juntos... —rezongó ella.

—Ayúdame a levantarme en lugar de pensar en tonterías.

Ruby lo agarró de un brazo:

—¿Qué piensas hacer?

—Ayúdame, te digo.

Las lágrimas de Epkeen caían solas sobre el parqué. Al ponerse en pie, se sintió como un faro en medio del mar, pero veía mejor las formas: las persianas bajadas, la ventana sin picaporte, el secreter, la silla coja de madera, y a Ruby, con las mandíbulas apretadas para no gritar... Era una tipa dura, no flaquearía. Pegó la cara a las láminas de la persiana bajada: se distinguían los frutales del jardín y las viñas que se extendían por las laderas grises de Table Mountain... Aunque logran escapar, no llegarían muy lejos, maltrechos como estaban.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo.

—Vale.

Brian evaluó la situación: no era como para tirar cohetes.

—Si Terreblanche no nos ha liquidado todavía es porque piensa utilizarnos.

—¿De qué, de rehenes? No vales nada en el mercado, Brian. Y yo menos todavía.

No se equivocaba. Señaló sus manos, aprisionadas bajo la cinta adhesiva:

—Tú que tienes buenos colmillos, intenta morder esto.

—Ya lo he intentado, listo. Mientras estabas fuera de combate. Pero está demasiado dura —le aseguró.

—Pero entonces yo no ejercía ninguna presión a la vez: vuelve a intentarlo.

Ruby resopló, se arrodilló a su espalda y buscó una grieta en la cinta.

—¡Venga, muerde!

—Es lo que estoy haciendo —gruñó ella.

Pero la cinta era dura y estaba demasiado apretada.

—No lo consigo —dijo, tirando la toalla.

Los pájaros piaban en el jardín. Por más que pensaba, Epkeen sólo veía una solución: un truco de prisionero político... La sola idea, dado su estado, le arrancaba suspiros próximos a la agonía.

—¿A qué distancia de aquí está la casa más cercana? —preguntó.

—A un kilómetro más o menos. ¿Por qué?

—No tenemos elección, Ruby... No veo que nadie vigile el jardín: con un poco de suerte, podrás llegar a las viñas antes de que nos alcancen. Corre a refugiarte sin mirar atrás y ve a casa de los vecinos a llamar a la policía.

—¿Ah, sí? —Ruby fingió sorpresa—. ¿Y cómo me transporto hasta tus viñas? ¿En sueños?

—La ventana no tiene más que un simple cristal —dijo Brian en voz muy baja—. Si consigo romperlo, tendrás alguna oportunidad de escapar. En diez segundos llegas

a las viñas. Para cuando los tipos se den cuenta y reaccionen, ya estarás lejos.

Ruby frunció el ceño.

—¿Y tú?

—Yo te sigo.

—¿Y si hay alguien vigilando fuera?

—En el peor de los casos, te mata.

—¿Y ése es tu plan?

—Al menos te hará ganar tiempo.

Ruby negó con la cabeza, su sonrisa de doble cara no la convencía demasiado.

—Olvidas una cosa, Brian: ¿cómo vamos a romper el cristal?

—Tengo la cabeza dura —dijo él.

Ruby hizo una mueca que torció su hermoso rostro.

—Romper el cristal a cabezazos: vaya birria de plan.

—Ya, pero mola.

Ruby se lo quedó mirando como si estuviera completamente loco:

—Sigues igual de chalado.

—Vamos —se impacientó él—, no perdamos tiempo.

Arrimó la silla del secreter bajo la ventana:

—Así podrás saltar más fácilmente... ¿Estás preparada?

Ruby hizo un signo afirmativo con la cabeza, concentrada en su objetivo. Sus miradas se cruzaron un instante: miedo, ternura y recuerdos mezclados. La besó en la boca sin que a ella se le ocurriera morderlo, retrocedió hasta la puerta y evaluó la trayectoria ideal. Ruby se mordía los labios, preparada para salir corriendo. Por fin, Brian apartó todo pensamiento de su mente y se lanzó de cabeza contra la ventana.

Según sus cálculos, tenía una probabilidad entre dos de no contarle: su cráneo impactó contra el cristal, que se rompió. Ruby ahogó un grito. La cabeza de Brian quedó atrapada entre las láminas de la persiana, lo que impidió que saliera por la ventana: se quedó un segundo atascado antes de desplomarse entre los trozos de cristal.

La luz del jardín deslumbró a Ruby. El cristal de la habitación estaba roto en parte, y los árboles, a tan sólo unos metros de distancia. Se precipitó, olvidando las hojas de cristal que estriaban el cielo, se subió a la silla y franqueó la ventana con los ojos cerrados. De un salto, estaba fuera. Sus piernas se tambalearon sobre la tierra agrietada, sentía gotear sangre tibia sobre sus párpados, pero ya no pensó más que en correr. Se abrió camino entre los árboles, evitando las ramas bajas. Sólo quedaban diez metros hasta las viñas.

—¡No la matéis! —gritó una voz a su derecha.

Ruby alcanzó los primeros cultivos. Dobló la espalda y corrió veinte metros en línea recta antes de torcer bruscamente a la izquierda. Los arbustos le arañaban la

piel, las manos atadas a la espalda frenaban su loca carrera, pero recorrió, jadeante, otra hilera entera de vides antes de atajar hacia el norte. Alrededor de un kilómetro hasta alcanzar la casa de los vecinos. Ruby corría a través de las viñas cuando un golpe detuvo su trayectoria. Cayó de bruces contra el suelo. Un peso enorme se abatió de inmediato sobre ella. De sus labios escapó un grito de dolor: con la rodilla clavada en sus riñones, el hombre la sujetaba con fuerza. Acudieron de la casa, unas sombras surgían entre las viñas...

—¿Dónde te creías que ibas, putita? —gruñó Terreblanche.

Ruby tenía la boca llena de tierra. El plan de Brian era un desastre. Y, decididamente, la vida no albergaba ninguna sorpresa para ella.

\* \* \*

Epkeen esperaba apoyado en la pared de la habitación, grogui. El impacto no lo había matado, pero lo había dejado inconsciente. Un milagro: los guardias lo habían encontrado tirado en el suelo, entre los fragmentos de cristal y de persiana arrancada. Ocupados en perseguir a la chica que escapaba por la ventana, lo dejaron ahí con sus heridas abiertas y organizaron la batida. Ruby no llegaría muy lejos, Brian lo sabía.

De hecho, ahí volvía, con un buen corte en la frente. Su bonito vestido estaba hecho jirones, tenía arañazos en los brazos y la cara y los hombros llenos de sangre. Terreblanche la tiró sobre la cama, como un juguete que a nadie le interesa ya.

—Átales los tobillos —le ordenó a Debeer—. Y barre esos cristales: no se vayan a cortar, pobrecitos...

Humor de militar. Ruby lanzó una mirada desamparada a Brian, que tenía parte del cuero cabelludo arrancado. Debeer empezó por él.

—Ya los desatarás cuando estén muertos —dijo el jefe.

Era la segunda parte de su plan: la primera descansaba en mitad del salón, con la bala del poli en la nuca. Terreblanche había previsto eliminar a Van der Verskuizen y a su chica antes de llegar al aeródromo —parecería un robo con un desenlace fatal—, pero los últimos acontecimientos habían modificado sus planes.

—Ponles una primera inyección de cuatro centímetros cúbicos: deja que actúe el producto antes de pasar a la segunda... Estarán inconscientes y no opondrán ninguna resistencia.

Debeer asintió mientras su jefe borraba sus huellas del arma del policía.

—Después, matarás a la chica con esta arma —dijo, dejando el revólver sobre el secreter. No te olvides de los guantes, ni de dejar las huellas del poli en la pipa. Tiene que parecer un asesinato en un arrebato de locura, seguido de una sobredosis, ¿entendido?

—Afirmativo.

Debeer era el encargado de los trabajos sucios. No le gustaba especialmente, pero bastaba con no pensar en ello. El jefe dejó un maletín de cuero en el suelo: dentro había un torniquete, jeringuillas, droga, el mango de una azada...

—Viola a la chica antes de matarla —precisó—. Es importante para la autopsia... Luego te reúnes conmigo como hemos convenido.

Ruby se acurrucó en la cama, con los ojos fuera de las órbitas.

—Nadie creerá que se trate de un asesinato —dijo Epkeen desde la pared—: Todo el mundo sabe que nos queremos con locura.

—¡Sí! —aseguró Ruby.

Terreblanche no se dignó siquiera mirarlos:

—Ejecuta el plan.

La primera inyección fue como un trueno en un cielo ya negro. Epkeen sintió subir el calor hasta sus mejillas, propagarse en un espasmo a todos sus músculos y correr por sus dedos. La sensación de fuego era intensa, aunque más sutil que con las corrientes eléctricas de antes: pasó del dolor a la insensibilidad, se quedó a medio camino entre la indiferencia y la dinamita, evitando por poco la implosión. Por fin, una vez encajado el primer golpe, llegó el milagro: la colada de lava que arrastraba sus venas, los fragmentos de cristal clavados en su cabeza, en sus riñones, ya no sentía nada. La Tierra pulverizada bajo sus pies, el olor a piel y el fuego del incendio lo arrasaban todo desde el suelo hasta el techo. Un largo desgarró lo tumbó, como una llanura bajo la luna.

—¡No me toques!

La voz surgió de ninguna parte. Brian abrió unos ojos hinchados.

—¡No me toques, joder! —repitió la voz.

Epkeen se estremeció: Ruby estaba ahí, muy cerca de él. Sentía su aliento en la boca.

—¡Pero... si no te estoy tocando! —protestó.

Miró a su alrededor y no vio más que una pesadilla: por Dios santo, sí, sí que la estaba tocando... Sin embargo no era él: esas manos, esos dedos... Ruby estaba ahí, a escasos centímetros. La sangre manaba de sus heridas, formaba manchas en su rostro, y él estaba tendido sobre ella, en otra parte... El deseo había huido del amor, desaparecido del infinito: vio sin creerlo cosas que no existían, Ruby tendida debajo de él con las piernas abiertas, los ojos le daban vueltas por efecto de la droga, las convulsiones, los dibujos de la colcha con estampado de piel de cebra, y siempre ese aliento femenino, en su cuello... Lo recordó todo de golpe: el sótano, su intento de escapar y la primera inyección.

Epkeen rodó sobre la cama y se dejó caer sobre el parqué de la habitación.

Los guardias habían acudido nada más romper el cristal, pero le había dado tiempo a meter uno de los pedazos debajo de la cama: buscó en las esquinas pero sólo

vio oscuridad entre las estrellas. Por fin distinguió un tenue resplandor junto al rodapié. El trozo de cristal... Se dio la vuelta en el suelo y, con la punta del pie, lo acercó hasta él.

Unos pasos pesados se acercaban por el corredor. La llave giró en la cerradura. Epkeen se contorsionó y cerró los ojos en el momento en que la puerta se abría.

Debeer entró en la habitación. Llevaban media hora inconscientes. Avanzó hacia la cama y depositó el maletín junto a la chica. El poli también estaba letárgico, tendido en el suelo... El gordo se puso un par de guantes de látex y preparó sus utensilios; cuanto antes terminara ahí, antes podría irse al aeródromo. Empezó por arrancar lo que quedaba del vestido, reventó la goma del tanga y lo arrojó por los aires. Hecho esto, cubrió con un condón el extremo del mango de la azada y le abrió las piernas a la chica. Bastaba no pensar en ello.

—Enséñame el culo, putita...

Desde el suelo, Epkeen veía al afrikáner en la cama, de espaldas a él. Ruby ya no reaccionaba. Trató de cortar sus ataduras, pero la droga lo había dejado rígido, tenía los dedos entumecidos, casi insensible, quién sabe si no se estaría cortando las venas... Un tanga roto aterrizó sobre el parqué. Brian sentía calambres a fuerza de lacerar la cinta adhesiva, tenía mil pequeños cortes en los dedos, pero no conseguía nada. Debeer rumiaba insultos en afrikaans cuando, de pronto, sus manos se liberaron. Epkeen vaciló un segundo y se dio cuenta de que apenas podía moverse. Su cerebro enviaba órdenes que no producían ningún efecto. Vio a Ruby en la cama, la pierna que Debeer se había echado sobre el hombro para maniobrar mejor. La sensación de pesadez que lo mantenía clavado en el suelo desapareció durante una fracción de segundo: se lanzó sobre el gordo, echando espuma por la boca, de amor y de rabia. Una química mortal: el trozo de cristal se hundió en la garganta de Debeer, seccionándole la carótida.

La luna se difuminaba lentamente en el cielo. Neuman estaba definiendo el plan de ataque que más tarde pensaba presentarle al jefe de la SAP cuando recibió una llamada de Myriam. La joven enfermera había pasado delante de la casa de Josephina temprano aquella mañana, antes de empezar su turno en el dispensario: sorprendida al ver las persianas abiertas, Myriam había llamado a la puerta, sin obtener respuesta. Preocupada, había despertado a las amigas de la anciana. Una de ellas afirmaba que Josephina tenía una cita el día anterior por la tarde en la iglesia de Lengezi, en la frontera con Khayelitsha, con una tal Sonia Parker, la asistente del pastor, por un tema de niños de la calle.

Neuman palideció.

Parker.

Pamela, la mestiza encontrada muerta en el sótano, tenía el mismo apellido...

Ali le dio las gracias al ángel de la guarda de su madre antes de consultar los ficheros de la SAP. No tardó en encontrar lo que buscaba: «Pamela Parker, nacida el 28/11/1978. Padres fallecidos. Una hermana, Sonia, domicilio desconocido...».

Neuman se llenó los bolsillos de balas y abandonó la comisaría desierta.

La zona arenosa que bordeaba Legenzi se extendía hasta el mar. Periódicos viejos, trozos de plástico, telas de saco, placas de chapa ondulada, las chabolas que bordeaban los *public open spaces* eran de las más míseras del township. Neuman cerró con fuerza la puerta del coche y echó a andar por la calle de tierra.

Un viento sordo golpeaba contra las puertas cerradas. Todo parecía desierto, abandonado. Se acercó, ahuyentado las sombras, y sólo vio una rata que pasó corriendo junto a él. La fachada de la iglesia se teñía de rosa a la luz del alba. Subió los peldaños de la escalinata y entró sin ruido por la puerta entreabierta...

El cañón de su arma apuntaba a las tinieblas. Las sillas estaban vacías, el silencio encerrado en una maleta en el fondo de su cabeza. No había nadie. Avanzó por el pasillo helado, sentía la tibieza de la culata en la palma de la mano. Distinguió la columna junto al altar, el paño blanco, las velas apagadas... Neuman se detuvo en mitad del pasillo. Había una forma negra detrás del altar, una silueta de contornos nítidos, que parecía colgar de la cruz... Josephina. Le habían atado las muñecas con una cuerda al gran Cristo de madera; su cabeza descansaba sobre su pecho, gacha, inerte, con los ojos cerrados... Ali se acercó a su rostro y le acarició los párpados. Se le había corrido el maquillaje, un rímel azul manchado de lágrimas. Acarició su mejilla con un gesto mecánico, largo rato, como para tranquilizarla. Pronto terminaría todo, sí, pronto terminaría todo... Se multiplicaban las imágenes en su cabeza, confusas. Le temblaban las mandíbulas. No sabía cuánto había durado, pero su madre ya no sufriría más: el Gato le había clavado un radio de bicicleta en el corazón.

Neuman retrocedió un paso y soltó el arma. Su madre estaba muerta. Se le había venido a los labios una bocanada de sangre que había manchado su vestido blanco y su hermosa piel negra, sangre coagulada pegada en su barbilla, su cuello, su boca entreabierta... Vio los cortes en sus labios... Tajos... Hechos con un cuchillo... Ali le abrió la boca a su madre y se estremeció: no tenía lengua. Se la habían cortado.

El grito le taladró las sienas. *Zwelithini*. La exhortación guerrera del último rey zulú, antes de la matanza de su pueblo...

*Zwelithini*: «que tiemble la tierra».

\* \* \*

Beth Xumala vivía sumida en el miedo, como todos los policías de los townships — miedo de que derribaran su puerta en mitad de la noche y la violaran, de que la mataran para robarle su arma de servicio, miedo del asesinato ciego perpetrado en plena calle, miedo de las represalias si detenían a un *tsotsi* importante— pero le encantaba su trabajo.

—¿Sabe disparar? —le preguntó Neuman.

—Era una de las mejores de mi promoción sobre blancos en movimiento — contestó la *constable*.

—Ésos no contraatacan.

—A éstos no les dejaré tiempo para hacerlo.

Stein, su compañero de patrulla, era un albino corpulento de uniforme impecablemente planchado. Él tampoco había imaginado nunca que algún día trabajaría con el jefe de la policía criminal de Ciudad del Cabo, y menos todavía en ese tipo de intervención. Se ajustó el chaleco antibalas y comprobó los cierres.

Los primeros rayos de sol despuntaban sobre la fachada acribillada de balas del Marabi. La guarida de los americanos estaba cerrada a cal y canto, la entrada, protegida por una valla metálica, y las ventanas, tapadas con tablones y placas de chapa. No había señales de vida. También la calle estaba extrañamente tranquila.

—Vamos —dijo Neuman.

—Tal vez deberíamos esperar a que lleguen los refuerzos —aventuró Stein.

—Limítense a cubrirme las espaldas.

Neuman no esperaría a los Casspir de Krugë, ni a la ayuda renuente de Sanogo. Armó el fusil de pistón que había encontrado en el maletero del coche patrulla y avanzó. Stein y Xumala vacilaron —les pagaban dos mil rands al mes por tratar de mantener la ley, no por morir en una operación suicida contra la banda más importante del township, pero el zulú ya había rodeado el edificio.

A su señal, los dos agentes treparon al tejado vecino. Neuman ahogó un gemido al aterrizar en el patio trasero del *shebeen*.

Avanzó evitando las papeleras reventadas y las latas de refresco diseminadas aquí y allá y llegó el primero a la puerta de hierro que daba a la sala de juego.

—Al primer gesto sospechoso, disparen —dijo en voz baja.

Los agentes estaban muy nerviosos. Neuman tendría que apañarse con ellos... El blindaje se remontaba a los tiempos del apartheid, y la cerradura, a los del Gran Trek<sup>[45]</sup>: Neuman inclinó el fusil de pistón y disparó dos veces seguidas. El cierre estalló en pedazos. Stein derribó la puerta de una patada. Neuman irrumpió en el salón privado: a la derecha, el almacén y las habitaciones de los *tsotsis*, a la izquierda, la de Mzala. Fue directo a su objetivo, entró por la puerta entornada y apuntó con el fusil al colchón del cabecilla de la banda.

Una mujer desnuda descansaba en la penumbra. Una mestiza rechoncha, a la que había visto el otro día con el Gato. Miraba el techo amarillento de la habitación, con los ojos desorbitados, degollada. Su ropa cubría el suelo de baldosas, pero el armario estaba casi vacío. Neuman se arrodilló despacio y le abrió la mandíbula. Ella tampoco tenía lengua...

—¡Capitán! —gritó Beth desde el dormitorio de los *tsotsis*—. ¡Capitán!

El zulú se incorporó sin notar ya el dolor en las costillas. El agente Stein estaba llamando de nuevo a los refuerzos por radio desde el pasillo cuando volvió su compañera, lívida.

—Están todos muertos —dijo.

Neuman encontró pósters de mujeres desnudas en las paredes llenas de grietas, un camping gas para las latas de conserva, botellas de cerveza vacías y un cadáver en cada litera. Eran todos miembros de la banda de los americanos. Otros yacían en el suelo, con la cabeza inclinada y la nariz en los charcos de alcohol que cubrían el suelo. Veintidós cadáveres, todos ejecutados de un balazo en la cabeza. Se habían cargado incluso a la *shebeen queen* —Neuman encontró su cuerpo detrás de la barra, entre botellas vacías y colillas de porro...—. Habían borrado del mapa a la banda de los americanos: todos sus miembros habían sido abatidos durante su sueño étnico, antes de cortarles la lengua.

Mzala no estaba entre las víctimas.

Neuman apretó con fuerza los bloques de marfil de sus mandíbulas: se lo robaban todo, hasta la muerte.

Dejó que los agentes llamaran a las ambulancias y salió sin decir una palabra.

Una pequeña multitud silenciosa se había apiñado delante del Marabi. Ali no quería pensar, aún no. Cogió su coche, sordo al estruendo de las sirenas de la policía, y condujo hacia Lengezi. Unas mujeres caminaban por la carretera, con un cesto o una palangana de plástico en la mano. Khayelitsha despertaba despacio. Aminoró la velocidad al pasar delante de la casa de su madre y se detuvo sin darse cuenta. El seto estaba podado, y las persianas, abiertas. Ali cerró los ojos para respirar y sintió rugir

la ira en su interior. El monstruo en lo más hondo de sí mismo despertaba. *Zwelithini*. No dormiría. Ya no dormiría nunca más...

La señal de su móvil resonó en su bolsillo, qué absurdo. Neuman vio el *sms* de Zina y se le encogió aún más el corazón: «Nos vemos a las 8 en el Boulder National Park... xxx kiss...».

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Levantó la cabeza y vio la casa de su madre al otro lado del parabrisas, el sol acariciaba ya las persianas. Unos niños jugaban en la calle, con sus cochecitos de alambre... Neuman abrió la puerta del coche y vomitó sobre el seto el desayuno que no había tomado.

\* \* \*

Las sirenas de policía ante la iglesia, la ambulancia, los agentes dispersando a los últimos curiosos, Myriam sollozando al pie de la escalinata, Neuman atravesó la realidad desolada con los ojos de otro.

Dos *constables* custodiaban el acceso a la iglesia. Neuman pasó delante de ellos sin verlos. El sacerdote metodista estaba en la entrada, era un hombre de pelo corto y entrecano, en sus ojos bailaban las llamas vacilantes de las velas. Con un gesto, Neuman le ordenó que se callara. Primero quería ver al forense.

Rajan trabajaba en el Hospital de la Cruz Roja de Khayelitsha, era un hombre canijo de origen indio al que Neuman había visto un par de veces en su vida. Rajan lo saludó, con una mezcla de apuro y compasión. Según sus primeras conclusiones, el crimen había tenido lugar en la iglesia, hacia las nueve de la noche. La lengua había sido seccionada, probablemente con un cuchillo, pero el causante de la muerte parecía ser un radio de bicicleta afilado, clavado en el corazón.

La ejecución favorita en Soweto, en los tiempos en que *vigilantes* y *comrades* ajustaban cuentas con el pretexto de la Historia... El horror pugnaba por hacerle perder pie, pero Neuman se movía lejos del suelo, en territorio zulú, donde enterraría a su madre junto a su esposo, cuando todo hubiera terminado...

En la iglesia reinaba un silencio helado, alterado apenas por el murmullo de la multitud congregada fuera. Los enfermeros esperaban con la camilla junto al altar.

—¿Podemos llevarnos el cuerpo?

Rajan esperaba una palabra de Neuman.

—Sí... Sí...

Ali miró a su madre por última vez, y ésta desapareció bajo la cremallera de una bolsa de plástico.

—Sé que no lo consuela —murmuró el forense—, pero si en algo puede aplacar su tormento, parece que la lengua se seccionó post mórtem...

Ali no dijo nada. Tenía demasiadas culebras en la boca. La Historia no se repetía,

tartamudeaba... Neuman se dirigió al sacerdote, que aguardaba junto a la columna.

—Mi madre tenía una cita con su asistenta —dijo, envolviéndolo con su sombra—. ¿Dónde está?

—¿Sonia? Pues... en su casa, me imagino... Hay una casita anexa a la iglesia: allí es donde duerme...

—Enséñemela.

El sacerdote sudaba pese al frescor de la mañana. Salieron por una puerta disimulada.

La pequeña parcela de tierra al amparo del edificio pertenecía a la congregación. En ella habían plantado varias hileras de batatas, zanahorias y lechugas con las que la asistenta preparaba las sopas para los desheredados... Neuman abrió la puerta de su casita. Hacía ya calor bajo el tejado de chapa ondulada. En la habitación flotaba un olor a sudor mezclado con otro, penetrante, a sangre. Una joven negra yacía sobre un colchón. De su garganta cortada manaba un chorro de sangre negruzca.

—¿Sonia?

El sacerdote lo confirmó con un gesto, sin expresión. Neuman inspeccionó el cuerpo. Visiblemente, la chica había tratado de defenderse: tenía marcas rojas en las muñecas y una uña rota. La hoja del cuchillo le había seccionado el esófago y luego la lengua... El asesinato había tenido lugar unas doce horas antes. Neuman echó un vistazo en derredor al mobiliario, las estanterías y la sopa que la muchacha había estado preparando en la cocina contigua...

—¿Desde cuándo trabajaba Sonia para usted? —le espetó Neuman al hombrecillo asustado.

—Desde el año pasado... Fue ella quien acudió a mí... Una muchacha perdida, que quería expiar sus pecados ayudando al prójimo, respondiendo así a la llamada del S...

Neuman agarró al sacerdote de la sotana y lo estampó contra la pared.

—Hace ya tiempo que el Señor está mudo —dijo entre dientes—: A la hermana de su asistenta la mataron por una historia de droga suministrada a niños de la calle, y Sonia estaba en contacto con los que había por aquí. ¡¿Y bien, qué tiene que decirme?!—

—Yo no sé nada...

—Un chico con un pantalón corto verde, Teddy y otro con una cicatriz en el cuello, ¿le suenan de algo?

El sacerdote se estremeció, entre las garras del coloso.

—¡Sonia! —se atragantó—. Era Sonia quien se ocupaba de servirles la sopa...

Neuman pensó en el jardín, en las casetas...

—¿Tienen animales?

—Gallinas... También algunos cerdos, conejos...

Arrastró al hombrecillo hasta el huerto. Hacinados en sus conejeras, los animalillos olisqueaban las rejillas: algo más lejos, las gallinas picoteaban entre la paja como si fuera agua hirviendo. Una construcción de piedra con tejado de chapa hacía las veces de porqueriza al fondo del jardín, junto a un abrevadero en el que había estancada un poco de agua salobre. Neuman desenfundó su Colt 45 y, de un balazo, reventó el candado.

Un olor nauseabundo lo recibió en el interior de la caseta. Los tres cerdos que se revolcaban en el fango acudieron gruñendo al otro lado de la barrera de madera: un macho, el más gordo, y dos hembras con el morro rosa cubierto de excrementos.

—¿Qué les da de comer?

El sacerdote se había quedado en el quicio de la puerta.

—De todo... todo lo que pillo por ahí...

Neuman abrió la barrera del box y liberó a los animales. El hombrecillo quiso hacer un gesto para retenerlos —los cerdos iban a arrasar su preciado huerto— pero cambió de idea. Neuman se inclinó sobre la cloaca. Sacó su navaja y con la hoja removió la masa infecta en la que chapoteaba. Entre los desechos aparecieron unos huesos: huesos humanos... La mayor parte estaban roídos por los cerdos... Por el tamaño, parecían huesos de niño... Los había a montones...

\* \* \*

El Boulder National Park albergaba una colonia de pingüinos del Cabo. Los animalillos brincaban libremente por la playa de arena blanca, y las olas estruendosas les servían de trampolín. Neuman caminó a zancadas regulares por la arena mojada.

Zina lo esperaba en las rocas, entre el rocío de mar que el viento arrojaba contra su vestido. Lo vio llegar desde lejos, como un gigante incongruente entre los pingüinos que se balanceaban, y se apretó con más fuerza las rodillas dobladas. Él caminó hasta el arrecife, y dirigiéndose a ella, asesinó toda idea de amor:

—¿Tienes el documento?

A su lado, sobre la roca, había una carpetilla de plástico. Zina quería hablarle de ellos dos, pero nada encajaba en ese decorado.

—Es todo lo que he podido conseguir —dijo.

Neuman olvidó los cohetes negros que explotaban en su cabeza y cogió la carpeta. El documento no tenía membrete ni mención que permitiera identificarlo, pero contenía un informe completo sobre el hombre al que estaba buscando.

Joost Terreblanche había trabajado para los servicios secretos durante el apartheid y figuraba entre los miembros de la Broederbond, la «Liga de los Hermanos», una sociedad secreta que reunía a la supuesta élite afrikáner, y de cuyas actividades poco se sabía. Pese a su implicación en Project Coast y en la desaparición de varios

activistas negros, Terreblanche no había sido perseguido por la justicia. Eran pocos los procesos que habían prosperado, razón por la cual pocos antiguos miembros del ejército habían colaborado con la Comisión Verdad y Reconciliación de Desmond Tutu: algunas ramas de los antiguos servicios de seguridad se habían beneficiado así de una impunidad casi total pese a haber cometido graves violaciones de los derechos humanos. Terreblanche había abandonado el ejército tras la caída del régimen con el grado de coronel, y se había reconvertido en el negocio de la seguridad privada a través de varias empresas sudafricanas, en especial la agencia ATD, de la que era uno de los propietarios y accionistas. Según la fuente del informe, Terreblanche gozaba de protección en todos los ámbitos, tanto en Sudáfrica como en Namibia, donde el conflicto entre los dos países había permitido múltiples infiltraciones. Se sospechaba que había llevado a cabo operaciones paramilitares en distintos países de los Grandes Lagos (tráfico de armas y contratación de mercenarios). El informe mencionaba en especial una base situada en el desierto del Namib, una vieja granja muy vigilada en mitad de una zona protegida, donde Terreblanche llevaba a cabo sus actividades con total tranquilidad.

Namibia...

Las olas se estrellaban contra la playa, escupiendo pingüinos; Zina observaba al zulú, enfrascado en su lectura, extrañamente pálido bajo su máscara. Conocerse había sido algo parecido a una corriente de aire. Un impulso que nunca tendría que haber tenido lugar y que, sin embargo, los precipitaba el uno hacia el otro. No era el momento, pero nunca sería el momento.

—¿Y si nos dejáramos de tonterías? —dijo ella.

Él levantó la cabeza, un tótem negro en mitad de la arena.

—¿Crees que estoy ciega? —le preguntó con chulería—. ¿Crees que no veo cómo me miras?

Neuman se descompuso un poco más pero no contestó. En la superficie flotaban cadáveres, por docenas, exangües.

—Nuestra gira termina mañana por la noche —le dijo—. Después, no sé... Me voy de la ciudad, Ali, a no ser que me retengas.

Él ya no oía el tronar de las olas en la playa, ni los gritos de los pingüinos. El mundo se había vuelto del revés y se precipitaba hacia abajo. En caída libre.

—Lo siento —dijo Ali en voz muy baja.

Zina apretó los dientes, esos dientes tan bonitos que tenía.

—¡Dilo otra vez! —exclamó—. ¡Venga: dímelo otra vez!

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se levantaba por la mañana con el olor de su piel, resistía al agua, al viento, al fuego bajo sus pies, su olor la esperaba en la cama, en su camerino, la seguía por los pasillos, las calles y el aire tibio de la noche, impregnaba el rocío del mar, su olor, su olor en todas partes.

Él bajó los ojos. Vio sus pies desnudos sobre la roca escarpada, el dibujo de sus tobillos, sus piernas y su vestido, que bailaba al viento...

—Lo siento...

Y Ali murió allí mismo, en medio de los pingüinos.

Los animales salían al caer la noche. Una pareja de órix pasó por la llanura, en busca de hojas tiernas que hubieran crecido con la última lluvia.

—¿Qué coño hacen ahí esos idiotas? —rezongó Mzala desde la terraza de la granja.

El *tsotsi* estaba nervioso. Se la traían floja los animales, la arena y el desierto. Mzala sólo tenía unas cuantas ideas en la cabeza: dólares; Mozambique; jubilación anticipada; palacios y perras en celo.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí?

—El que haga falta —contestó el jefe—. Sería mejor que durmieras un poco...

El exmilitar bebía roibos, cómodamente sentado en uno de los sillones de la terraza.

Mzala escrutó el desierto. Toda esa inmensidad lo deprimía. No tenía ganas de dormir. El *speed*, o más bien el miedo a despertarse con un cuchillo clavado en la espalda, lo mantenía despierto. Terreblanche odiaba a todo el que no se pusiera colorado al sol; el Gato había tomado ciertas precauciones que impedían que lo liquidara de inmediato, pero no cerraría los ojos hasta estar lejos de allí, con su dinero. Esa espera lo indisponía. Mzala no soportaba esperar. Aunque su estatus de jefe le otorgaba ciertos privilegios dentro de las fronteras del township, esa situación tocaba a su fin. La banda de los americanos había pasado a mejor vida, que descansaran en paz sus almas condenadas. Mzala había cumplido su parte del trato: había recogido los somníferos de la iglesia de Lengezi, de paso se había cargado a la otra putita que daba de comer a los cerdos y a la gruesa anciana que había aparecido de improviso y, para terminar, había quemado las lenguas con gasolina antes de seguir a los demás hasta la pista del aeródromo...

—¿Qué le impide darme el resto de la pasta ahora mismo? —gruñó.

—Ya hemos hablado de eso —peroró Terreblanche—. Ahora las fronteras seguramente estarán vigiladas, y no me apetece que caigas en manos de la policía... Te irás al extranjero cuando no haya peligro.

No era verdad: podía desplazarse de un país a otro sin exponerse a dar con un funcionario puntilloso, pero el cabecilla de los americanos era un animal que, nada más embolsarse el dinero, se lo puliría en coches de lujo, joyas de oro y tías buenas para fardar. El disco duro estaba en lugar seguro, en manos de sus comanditarios, su fortuna y la de su hijo, aseguradas, pero la policía seguía alerta. Joost se haría el muerto hasta que el asunto se olvidara. Sólo entonces se reuniría con Ross en Australia. El dinero lo compraba todo. El dinero lo redimía todo...

—Eso no era lo acordado —se empecinó Mzala—: Lo acordado era que una vez terminada la operación yo me largaría con mi parte.

—Nadie se marchará de aquí sin mi consentimiento.

—¿Qué es eso?

—Sin que yo esté de acuerdo.

—Nuestro acuerdo era la pasta. Un millón. En metálico. ¿Dónde están mis dólares?

—Tendrás que esperar, como todos los demás —zanjó Terreblanche—. Y no hay más que hablar.

Mzala hizo una mueca en la oscuridad. Se preguntaba si el caraluna tenía el dinero ahí, guardado en una caja fuerte, o en algún escondite absurdo... El Cessna que los había llevado allí por la mañana se había vuelto a marchar con el material; ahora estaban solos en medio de ese desierto que no conocía.

Un silencio de plomo reinaba en la terraza, apenas alterado por la brisa de la noche. Los pájaros nocturnos habían callado. Los órix también se habían marchado... Mzala iba a encerrarse en su habitación, con su arma al alcance de la mano, cuando se oyó un grito cerca del hangar.

\* \* \*

Neuman apagó el motor del 4x4 al borde de la pista para recorrer a pie los últimos kilómetros. El peso del estuche que llevaba en la mano le hacía daño en las costillas; según su mapa de la región, la granja estaba situada detrás de las dunas de Sossuswlei, al oeste, lejos de las zonas turísticas...

La luna lo guió por la llanura desértica. Caminó un kilómetro siguiendo la cruz del sur, notando en los bolsillos de su traje polvoriento el peso de los cargadores. Las dunas se recortaban en la oscuridad. Por fin distinguió una luz a lo lejos y una valla que delimitaba la granja.

Un avestruz huyó al acercarse él, centinela asustada. Neuman arrojó el estuche al otro lado de la valla antes de franquearla él. Apretó los dientes y se introdujo en la propiedad privada: unas veinte hectáreas, según la información de Zina, hasta los contrafuertes de las dunas de Sesriem. Se dirigió hacia la luz trémula, se detuvo a medio camino y evaluó la topografía del lugar. Se echó el estuche al hombro y, tras varios minutos de esforzada subida, llegó a la cima de la duna más alta. Se veía la granja de Terreblanche bajo la luz de la luna y el edificio prefabricado a un lado, junto a los cercados.

Neuman dejó el estuche metálico sobre la arena. El fusil era de la marca Steyr, con mira láser zoom x 6 y estaba provisto de silenciador y tres cargadores de treinta balas de calibre 7,62. Un arma de francotirador. Lo montó cuidadosamente y comprobó el funcionamiento.

Se secó el sudor de la frente y se tumbó sobre la cresta lisa. La arena estaba tibia,

casi fresca. Barrió el lugar con la mira de infrarrojos, localizó la granja, el anexo — sin duda sería un almacén—. Había dos hombres en la terraza, que parecían hablar entre ellos, y dos 4x4 en el patio... El edificio prefabricado estaba un poco más lejos, a cincuenta metros. Un guardia patrullaba, con un fusil ametralladora en bandolera. Otro fumaba en el camino que llevaba a la pista principal. Neuman lo enfocó con la mira y lo abatió de un tiro en la espalda. El hombre cayó de bruces contra el suelo. Dirigió el fusil hacia el patio y encontró al segundo hombre: el blanco bailó un momento en la mira antes de pivotar bruscamente bajo el impacto.

El tirador dejó de contener la respiración. No había señal alguna de agitación alrededor de los edificios: se aseguró de que los centinelas habían muerto en el acto y enfocó la terraza. Le pareció reconocer la silueta de Mzala junto a la columna cuando dos hombres salieron del almacén anexo: dos tipos con el cráneo rapado que transportaban unas cajas. Neuman siguió su movimiento —se dirigían a los 4x4— y apretó el gatillo. Mató al primero de una bala en la garganta y al segundo justo cuando se volvía hacia su compañero.

Un tercer hombre salió entonces de la granja: vio los cuerpos abatidos y desenfundó el revólver que llevaba en el cinturón. Neuman alcanzó a su objetivo en el hombro izquierdo antes de que una segunda bala lo lanzara despedido contra la puerta... Soltó un taco desde lo alto de la duna: al tipo le había dado tiempo a avisar a los demás.

Neuman dirigió el fusil hacia la terraza, pero las dos siluetas se habían refugiado en el interior de la casa. Un hombre en camiseta surgió del edificio prefabricado, con un arma en la mano: su cabeza saltó en pedazos. Sin duda en ese barracón dormían los hombres de Terreblanche. Se despertarían todos y organizarían el contraataque... Neuman apuntó a las paredes, cerca de las ventanas de la casa y, metódicamente, vació el cargador. Un tiroteo ciego que sembró el pánico al atravesar las paredes. Oyó gritos y el tableteo de las primeras ráfagas que rasgaban el silencio de la noche. Cogió el segundo cargador, que había dejado sobre la arena, lo metió en la recámara y disparó uno a uno treinta nuevos proyectiles: pronto el dormitorio de la tropa quedó como un colador. Un tipo trató de escapar, pero Neuman frenó su huida en seco de una bala en el plexo. Los supervivientes se mantenían ocultos en el interior.

Unas balas pasaron silbando a pocos metros de él, agujereando la arena. Al final habían localizado su posición... Neuman armó su último cargador y rebuscó entre las tinieblas. Vio a un hombre en la entrada del edificio prefabricado, con un fusil ametralladora en la mano, escondido detrás de la puerta: dirigía señales febriles a sus compinches, invisibles... Neuman disparó doce balas de calibre 7,62, que pulverizaron la puerta y lo que había alrededor. Herido en una pierna, un hombre se arrastraba para escapar del francotirador. Neuman lo remató de un tiro en la mejilla.

El zulú ya no respiraba, concentrado como estaba en su tarea. Una silueta cruzó el

campo infrarrojo: el hombre salió corriendo del barracón y corrió en zig-zag hacia la granja. Neuman lo siguió en un baile macabro y, con una presión mínima sobre el gatillo, lo derribó de bruces contra el suelo.

Tenía los dedos rígidos, y la respiración, enterrada en el fondo de las tripas. Por fin se relajó. No había un solo movimiento bajo la luna... Abandonó el estuche del Steyr en su sudario de arena, recorrió la cresta y corrió duna abajo, gimiendo. Se oyó entonces un ruido de puertas de coche cerrándose en la noche. Neuman paró de correr, jadeante, y dirigió la mira del fusil hacia la granja: un 4x4 escapaba hacia el oeste, levantando una nube de polvo.

Disparó seis balas a ojo, que se perdieron entre la niebla...

Un silencio de muerte se abatió sobre la extensión desértica. Neuman no pensaba en nada. Sólo quedaba el viento nocturno que soplaba entre los tablones destrozados, el fusil que sostenía como un desesperado y el Toyota aparcado en el patio.

\* \* \*

Las huellas de neumáticos se perdían en dirección al mar: cien kilómetros de dunas y de llanuras de piedras a través de uno de los parques nacionales más grandes del mundo. Neuman seguía las líneas paralelas que corrían bajo los faros, agarrado con fuerza al volante para atenuar el dolor en las costillas.

Había descubierto siete cuerpos en el edificio prefabricado, entre los cuales el de un joven blanco que se sujetaba el vientre, temblando, y al que había dejado morir allí mismo, sin rematarlo. Quitando los cadáveres del patio, la granja estaba vacía: había encontrado armas y munición en el almacén, pero Terreblanche y Mzala habían escapado. Su intención sería llegar a la pista de Walvis Bay atajando por el desierto, pero Neuman no se despegaría de ellos. Había evacuado todo pensamiento parásito que pudiera impedirle realizar su tarea. Inspeccionaba las dunas al otro lado del parabrisas, cada vez más altas conforme se adentraba en el Namib. El Toyota se bamboleaba sobre la arena blanda, dando bandazos, y a cada brinco sentía una punzada de fuego en el costado. Se agarró con más fuerza al volante.

Un chacal pasó corriendo delante de sus faros. Neuman conducía, ardiente de fiebre, cuando después de un cambio de rasante los vio de pronto: dos puntos rojos fosforescentes, entre las dunas... Neuman se detuvo a trescientos metros y apagó los faros en lo alto de una loma. Abrió la puerta del vehículo y los observó con la mira infrarroja del Steyr. El 4x4 parecía bloqueado. Se habían atascado en la arena. Alertado por los faros del Toyota, Mzala había soltado la pala para refugiarse detrás de la carrocería: Terreblanche se reunió con él, un fusil ametralladora en la mano. Ahora estaban los dos escondidos detrás del gran todoterreno, acechando a un enemigo invisible...

Neuman apoyó el cañón del Steyr sobre la puerta del Toyota y apuntó al depósito. Disparó cinco proyectiles, en vano. Era un vehículo blindado...

Neuman vaciló, sentía la camisa empapada en sudor. Por fin dejó el fusil en el asiento del copiloto, abrió su navaja y se sentó al volante. El 4x4 era un vehículo blindado, pero no el Toyota... Un plan sencillo, suicida.

Los neumáticos patinaron sobre la arena antes de agarrar: empezó a bajar la pendiente de la loma. Doscientos cincuenta metros, doscientos: encendió los faros, bloqueó el acelerador con la punta de la navaja y se lanzó sobre su objetivo. Dos cañones surgieron del capó del 4x4: Neuman cogió el fusil del asiento y saltó en marcha.

El parabrisas, el capó, los asientos, el radiador, las ráfagas de metralleta lo pulverizaron todo sin modificar la trayectoria del vehículo lanzado hacia ellos: el Toyota chocó contra la parte trasera del 4x4 que, pese al impacto, apenas se movió. Terreblanche y Mzala se habían dirigido a la duna para escapar de la colisión: surgieron de la oscuridad y apuntaron con sus armas hacia el Toyota accidentado. El capó estaba destrozado, el parabrisas había saltado en pedazos y la puerta estaba llena de agujeros de bala, pero no había nadie en su interior.

Neuman había rodado sobre la arena cien metros más lejos, recuperado su fusil y tomado posición: con los codos en el suelo, apuntó al depósito del Toyota, que explotó con la tercera bala. Un haz de fuego iluminó un instante el valle de arena. Neuman ya no veía a sus objetivos, ocultos por la pantalla de humo. Las llamas alcanzaron rápidamente el vehículo blindado. Mzala y Terreblanche, refugiados detrás de la carrocería, retrocedieron un paso. Dispararon una nueva ráfaga a ciegas, y otra más, que se perdió a varios metros de él. Presa del fuego, el depósito del 4x4 explotó a su vez. La deflagración sorprendió a Mzala: el beso de fuego lo arrastró en su aliento.

Neuman oyó el grito del *tsotsi* antes de distinguir su silueta: la antorcha humana giró sobre sí misma, buscando huir de las llamas que la consumían. Mzala dio unos pasos torpes en la arena y agitó los brazos para zafarse del abrazo mortal, pero el fuego lo perseguía: rodó por la arena, gritando a pleno pulmón... Neuman buscó el otro objetivo con la mira, barrió la noche, pero el humo opaco ocupaba todo el espacio. Terreblanche parecía haberse desmayado... A pocos pasos, Mzala seguía gritando en su tortura. El olor a carne quemada llegaba hasta él. El Gato gesticulaba, golpeando el suelo, en vano: Neuman lo remató de una bala en el pecho.

Gotas de fiebre perlaban su rostro. Ali reptó unos veinte metros, amplió el zoom y por fin localizó a Terreblanche, que había trepado a la cima de la duna: no tenía fusil, sólo un revólver en el cinturón... La mira del Steyr se fijó sobre su hombro en el preciso momento en que desaparecía al otro lado de la duna.

Las llamas crepitaban, esparciendo un humo negro. Neuman inspeccionó la cresta

por la que Terreblanche había desaparecido y se incorporó lentamente. La caída de antes le había reavivado el dolor en las costillas. Rodeó el brasero que rugía y siguió la cresta, que serpenteaba bajo la luna. Las huellas llevaban a la cima, que coronó tras una escalada laboriosa. El viento de las alturas apenas lo refrescó. Frente a él, las olas de arena se extendían hasta donde alcanzaba la vista... Encontró huellas de pasos en la falda lisa de la duna: se dirigían al oeste... Neuman soltó un taco. Nunca lo alcanzaría a pie, no con ese dolor en las costillas.

Comprobó la recámara de su arma y se estremeció al ver el cargador: sólo le quedaba una bala.

Un viento tibio soplaba en las alturas. Ali se tumbó y barrió el horizonte. Campos de montículos de contornos borrosos se sucedían unos a otros, monótonos. Pronto aparecieron unas huellas en la mira de infrarrojos, un trazado rectilíneo... Siguió la trayectoria y dio con la silueta del fugitivo. Caminaba a zancadas regulares, con un revólver en la mano. Trescientos metros, a vuelo de pájaro... Neuman contuvo el aliento, olvidó hasta el vacío que había en su cabeza y apretó el gatillo.

El disparo rasgó el silencio.

El hombre se desplomó sobre la arena.

\* \* \*

Neuman se acercó apuntando con su Colt, pero Terreblanche ya no se movía. Yacía en el suelo, con su automática al alcance de la mano, medio desvanecido... Ali arrojó el arma lejos y se arrodilló junto al herido. Tenía la frente empapada en sudor. Le palpó el pulso y vio que aún respiraba. Neuman levantó la camiseta color caqui, manchada de sangre: la bala le había dado en un riñón, evitando por poco el hígado.

Terreblanche abrió los ojos mientras Neuman evaluaba la herida.

—Tengo dinero... —masculló—. Mucho din...

—Cierra la boca o te dejo morir aquí mismo.

Devorado por los chacales: un final feliz... Pero Neuman lo quería vivo. Los documentos relativos a los experimentos habían desaparecido, también todo resto del laboratorio y los testigos... No había encontrado nada en la granja. Muerto Mzala, traer de vuelta a la ciudad a ese hijo de puta era su última oportunidad.

Terreblanche estaba pálido bajo la luz de los astros. Neuman vio entonces una picadura en su antebrazo: a todas luces, una picadura de araña... Presionó la carne alrededor: manó un fino chorro amarillo. Una araña de arena. Algunas podían resultar mortales.

—Ese puto bicho me ha picado —maldijo el herido.

La noche era aún negra, las dunas, contornos borrosos bajo las estrellas. Neuman levantó al hombre tendido en el suelo y, sin una palabra, lo ayudó a caminar.

Tardaron casi una hora en alcanzar las carcasas humeantes.

El zulú sudaba sangre y agua, y Terreblanche no había dejado de gemir en todo el trayecto: se desplomó junto a los 4x4, sin fuerzas. Un olor acre emanaba aún de los vehículos, y todo el valle apestaba. Los restos de Mzala descansaban algo más lejos, una forma negra y consumida que le recordaba a su hermano Andy... Muy ocupado en vendarse la herida con un pañuelo, Terreblanche no le dirigió una sola mirada a su cómplice: tenía la tez cérea a las primeras luces del alba. El veneno empezaba a hacer efecto... Neuman comprobó de nuevo el funcionamiento de su móvil, sin éxito: no había cobertura.

Un velo de inquietud le ensombreció el rostro.

—¿A cuántos kilómetros está la pista? —le preguntó a Terreblanche.

El exmilitar apenas levantó la cabeza.

—Walvis Bay —dijo—. A unos cincuenta.

—¿Y la casa más próxima?

El otro hizo un gesto evasivo...

—Por aquí no hay más que arena...

Neuman hizo una mueca. La granja estaba a más de treinta kilómetros... Calibró el azul del cielo sobre la cresta de las dunas. Los vehículos no funcionaban y no acudía nadie a rescatarlos: sin embargo hacía más de una hora que se habían incendiado...

Terreblanche desgarró un trozo de su camiseta para sustituir al pañuelo empapado. La sangre empezaba a coagularse, pero la herida le dolía de manera espantosa. Se le estaba hinchando el brazo. Miró de reojo al policía negro que escrutaba el cielo, preocupado, como si esperara alguna señal. Terreblanche comprendió entonces por qué:

—¿Sabe alguien que estamos aquí? —preguntó.

—No.

El desierto del Namib era uno de los lugares más calientes del mundo. A mediodía, la temperatura alcanzaba los cincuenta grados a la sombra, setenta al sol: sin agua, no aguantarían ni un solo día.

Hace tiempo que los científicos sabían que los genes no eran objetos sencillos: las relaciones entre genotipo y fenotipo eran tan complejas que impedían toda descripción elemental de los genomas de una persona y los fenómenos patológicos que sufría. Esta complejidad de la materia viva aumentaba aún más si se tomaban en cuenta los aspectos diversos de la estructura social en la que cada uno está insertado, su modo de vida y su entorno, que contribuían al determinismo a menudo imprevisible de las enfermedades —un indio de la selva amazónica no padecía siempre los mismos males que un europeo—. Poco importaba, pues las investigaciones llevadas a cabo por los laboratorios farmacéuticos no estaban destinadas a los países del sur, que no podían costearlas. Dado que las limitaciones éticas y jurídicas eran demasiado rigurosas en los países ricos (en especial el código de Nuremberg, adoptado paralelamente a los juicios a los médicos nazis), los laboratorios habían deslocalizado sus ensayos clínicos, que ahora se ubicaban en los países «de bajo coste» —India, Brasil, Bulgaria, Zambia, Sudáfrica— donde los cobayas, en su mayoría personas pobres y sin cuidados médicos, podrían gozar de los mejores tratamientos y de un material puntero a cambio de su colaboración. Dado que para que un medicamento fuera aprobado antes había que probarlo en miles de pacientes, los laboratorios habían subcontratado dichos ensayos clínicos a organismos de investigación, entre los que se contaba Covence.

Tras años de búsqueda, Rossow había elaborado una nueva molécula capaz de curar los males que aquejaban a millones de occidentales —ansiedad, depresión, obesidad...—, un producto que garantizaría un volumen de negocios extraordinario.

Sólo quedaba probarlo.

Con sus townships cada vez más abarrotados, Sudáfrica y la región del Cabo en particular constituían una cantera excelente: no sólo los pacientes eran innumerables y vírgenes de todo tratamiento, sino que también ocurría que, tras las dramáticas conclusiones vinculadas a problemas de degeneración y otros efectos no deseados del producto que se estaba experimentando, se había hecho imposible proseguir dicha investigación de manera transparente. Frente a la competencia encarnizada de los laboratorios, la rapidez era una baza crucial: se había optado pues por una unidad móvil situada cerca de los townships donde se realizarían las pruebas sobre cobayas dóciles y sin ataduras, niños de la calle, de los que nadie se preocuparía.

Para limitar los riesgos, se les inoculaba el virus del sida, extremadamente eficaz. La ventaja era doble: la esperanza de vida de los sujetos se limitaba sobremanera, y la enfermedad, endémica en Sudáfrica no despertaría sospechas si algo salía mal.

Encargado de la operación, Terreblanche había aprovechado las zonas sin ley para hacer un trato con Mzala, cuya banda controlaba Khayelitsha, el cual a su vez había

subcontratado el tráfico de la droga a Gulethu y su banda de mercenarios, que se movían por las zonas fronterizas entre el township y los asentamientos ilegales. Gulethu y sus muertos de hambre habían distribuido la mezcla por esas áreas sin despertar sospechas: el tik enganchaba a los chavales, y luego los trasladaban de noche al laboratorio de Muizenberg, situado junto al township, para evaluar la acción de la molécula. Los que sobrevivían morían de sida y terminaban en la porqueriza de Lengezi. Al tratar de jugársela, vendiendo la droga por su cuenta, Gulethu lo había mandado todo al traste.

Epkeen se moría de calor pese a que la habitación de hospital tenía aire acondicionado. Lo habían molido a palos, arrancado el cuero cabelludo y torturado en la silla eléctrica. Al otro lado de la cama, Krugë escuchaba su relato sin decir palabra. La policía había encontrado una veintena de cadáveres en el township, entre ellos el de la madre de Neuman, y huesos humanos detrás de la iglesia de Lengezi... Por el momento, la prensa no estaba al corriente de nada.

—¿Sabe dónde está Neuman? —preguntó el jefe de la SAP.

—No.

Epkeen apenas volvía en sí cuando apareció Krugë para interrogarlo. El grueso policía apoyó la papada en el cuello de su camisa.

—Si hay pruebas de lo que dice —suspiró—, tendrá que enseñármelas... No tiene nada, teniente.

Una bandada de cuervos pasó delante de sus ojos encerrados tras unas rejas:

—¿Cómo que no tengo nada?

—¿Dónde están sus pruebas?

—El secuestro en casa de Van der Verskuizen, el cadáver de Debeer, Terreblanche huido: ¿qué más necesita?

—No tenemos un solo testigo de todo eso —replicó Krugë—: Ni uno solo.

—Claro, como que están todos muertos.

—Ése es el problema. Nadie sabe de dónde salen los huesos encontrados detrás de la iglesia del township, ni quién los puso ahí. Ahora que Neuman ha desaparecido sin dejar rastro, no tenemos ninguna explicación. En cuanto a lo que ocurrió en casa del dentista —añadió—, no hemos encontrado huellas. O bueno, sí: las suyas.

—Lo han borrado todo, lo sabe muy bien —replicó Brian desde su montón de almohadas—. Lo mismo hicieron con la casa de Muizenberg. La cuenta en el extranjero es...

—Información obtenida de manera ilegal —lo interrumpió Krugë—. La agente Helms nos lo ha contado todo sobre su manera de proceder.

El rostro de Epkeen palideció un poco más bajo la luz artificial. Janet Helms los había traicionado. Los había dejado en la estacada cuando estaban a punto de alcanzar su objetivo. Se habían dejado engañar por sus putos ojos de foca...

—Terreblanche y Rossow participaron en el Project Coast del doctor Basson — repitió el afrikáner sin perder la calma—. Terreblanche tenía las aptitudes y la logística necesarias para organizar una operación de esa envergadura. Covence les ofrece una tapadera legal: sólo hay que interrogar a Rossow.

—¿Usted qué se cree, teniente? ¿Qué va a atacar a una multinacional petroquímica con eso? Terreblanche, Rossow o Debeer no figuran en ninguno de nuestros ficheros. Nada corrobora lo que usted insinúa... —Krugë se lo quedó mirando fijamente, como un conejo entre los faros de un coche—. ¿Sabe lo que va a ocurrir, Epkeen? Que lo atacarán a usted con un regimiento de abogados. Encontrarán cosas sobre usted, sus costumbres disolutas, su hijo, que ya no quiere ni verlo, y sus peleas con su ex, cuya separación no ha digerido todavía. Lo acusarán de haber asesinado a Rick Van der Verskuizen.

—¿Qué?

—Nos habría encantado escuchar la confesión del dentista —reconoció Krugë—: Por desgracia, lo encontraron muerto en su salón, de un tiro en la nuca disparado con su arma de servicio.

—¿Qué quiere decir?! Nos secuestraron y a mí me torturaron para que revelara lo que sabía tras mi visita a la agencia de Hout Bay, antes de inyectarnos droga suficiente para dejar grogui a un búfalo. La porquería que tengo en la sangre, el cadáver de Debeer, las pruebas contenidas en el maletín, ¿tampoco cuenta todo eso?

Krugë no daba su brazo a torcer:

—El arma que mató al dentista fue encontrada en la habitación con sus huellas: lo van a acusar de esa muerte. Eso desacreditará su testimonio y el de su ex, a la que pintarán como a una loca furiosa de humor caprichoso capaz de todo para castigar a un hombre adúltero, incluso de aliarse con su mayor enemigo...

Dirán que se volvió usted adicto a esa famosa droga —prosiguió—, que quiso vengarse y liquidó al camello, a Debeer, en un arrebato de violencia extrema...

—Todo es una puesta en escena —se irritó Epkeen—, eso lo sabe usted también.

—Demuéstrelo.

—¡Pero bueno, eso es ridículo!

—No más que esa historia suya de complot industrial —dijo el jefe de policía, hundiendo el dedo en la llaga—. Después de lo que ocurrió durante el apartheid, debería saber que Sudáfrica es el país más vigilado en materia de investigaciones médicas, en especial en todo lo que tiene que ver con experimentos sobre cobayas humanos. Tendrá que convencer a los jurados de sus alegaciones... Provocó una matanza de tres pares de narices en esa casa —añadió, con una mirada torva—. Y las fotos tomadas en la habitación donde los encontraron no dicen mucho en su favor...

—¿Qué fotos?

Una chispa de recelo animó un momento sus ojos inexpresivos.

—No ha visto en qué estado dejó a su exmujer —dijo—. Las manos atadas a la espalda, su sangre por todo su cuerpo, su ropa hecha jirones, arañazos, golpes, agresiones sexuales... Eso ya no es amor, Epkeen, eso es rabia... Cuando lo encontraron, daba vueltas alrededor de la cama, como un animal salvaje.

Sintió un escalofrío en la espalda. Un león. Un puto león que defendía su territorio...

—No he violado a mi mujer —dijo.

—Sin embargo es su piel lo que se encontró bajo sus uñas, Epkeen: ese detalle será decisivo ante un jurado...

Brian se tambaleó un instante sobre la cama de hospital y recuperó el equilibrio agarrándose al vacío: la droga, las ratas del forense, la última fase, la de la agresión...

—Nos drogaron —protestó en voz baja—. Lo sabe tan bien como yo.

—Sus huellas están en la jeringuilla.

—Porque querían cargarme el muerto. Joder, Debeer tenía guantes de látex cuando lo encontraron, ¿no?

—Eso no explica nada. Eso al menos es lo que defenderán ante un tribunal... Pase lo que pase, lo que pueda decir sobre una complicidad entre un supuesto laboratorio fantasma y un grupo paramilitar dirigido por un antiguo coronel del ejército podrán volverlo contra usted: su visita nocturna a la agencia de Hout Bay, aparte del hecho de que de ella no queda ningún documento, de todas formas se declarará nula por vicio de forma.

—Todo está en la memoria USB.

Krugë abrió las manos en señal de buena fe:

—Pues enseñemela, estoy deseando verla...

Brian sentía un sabor infecto en la boca y estaba mareado. Ruby, Terreblanche, Debeer, las inyecciones, la desaparición de Ali, la información, todo se agolpaba en su cabeza, y el mono se anunciaba espantoso... Escrutó el rostro fofo del superintendente, que seguía impassible al otro lado de la cama.

—¿Está usted implicado, Krugë?

—Atribuiré su comentario a su estado de confusión mental —rugió el jefe de la SAP—, pero tenga cuidado con lo que dice, teniente... Mi única intención es advertirle: la industria petroquímica es uno de los *lobbys* más poderosos de este maldito planeta.

—Y uno de los más corruptos también.

—Mire —dijo, en un tono más conciliador—: Lo crea o no, estoy de su parte. Pero vamos a necesitar argumentos muy sólidos para convencer al procurador de que inicie un proceso judicial, registros... También habrá que desmontar una a una todas las acusaciones que puedan dirigir contra usted, y no tenemos más que su palabra.

Estupefacto, Epkeen escuchaba al jefe de la policía.

—¿Y mis ojos? —le espetó con hostilidad—. ¿Me los he quemado porque sí, por gusto?

—Solicitarán exámenes psiquiátricos y...

Brian levantó la mano como quien tira la toalla. Había vuelto a la vida demasiado tarde. La situación era absurda. No habían pasado por toda esa mierda para acabar ahí, en una cama de hospital.

—No voy a iniciar ningún proceso contra usted —anunció Krugë para poner fin a la conversación—: No por el momento. Pero le aconsejo que se mantenga a raya hasta que hayamos aclarado todo esto. De todas maneras, está retirado del caso. Gulethu asesinó a las muchachas: ésa es la versión oficial. Nadie maneja los hilos de un complejo industrial mafioso: no hay más que un fiasco lamentable y mi cabeza en el tajo. El caso está cerrado —insistió—, y le ruego que lo considere así. Eso sin mencionar que anoche se cometió un nuevo crimen: Van Vost, uno de los principales financiadores del Partido Nacional, ha sido víctima, según parece, de una prostituta negra...

—¿Dónde está Ruby? —lo interrumpió Epkeen.

—En la habitación de al lado —contestó el grueso policía con un gesto de cabeza—. Pero no cuente demasiado con su testimonio.

—¿Por qué, es que también le ha cortado la lengua a ella?

—No me gusta su sentido del humor, teniente Epkeen.

—Pues hace mal, no vea lo que se divierte uno después de una sesión de tortura.

—Se extralimitó y actuó de manera inconsiderada —se irritó Krugë—. Lo hablaré con Neuman en cuanto aparezca y aplicaré las medidas pertinentes.

—Enterrar el caso, ¿a eso se refiere? ¿Tiene miedo por su puto Mundial de Fútbol?

—Vuelva a su casa —rugió Krugë—, y quédese ahí hasta nueva orden. ¿Entendido?

Epkeen asintió. Mensaje recibido. Destino a ninguna parte.

El jefe de la policía salió de la habitación dejando la puerta abierta. Masculló unas palabras inaudibles en el pasillo y se alejó. Janet Helms no tardó en aparecer. Llevaba su uniforme ceñido y una bolsa de plástico en la mano.

—Le he traído ropa limpia —dijo.

—¿Qué quiere, una medalla?

La mestiza avanzó tímidamente, se cruzó con la mirada acusadora de Epkeen y dejó lo que traía en la silla junto a la cama.

—Krugë le ha comido el tarro, ¿eh? —le dijo él con altivez.

Janet bajó la cabeza como una niña a la que estuvieran regañando, triturándose los dedos.

—Todo lo que hemos reunido es indefendible ante un tribunal —se justificó—.

No tenía elección. Está en juego mi carrera... —Levantó sus grandes ojos húmedos de lágrimas—. No tenía noticias de usted desde ayer por la mañana... Pensé que lo habían matado...

Epkeen no se creía sus excusas.

—¿Tiene información sobre Rossow? —le espetó.

La agente Helms apretó sus labios oscuros.

—¿Lo ha localizado? ¿Sabe dónde se lo puede encontrar?

—No estoy autorizada a hablarle de ello —dijo por fin.

—¿Orden del jefe?

—El caso está cerrado —se defendió ella.

—Se olvida de Neuman... Krugë le ha pedido que me sonsaque, ¿es eso?

Janet Helms tardó un momento en responder.

—¿Sabe dónde está?

—Si así fuera, hace tiempo que me habría largado de aquí —dijo Epkeen en tono perentorio.

La agente de información suspiró. Era obvio que no se decidía a hablar. Brian la dejó debatirse consigo misma un rato más. Esa chica lo asqueaba. Ella lo percibió.

—Hay algo que no les he dicho a los hombres de Krugë —dijo por fin—. Falta un fusil Steyr de la armería... El capitán Neuman firmó el volante para poder llevárselo: ayer por la mañana.

Un arma de francotirador.

El corazón de Brian se puso a latir a mil por hora: Ali iba a matarlos. A todos.

Con o sin el consentimiento de Krugë.

Brian caminaba sobre un alambre invisible en el pasillo del hospital de Park Avenue. Como el médico se negaba a darle el alta en su estado, había firmado un escrito de descargo, para que lo dejaran de una vez en paz, y había pedido ver a Ruby Petición denegada: acababa de salir del coma y descansaba después de la triterapia de emergencia que acababan de administrarles a ambos... Llamó a Neuman desde el teléfono del hospital, por si acaso, pero no había cobertura.

El asfalto se reblandecía bajo el sol de mediodía cuando el afrikáner salió del edificio público. Sólo veía un filtro turbio detrás de sus ojos quemados, lo demás se diluía. Sentía ganas de vomitar. Náuseas. Se compró unas Ray Ban de diez rands en los puestos del mercadillo de Greenmarket, se hizo con un móvil y recogió su coche en el sótano de la comisaría. La luna trasera estaba pulverizada y el parabrisas tenía una raja de parte a parte, pero el Mercedes arrancó a la primera...

*And then, she... closed...*

*Her baby blue...*

*Her baby blue...*

*Oh... her baby blue... EYES!!!*

Las cenizas revoloteaban en el habitáculo del Mercedes. Epkeen tiró el cigarro por la ventanilla y subió hacia Somerset. Le seguía doliendo terriblemente la cabeza, y su conversación en el hospital lo había dejado hecho un manojo de nervios. Krugë enterraba el caso por motivos que se le escapaban, o más bien que lo superaban. Pero Brian no se dejaba engañar tan fácilmente. Frente a la competencia de los mercados mundiales, los Estados soberanos apenas podían hacer nada para poner coto a las presiones de las finanzas y del comercio globalizado, so pena de ahuyentar a los inversores y amenazar su PNB: hoy en día, el papel de los Estados se limitaba a mantener el orden y la seguridad en medio del nuevo desorden mundial dirigido por fuerzas centrífugas, extraterritoriales, huidizas, inasibles. Ya nadie creía de verdad en el progreso: el mundo se había vuelto incierto, precario, pero la mayoría de los que partían el bacalao estaban de acuerdo en sacar tajada del pillaje que llevaban a cabo los filibusteros de ese sistema fantasma, mientras esperaban el final de la catástrofe. Los excluidos iban quedando relegados a las periferias de las megalópolis reservadas a los ganadores de un juego antropófago en el que la televisión, el deporte y la mediatización del vacío canalizaban las frustraciones individuales, a falta de perspectivas colectivas.

Obligado o forzado, Krugë era un tipo pragmático: no iba a poner en peligro las inversiones en el país que se preparaba ya para organizar la gran feria del balón por una banda de niños de la calle, cuyo destino oscilaba entre un casco de botella lleno de tik y una bala perdida. Neuman era su única esperanza, una esperanza que llevaba casi dos días sin dar señales de vida...

Epkeen volvió a su casa a toda velocidad y, totalmente hecho polvo, se tumbó en el sofá del salón. La inyección de Debeer lo había sumido en un estado aterrador, y la noche que había pasado delirando en el hospital había terminado de dejarlo KO. Un caballo muerto en el fango. Se quedó así un momento, juntando los trozos de sí mismo dispersos por ahí. La atmósfera de la casa de pronto se le antojó siniestra. Como si ya no fuera suya, como si las paredes quisieran echarlo... ¿El fantasma de Ruby, espectro contaminado por el virus, que venía a vengarse de él? Ahuyentó esos delirios de yonqui en pleno mono, se tomó dos analgésicos y puso el último disco de Scrape. A todo volumen, ya se encargarían los cuervos de limpiarlo todo... De hecho, pronto pasó un velo negro por encima de él, desplomado sobre el sofá. La música rugía en el salón, tan fuerte como para arrancarle la piel al cielo. Las ideas se le fueron organizando despacio en la cabeza... Qué más daba ya el doble juego de Janet Helms: Ali había roto el contacto para tener las manos libres. Y si había sacado un arma de francotirador de la armería era porque sabía dónde estaban los asesinos...

Mzala: huido.

Terreblanche: inencontrable.

La banda de los americanos: liquidada.

Los niños: un montón de huesos.

Epkeen dio mil vueltas al enigma en su cabeza abollada por los golpes y por fin comprendió: la bailarina del Inkatha.

\* \* \*

La Rhodes House era la discoteca elegante del City Bowl, donde se reunían entre dos rodajes las modelos y las estrellas de la publicidad, una actividad lucrativa que se explicaba en parte por la luz excepcional de que gozaba la región.

Una clientela masculina satisfecha de sí misma acudía en masa aquella noche bajo la mirada del portero, un chavalín cachas: el que no estuviera moreno y no llevara una camisa blanca abierta sobre el pecho tenía pocas probabilidades de entrar. Con su vendaje en la cabeza, sus andares de robot oxidado y sus ojos escarlatas, Epkeen parecía estar en las últimas. Le enseñó la placa al tipo que permitía la entrada al local y encontró hueco en el bar, situado por encima del escenario.

Llegaba al final de la actuación. Entre tambores zulúes y pared de sonido eléctrico, Zina arrancaba las cuerdas de una guitarra incandescente bajo los resplandores cegadores de los focos. Brian entornó los párpados para calmar su vértigo, con los nervios en fusión. Breve momento de osmosis. Al final del seísmo, Zina se desvaneció hecha humo, bajo un diluvio de acoples de micrófono...

Las luces se encendieron poco después y sonó un hilo musical que cubría las voces. Brian quiso pedirse una copa, pero el camarero, un tío engominado, fingía no verlo. Una vez terminada la atracción de la noche, las modelos volvieron a la pista de baile donde los casanova vestidos de Versace ligaban con su sombra malhumorada. Epkeen acechaba la salida de los artistas, sintiéndose para el arrastre. La triterapia le daba unas náuseas de caballo. La líder del grupo salió por fin de su camerino; Epkeen se presentó en medio del jaleo y la acompañó al bar. Llevaba un vestido escotado e iba descalza. Era un bellezón.

—Ali me había hablado de una antigua militante del Inkatha —le dijo al llegar a la barra—, no de una furia eléctrica.

—Ali me había hablado de un amigo —replicó ella—, no de una momia.

—¿Le gusta mi vendaje?

Zina hizo una mueca al ver sus heridas.

—¿Es de adorno?

—En realidad, me duele horrores.

La bailarina arqueó una ceja.

—Es usted bastante gracioso para ser blanco —le dijo bajo los focos.

—¿Quiere que la invite a una copa?

—No.

De todas maneras, los clientes habían asaltado literalmente al camarero engominado. Zina se acodó a la barra húmeda.

—¿Quería hablar conmigo?

—Ali no da noticias desde ayer —dijo Epkeen—. Lo estoy buscando. Es muy urgente, para serle sincero.

El sonido del bajo vibraba en los altavoces. El rostro de Zina no traducía la más mínima emoción.

—No parece sorprendida —observó Epkeen—. Antes de desaparecer fue a verla a usted, ¿verdad?...

Zina olvidó sus vendajes y se zambulló en sus ojos verde agua.

—Nos vimos, sí...

—¿Para hablar sobre Terreblanche?

La bailarina asintió con la cabeza. Al afrikáner se le aceleró el pulso.

—Es importante —le dijo—. ¿Tiene usted alguna información sobre él?

Un velo de melancolía ensombreció el rostro de la bailarina.

—Sé que Terreblanche compró una granja en Namibia —dijo por fin—. Hace dos años, a través de una sociedad... Una antigua base de entrenamiento en pleno desierto del Namib. Eso parecía interesar a su amigo. No yo.

Epkeen no vio las perlas que surgieron en sus ojos. Namibia: al romper el contacto, Ali rompía también sus vínculos con la ley. Epkeen sintió un subidón de adrenalina. Apuntó los datos en su cajetilla de tabaco y se volvió hacia la africana escultural, que seguía acodada a la barra.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos volvamos a ver con vida? —le preguntó.

Zina sonrió en medio de la fauna nocturna.

—Lo siento, hermoso príncipe: a mí el que me gustaba era el rey zulú...

Una bonita sonrisa, como ella, hecha pedazos.

Un camión de ganado pasó rugiendo por las ventanillas del Mercedes. El del taller le había arreglado la luna trasera con cinta aislante negra, pero el sol le mordía a través de la ventana del conductor. Epkeen llevaba horas conduciendo por la N7 en dirección norte, hacia la frontera con Namibia. Había atravesado el Veld, el país afrikáner, quinientos kilómetros de colinas amarillas y llanuras desérticas donde no crecía nada más que viñas, y alguna que otra granja arrojada ahí, en mitad de la nada, como un hombre al agua. La imagen de Ruby contaminada se le venía a la cabeza al ritmo de las líneas discontinuas sobre el asfalto; ¿y si la triterapia de urgencia no funcionaba?, ¿y si el virus mutante resistía al tratamiento de choque? Se volvía a ver en la habitación, temblando por ella, cuando Terreblanche la había apuntado con su arma, y luego inconsciente, tendido sobre su cuerpo ensangrentado...

Llegó a Springbok al alba, agotado.

Springbok era la última etapa antes de la frontera con Namibia; la edad de oro de la explotación minera había pasado, hoy en día ya no había más que hamburgueserías de rótulos chillones, iglesias, algunas tiendas especializadas en la caza del venado y una colección de piedras semipreciosas detrás de un escaparate, el orgullo de Joppie, el dueño del Café Lounge. Epkeen aparcó el Mercedes en la puerta del local, el único abierto a esa hora en la gran calle desierta.

Sonaba en sordina una melodía. Plantado detrás de su mostrador lleno de escudos y mecheros vacíos pegados a modo de decoración, Joppie hablaba en afrikaans con otro paleta de trescientas libras de peso, tan grácil y elegante como una vaca cagando. Cabezas de springbok y de órix, que lucían para siempre en sus rostros una expresión de soberana indiferencia, adornaban las paredes... *bóeremusier*<sup>[46]</sup>.

—¿Qué hay? —masculló el dueño.

Hasta su voz llevaba camisa de cuadros. Epkeen le pidió en inglés un café y se instaló en la terraza que daba a la calle principal. Se tomó una taza de agua caliente negruzca y esperó hasta que la armería abriera sus puertas para comprar un fusil de caza y una caja de cartuchos.

El vendedor no le puso pegas al ver su placa de oficial de policía.

—¿Se ha peleado con un springbok? —bromeó el tipo, mirando de reojo sus heridas.

—Sí, una hembra.

—¡Ja, ja!

Un tropel de rubias embutidas en vestidos de volantes salía de la iglesia cuando Epkeen guardaba el fusil en el maletero. El café se le había puesto de pie en el estómago, como el ambiente de aquella ciudad perdida. Reanudó su viaje, saludando a las gruesas *majorettes* con una nube de polvo.

La frontera con Namibia estaba a unos sesenta kilómetros de allí. Brian detuvo el Mercedes delante de las casetas que hacían las veces de puesto fronterizo y estiró sus músculos maltratados por la carretera.

En verano, cuando el sol lo quemaba todo, no había muchos turistas. Dejó a una pareja de ancianos alemanes vestidos como para un safari ante el mostrador de inmigración, presentó su solicitud a la *constable* que se ocupaba de estampar sellos y consultó el registro de entradas: Neuman había cruzado la frontera dos días antes, a las siete de la tarde...

Trozos de neumáticos reventados, algún coche hecho polvo, un camión cruzado en medio de la carretera, un cuerpo bajo una manta, la B1 que atravesaba Namibia era una carretera especialmente peligrosa pese a las obras que se habían realizado los últimos años. Epkeen llenó el depósito y el radiador en la estación de servicio de Grünau, se comió un bocadillo a la sombra del mediodía y compartió un cigarrillo con los vendedores de mangos que dormitaban bajo sus sombreros de tela. La temperatura aumentaba conforme uno se adentraba por el desierto rojo. Las ovejas se habían refugiado bajo los escasos árboles, y los camioneros dormían la siesta bajo los ejes de sus vehículos. Llamó a Neuman por quinta vez aquella mañana: seguía sin haber cobertura.

—Pero qué coño haces, joder...

Brian hablaba solo. Los hombres solos siempre hablan demasiado, o no abren la boca... Una réplica de película. O de un libro. Ya no sabía... Dejó a los vendedores de la aldea de chozas de piedra que bordeaba la nacional y siguió su camino hacia Mariental, cuatrocientos kilómetros de línea recta a través de las mesetas peladas por el viento.

Poca gente vivía en el horno namibio: descendientes de alemanes que habían aniquilado a las tribus herero al principio del siglo pasado y que hoy en día trabajaban en el comercio o la hostelería, y algunas tribus nómadas, los Khoi Khoi. Lo demás pertenecía a la naturaleza. El Mercedes cruzó las áridas llanuras bajo un sol incandescente.

Según la información de la antigua militante del Inkatha, Terreblanche había establecido su base en una reserva junto a las dunas de Sesriem: no llegaría antes del anochecer... Una vieja locomotora que tiraba de unos vagones destartados escupió su humo negro a la salida de Keepmanshoop, antes de desaparecer entre las rocas. Los kilómetros desfilaban, espejismo permanente bajo los vapores del asfalto. Brian tenía la garganta seca pese a los litros de agua que había bebido, y sentía los ojos como si se los hubiera secado con un secador eléctrico. La policía de la frontera tenía su descripción, Krugë podría reprocharle haber actuado sin autorización, pero le traía sin cuidado. El Mercedes, lanzado a todo gas, de momento aguantaba el tirón. Después de conducir kilómetros y kilómetros en un horno, Epkeen abandonó la

nacional birriosa y tomó la pista de Sesriem.

Ya no se cruzó más que con springboks poco hostiles que descansaban a la sombra de arbolillos enclenques, un gran kudú que escapó corriendo al verlo acercarse y un niño en bicicleta que llevaba una botella de agua hirviendo en la cesta. Llegó a las puertas del Namib con las primeras luces del crepúsculo.

El parque de Sesriem era fantasmagórico en esa época del año. Estiró las piernas en el patio y preguntó al afable funcionario que repartía los billetes de acceso a la reserva, pero ningún «Neuman» figuraba en sus fichas.

—No he visto más que turistas aislados —dijo, consultando su registro—. Blancos —precisó.

Epkeen volvió a llenar el depósito y el radiador antes de adentrarse en el desierto. La granja de Terreblanche estaba a unos cincuenta kilómetros, en algún rincón del Namib Naukluft Park... Tiró lo que quedaba de su bocadillo al suelo del coche y se reconcilió con un cigarrillo.

Una urraca despanzurraba a un chacal atropellado cuando el Mercedes abandonó el sector de alquitrán. Las dunas de Sossuswlei eran de las más altas del mundo: rojo, naranja, rosa o malva, los colores variaban según las perspectivas y la curva del sol en el cielo. Un paisaje dantesco que Epkeen apenas miraba, enfrascado como estaba en el mapa. Siguió la pista principal durante unos doce kilómetros, tomó hacia el oeste y no tardó en detenerse ante una barrera metálica.

Un cartel en varias lenguas prohibía el acceso a la finca, protegida ostentosamente por kilómetros de alambrada: Epkeen derribó la verja y se adentró por la pista llena de baches.

Una tormenta cruzó el cielo como en alta mar, estriando el horizonte con surcos eléctricos. Ali le llevaba cerca de dos días de ventaja: ¿qué había hecho durante todo ese tiempo?

Nubes coléricas corrían velos de lluvia sobre la llanura sedienta; Brian atisbo por fin una construcción a la sombra de las dunas, una granja prolongada por barracones prefabricados.

La manada de órix que descansaba en la llanura huyó despavorida cuando el hombre detuvo su vehículo al borde de la pista. La granja, a lo lejos, parecía desierta. Cogió unos prismáticos de la guantera e inspeccionó el lugar. La granja bailó un momento en su línea de mira: el viento le había quemado los ojos, pero no descubrió ningún movimiento. Unos halcones volaban en círculo en el cielo anaranjado... Vio entonces una mancha en el camino. Un hombre. Tendido, inmóvil. Un cadáver... Había otros más junto a los anexos prefabricados, al menos seis, que las urracas se disputaban; y otro más en el patio...

\* \* \*

Neuman y Terreblanche habían esperado a la sombra de las carcasas calcinadas, pero no había aparecido nadie: la matanza en la granja, los disparos, la explosión de los depósitos, los vehículos incendiados, todo había pasado inadvertido. Las dunas gigantes debían de haber ocultado el fuego, y la noche, las columnas de humo. El sol había trepado a lo alto del cielo, un sol que te mordía la piel, hacía hervir la chapa e impedía estar mucho tiempo de pie. Seguían esperando y no llegaba nada. Ningún avión de reconocimiento que cruzara el azul del cielo, ninguna nube de polvo levantada por alguna patrulla de Rangers... El horizonte seguía de un azul cobalto, puro y desesperadamente vacío.

Un lagarto amarillo se refugió bajo la arena ardiente.

—Nos vamos a asar aquí —vaticinó Terreblanche, apoyado contra el flanco ennegrecido del Toyota.

Ya no manaba sangre de su herida, pero su rostro carmesí tenía surcos largos y profundos. El veneno de la araña se había extendido por su cuerpo y había empezado a paralizarle los miembros. El calor no disminuía. Se le habían incrustado granos de arena en los labios cortados, y un resplandor enfermizo gravitaba en el fondo de sus ojos, la sed.

—Ahorra saliva para tu juicio —le dijo Neuman.

—No habrá juicio... No tiene ninguna prueba...

—Sólo tú... Y ahora cierra el pico.

Terreblanche calló. El antebrazo le abultaba casi el doble que antes. El agujero de la picadura se había necrosado, la piel se había vuelto amarilla antes de tornarse azulada. Neuman lo había esposado a la carrocería, aunque no estaba como para escapar. La sombra de las nubes jugaba sobre las crestas de las dunas fabulosas.

Ya no se oyó nada más que el silencio inmortal sobre el desierto inmóvil.

Siguieron esperando, bajo su refugio improvisado, sin intercambiar una sola palabra.

Se estaban asando a fuego lento.

Nadie vendría.

Hasta su misma existencia en lo más hondo de la reserva era un secreto. Nadie sería declarado desaparecido porque Joost Terreblanche no existía, se había fundido en el caos del mundo. Había establecido su base en Namibia con la complicidad de personas que se cuidaban muy mucho de meter las narices en sus asuntos, un escondite donde hacerse el muerto, hasta que todo el revuelo pasara. Nadie se preocupaba de su suerte. Los habían olvidado en el fondo de un valle de arena, en un océano de fuego en el que iban a morir de sed.

Cayó la noche.

Neuman tenía lágrimas como cuchillas en la garganta. Incorporó su tronco dolorido y dio unos cuantos pasos. A la sombra del Toyota, el exmilitar apenas

reaccionaba. Su boca no era ya más que una manzana arrugada, y sus rasgos, los de un moribundo. Demasiada sangre perdida en el camino, reservas de saliva agotadas, brazo deforme.

Neuman lo sacudió con el pie.

—Levántate.

Terreblanche abrió un ojo, tan vidrioso como el otro. El sol había desaparecido detrás de la cresta. Quiso hablar, pero tan sólo acertó a emitir un silbido apenas perceptible. Neuman le quitó las esposas y lo ayudó a levantarse. Terreblanche apenas se mantenía en pie. Lo miraba con una expresión extraña, como si ya no estuviera a este lado del mundo... Neuman se volvió hacia el oeste.

—Vamos a dar un paseíto —dijo.

Treinta kilómetros a través de las dunas: tenían una probabilidad de llegar a la granja antes del amanecer, una probabilidad entre mil.

Epkeen peinó los edificios y registró los bolsillos de los cadáveres que cubrían el suelo. Nueve alrededor de la granja y otros cuatro en el barracón. Todos paramilitares, abatidos por balas de grueso calibre. 7,62, según el trozo de acero que extirpó de una herida. El mismo calibre que el del fusil Steyr. La pista era la buena, pero ni Terreblanche ni Mzala estaban entre las víctimas. ¿Habrían huido? Brian inspeccionó los alrededores, pero el viento y la tormenta habían borrado todas las huellas.

El afrikáner abandonó sus pesquisas con la llegada del crepúsculo.

Avisó a las autoridades locales de la matanza perpetrada en la granja y encontró refugio en el Desert Camp, un *lodge* en la linde de la reserva.

Como era verano, el hotel estaba casi vacío; aparcó su montón de polvo ante la llanura inmensa y negoció las llaves con la pequeña namibia de la recepción. El hotel tenía una minúscula piscina de azulejos que daba al desierto rojo. Las tiendas también eran de primera categoría, tiendas de selva de materiales ingeniosos, con cocina exterior, cuarto de baño marroquí y múltiples aberturas a la naturaleza que rodeaba el *lodge*. Brian se dio una ducha fría y se tomó una cerveza contemplando el anochecer. La sabana se extendía, fabulosa, hasta los montes esculpidos del Namib... Ali estaba allí, en alguna parte...

Brian abandonó la terraza y caminó hacia el desierto. A lo lejos pasó un avestruz. Molido, se tendió al pie de un árbol muerto. La arena estaba tibia bajo sus dedos, y el silencio era tan total que devoraba la inmensidad... Pensó en su hijo, David, que se había ido de juerga a Port Elizabeth, y en Ruby, que estaría aburrída, triste y dolorida en su cama de hospital... Brian no sabía si estaban salvados, si el virus mutaría, si ella le guardaba rencor. El rostro de Ali ocupaba todo el espacio... ¿Por qué no lo había avisado? ¿Por qué no le había dicho nada?

Cien, miles de estrellas aparecieron en el cielo. Batiendo mucho las alas, un búho se posó en la rama del árbol muerto bajo el que descansaba: un ave nocturna de plumas blancas y cuidadas, que lo miraba con sus ojos intermitentes... Había caído la noche por completo. Enjambres de estrellas se empujaban a todo lo largo de la Vía Láctea, estrellas fugaces surcaban el cielo.

Brian se quedó ahí tumbado, con los brazos en cruz sobre la arena naranja y tibia, contando los muertos: un cortejo que, como él, flotaba en la nebulosa...

—¿Dónde estás?

Desde lo alto de su raquítica rama, el búho no sabía. Observaba al humano, hierático.

Breve momento de fraternidad: Epkeen se durmió a la luz de un porro de Durban Poison que, al borde de la desesperación, terminó de dejarlo KO.

\* \* \*

La luna los guió hacia el horizonte entumecido, testigo mudo de su vía crucis. Terreblanche llevaba un rato divagando sumido en un semicoma, con la tez cada vez más pálida bajo el astro blanco. Una costra amarilla cubría ahora la herida de su brazo. Avanzaba como una marioneta coja, con la mirada perdida en el fondo del tiempo. Por fin, tras cuatro horas de marcha forzada a través de las dunas, el excoronel se desplomó.

Ya no volvería a levantarse. La sangre perdida, el veneno de la araña, el día pasado al sol y la marcha habían terminado de deshidratarlo. No habían recorrido más que un puñado de kilómetros: la granja estaba lejos todavía, al final de la noche. Neuman apenas trató de hablarle: tenía la garganta tan seca que de su boca salió un tenue silbido. A sus pies, Terreblanche parecía ahora un anciano. Trató de reanimarlo, en vano. El militar ya no reaccionaba. Sin embargo, sus labios se movían, agrietados por el calor.

Ali le puso una de las esposas en la muñeca, él se enganchó la otra y empezó a arrastrarlo por la arena.

Cada paso le partía en dos la costilla herida, cada paso le costaba dos vidas, pero para el zulú su carroña era muy importante: ya era lo único que le importaba.

Cien, doscientos, quinientos metros: le hablaba para darse ánimos, le hablaba a esa basura inanimada para no pensar más, ni en su madre ni en nadie. Lo arrastró así durante dos horas, tan lejos como podían llevarlo las piernas, sin preguntarse si Terreblanche respiraba todavía. Ali caminaba sobre una línea imaginaria. Pero sus fuerzas flaqueaban. Su camisa, antes empapada, estaba ahora tan seca como su piel. Ya no le quedaba sudor. Ya no se mantenía en pie. Y encorvado, de milagro. El esfuerzo lo había devorado por completo. Sus muslos eran de madera y de cristal a la

vez. La garganta, sobre todo, le quemaba de manera atroz. Se tambaleaba, arrastrando su carroña, bajaba las pendientes, trepaba a las cimas de las dunas y volvía a caer del otro lado, delirando. Su carroña estaba muerta. Mierda. Siguió arrastrándola, unos metros más, pero sus fuerzas habían huido del todo: Ali veía doble, triple, ya no veía nada. La granja estaba demasiado lejos. Pensaba a retazos. Ya no tenía saliva en las ideas. El hermoso engranaje de su cuerpo se había quedado sin aceite.

Se dejó caer entre los flancos de una duna.

Un silencio estruendoso planeó sobre el desierto. Ali distinguía apenas los ojillos de cromo que lo observaban desde la bóveda celeste. Una noche negra.

—*¿Tienes miedo, pequeño zulú? Dime, ¿tienes miedo?*

Nadie lo sabía. Ni siquiera su madre: había que descolgar el cadáver de su padre, los jirones de piel, que se desprendían con el agua clara; estaba Andy, reducido a una cosa negra y retorcida, el entierro, los muertos que llorar, el *sangoma* ignorante que lo había auscultado, tenían que organizar la huida... Nadie sabía lo que los *vigilantes* le habían hecho detrás de la casa. El cuerpo lacerado de su padre, las lágrimas negras de Andy, su pantalón lleno de pis, el olor a caucho quemado, todo iba demasiado deprisa. Los *vigilantes* le separan las piernas detrás de la casa, él grita, aterrorizado, los tres hombres con pasamontañas le destrozan los testículos a patadas, los perros de guerra se encarnizan para dejarlo impotente: la película volvió a proyectarse una última vez en la pantalla negra del cosmos.

Ali abrió los ojos. Sentía los párpados pesados, pero, lentamente, una impresión de ligereza desconocida absorbía su mente... ¿Fin del insomnio? Ali pensó en su madre a la que tanto quería, una imagen de ella feliz, estallando en una gran carcajada de ciega, pero otro rostro no tardó en invadir todo el espacio. Zina, Zaziwe, ese sueño repetido mil veces cuando, de noche, su olor a selva lo envolvía y lo arrastraba lejos del mundo, con ella... Una brisa tibia sopló y alisó la arena bajo la luna.

Ali cerró los ojos para acariciarla mejor. Y ahí se quedó.

# 11

—¿Ha visto a mi bebé? Oiga, señor... ¿tiene a mi bebé?

Una vieja vestida de harapos se acercó a los surtidores de gasolina. Epkeen, que se estaba asando bajo el tejado de chapa, apenas le prestó atención. La khoi khoi venía de la aldea vecina, una veintena de míseras chozas sin agua corriente ni electricidad, junto a la estación de servicio. Hablaba con los chasquidos característicos de su lengua, una mujer sin edad, con el rostro cubierto de arena.

—¿Ha visto a mi bebé? —repitió.

Epkeen salió de su letargo. La vieja sostenía un viejo trapo mugriento contra su pecho y lo miraba, implorante... El de la gasolinera trató de alejarla, pero la mujer volvía a la carga, como si no lo oyera. Se pasó el día deambulando así. Acunaba su trapo repitiendo la misma frase, siempre la misma, desde hacía años, a cada automovilista que venía a llenar el depósito:

—Señor... por favor... ¿ha visto a mi bebé?

Se había vuelto loca.

Decían que su bebé dormía en la choza cuando, al volver del pozo, su madre vio a unos babuinos llevárselo. Los monos raptaron al niño. Los hombres de la aldea organizaron enseguida una batida, lo buscaron por todo el desierto, pero nunca encontraron al bebé, sólo un pañal hecho jirones entre las rocas. Ese trapo que desde entonces la madre llevaba siempre encima, y al que acunaba, para calmar su dolor...

Habladurías.

—¿Ha visto a mi bebé?

Epkeen se estremeció pese al calor. La vieja khoi khoi le suplicaba, con sus ojos de loca...

Entonces recibió la llamada del puesto de Sesriem: un Ranger había encontrado las carcasas calcinadas de dos vehículos en el desierto, y un cuerpo humano, sin identificar...

\* \* \*

Dos 4x4.

Dos montones de chapa encajados en la arena ardiente del Namib Naukluft Park. Las llamas habían ennegrecido las carrocerías pero Epkeen contó varios impactos — balas de grueso calibre, una de las cuales había perforado el depósito del Toyota... El cadáver yacía a unos metros, carbonizado. Un hombre, dada la corpulencia. El tejido de su ropa se había fundido sobre la piel hinchada que, al agrietarse por efecto del calor, reabría heridas que se disputaban las aves carroñeras y las hormigas. Una bala le había perforado el pecho. Un hombre de estatura media. Hubo que quitarle las

botas para ver que se trataba de un negro... ¿Mzala?

Epkeen se inclinó sobre el AK-47 tirado en el suelo, junto a las placas metálicas, y comprobó el cargador: vacío... Un silbido le hizo levantar la cabeza: el Ranger que lo acompañaba le hacía gestos desde lo alto de la duna. Roy, un namibio locuaz de enigmática sonrisa. Había encontrado algo...

A mediodía, el sol lo aplastaba todo; Epkeen se ajustó la gorra, empapada de agua, y subió la pendiente de la duna a pasitos metódicos. Su cuerpo debilitado era presa de oleadas de náuseas. Se detuvo a mitad de camino, con las piernas tambaleantes. El guarda del parque lo esperaba más arriba, en cuclillas, impasible bajo su visera. Brian lo alcanzó al fin, con los ojos llenos de estrellas después de la ascensión. Allí, en el suelo, había un arma, medio tapada por la arena, un fusil Steyr con mira de precisión...

El namibio no decía nada, con los ojos medio cerrados por la viva luz del desierto. Abajo, las carcasas de los coches parecían minúsculas. Epkeen observó la extensión vacía. Un valle de arena roja, incandescente... Atrapados, sin cobertura ni medio de locomoción, Neuman y Terreblanche se habían marchado a pie y habían atajado por las dunas para encontrar la pista. El viento había borrado sus huellas pero habían caminado hacia el este, en dirección a la granja...

Avanzaron cerca de una hora bajo un calor aplastante sin cruzarse con el más mínimo animal. El Ranger conducía con seguridad, en silencio. A Epkeen tampoco le apetecía hablar. Con los prismáticos en la mano, espiaba las crestas y los escasos árboles perdidos en el océano de arena. Cielo azulón, tierra escarlata, y ni un alma en esas tierras desoladas. El termómetro del *jeep* indicaba cuarenta y siete grados. El calor borraba los relieves, bailaba en volutas turbias en la lente de los prismáticos. Espejismos en suspensión...

—La pista ya no queda lejos —anunció Roy con voz neutra.

El *jeep* brincaba sobre la arena blanda. Epkeen distinguió entonces una mancha negra, a su derecha; a unos doscientos metros más o menos, contra las faldas de una duna. Alertado, el namibio bifurcó enseguida. Los neumáticos patinaban en el desnivel; ante el riesgo de quedar atrapados en la arena, el guarda detuvo el vehículo al pie de la loma.

Una nube de polvo acre pasó delante del parabrisas. Epkeen cerró la puerta del *jeep*, sin apartar los ojos de su objetivo, una forma, un poco más arriba, medio tapada por la arena... Subió a lo alto de la duna, protegiéndose del viento seco y ardiente que le mordía la cara, y pronto aflojó el paso, jadeante. No había un hombre tumbado contra la duna, sino dos, uno al lado del otro, de cara al cielo... Brian recorrió los últimos pasos como un autómatas. Ali y Terreblanche descansaban sobre la arena, con la ropa hecha jirones, irreconocibles. El sol había reducido sus cadáveres a dos cepas

consumidas, dos esqueletos raquíticos que el desierto había devorado... El sol se los había bebido; los había vaciado. Brian se tragó la saliva que ya no tenía. La muerte se remontaba a varios días ya. Los huesos sobresalían sobre sus rostros resecos, el de Terreblanche se había vuelto negro, su piel era una hoja seca que se resquebrajaba al tacto, y tenía una sonrisa espantosa sobre los labios arrugados... Se habían cocido. Hasta sus huesos parecían haber empequeñecido.

Epkeen se inclinó sobre su amigo y se tambaleó un instante bajo el calor abrasador: Ali todavía mantenía a su presa esposada, a dos kilómetros apenas de la pista...

No vendría mucha gente a recibir los restos mortales de Ali.

Brian no tenía el teléfono de Maia —ni siquiera sabía cómo se llamaba—, Zina se había marchado de la ciudad sin dejar una dirección, y Ali no tenía más familia. Su cuerpo llegaba de Windhoek, por avión especial. Epkeen se encargaría del traslado al país zulú, junto a sus padres y sus antepasados, que, tal vez, lo estuvieran esperando en alguna parte...

La búsqueda en tierras namibias se había saldado con un fracaso. Neuman sólo había dejado muertos tras de sí, ninguna prueba de la más mínima complicidad entre la industria farmacéutica y las mafias del país. Krugë había evitado un incidente diplomático, y nadie quería publicidad sobre el caso. Los cuerpos de Terreblanche y de sus hombres quedaron a disposición de las autoridades namibias que, por intereses recíprocos, no abrirían ninguna investigación... Por sentimiento de culpa, por repulsa, Epkeen había entregado la placa y todo lo que la acompañaba. Se había pasado toda su vida adulta buscando cadáveres, Ali era la gota que colmaba el vaso.

Estaba harto. Entregaba el testigo. A partir de ahora se ocuparía de los vivos. Empezando por David. Al volver de Java, el hijo pródigo había abierto el correo y lo había llamado por teléfono...

Corrupción, complicidad, Terreblanche y sus comanditarios gozaban de protección en todos los niveles de la sociedad, y ésta alcanzaba hasta las líneas de comunicación de la policía, que no eran seguras: Epkeen había echado al correo una de las dos memorias USB antes de ir a casa de Rick, aquella noche, con su nombre escrito en el sobre como única explicación. No había hablado bajo tortura. Nadie conocía la existencia de esos documentos. David tendría tiempo de seguir la pista, blindar su investigación y, sobre todo, elegir sus aliados. Un bautismo de fuego, que tal vez los reconciliaría...

Brian no tuvo que cruzar el jardín, Claire salió la primera de la casa. Corrió hasta él y se refugió en sus brazos.

—Lo siento... Lo siento...

Claire se agarró a él como si fuera a escaparse. Quería decirle que había sido injusta con ellos, hacía días que lo pensaba. Tenía que hablar con ellos, pero la muerte de Dan la había dejado sin voz, con el corazón cosido: ahora era demasiado tarde... Demasiado tarde... Brian le acariciaba la nuca mientras lloraba. Sintió la pelusilla rubia que empezaba a crecer por debajo de la peluca y la abrazó fuerte a su vez. Él también temblaba: ya sólo quedaban ellos dos...

Levantó la cabeza de la joven y le secó las lágrimas con el dedo.

—Vamos...

El sol se ponía despacio en el Veld junto a la pista del pequeño aeródromo. Claire tampoco decía nada. Esperaba, como él, una señal del cielo. Las hierbas dobladas por el viento se teñían de esmeralda, algunas nubes rosa se dilataban en el horizonte, pero no se veía ninguna señal. Brian pensaba en su amistad, en sus silencios, en el pudor que mostraba siempre Ali ante las mujeres, en la mirada triste que tenía cuando se lo sorprendía solo... Fuera lo que fuera lo que había ocurrido, Ali había muerto con sus secretos.

Epkeen aguzó el oído. Las finas alas de una avioneta aparecieron en el horizonte, un punto plateado en el crepúsculo. Claire se apartó el mechón que bailaba sobre su mejilla.

—Aquí está —dijo bajito.

El ruido de las hélices se acercó, más sordo. Aguardaban junto a la pista cuando se oyó una voz:

—Brian...

Se volvió y vio a Ruby en la pista. Llevaba un vaquero negro ceñido, el pelo corto y tenía una gran herida en el antebrazo. No se habían vuelto a ver desde el hospital... Saludó a Claire con un gesto y avanzó tímidamente:

—Me he enterado por David... De lo de Ali...

Sus ojos eran del color del Veld, pero algo se había roto por dentro. Brian no preguntó el qué. Alzaron la cabeza al cielo que, como Ali, no terminaba de desaparecer. El bimotor había iniciado el descenso y se preparó para aterrizar. Ruby tomó la mano de Brian y ya no la soltó. Le sentaba bien el pelo corto. El vaquero negro también... Brian sintió una violenta oleada de ternura que no tardó en invadirlo por completo. Ruby temblaba en su mano, pero la pesadilla había terminado: no se iba a morir. Todavía no. La protegería de los virus, de los demás, del tiempo... Le contaría lo de Maria... Se lo explicaría... Todo... Le...

—Ayúdame, Brian...

## Agradecimientos

El autor quiere hacer llegar su sincero agradecimiento a sus exploradores, Alice, Aurel y Zouf, así como a Corinne, «la *Noir'rode*», por los aspectos científicos evocados en este libro.

Gracias también a Christiane, por la gimnasia en África austral.



CARYL FERREY, nacido en Bretaña en 1967 pero parisino de adopción, es uno de los autores reconocidos de la novela negra francesa de tan rica tradición.

Sus padres le pusieron el nombre de Caryl en homenaje a Caryl Chessman, un criminal que se convirtió en símbolo de la lucha contra la pena de muerte. No es pues de extrañar que al joven Caryl le fascinaran desde siempre las historias criminales y las emociones fuertes. Viajero empedernido, dio la vuelta al mundo con tan sólo 20 años y se ha especializado en escribir novelas situadas en los países más variopintos.

Si para *Haka*, su primera novela, eligió Nueva Zelanda, la preparación de *Zulú* lo llevó a vivir un año en Sudáfrica, para llegar a conocer a fondo este fascinante y contradictorio país. El éxito de *Zulú* ha sido rotundo en Francia, con más de 40 ediciones vendidas.

# Notas

[1] Látigo. <<

[2] Grandes barrios de chabolas o casas bajas construidos en la periferia de las ciudades. (*N. de la T.*). <<

[3] Enclave «reservado» a los negros en los tiempos del apartheid. <<

[4] Bass: de boss, jefe. <<

[5] Casitas de ladrillo pensadas para ir ampliándolas al cabo del tiempo. <<

[6] Miembros de las mafias de los townships. <<

[7] Los xhosa son uno de los principales grupos étnicos de Sudáfrica. A él pertenece, por ejemplo, Nelson Mandela. (*N. de la T.*). <<

[8] En algunos lugares de África es frecuente que la gente se reúna en círculos de ahorro y ponga en común una cantidad de dinero con cierta periodicidad. La custodia de dicha cantidad se le encarga por turnos a cada miembro del grupo. (*N. de la T.*). <<

[9] Un rand equivale a unos quince céntimos de euro. <<

[10] Habitante de una región del sudeste de África. (*N. de la T.*). <<

[11] En 1983, el presidente Botha amplió los derechos de los mestizos y los indios, pero no así los de los negros, que lo vivieron como un insulto. <<

[12] Vehículos blindados utilizados en los tiempos del apartheid. <<

[13] Hierba local. <<

[14] Policía sudafricana. <<

[15] La Native Land Act, que concedía el 7,5 por ciento del territorio a las poblaciones autóctonas, instauró el régimen del apartheid. <<

[16] Agente de policía con uniforme. <<

[17] Partidarios del regreso a África. <<

[18] Campamento algo retirado, concepto clave de la mentalidad afrikáner. <<

[19] Término con el que se designa el inglés pueril de los empleados domésticos. <<

[20] Dado que el Partido Nacional, en el poder durante el apartheid, había decretado ciertas leyes que favorecían a los mestizos en detrimento de los negros, una mayoría de ellos siguió votándolo en lugar de votar al ANC, por miedo a las discriminaciones de que podrían ser objeto. <<

[21] Nombre con el que se conoce a los mestizos de Ciudad del Cabo, pertenecientes a distintas etnias. <<

[22] Túnica de piel. <<

[23] «Nosotros los zulúes somos así». <<

[24] Sobrenombre con el que se conocen las viviendas improvisadas. <<

[25] Con el fin de facilitar una transición «suave», se permitió a los funcionarios blancos del apartheid seguir en sus puestos durante cinco años. <<

[26] Cerveza casera muy amarga. <<

[27] Barbacoa. <<

[28] Machete. <<

[29] Miembros de las milicias que operaban en los bantustán, contratados por jefes locales comprados por el poder. <<

[30] United Democratic Front (UDF) fue una importante coalición antiapartheid fundada en la década de los ochenta que englobaba a cerca de cuatrocientas organizaciones juveniles, religiosas y estudiantiles, así como sindicatos. Uno de sus líderes más destacados era el reverendo Desmond Tutu. (*N. de la T.*). <<

[31] En la década de los ochenta hubo el triple de crímenes interétnicos que de víctimas por balas de la policía. <<

[32] En 1996, por iniciativa de Desmond Tutu, los verdugos del apartheid fueron invitados a contar los atropellos cometidos por el régimen a cambio de una amnistía.

<<

[33] Primer ministro en el seno de una tribu, guardián y exégeta de las Mthetwa, las leyes tribales. <<

[34] El país gastaba cinco veces más dinero en un estudiante blanco que en uno mestizo, y diez veces más que en uno negro. <<

[35] Nombre dado al tinte violeta utilizado en los cañones de agua en África. Los occidentales, en cambio, temen al tinte verde. <<

[36] «Paliza de cafre», en afrikaans. <<

[37] Unidades de autodefensa de los bantustán. <<

[38] Este término designa a la vez un estilo de música y un estilo de vida, y también se emplea como insulto. <<

[39] La gente tenía que poner la mano en un detector de tinta, para evitar que votaran dos veces. <<

[40] Apodo cariñoso con el que se conocía a Nelson Mándela. <<

[41] El ejército inglés tenía la reputación de ser el mejor del mundo. <<

[42] Los criminales que cumplían largas condenas eran liberados con la promesa de anular su juicio si mataban a miembros del UDF de Desmond Tutu en incursiones realizadas en los townships con ayuda de la policía. <<

[43] Unidad de guerra química y biológica (*N. de la T.*). <<

[44] «Gracias». <<

[45] Movimiento migratorio ocurrido entre 1835 y 1840 que llevó a miles de granjeros bóers que vivían en la colonia británica del Cabo de Buena Esperanza hacia territorios del interior en busca de tierras fértiles, y en un intento por dejar patente su deseo de independencia. (*N. de la T.*). <<

[46] Música tradicional bóer. <<